

Desplegando alas, abriendo caminos

Sobre las huellas de la violencia



Editoras

Ruth Kristal de Burstein / Martha Stornaiuolo / María del Carmen Raffo

Centro de Atención Psicosocial

Desplegando alas, abriendo caminos
Sobre las huellas de la violencia

Desplegando alas, abriendo caminos

Sobre las huellas de la violencia

Editoras

Ruth Kristal de Burstein

Martha Stornaiuolo

María del Carmen Raffo

Centro de Atención Psicosocial

2003

Desplegando alas, abriendo caminos. Sobre las huellas de la violencia

Copyright © 2003 Centro de Atención Psicosocial (CAPS)
Caracas 2380 - Jesús María
Teléfonos: 462 1600 / 462 1700
E-mail: psico@dhperu.org

Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: mayo de 2003
1000 ejemplares
Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222003-2382

Reimpresión: noviembre de 2004
500 ejemplares
Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501412004-7963

Diseño y diagramación: Siklos S.R.Ltda.
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

Contenido

Prólogo 11
Moisés Lemlij

Introducción 15
Ruth Kristal de Burstein, Martha Stornaiuolo, María del Carmen Raffo

I. El campo de la consulta

Un dolor que no desaparece. Los duelos especiales 19
Gloria Luna, Juana Luisa Lloret de F., María del Carmen Raffo y Pilar Raffo

Secuelas de la desaparición forzada en familias ayacuchanas 27
Mirtha Osso y Carmen Wurst

Un desaparecido que aprisiona, un duelo que condena 39
Victoria Pareja

La virtud del combatiente	43
<i>Ruth Kristal y María del Carmen Raffo</i>	
Lucas: La huella de la madre	59
<i>Martha Stornaiuolo</i>	
La verdad, una tarea difícil en el contexto de nuestra realidad	65
<i>Viviana Valz Gen</i>	
Reforzando las vigas de la casa. Un caso de psicoterapia psicoanalítica de apoyo	73
<i>Carlos Jibaja</i>	

II. Vivencias en el trabajo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación

El testimonio en audiencias públicas	89
<i>Carlos Jibaja</i>	
Cinco pasos en un camino flanqueado de flores amarillas	95
<i>Martha Stornaiuolo</i>	
¿Como serían cuando estaban vivos?	129
<i>Elsa León</i>	

III. Otras miradas

La barbarie que no queremos conocer	135
<i>Gonzalo Portocarrero</i>	
El caso ¿Sillaccasa o Huayrapunco? A propósito de la primera fosa exhumada por la Comisión de la Verdad y Reconciliación	145
<i>Marté Sánchez Villagómez</i>	
Psicoterapia y noción de justicia	165
<i>Patricia Monge Acuña</i>	

Sobre fosas y exhumaciones	171
<i>Martha Stornaiuolo</i>	

IV. La consulta en el campo

Saliendo del consultorio al trabajo de campo	179
<i>Carlos Jibaja</i>	

Un camino a la integración	187
<i>Yovana Pérez</i>	

A propósito de la justicia infinita	197
<i>Juana Luisa Lloret de F. y Pilar Raffo</i>	

Olvido que nunca llega. Impacto de la violencia política en la salud mental de estudiantes en zonas de exhumación. Cangallo, Ayacucho (1980-2002)	203
<i>Luisa Rosales</i>	

Desde la otra orilla	225
<i>Pilar Raffo</i>	

V. Ecos de la violencia

Yo canto una canción que se llama silencio. Acerca del duelo en las experiencias límites en situaciones de violencia extrema	233
<i>Luba Bondnar y Rosa Zytner</i>	

Niños expuestos a violencia. Ejemplo de un modelo de trabajo basado en la teoría psicoanalítica y fundamentado en los conceptos del desarrollo	247
<i>David Szydlo, Janet Shein-Szydlo y Steven Marans</i>	

Violencia doméstica y niños	265
<i>Janet Shein-Szydlo, David Szydlo y Steven Marans</i>	

Prólogo

El 30 de julio de 1932, Albert Einstein le escribe a Sigmund Freud, a pedido de la Liga de las Naciones, para iniciar un intercambio epistolar sobre el tema de la guerra. Freud le responde en septiembre con una carta que conocemos bajo el título “El porqué de la guerra”.

Muchos psicoanalistas consideramos este texto como eje tanto de una conceptualización cuanto de una práctica. Desde sus inicios, el psicoanálisis fue una práctica clínica basada en una teoría de la cultura, a su vez estructurada en base a una ética humanista que supone una responsabilidad individual. Bien lo dice el Eclesiastés: “Si no yo, quién; si no ahora, cuándo”.

Las líneas matrices por las que fue urdiéndose el tejido psicoanalítico constituyeron también un intento epistemológico de crear un método que pueda ser utilizado por otras disciplinas: para que cualquier actividad humana pueda desarrollarse y especializarse, debe dirigir parte de sus esfuerzos a la reflexión sobre su práctica misma.

Cuando me pidieron que prologue este libro lo tomé como un honor, pero también como un desafío que me obligó a embarcarme en una reflexión personal que me llevó más allá del compromiso adquirido. Leí con interés, detenimiento y fascinación esta colección de artículos, tanto aquellos que atañen a la práctica

clínica, cuanto las reflexiones, vivencias individuales y miradas a las huellas de la violencia en nuestro país desde otros ángulos, pasando por el trabajo de campo y los ecos de otros mundos que son los mismos.

Para empezar, los lectores nos vemos obligados a reconocer la fuerza y la vigencia de la violencia, a mirarla cara a cara sin engañarnos, a esclarecer por qué y cómo funciona, y a preguntarnos qué parte de nosotros se colude con su silenciamiento por interés o cobardía. Entendemos también, como escribe Freud a Einstein, que la violencia solo puede ser vencida por la unión de los débiles y que el poderío de los así unidos debe tener su representación en el Derecho.

Pero se precisa de una condición para que pueda pasarse de la violencia a un nuevo Derecho: la unidad del grupo ha de ser permanente y duradera. La comunidad debe crear preceptos, designar organismos que vigilen su cumplimiento y promover el establecimiento de vínculos afectivos y sentimientos gregarios que constituyan el fundamento de su poderío y de su ética. Con esto se daría lo esencial: la superación de la violencia mediante la cesión del poderío a una unidad más amplia que se mantiene cohesionada por los vínculos afectivos entre sus miembros.

Sin embargo, hay coyunturas históricas en las que este orden se resquebraja y se da un brutal retorno de lo reprimido. Desde Kosovo a Etiopía, desde Ruanda hasta Cachemira, desde la masacre a los armenios hasta el Holocausto, desde la miseria de un hogar donde se ejerce la violencia familiar hasta el abuso de cualquier autoridad, todas estas experiencias se transforman en imborrables marcas transgeneracionales que nos obligan a cada uno de nosotros a asumir un compromiso frente al cual no tenemos escapatoria.

Aunque era solo un niño, recuerdo vívidamente el llanto desgarrado e inconsolable de mi madre y sus hermanos cuando se enteraron, al final de la segunda guerra mundial, de la desaparición de toda su familia en los campos de concentración nazis. Nunca lo superaron. La violencia que vivimos los peruanos en la época del terrorismo me ha dejado otros recuerdos indelebles: la bomba que estalló en la entrada del edificio donde vivía, el terror de mis hijos, mi miedo y mi furia; la llamada telefónica avisándome del asesinato de un amigo; el secuestro de un familiar... Y cómo no pensar en las amargas experiencias de otros países latinoamericanos: la violencia de Estado en Chile, Argentina, Uruguay y Brasil; las guerras internas en Centroamérica, Colombia y Venezuela.

He tenido también la oportunidad de estudiar con otros colegas las imágenes de la violencia en las tablas de Sarhua, que registran primero la irrupción de

Sendero Luminoso, luego la llegada de los sinchis y después la del ejército, así como el lamento doloroso de quienes sufrieron sus abusos. Hay algo hermoso y valiente en aquél que siente la necesidad de dejar su testimonio, sea el artesano de Ayacucho o Primo Levi.

Desplegando alas, abriendo caminos es un testimonio. Sus páginas están pobladas por personas que cuentan su pena, ponen en palabra su memoria e inevitablemente elaboran una reflexión. Pero con un importante agregado: lo hacen en el marco de una institución creada al servicio de una ética y una responsabilidad clínica. Esto permite a los “pacientes” explorar sus heridas personales y las cicatrices de su mundo y su cultura ante la presencia de un psicoterapeuta atento y comprometido.

En el estudio del caso clínico, el psicoterapeuta articula la bisagra entre lo individual y lo colectivo. A partir de esto, puede realizar la doble tarea de ofrecer una ayuda individual y al mismo tiempo adquirir un aprendizaje que le permitirá afinar su aproximación al problema. Al dar cuenta de su trabajo y transmitir sus experiencias por escrito, permite que otros puedan enriquecer su comprensión del mismo.

Entonces, la secuencia sería la siguiente: del encuentro entre paciente y terapeuta a la comprensión clínica, tanto individual como grupal, que da paso a la elaboración de los aspectos sociales. Todo esto se contrasta con otras experiencias en un esfuerzo de integración multifocal, que se plasma en una publicación para compartirla e iluminar el trabajo de otros. Éste es el compromiso que quienes trabajamos desde una perspectiva psicoanalítica tenemos la obligación de asumir y que tan bien se ha logrado cumplir con este libro.

El CAPS ha conseguido combinar exitosamente las actividades terapéuticas que realiza con tanto esfuerzo y sacrificio, con una reflexión que las enlaza con otras tareas institucionales, profesionales e incluso nacionales. Pero también incorpora los aportes de colegas de otras latitudes y disciplinas, obligando a quienes tenemos la suerte de seguir de cerca su valioso trabajo, a ver el sufrimiento humano en toda su dimensión y lo que tenemos que hacer para repararlo.

Moisés Lemlij

Introducción

Esta publicación coincide con el lanzamiento del Centro de Atención Psicosocial (CAPS) como organización no gubernamental autónoma, aunque siempre estrechamente ligada a la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, en cuyo seno empezamos a rastrear las huellas de la violencia en la salud mental y editamos nuestro primer libro, *Frente al espejo vacío*.

En este momento en que desplegamos alas para abrir nuevos caminos como institución, hemos querido poner a disposición de los lectores una recopilación de textos escritos por psicoterapeutas del CAPS, así como por otros colegas y especialistas nacionales y extranjeros, que enfocan los efectos de la violencia desde ópticas complementarias y a quienes agradecemos su generosa contribución.

Nos anima el deseo de compartir algunas reflexiones inspiradas por nuestro trabajo terapéutico con personas afectadas por la violencia política, tanto en el consultorio como en otros encuadres, donde la salud mental, la realidad sociopolítica y los derechos humanos se entrelazan de una manera especial. De allí que la inclusión de aportes de otros especialistas responde a la necesidad de integrar diversas perspectivas (clínica, sociológica, legal, entre otras) en el abordaje de un problema tan complejo, entendiendo lo terapéutico como facilitador del encuentro entre lenguajes, ópticas y opiniones diferentes.

El prólogo ha sido escrito por nuestro querido colega y amigo, Moisés Lemlij, quien nos apoya de diversas maneras, enriqueciendo nuestro quehacer. El primer capítulo agrupa un conjunto de artículos que se ubican en el ámbito de la reflexión teórico-clínica. El segundo, da cuenta de las vivencias que hemos tenido en nuestro trabajo de acompañamiento psicológico a las víctimas de la violencia en audiencias públicas y procesos de exhumación, como parte del apoyo que brinda el CAPS a la importante tarea que realiza la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Conforman el tercer bloque de artículos, un grupo de textos multidisciplinarios de autores nacionales que, desde diversas canteras, se aproximan a nuestras inquietudes con un abordaje propio. El cuarto capítulo, el más extenso, recoge reflexiones en torno a la labor que realiza el CAPS fuera del espacio restringido del consultorio.

El libro termina con tres artículos de distinguidos colegas extranjeros, quienes dan cuenta del efecto devastador de la violencia al interior de la familia. El primer trabajo habla de las secuelas transgeneracionales de las terribles experiencias de violencia extrema vividas por las víctimas del Holocausto. Dado que este fenómeno ha sido objeto de extensos estudios a lo largo de 50 años son de referencia indispensable para imaginar el escenario futuro de la sociedad peruana si es que los efectos de la violencia no son atendidos ni elaborados adecuadamente. Los dos últimos artículos son fruto de la interesante experiencia de sus autores en el desarrollo de programas de intervención de apoyo a niños y familias que son víctimas, testigos o perpetradores de violencia en una comunidad de New Haven, Estados Unidos.

Acompañénnos en este “desplegar alas” y “abrir caminos”, caminos no convencionales y ciertamente difíciles, muchas veces creativos, ideados para enfrentar los retos que la realidad nacional nos plantea. Entre ellos, el más ambicioso: contribuir a la elaboración del duelo por las profundas pérdidas que dejó a su paso la violencia política en nuestro país, condición imprescindible para la construcción de una memoria colectiva, de una narrativa nacional que integre nuestras diferencias.

Ruth Kristal de Burstein, Martha Stornaiuolo y María del Carmen Raffo

I. El campo de la consulta

Un dolor que no desaparece. Los duelos especiales

*Juana Luisa Lloret de F
Gloria Luna
María del Carmen Raffo
Pilar Raffo*

El yo no puede pensar que esta tierra permanezca indiferente a su desaparición, que nada de sí mismo persista en ella. El yo quiere creer y necesita creer que su existencia tiene un sentido.

PIERA AULAGNIER

*Yo me arreglo el sombrero, levanto el cuello de mi abrigo
y me echo a andar. Pero no avanzo.
Y mientras marco el paso, él arde allá sobre la roca, inoído.
Sé que no basta quemar lo que ya está quemado en nosotros.
Sé que no basta dar: hay que darse. Y hay que recibir.
No basta ser la cumbre limpia, el hueso pulido, la piedra rodada.
No basta la lengua para el canto.
Hay que ser la oreja, el caracol humano,
en donde Juan graba sus desvelos, María sus vaticinios,
sus gemidos Isabel, su risa Joaquín.
Lo que en nosotros solo quiere ser, no es, no será nunca.
Allá donde mi voz termina y la tuya empieza,
Ni solo ni acompañado, nace el canto.*

“Un dolor que no desaparece”, OCTAVIO PAZ

Etimológicamente, la palabra duelo viene del latín *dolere*, que quiere decir “sufrir”. Cuando se habla de duelo se está hablando de un trabajo lento y doloroso, cuyo objetivo final es superar la pérdida objetal. Implica todo un proceso dinámico, complejo, que involucra la personalidad total del individuo y abarca todas las funciones del yo: sus actitudes, sus defensas y las relaciones con los demás. Pero realizar este trabajo no es fácil porque requiere un enorme esfuerzo psíquico para recuperar los lazos con la realidad, además de suponer cierto grado de maduración del aparato psíquico.

“El duelo consiste en la reacción experimentada frente a la muerte de un ser querido o su abstracción equivalente (patria, libertad, o un ideal)”, dice Freud (1915). Pero, ¿de qué dependería una sana evolución del duelo? Igualmente, Melanie Klein (1960) sostiene:

“Existe una conexión estrecha entre el duelo y los procesos de la temprana infancia: el bebé aprende desde el inicio de la vida a perder y a reencontrar a través de una serie de delicados mecanismos al final de los cuales alcanza la capacidad para hacer un duelo. El temor de perder a la madre hace que sea doloroso separarse de ella, y el bebé encuentra diversas formas de juego, todas, modalidades de aparecer y desaparecer (juego del carretel, las escondidas, etc.) que dan expresión a esta ansiedad de perderla pero que al mismo tiempo son formas de superar la separación y buscar nuevos objetos, lo que ayuda al bebé a obtener nuevos tipos de gratificación, disminuyendo el sufrimiento y frustración de las situaciones anteriores”.

La capacidad creciente del bebé con estos ejercicios de pérdidas y reencontros lo ayudaría a poder discriminar lentamente las ausencias, las presencias, las ausencias con retorno y las ausencias sin retorno, y comprender las cosas de su alrededor aumentaría su confianza en su propia capacidad y en el mundo externo. Esto es la prueba de realidad y subyace al proceso que Freud ha descrito como parte del trabajo de duelo en los adultos, ya que el niño al perder y reencontrar a sus objetos el niño pasa por estados comparables al del duelo en el adulto. El duelo normal por la muerte de un ser querido se inicia con una pérdida sin encuentro posible, el otro ya no existe más y el juicio de realidad nos dice que no habrá encuentro ulterior.

En “Duelo y melancolía” (1915) Freud afirma que el yo necesita tiempo de elaboración y recuperación para hacerse cargo de lo que el juicio de realidad le

impone, pero como el yo se debilita por el dolor de la pérdida, el juicio de realidad sucumbe a mecanismos primitivos de defensa (negación, omnipotencia, etc.). La tarea de duelo implica abandonar al objeto y sentirse abandonado por él, lo que despierta sentimientos de culpa, malestar, dolor, resentimiento y agresión.

Así como el niño utiliza juegos para no sentirse abandonado o para sustituir las ausencias, el adulto lo que hace es recrear la imagen del ser amado, reforzar la relación con otro o identificarse con el objeto perdido como una manera de atenuar la pérdida. Para que el proceso se realice se requiere, en primer lugar, tener información precisa acerca de la muerte de la persona y sus causas y en segundo lugar ciertos elementos simbólicos. Cada cultura dispone de algunos rituales que ayudan a procesar el duelo, como las condolencias y ceremonias recordatorias, que favorecen el reconocimiento de la muerte y de los afectos que ésta despierta. Solo posteriormente podrán percibirse los sentimientos ambivalentes por lo perdido y el sujeto estará mejor dispuesto a soportar la realidad. El trabajo de duelo natural consistiría entonces en la posibilidad de recuperarse y seguir viviendo a pesar de la pérdida. Al final de este proceso sobreviene la resignación y el yo vuelve a quedar libre para buscar nuevos objetos. Todo lo anterior explica lo que sucede en los duelos normales, porque nuestra intención es mostrar cómo gran parte de estas características se ven suprimidas o aumentadas en los llamados “duelos especiales”.

Janine Puget (1989) da este nombre a los duelos por personas desaparecidas por el Estado. Nosotros ampliaremos este concepto y lo ligaremos a la desaparición de personas en épocas de terror y violencia política. En el Perú los desaparecidos han sido víctimas tanto del Estado como de grupos terroristas. Indudablemente la situación se complica cuando es el mismo Estado el que realiza estas acciones, porque teniendo a su cargo la responsabilidad y el respeto por la vida, atenta contra ella. Esto implica para el yo del individuo una situación difícil de aceptar y comprender, lo que alteraría poderosamente el proceso de duelo. En estos casos encaramos un mayor desafío terapéutico pues hay que enfrentar una muerte múltiple, fragmentaria y a veces interminable. La realidad externa debe ser aceptada para poder iniciar el largo camino de modificación interna del vínculo con el objeto perdido, es decir, el “trabajo de duelo” propiamente dicho, pero son muy pocos los casos en estas circunstancias que llevan a cabo el proceso en el tiempo terapéutico necesario. La primera alteración en ese tipo de duelo es no poder utilizar el juicio de realidad para

reconocer presencia y ausencia. Cuando los familiares de un desaparecido preguntan dónde está, se les dice que “no se sabe si está vivo, muerto, escondido o exiliado”, respuestas que imposibilitan que el juicio de realidad logre una organización mental.

¿Cómo ir aceptando la pérdida si se nos dice que tal pérdida no existe?... El yo tendrá que evaluar los datos contradictorios de la realidad, lo que ya es un trabajo adicional. Cuando el sentido de realidad se distorsiona, el proceso de duelo se altera, se estanca, y aunque el sujeto sabe a quién perdió, no es consciente de lo que se perdió con el otro. Los rasgos melancólicos no aparecen y no se detecta la ambivalencia con respecto al ser perdido porque cambia y se distorsiona la representación interna del objeto perdido. La recuperación de la salud mental se complica porque ha sido atacada la capacidad de vivir y amar, junto con la de odiar, tener cólera y rabia. En un primer momento, en situaciones normales de pérdida el yo niega la realidad (“no puede ser”) para dar tiempo a que el aparato psíquico pueda acercarse a un saber doloroso. En estos “duelos especiales” no se puede saber si la ausencia es momentánea o irreversible.

Rosa, de 40 años, se pasó dos años consecutivos buscando a su hijo desaparecido. Iba diariamente al abogado, al Palacio de Justicia, a lugares donde pensaba que podía estar, buscaba entrevistas con los periodistas, no cesaba nunca en su esfuerzo por encontrarlo. Esto se convirtió en su única motivación para vivir. Aunque presentía su muerte, seguía buscándolo. Tres años después, cuando halló sus restos, recién pudo abandonar la tarea. Por los sentimientos de culpa que esto suscita, sentía que detener la búsqueda sería matarlo anticipadamente. El saber en estos duelos está clausurado y la incertidumbre toma su lugar. Al no haber una representación mental, la ausencia y el no-saber se instalan en la mente como vacío. Pero, a su vez, esto hace que se intensifique el deseo de saber, transformando esta pulsión en una búsqueda incesante de certezas en lugar de hacer un examen de la realidad.

Clotilde vino de Ayacucho hace nueve años para buscar a su hermano que desapareció después de una incursión del ejército en su comunidad. Se resiste a aceptar que no lo verá más y cada semana recorre el Mercado Central porque alguien le dijo que lo había visto “por allí”. Ella dice: “Estoy viva porque no pierdo la esperanza de encontrarlo”. El tiempo no transcurre para Clotilde, habla de la desaparición de su hermano como si fuera ayer. Al estar desaparecido y no obtener el cuerpo, se impide la realización de procesos simbólicos como los ri-

tuales funerarios, las prácticas comunitarias o respuestas sociales adecuadas, elementos claves que ponen en marcha el proceso de duelo. Además, es muy frecuente que se desorganicen los grupos familiares y sociales habituales y que el familiar del desaparecido sea segregado y aislado como si tuviera alguna enfermedad contagiosa. Así, se perdería no solo a un ser querido, el vínculo con él, sino también a un grupo social y familiar.

La incertidumbre toma el lugar de otros juicios y sin el sostén de lo simbólico el objeto desaparecido adquiere en el psiquismo una representación fantasmal. Los familiares que buscan a los desaparecidos se distancian de los vivos y se acercan a los muertos. Reconocer la muerte de sus seres queridos a manos de otros los angustia y moviliza mecanismos de defensa muy primarios. Esta situación genera un estado de expectativa y espera que se transforma en un fin en sí mismo, reemplazando al desaparecido. En vez de rituales recordatorios normales para hacer una elaboración, se instalará un pensamiento circular y obsesivo, por el cual los familiares pasan de la esperanza a la desesperanza, del reconocimiento de ciertos signos evidentes a su renegación. Lo que no pueden ni quieren hacer es abandonar al desaparecido porque sienten que hacerlo equivaldría a matarlo; es decir, dejar de preocuparse por el desaparecido y de pensar en él, sería aceptar que ya murió.

Teresa, cuyo hermano está desaparecido, dice: “Cuando voy en el micro y veo de espaldas a un chico delgado, siempre creo que es él y que va a voltear”. En otra ocasión afirma: “Cuando mi hermano Jorge regrese de Venezuela, va a ser como si ‘el Eduardo’ [su hermano desaparecido] regresara”. Una madre habla de su hijo desaparecido: “Desde ese día no tengo descanso. No puedo dejar de pensar en él. Creo que ni de muerta podría descansar”.

La impotencia y el sentimiento de culpa que acompaña a todo duelo adquiere en estos casos una intensidad dolorosa, como si el sufrimiento por el que suponen pasa el desaparecido no los dejara comer, vivir o tener algún tipo de placer. El aferramiento al desaparecido se acentúa y, en vez de irse desprendiendo, se le sobreinvierte como una manera de retenerlo y hacerlo volver a la vida. Algunas veces surge en la mente de los familiares deseos de muerte disfrazados como un deseo de evitar sufrimiento a la víctima que encubre la rabia y el odio por lo sucedido. Esto aumenta aún más el sentimiento de culpa. Reconocer la agresión en lugar de sentir culpa depresiva permite un mejor proceso, pero la persona necesita su tiempo para ello. Cuando esto no sucede, la rabia y

el odio negados los seguirán persiguiendo en su mente, lo cual le impide realizar el duelo.

A pesar de todos los elementos traumáticos ya mencionados, ciertas personas pueden rescatar su capacidad de pensar, renunciando a la búsqueda de certezas y abriendo camino a la elaboración para llegar a la verdad.

“Pero para llegar a esto, el yo debe tolerar la idea de la tortura al ser querido, el sufrimiento del objeto y su propio sufrimiento, y poder contener en el espacio de su mente, la idea de asesinato y muerte sin cadáver y sin sepultura. En momentos posteriores, cuando circula la noticia de la posibilidad de recuperar los restos, sin tener la seguridad de identificarlos, se precipita una exacerbación de vivencias siniestras” (Puget, 1989).

cuando luego de tres años se encuentra “algo” de su hermano, Teresa expresa acongojada: “Ya están los restos... los vi por televisión y sentí tanto dolor... No creo que esté muerto aunque hayan encontrado sus cosas”.

Después de encontrar los restos y realizar un funeral simbólico, el duelo puede seguir su proceso y expresar a través de los sueños su elaboración por el curso normal. Para Dunayevich y Pelento (s/f) el destiempo entre la prueba de realidad que reconoce la muerte y el yo que no puede aceptarla se evidencia en los primeros sueños inmediatos a la muerte. En ellos el objeto está vivo, luego puede aparecer sufriente-muerto-vivo, hasta que al final de la elaboración es una persona más que puebla los sueños. Entonces el objeto muerto pasa a ser un objeto de la memoria, se lo recuerda en diferentes épocas de la vida, en diversas actitudes y lugares, con una mezcla de sentimientos; es un objeto al que se puede amar, odiar, culpabilizar o sentirse en deuda con él. Cuando pasa a ser objeto de la memoria el yo puede saber quién murió, qué murió con el que murió y qué partes del yo murieron con él. Mundo interno y mundo externo vuelven a coincidir en un solo saber: el objeto ha muerto. Marisa relata después que encontraron y enterraron los restos de su hermano desaparecido: “Soñé que los dos estábamos bailando agarrados de la mano... me dijo que se iba... yo le dije: ‘No te vayas, quiero irme contigo’, pero él me dijo: ‘¿Y con quién se va a quedar mi mamá?’. Yo le dije: ‘Está bien, me quedo’”.

Vemos así la importancia que tiene, para las personas y para la sociedad, cerrar un proceso de duelo, representar la ausencia, crear un sentido y un símbolo a partir del reconocimiento del vacío, saber de la ausencia definitiva y de las

pérdidas. La elaboración del duelo especial no es solo un proceso que se da en el mundo interno de la persona, sino que supone condiciones tales como la reestructuración social, el rescate de la función protectora del Estado, el reestablecimiento de la ley, de las reglas, de la vida comunitaria.

El psicoterapeuta, por el hecho de no negar la traumatización ni la pérdida, permite que los familiares de desaparecidos busquen elementos reparatorios y sobre todo la afirmación de la vida para salir adelante con sus fuerzas positivas y negativas, dispersas hasta ese momento. El vínculo psicoterapéutico les permite ir integrando los hechos, las emociones, las rabias y penas, los propósitos y proyectos, así como nombra las dificultades que se van presentando. La comprensión intelectual es insuficiente; se necesita recuperar las emociones y el significado de las experiencias vividas para lograr el crecimiento y la recuperación de la persona. Si todos formamos parte del daño, también la recuperación y la reparación son tareas que hemos de compartir. Sin embargo, una comprensión más profunda de los hechos nos permitirá afrontar con más eficacia y trascendencia nuestro trabajo, que es más de prevención que de rehabilitación.

Bibliografía

- Castoriadis-Aulagnier, P. (1993) *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Dunayevich, J. y M. L. Pelento (s/f). "Las vicisitudes de la pulsión de saber en ciertos duelos especiales". Ponencia presentada en el XV Congreso interno y Symposium "El malestar en nuestra cultura". Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Freud, S. (1914) "Recuerdo, repetición, elaboración". En: *Obras completas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1980.
- Freud, S. (1915) "Duelo y melancolía". En: *Obras completas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1980.
- Freud, S. (1915-7) "Lecciones introductorias al psicoanálisis". En: *Obras completas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1980.
- Freud, S. (1915) "Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte". En: *Obras completas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1980.
- Grinberg, L. (1978) *Culpa y depresión*. Buenos Aires, Paidós.
- Herrera, L. (1994) "Vivir en el Perú: Entre el duelo y la melancolía". En: *Reflexiones sobre la violencia*. M. Lemlij (ed.) Lima. Biblioteca Peruana de Psicoanálisis - SIDEA.
- Klein, M. (1960) *Las emociones básicas del hombre. Envidia y gratitud*. Buenos Aires, Nova, Biblioteca de Psicoanálisis.

- Lira, E. y M. I. Castillo (1991) *Psicología de la amenaza política y del miedo*. Santiago de Chile, ILAS-CESOC.
- Lira, E. (1996) *Y a los ojos se me asomara la vida que ya viví*. IV Concurso de Ensayo. Santiago de Chile.
- Martín-Baró, I. (1990) “La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador”. *Revista de Psicología de El Salvador*, vol. IX, N° 35.
- Puget, J., y R. Kaes (1989) *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires, Bibliotecas Universitarias-Centro Editor de América Latina.
- Ruderman, M. (1993) “El duelo”. Chucuito, Perú (separata).
- Viñar, M., y Viñar, M.U. de (1993) *Fracturas de memoria*. Montevideo, Trilce.

Lima, abril de 1998

Secuelas de la desaparición forzada en familias ayacuchanas*

*Mirtha Osso**
Carmen Wurst*

*En tu corazón sabes y el otro sigue errando, alma en pena, que mira
con tristeza o cólera su propio cadáver.
Quiero que toda muerte tenga funeral.
Y después, después, después, olvido.*

SÓFOCLES

Introducción

El testimonio textual de María, de 36 años, natural de Vilcashuamán, sobre las circunstancias que rodearon la detención de su esposo desaparecido y el inicio de su infructuosa búsqueda, da cuenta de la sorpresiva irrupción de la violencia en la vida de su familia, transmitiendo el terror del momento, así como el desconcierto e incertidumbre con los que ha vivido desde entonces.

* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en la VI Conferencia sobre Salud Mental y Derechos Humanos celebrada en junio del 2001 en Croacia.

** Deseamos agradecer a la Sra. Angélica Mendoza, Presidenta de la Asociación de Familiares de Desaparecidos de Ayacucho, y a los demás miembros de su grupo, por habernos permitido compartir su dolor y su lucha; al Dr. Alberto Péndola, por sus valiosos aportes, y a los organizadores de la Conferencia Internacional “Al fin de la batalla”, por habernos dado la oportunidad de transmitir nuestro quehacer en el campo de la salud mental y los derechos humanos.

Esa noche estábamos durmiendo. Teníamos un cuartito alquilado, mi esposo era cerrajero; teníamos un local, ese también era alquilado. Yo no me había quedado totalmente dormida. Entonces, en eso, mi esposo, que estaba durmiendo, me decía: “Creo que han entrado”. Yo pensaba que eran rateros, pero no eran. De noche han allanado, la puerta de calamina han pateado. Eran policías.

Cuando entraron, dijo así: “Nos tienen que acompañar”. No querían que prendiéramos la luz. Entonces, en ese momento, le empezaron a levantar el cabello. En eso yo me he desesperado, me he agarrado de mi esposo, de su chompa, querían llevar así con su ropita con la que había dormido, descalzo querían llevar. Entonces yo me he levantado, mi bebido llorando, el chiquito desesperado. “¿Por qué vas a llevar a mi esposo, mi esposo qué culpa tiene?” “Terruca, cállate! Ahorita te vamos a volar los sesos”, me dijo. “¿Por qué? ¿Qué cosa hemos hecho? Estamos en nuestra casa, en donde ustedes han encontrado a mi esposo; mi esposo trabaja acá”. Entonces, nada, no le ha soltado. En eso mi esposo les ha dicho: “Me voy a poner mi ropa. ¿Cómo me van a llevar así descalzo?”. Pero como yo le he agarrado así su ropa, mi esposo rápidamente se ha puesto su chompa, sus zapatos y su casaca. Entonces, en eso empezaron a jalarlo de su cabello, delante de mí estaban golpeando, “Terruco” —le decían, tratando de lisuras— “conchatumadre”. Yo me he prendido: “¿por qué lo van a llevar?”. En eso me han puesto arma en la cabeza, yo no tenía miedo en ese rato: “Aunque sea mátame, yo no lo voy a soltar, no lo van a llevar”.

Entonces dos me han agarrado, me han quitado mi mano, mi dedo me habían torcido, yo me había caído. Casi 15 encapuchados en un cuartito. Tiraron el ropero, ahí no más todititas nuestras cosas empezaron a buscar. Las ropas en el suelo, la cama que han levantado, hasta a mi chiquita, a mi bebida, la han hecho caer al suelo. Yo me había quedado desmayada, me han tirado como un trapo al suelo, no sé cómo me han chancado y así parece que dormida me he quedado. Entonces me he despertado, ya no estaban. Mi bebida estaba a mi lado llorando, todas mis cosas estaban en el suelo. Teníamos nuestra platita que hemos guardado, era para cancelar nuestro terreno; todo eso nuestra plata se han llevado. Apenas amaneció me fui al cuartel y me dijeron: “¿Cómo vas a llorar a un terruco? Tú eres joven, búscate otro. Un terruco no vale la pena”, y me insultaron. Un capitán me dijo: “Lo han torturado. Si aguanta los golpes, lo sacan en 15 días”. Después hemos ido con otras señoras, pero ya no nos dieron razón, nunca más lo he encontrado (Defensoría del Pueblo 2001, pp. 43-45).

Contexto sociopolítico

Entre los años 1982 y 1997, miles de personas desaparecieron en el marco de la guerra iniciada por la irrupción del grupo terrorista Sendero Luminoso. Se estima que en el departamento de Ayacucho, llamado también “Rincón de los muertos”, unas seis mil personas fueron asesinadas o desaparecieron. Sin embargo, el primer informe oficial de la Defensoría del Pueblo (2001) solo registra alrededor de 4,500 casos documentados hasta 1999.

La región de Huanta, en cuyas alturas está ubicado el pueblo de Vilcashuamán, fue una de las más afectadas por las incursiones senderistas y la represión militar. Desde 1983, en un contexto de extrema violencia política y guerra sucia, las comunidades ayacuchanas altoandinas quedaron expuestas simultáneamente a dos frentes. Por un lado, los senderistas, con sus métodos brutales, quienes masacraban a sus víctimas triturándoles las cabezas con piedras y exhibían sus cadáveres como advertencia para el resto de la comunidad; por otro, las fuerzas del orden, quienes luego de las incursiones senderistas arrestaban y torturaban a los pobladores, asesinaban a culpables e inocentes por igual y hacían desaparecer sus cadáveres.

En las comunidades campesinas del trapecio andino, declarado “zona de emergencia” por el Estado, no se respetaron los derechos constitucionales de los peruanos y se cometieron crímenes de lesa humanidad en respuesta a los ataques senderistas. Las detenciones eran realizadas con extrema violencia, a cualquier hora del día, sin que las fuerzas del orden ocultaran su identidad: generalmente estaban uniformados. Los familiares no recibían información acerca del paradero de los detenidos. Inclusive se llegaba a negar no solo el hecho de la detención sino hasta la existencia misma de las personas, las instancias judiciales no daban crédito a las denuncias y no las registraban, y si lo hacían, no podían ingresar a los cuarteles o establecimientos militares para investigar los hechos.

Luego de muchos años y con el reestablecimiento de la democracia, se ha abierto la posibilidad de esclarecer estos crímenes a través de la instalación de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, que permitirá que las denuncias de los familiares de los desaparecidos sean escuchadas e investigadas. El proceso de instauración de una memoria subjetiva e institucional de lo ocurrido hará menos difícil enfrentar los complicados temas de la justicia, la clemencia, la impunidad, el perdón, la retribución y la reparación.

Características de la población afectada

Las principales víctimas de la guerra interna fueron los pobladores de las regiones más pobres y olvidadas del Perú. Ellos habitan en pequeñas comunidades esparcidas en el vasto territorio altoandino y no tienen acceso a los servicios básicos de agua, electricidad y comunicación. En su mayoría son agricultores o pastores quechuahablantes y analfabetos que viven en extrema pobreza y al margen del sistema económico predominante. El desarrollo de los pueblos donde se gestó la violencia terrorista ha sido permanentemente postergado por un Estado centralista, que no ha hecho sino perpetuar modos ancestrales de explotación y marginación.

Características del sistema familiar

Las familias andinas son en su mayoría familias agregadas constituidas por dos a tres generaciones que viven en una misma vivienda. Los hijos pasan a formar parte de la fuerza laboral a una edad muy temprana. Algunos se dedican a la agricultura y al pastoreo, otros son artesanos y otros más logran emigrar a las ciudades con el propósito de trabajar o estudiar.

Grupo objetivo

La intervención terapéutica que describiremos fue realizada con un grupo de 40 a 50 familiares de desaparecidos, en su mayoría mujeres. Luego de buscar a sus familiares por lugares inimaginables y de acudir a las autoridades sin mayor suerte, estas personas formaron la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados del Perú (ANFASEP). La Coordinadora Nacional de Derechos Humanos ha asumido su causa, brindando apoyo permanente a sus actividades y ofreciéndoles atención psicológica.

Marco de referencia

El Centro de Atención Psicosocial entiende el *trauma psicosocial* como el efecto de la violencia ejercida por un ser humano sobre otro ser humano, cuyas secuelas afectan al individuo y a la comunidad. A diferencia de la violencia traumática que sufren las víctimas de una catástrofe natural, autores como Hermann Lewis (1992) y Dughi (1995) califican de “atrocidades” a los actos de violencia provenientes de instancias que por su naturaleza debieran ser protectoras, como es el caso del Estado, que irrumpen en la vida del individuo de manera brutal y cuyos efectos no son fáciles de suprimir.

El concepto de *desaparición forzada* describe la captura y secuestro extrajudicial de una persona, a efectos de poder interrogarla (torturarla) y ejecutarla (asesinarla) extrajudicialmente. Como se verá más adelante, los efectos del trauma psicosocial que sufren los familiares de personas desaparecidas de esta forma involuntaria y violenta, se ven incrementados por el desconcierto e incertidumbre que genera la falta de información o la información distorsionada que reciben sobre su destino.

Según Santayana, “[l]os pueblos tienden a repetir lo que no recuerdan” (citado por Hernández, 2000, p.7). El ser humano tiene la tendencia a repetir determinado tipo de acciones complejas y recrear situaciones más o menos dolorosas o frustrantes en forma involuntaria, sin que pueda impedirlo: “el sujeto se sitúa activamente en situaciones penosas, repitiendo así experiencias antiguas, sin recordar el prototipo de ellas, sino al contrario, con la impresión muy viva de que se trata de algo plenamente motivado en lo actual” (Laplanche y Pontalis, 1977, p. 71). Por ello, la *elaboración de los traumas psicosociales* resulta una tarea impostergable para evitar que se repitan y reestablecer la salud del país.

Para este trabajo tomamos en consideración los aportes de Martín-Baró, para quien

“[c]ada sujeto elabora de modo peculiar, pero siempre socialmente, la experiencia traumática al interior de sus contextos resocializadores (familia, comunidad, organizaciones sociales, partidos políticos, etc.), ya sea consciente o inconscientemente, produciendo asignaciones de causalidades, pautas sociales de conducta, explicaciones político ideológicas, etc., que definen finalmente ciertas formas de conducta social” (Martín-Baró, 2000, p. 46).

Nuestro modelo de intervención terapéutica

Las intervenciones se realizan en Lima y Ayacucho, enmarcadas por la demanda recibida y como experiencia piloto que permite el análisis de la problemática y su necesidad de atención continua y regular. El traslado mensual de dos psicoterapeutas a Huamanga, donde permanecen durante dos días, ha sido posible gracias al apoyo financiero de la cooperación internacional. Las modalidades de intervención empleadas en esa ciudad son las mismas utilizadas en Lima.

La intervención terapéutica con los familiares de desaparecidos tiene como primer objetivo favorecer su acceso a la palabra. A través del relato de los eventos traumáticos, los sentimientos son revividos en el contexto de un espacio contenedor y de escucha en el que los terapeutas dan legitimidad a los afectos y credibilidad a los hechos vividos. Esto resulta una experiencia diferente a la vivida en las instancias judiciales y sociales donde no fueron escuchados.

Para lograr este objetivo terapéutico, empleamos técnicas propias de la dinámica grupal y del psicodrama. Las sesiones se realizan antes y después de las actividades en las que participa el grupo (marchas, plantones, vigiliias, denuncias), diferenciando con claridad ambos espacios. Otra modalidad de intervención es la de jornada-taller, en la que se les plantea la siguiente consigna: “Nos reuniremos este día para pensar en lo que ha pasado y en lo que sentimos”. Este trabajo, realizado en grupos pequeños y en sesiones plenarias, permite compartir e integrar las vivencias anteriores y posteriores a las actividades políticas, que a su vez reviven con gran intensidad los hechos traumáticos, paso necesario para construir el recuerdo de manera colectiva, así como la historia del grupo en relación a las desapariciones de sus seres queridos.

El espacio terapéutico permite legitimar los eventos negados por las autoridades, y que una población ancestralmente olvidada y no escuchada pueda relatar su historia, con las fragmentaciones, repeticiones y características propias del pensamiento andino: circularidad, énfasis en lo circunstancial, utilización de categorías temporales ligadas a la naturaleza (épocas de lluvia, de siembra, de cosecha, etc.), animismo. La posibilidad de que otro reconozca la verdad de sus historias desentraña el argumento enloquecedor con el que estas personas han tenido que vivir: la no existencia de sus familiares, la negación de las detenciones por parte de las autoridades, etc. Como plantea Herman Lewis,

“[c]uando la verdad es reconocida finalmente los sobrevivientes pueden empezar su recuperación; sin embargo, con demasiada frecuencia el secreto persiste y la historia de la experiencia traumática emerge no como un relato verbal sino como un síntoma” (Lewis, 1992; la traducción es nuestra).

Por lo tanto, el relato de los eventos traumáticos es en sí mismo un paso adelante en el camino hacia la recuperación de la salud mental.

Cuando la verdad no existe, no es posible construir un mundo interior estable. La duda, la desconfianza y la incertidumbre llegan a constituir el todo de la vida. El universo de la subjetividad se desestructura y las relaciones humanas se pervierten y se impregnan de temor. Con la incertidumbre y el surgimiento de fantasías siniestras, en el proceso del conocimiento predomina la confusión, la historia sumergida, lo oculto, lo incierto. Los atentados contra la vida quedan subsumidos para siempre en el misterio y pasan a ser indescifrables. Los análisis de la realidad no pueden tener indicadores claros y objetivos. “En ausencia de la verdad los pensamientos y recuerdos no pueden seguir un curso normal, por lo tanto, predomina la ambivalencia y la confusión en los razonamientos” (Rojas, 1992, p.3).

Secuelas familiares de la desaparición forzada

Los traumas de orden social producen secuelas personales, familiares y sociales, y sus efectos pueden evaluarse en estos tres ámbitos. En lo que sigue nos referiremos específicamente a las consecuencias de la desaparición forzada en la estructura familiar. Dado que se trata de un problema complejo, nos detendremos a analizar los cambios operados en el funcionamiento familiar después del evento traumático y de la desaparición del ser querido.

A partir del material de las sesiones hemos encontrado los siguientes síntomas:

- Sentimientos de *desvalimiento* y *desesperanza* que se instalan en un sistema familiar en el que la pobreza y el desamparo son considerados como consecuencia de la ausencia del pariente desaparecido que hubiera podido ser el “salvador” de la familia: “Cuando a mi esposo se lo llevaron, estábamos bien; él

tenía sus animales y se iba a vender. Yo buscando, buscando, ya no he podido criarlos y se han ido muriendo”. La tristeza y la pobreza están íntimamente relacionadas en el pensamiento andino y están referidas tanto a la inseguridad material como a los conflictos interpersonales que amenazan el equilibrio de la vida familiar y de la comunidad (Pedersen, 2001). La desaparición de un familiar incrementa el estado de carencia.

- *Truncamiento de los proyectos individuales de vida*, dado que las actividades de todos los miembros de la familia giran en función de la búsqueda del desaparecido. El ciclo vital familiar se detiene debido a la imposibilidad de poder realizar el proceso de duelo que implica una separación del objeto perdido. Todo queda detenido en espera de una verdad que permita resolver los problemas inmediatos. Las mujeres de los desaparecidos difícilmente contraen un nuevo compromiso por temor a que se reedite la pérdida, a diferencia de lo observado en estudios sobre familiares de desaparecidos en Chile, donde las parejas emigraron y establecieron nuevos vínculos (Madariaga, 1993).
- *Desmembramiento de la estructura familiar*, ocasionado por la pérdida del familiar, generalmente del padre proveedor. La carga económica que significan los hijos hace que muchas familias decidan enviarlos a la capital a trabajar o dejarlos en casa de familiares haciendo labores domésticas no remuneradas, mientras los que logran estudiar se quejan de que no pueden encontrar empleo. El trauma psicosocial de la desaparición de un familiar agudiza la ya desventajosa situación socioeconómica de los pobladores altoandinos perpetuando su marginación: “Aquí es difícil, señorita; no hay trabajo. A mí me mandaron a los 12 años a Lima, así en casa nomás he trabajado”.
- *Las mujeres, madres y esposas, asumen un rol protagónico* puesto que se hacen cargo de la búsqueda del desaparecido por razones de seguridad, dado que los varones generalmente eran detenidos, y encarna el duelo familiar: “Desde 1983 sigo caminando, ya cumplí 18 años. Seguiremos buscando, no sólo yo. Hemos estado varios, más mujeres porque los varones tenían miedo, los detenían al toque. Por eso tenían más miedo y mandaban a sus esposas o a sus suegras”. Son también ellas quienes asumen el sostenimiento de la familia y el cuidado de los hijos, pero sienten esta doble tarea como una gran carga. Notamos que *no hay*

un autoreconocimiento de sus esfuerzos en términos de logros personales, puesto que son vivenciados más bien como infructuosos.

- *El duelo familiar adquiere características particulares* y es transmitido de generación en generación. La búsqueda del desaparecido persiste a pesar del tiempo transcurrido y la familia se asegura de cumplir el mandato de no olvidarlo asignando a algún miembro este encargo, generalmente a un niño. Éste lo llora y se entristece, a pesar de que muchas veces no lo ha conocido. “No hemos movido nada, así sus cuadernos han quedado y sus ropas no le tocamos, esperamos que regrese. Mucho lo hemos buscado por las quebradas, por los cerros... Ahora cuando me muera, mis nietecitos seguirán buscando”. La pérdida de un desaparecido no tiene posibilidad de tomar el curso normal del duelo. A falta de rituales funerarios y al no poder lograr la elaboración del duelo que permitiría el entierro y el reconocimiento social de la pérdida, las familias de los desaparecidos han implementado defensas que sostienen *mecanismos de negación ante la muerte*. Esto las lleva a mantener los objetos, documentos y ropa del desaparecido en los lugares donde se encontraban, lo cual les permite mantener viva la memoria de su familiar: “Hasta sus ropas están sobre sus herramientas, para que cuando vuelva ahí nomás las recoja. ¿Dónde estará? Siempre lo esperamos... He puesto su foto, y cuando la miro lloro, cuando me ven mis otros hijos también se ponen a llorar. Si tuviera su tumba le llevaría su florcita, su vela, pero así no hay calma, siempre nos acordamos. A veces nos dicen que pueden estar en la selva, en unos túneles los han visto”.
- *Trastornos mentales (ansiedad y depresión) y secuelas postraumáticas*. Según un estudio realizado en Huanta (Pedersen 2001), las familias que han sufrido mayor grado de exposición a la violencia tienen mayor presencia de estos síntomas. Como hemos mencionado, en el caso de las familias de los desaparecidos se instala un *duelo familiar* con características particulares. Esto, aunado a la estigmatización por parte de la comunidad debido a la sospecha de que el desaparecido podría estar implicado en actividades terroristas, hace que en muchos casos los familiares no denuncien la desaparición. Así, a la traumatización extrema con frecuencia se suma el *aislamiento social* que paraliza a las familias.

- Debido a la exposición a eventos traumáticos y a la imposibilidad de las familias de ofrecer espacios de seguridad y protección, la energía psíquica de sus miembros, especialmente de los niños, ha tenido que redirigirse hacia la vigilancia, *impidiendo el desarrollo de sus recursos potenciales*. Es así que una queja frecuente de los niños es la imposibilidad de estudiar. En el caso de las madres, se lamenta la incapacidad de responder a las necesidades básicas de la familia: “Sin mi esposo mis hijitos lloran, no pueden ni estudiar, no me alcanza. Si él estuviera no sufriríamos tanto. No tenemos para comer, a veces agüita con té. Cuando él estaba nada nos faltaba. No era borracho, así nomás con nosotros andaba”.
- Esta situación ha generado en los niños *sentimientos de inseguridad y desvalimiento*. Experiencias terapéuticas con niños migrantes de Huanta concluyen que éstos sienten que no cuentan para los adultos, que nada está bajo su control. Para ellos la violencia no solo es aquella que se expresa en las muertes entre las cuales ha discurrido su vida, sino es también la de las circunstancias dramáticas en las que ésta transcurre sin que sean capaces de dominarlas.
- En el caso de los hijos adolescentes de detenidos desaparecidos, encontramos *fallas en el proceso de individuación*, que a su vez afectan el proceso de formación de identidad y del propio *self*. Si bien la adolescencia es el momento en el que deben concretarse los procesos de diferenciación al interior de la familia, los familiares de los desaparecidos no pueden tolerar la individuación de los hijos adolescentes porque ésta reedita sentimientos de pérdida y duelo no elaborados.

Los jóvenes son confrontados con expectativas y mandatos que suelen ser contradictorios entre sí: no abandonar a la madre, recuperar al ser querido perdido o luchar por ello con tenacidad (“Si yo me muero, señorita, mi hijo es el que va a seguir con la lucha por encontrarlo”), actuar el odio de los padres y vengarse, sustituir al objeto perdido e idealizado asumiendo funciones maternas y paternas de acogida y satisfacción de las necesidades materiales y afectivas de la madre o padre: “Este mi hijito [refiriéndose al hijo desaparecido], el más estudioso era, ya estaba por terminar sus estudios. Si él estuviera nos podría dar siquiera algo, no estaríamos tan pobres”.

Los hijos deben ser exitosos, pero contradictoriamente el éxito es sentido por la familia como un abandono.

Conclusiones

Al haber sufrido eventos extremadamente traumáticos, las familias de los desaparecidos pierden sus funciones protectoras y articuladoras, lo cual impide el desarrollo de sus miembros, quienes tienden a la dispersión.

La estructura familiar se organiza en torno al trauma y el duelo no elaborado. Se establecen límites rígidos hacia el exterior y difusos (o dispersos) hacia el interior. Rígidos, por el temor a nuevos compromisos, y difusos, por la fuerte dependencia afectiva que es canalizada hacia los miembros de la familia, donde los intentos de diferenciación son vividos como reedición de la pérdida sufrida.

El trauma experimentado en las familias altoandinas puede ser considerado no solo como resultado de la violencia política de estas dos últimas décadas, sino también como un producto de estresores múltiples, muchos de ellos de tipo estructural (extrema pobreza, desigualdad social y exclusión), los cuales persisten en sus comunidades desde hace más de cuatro siglos.

Según Carlos Iván Degregori (1996), la guerra afectó un conjunto de instituciones importantes para el campesinado quechua ayacuchano, en especial la familia extensa, la comunidad, las normas de reciprocidad, la jerarquización etaria, los rituales, las fiestas y la dimensión religiosa en general. Paradójicamente, las víctimas de la violencia se están organizando actualmente en función del fortalecimiento de su cultura (música, fiestas y rituales) evidenciando la existencia de una mayor cohesión social y una mejor distribución de las tareas productivas y de autodefensa entre todos los miembros de la comunidad. Por ejemplo, la preservación de la seguridad es tarea de todos.

Hoy las mujeres quechuhablantes se reivindican en función de su género, tienen causas que sostienen en su lucha, y se han organizado en asociaciones para acompañarse en las caminatas, plantones, denuncias y trámites, como las señoras de ANFASEP, quienes son el grupo objetivo del trabajo terapéutico que hemos descrito aquí. Estas redes comunitarias han favorecido el soporte social ante la pérdida; las familias que quedaron en los pueblos y no emigraron a la ciudad

cuentan con una red de sostén mucho más sólida. El clamor que se escucha en estos grupos: “Vivos los llevaron, vivos los queremos”, ha sido escuchado también en otros países latinoamericanos que han sufrido estos crímenes.

Referencias

- Defensoría del Pueblo (2001) “Las voces de los desaparecidos: testimonio de los familiares”. Lima, Perú.
- Degregori, C. I. (1996) *La derrota de Sendero Luminoso*. Lima, IEP.
- Dughi, P. (1995) “Trastorno de estrés postraumático”. En: *Salud mental, infancia y familia*. Lima, UNICEF-IEP.
- Herman Lewis, J. (1992) *Trauma and Recovery. The Aftermath of Violence: from Domestic Abuse to Political Terror*. Nueva York, Basic Books.
- Hernández, M. (2000) “Democracia y salud mental”. Ponencia inédita presentada en el Colegio Médico del Perú.
- Laplanche, J. y J. B. Pontalis. (1977) *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, Labor.
- Madariaga, C. (1993). *Detenidos desaparecidos en una comunidad rural: daño psicológico y psicosocial*. Chile, Centro de Salud Mental y Derechos Humanos (CINTRAS).
- Martín-Baró, I. (2000) “La tortura y otras violaciones de los Derechos Humanos”. En: *Actas del I Seminario Latinoamericano y del Caribe*. Guatemala, octubre 2000.
- Rojas, P. (1992) Carta dirigida a Louis Joignet, Relator Especial Contra la Impunidad, el 9 de julio de 1992.
- Pedersen, D. (2001) “Violencia política y salud en las comunidades altoandinas de Ayacucho, Perú”. Ponencia inédita presentada en el VI Congreso Interamericano de Ciencias Sociales organizado por la Universidad Cayetano Heredia, Lima.

Lima, abril de 2002

Un desaparecido que aprisiona, un duelo que condena

Victoria Pareja

Las siguientes reflexiones surgen a partir del trabajo de acompañamiento que desde hace un año venimos realizando con los familiares de desaparecidos en Ayacucho.

La desaparición forzada es una situación traumática extrema en la medida que es provocada conscientemente por un semejante, dejando como secuela un daño psicológico en los familiares de las víctimas. Otra particularidad de esta circunstancia es que a diferencia de las situaciones de guerra, cuando el trauma puede ser vivido con aceptación patriótica, en el caso peruano se trata de inocentes que raras veces estaban comprometidos con un partido o causa patriótica formal. La experiencia que reseñamos aquí constituye una situación de violencia y de atropello a los valores, particularmente a uno de los derechos más sagrados del ser humano, que es el de dar sepultura al ser querido. Es importante señalar que las secuelas son mucho más graves porque no se trata de un trauma producido por una situación accidental sino de las consecuencias de una intención política en una el contexto de una sociedad que podríamos llamar patológica. Uno de los hitos del ciclo vital de toda familia como es la muerte de uno de sus miembros, queda así abruptamente impedido de establecerse, con el agravante de ser un secreto al servicio del poder.

Cuando iniciamos el trabajo con los miembros de la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados del Perú (ANFASEP) uno de nuestros objetivos era favorecer la elaboración del duelo por el desaparecido. Transcurridos varios meses, sentimos que esto solo sería posible dentro del marco de un proceso social más amplio, pues en este duelo especial la pérdida no podía adquirir la condición de definitiva. La intervención del Estado, al no reconocer la muerte de ese ser querido, lo impedía. La respuesta de las autoridades sume a las familias en el laberinto de una propuesta en la que la ausencia no puede ser nombrada como muerte o pérdida para siempre y mucho menos reconocida como tal. Este círculo resulta enloquecedor porque, por un lado, el Estado niega la desaparición y, por otro, deriva a los interesados a otras instancias a fin de que pidan información. Una vez que accedían a las instancias respectivas, se les respondía que no había noticias al respecto. Es este estilo abusivo y engañoso el que impide el proceso normal del duelo, en la medida en que sume a los familiares en una situación circular en la que abandonar la búsqueda del desaparecido significaba matarlo. El sujeto queda así atrapado por la expectativa de un retorno que se espera *ad infinitum*.

Es en este contexto que el familiar desaparecido termina adquiriendo una dimensión mítica que se entreteteje a la trama del duelo. Es fantaseado, atravesando por circunstancias penosas como hambre, abandono, soledad y dolor. “El otro día me ocurrió que vi a un hombre por la calle y lo seguí porque era igual a mi hijo y cuando volteó era otro”, relata una de las señoras del grupo. Otra se pregunta: “¿Cómo estará mi esposo, doctora, tal vez lo tienen encerrado en un calabozo? ... tal vez estará loco y abandonado, caminando perdido, lejos de aquí!”

Otras narraciones presentan a un desaparecido magnificado por proyecciones de omnipotencia, convertido en sujeto idealizado llamado a ser el salvador. Es al desaparecido al que se traslada todo el poder de cambio y transformación, que a nuestro juicio sería el Estado el que tendría que asumir: “Si los policías no se hubieran llevado a mi esposo, a mis hijos les hubiera podido dar educación, otra sería mi vida”. Vemos aquí las secuelas de un duelo especial, inducido por las circunstancias políticas que impiden la resolución del mismo. La liberación de la agresión que normalmente provoca la pérdida de un ser querido, en el caso de las desapariciones impide a los familiares poner su energía en nuevos objetos libidinales.

Las noticias de torturas sufridas por los desaparecidos durante la detención en los cuarteles crean en sus familiares intensos sentimientos de impotencia y culpa que los llevan a presentarse en las dinámicas grupales como cuerpos dolientes fragmentados; la verbalización de sus dolores y malestares físicos (piernas que duelen, brazos cansados, dolores de cabeza), son quizás la expresión de los procesos internos de fragmentación del grupo y a la vez representación de la vida política y social de nuestro país. Interpretamos esta presentación de sí mismos como cuerpos dolientes y fragmentados no solo como un resquebrajamiento de la envoltura psíquica que tiene que constituir el propio cuerpo, sino también como consecuencia de fallas del medio social y, más específicamente, del rol del Estado, el cual ejecutó las desapariciones fallando a su rol de protección, cuidado y preservación de la vida misma.

Riquelme (1990) señala que la situación de desaparición tiene la particularidad de producir una sensación de ausencia sin solución que hace que los familiares experimenten constantemente sentimientos contradictorios, ya que no es posible la adaptación saludable a la pérdida que se da en un duelo normal. Éste queda inconcluso por no haber un cadáver que permita resolver el proceso. La desaparición adquiere así una cualidad absurda en la que la ausencia del ser querido se convierte en crónica por no poder “matar al muerto”, como decimos en psicoanálisis. La posibilidad de un esclarecimiento a través de los testimonios y comunicaciones individuales representaría la oportunidad de darle una muerte más digna al desaparecido. Una “memoria histórica más saludable”, si cabe la expresión, debe incluir el reconocimiento de la existencia de relaciones complejas entre la vida social y política, así como respuestas individuales (fisiológicas y psicológicas) a la situación traumática de violencia. La propuesta de una memoria histórica tendría como finalidad la búsqueda de la verdad, de un saber, no por una curiosidad morbosa, como han dicho algunos, sino como parte del crecimiento mental y de la recuperación de la salud psicosocial. Desaparición y duelo son contradictorios ya que la primera implica un estado de crisis permanente en la que el sujeto queda atrapado por la expectativa de un retorno siempre esperado.

Es en este contexto que la Comisión de la Verdad y Reconciliación tiene, entre otras muchas tareas, la función de develar la verdad para abrir el camino que restaure la confianza y unos vínculos afectivos más saludables en la sociedad en general. También, a través de los testimonios recogidos, provee un es-

pacio formal para recibir el sufrimiento legitimar el duelo de una muerte que fue negada durante años. En la medida en que la desaparición constituye una afrenta a las creencias culturales relacionadas con la noción y experiencia de la muerte, la Comisión de la Verdad y Reconciliación podrá facilitar y promover que las comunidades movilicen sus recursos a fin de organizar los rituales apropiados a sus creencias.

Los estudiosos de la psicología de la familia previenen sobre la manera en que el mantenimiento de un secreto, en especial relativo al nacimiento o muerte, enrarece el clima de intercambio afectivo en la medida que implica un costo emocional alto, pues todos permanecen aterrorizados frente a las consecuencias de no mantenerlo. Si la preservación de un secreto mella las relaciones de confianza al interior de la familia, no es difícil imaginar las consecuencias que esto tiene sobre los sentimientos de confianza necesarios para la convivencia social.

Coincidimos con Elizabeth Jelin (2002) en que todo procesamiento de la historia deberá implicar el balance entre una “reconstrucción objetiva y un conocimiento que permita el procesamiento no solo de la información sino de los afectos, empatía y cuestiones de valor”.

Bibliografía

- Jelin, E. (2002) *Los trabajos de la memoria*. México, Siglo XXI.
- Rappaport, E. A. (1968) “Beyond Traumatic Neurosis: A Psychoanalytic Study of Late Reactions to the Concentration Camp Trauma”. *International Journal of Psychoanalysis*, 49:719-731.
- Riquelme, H. (1990) *Era de tinieblas: Derechos humanos, terrorismo de Estado y salud psicosocial en América latina*. Buenos Aires, Nueva Sociedad.

Lima, abril de 2002

La virtud del combatiente*

*Ruth Kristal de Burstein
María del Carmen Raffo*

*Gris es la teoría,
verde el árbol de la vida.*
GOETHE

En mayo del año 2001, el Centro de Atención Psicosocial (CAPS) convocó a un grupo de hombres y mujeres para intercambiar ideas acerca del liderazgo y la violencia. La elección del tema fue motivada por nuestro trabajo clínico con personas que han sido afectadas por la violencia política, el cual nos ha permitido observar una amplia gama de matices en el liderazgo y cuestionarnos acerca de las motivaciones psicológicas más profundas del mismo, en particular, del liderazgo femenino.

A menudo nos encontramos con mujeres entregadas a un compromiso con el bien común, que destacan públicamente y que al asumir retos a favor de otros, trascienden la satisfacción de lo personal. Sin embargo, en el Perú de los últimos 20 años también hemos visto liderazgos íntimamente ligados con la destructividad. El Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) y Sendero Luminoso captaron para sus huestes, entre otros, a mujeres dirigentes de organizaciones vecinales y a jóvenes adolescentes que tenían una preocupación social.

* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en la Conferencia Internacional “Al fin de la batalla” (Lima, noviembre 2001) y publicada en el fascículo N° 2 “Socialización de la sexualidad y género” de la serie *Al fin de la batalla* editada por SIDEA.

En el presente trabajo trataremos de analizar algunos aspectos del desarrollo afectivo de estas mujeres, como el tipo de vínculos tempranos que establecieron y cómo influyeron en el ejercicio de su liderazgo. Hemos tomado la palabra “virtud” en el sentido de destreza ligada a lo ético: acciones hacia el bien.

El psicoanálisis ha demostrado la influencia que el inconsciente, el desarrollo emocional, la sexualidad y los impulsos agresivos ejercen sobre otras manifestaciones de la vida, y también cómo influyen sobre el individuo las primeras relaciones, el medio social, la educación y la cultura. La propuesta psicoanalítica incluye la noción de conflicto entre las diferentes instancias psíquicas y sugiere que sin una suficiente resolución, no es posible acceder a niveles superiores de desarrollo emocional.

La presencia del conflicto es la que crea cierta dificultad para deslindar en el liderazgo los comportamientos y motivaciones más sanos de los que típicamente se han asociado con patología, principalmente ciertos comportamientos de sacrificio vinculados con el masoquismo. Freud desarrolló su teoría destacando el impacto que producen las diferencias sexuales anatómicas, sugiriendo que en la niña esta diferencia suscita una envidia del pene “natural” y con ello una profunda herida narcisista. En consecuencia, decía Freud, desarrolla características compensatorias de pasividad, masoquismo, narcisismo y dependencia, que son un intento de adaptación y de restitución. Estudios posteriores ofrecen otra perspectiva sobre la psicología en general y sobre la psicología femenina en particular que permite considerar otras posibilidades.

La polaridad femenino/masculino, que incluye el concepto de identidad de género, organiza la autoimagen del individuo, constituye una parte importante de la identidad del sí mismo. Femenidad y masculinidad son constructos paralelos, cada cual con sus aspectos creativos y limitantes, pudiendo aflorar en el transcurso del desarrollo la envidia del órgano del sexo opuesto (Meyers, 1994). Entendemos que la envidia está más relacionada con la atribución de significado simbólico del órgano sexual que con lo concreto del mismo.

El contenido de la feminidad y de la masculinidad varía de acuerdo a la cultura y también en relación a la calidad de la relación objetal temprana. Se ha observado una tendencia femenina a la comunión, a la conexión y a la preocupación por los demás en contraste con una tendencia masculina a la autonomía, la separación y a la instrumentalidad (Bakan, 1966, citado por Person, 1994). Para Alcira Mariam Alizade (1996), la feminidad tiene que ver con la capacidad de

espera, el ser y estar presente, dispuesta. En la feminidad reside el poder no convencional de un orden diferente, de una disposición para transformar las dificultades de la vida en situaciones más positivas de manera creativa. En la masculinidad, lo vinculante está en hacer, tener, adquirir y producir.

Algunos autores señalan que podría ser el compromiso con las relaciones interpersonales, incluso específicamente con la maternidad, lo que organiza en última instancia la feminidad. Helen Deutsch (citada por Fabry, 1968) decía que la niña puede tener dos tipos de reacciones en la etapa edípica: inhibirse ante la prohibición —angustia de castración—, tal y como proponía Freud, o aumentar su curiosidad y sus investigaciones para proyectarlas hacia el medio.

Las circunstancias biológicas de la vida femenina como la menstruación, la pérdida de la virginidad, el embarazo y el parto, son experiencias en las que puede sentirse mucho dolor. Desde tiempos bíblicos se anunciaba: “Y parirás con dolor”. Parecería que la interpretación cultural del dolor biológico de la mujer tiene que ver con la asociación del masoquismo con lo femenino. Independientemente de ello, tanto en el hombre como en la mujer el dolor deja un registro o huella a nivel inconsciente, que podría reactivarse en momentos posteriores de la vida y transformarse en sentimientos tales como compasión y piedad o en modalidades de auxilio o en conductas patológicas.

Así, para la mujer emocionalmente estable, antes que ocuparse de sí misma la prioridad será atender a su bebé recién nacido y cuidar del bienestar de su familia, con los diferentes grados de renuncia que implican estos cuidados. En ocasiones, esta entrega puede ser desmedida y la mujer puede olvidarse de sí, lo cual la predispone a ser utilizada por otro que puede aprovecharse de ella misma, lastimarla o destruirla (Alizade, 1996). La renuncia transitoria a los instintos sexuales es requisito para alcanzar un crecimiento significativo en la vida adulta. Debemos poseer algo o haber alcanzado algo antes de poder renunciar a ello y conservar, sin embargo, nuestra capacidad y competencia. Es menester que se establezca una identidad antes de poder trascenderla. Uno debe encontrar su propio yo antes de poder perderlo (Peck, 1986).

Llama la atención que sean muchas las organizaciones comunitarias de ayuda social que tienen que ver con el sostenimiento, autoayuda y defensa de los derechos inherentes al ser humano, que están conformadas mayoritariamente por mujeres. Para tratar de explicarlo comenzaremos diciendo que no solamente el psicoanálisis ha partido de la óptica masculina para dar a sus conceptos carácter universal. Ba-

choven (1861, citado por Fromm, 1951), quien conjuga el estudio de los mitos con la óptica evolucionista de su época, propuso que esta tendencia se debía al triunfo del orden patriarcal sobre la cultura matriarcal. En esta línea, rastreó las diferencias entre la perspectiva femenina y masculina hasta los inicios de la historia humana. Para el concepto matriarcal todos los hombres y mujeres eran iguales en tanto hijos de una madre, y por último, de la madre tierra; lo más importante y digno era la vida y la existencia humana, y el objetivo de la vida era la felicidad. El modelo patriarcal gira en torno a la obediencia a la autoridad, a la ley del hombre y al predominio del pensamiento racional. En lugar del principio de igualdad del orden matriarcal apareció el concepto de hijo favorito por sus hazañas o logros, estableciéndose un orden jerárquico en la sociedad.

Pensadores más modernos como Kohlberg plantean un modelo moral de comportamiento simétrico en la vida pública de los varones, que aparentemente parte de la idea de la igualdad de condiciones entre los individuos. En este modelo no son relevantes las emociones, más aún, Kohlberg considera que interfieren con la justicia, la cual se basaría en “principios”. Gilligan opina que Kohlberg propone una ética de la justicia que no contempla las relaciones asimétricas que se establecen entre individuos potencialmente “iguales” pero cuyas circunstancias y sus posibilidades no lo son. La sociedad, de manera casi automática, ha establecido que las relaciones con los hijos, los ancianos y los enfermos, que se dan principalmente en el ámbito privado, son de competencia femenina. La conducta moral específica en estas relaciones, y por ende, de las mujeres en un amplio sector de sus actividades, no es idéntica a la ética de la justicia de Kohlberg. Por ello, Gilligan sugiere que la voz diferente que debería escucharse es la ética del cuidado, que implica la valoración de los sentimientos y de los contextos en que se presentan las situaciones y relaciones. Esta autora habla de la ética del cuidado como ética femenina, reivindicando las diferencias y particularidades de los desarrollos éticos y morales en cada género.

En la historia reciente del Perú hay ejemplos destacados de mujeres líderes en quienes podemos reconocer este compromiso con los demás. Ellas representan a miles de mujeres anónimas que luchan por el bienestar de sus colectividades y de sus congéneres. Ejercer roles de liderazgo las ha llevado a experimentar una amplia gama de emociones y sentimientos, y a enfrentar cierto tipo de problemática.

Algunas de estas lideresas fueron convocadas al conversatorio “Controversias y contradicciones del liderazgo y la violencia” organizado por el CAPS en

mayo de 2001, del cual hemos recogido el relato de algunas de sus experiencias, mientras que la voz de María Elena Moyano ha sido escuchada a través de la recopilación de notas biográficas que recogió Diana Miloslavich en su libro *María Elena Moyano: en busca de una esperanza*.

Delia Zamudio, enfermera jubilada que participó en la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), fue dirigente sindical y la primera mujer que ocupó el cargo de Secretaria sobre Asuntos Femeninos. Formó la Comisión Organizadora de la Mujer Trabajadora en el Perú (COMUT) que se instituyó en el ámbito de barrios. En 1985 participó del movimiento feminista y presentó al Congreso de la República una moción para la defensa de la mujer contra el asedio sexual. En 1990 formó la Red Nacional de Casas de Refugio para la Mujer Maltratada Física y Psicológicamente, llegando a ser su presidenta y directora. En el marco del conversatorio enfatizó el dolor que produce la violencia, vinculándola con el liderazgo y en cómo la ha tenido que afrontar:

“En el Perú es muy difícil ser líder, más si se es mujer y si se es negra. Hay violencia de género, racismo y discriminación. Se requiere de coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. El legado para la juventud es la lucha por el cambio, romper la cadena de violencia y defender los derechos del hombre, de la mujer y del niño”.

Este es el largo camino del liderazgo recorrido por Delia, quien centra sus propuestas políticas en los derechos de representatividad de la mujer y en el rechazo a la violencia que éstos pueden suscitar, violencia sentida en las dolorosas exclusiones y marginaciones no solo por ser mujer, sino también por ser una mujer negra decidida a luchar por sus convicciones. Estas dificultades ponen en relieve la persistencia de prejuicios raciales y de género: lo diferente es rechazado y se mantiene el tradicional mandato cultural que ha pretendido por siglos restringir a la mujer al ámbito de lo privado.

También Sofía Mauricio, actual Coordinadora de la Casa de la Panchita para Niñas y Adolescentes Trabajadoras del Hogar, parece coincidir con denunciar el lugar del servilismo y sometimiento que algunas organizaciones intentan asignar a la mujer:

“La violencia ha estado presente en nuestra historia, en nuestras organizaciones e instituciones. En ellas no se permite cuestionar ni opinar diferente. Es violencia no escuchar al otro, no respetar sus derechos, favorecer el servilis-

mo y el sometimiento. No toleran que la mujer sobresalga; buscan humillarla para frenar su crecimiento y liderazgo, no se facilita que estudien y trabajen”.

Sofía empezó a trabajar a los siete años como ayudante en un restaurante; luego trabajó en diversas casas de familias en su Cajamarca natal, hasta que migró a Lima a los doce años, donde siguió siendo trabajadora del hogar. Fue fundadora de la Coordinadora Sindical de Trabajadoras del Hogar de Lima Metropolitana y posteriormente de la Coordinadora Nacional de Sindicatos de Trabajadoras del Hogar, con el objetivo de proponer leyes de protección a la trabajadora del hogar al Congreso de la República. Fundó también el Centro de Capacitación de Trabajadoras del Hogar y fue responsable del programa radial “Soncowarmi” (“Corazón de mujer”). Luego decidió enfocar su trabajo en el apoyo a las niñas y adolescentes, coordinando la Casa de la Panchita para Niñas y Adolescentes Trabajadoras del Hogar, donde se les ofrece apoyo legal y psicológico.

¿Qué impulsó a estas mujeres a salirse del mandato tradicional? Culturalmente se habla del amor vinculado a la maternidad y se han creado mitos, idealizaciones y satanizaciones sobre esto. Rilke (1904, citado por Alizade, 1996) sostiene poéticamente que “el amor se transforma en un buen pretexto para crecer y para desarrollarse”. Ya Bachofen señalaba que la mujer aprende a traspasar el amor a su propio yo hacia otro ser (su hijo) y dirigir sus facultades, devoción e imaginación a cuidar, preservar y embellecer su existencia, actitud que ha permitido sentar las bases de la civilización.

El deseo de ser madre, tan valorado en algunas culturas, épocas y circunstancias y tan rechazado en otras, es un tema de reflexión para la generación actual. Algunos grupos de mujeres han considerado la maternidad alienante o reaccionaria y rechazan de plano la posibilidad de ser madres; otras consideran que la maternidad es compatible con una participación social y laboral más activa. Para otras, el derecho de elegir muchas veces no depende de ellas mismas y en muchos casos ni siquiera pueden llegar a cuestionarse. Las mejoras en las condiciones de vida por las cuales la mujer ha luchado —como el aumento de guarderías y escuelas infantiles, la participación de los hombres en la crianza y en las cargas del hogar, etc.— colaboran en la decisión de quienes eligen la maternidad. Es para ellas importante y aun indispensable vivenciar la maternidad para sentir la experiencia femenina en toda su complejidad (Kristeva, 1993). Por otro lado, Peck (1986) considera que el amor verdadero trasciende las fronteras del propio yo

pues supone la extensión de los límites de uno mismo hacia el objeto amado, el cual nos atrae lo suficiente para que nos entreguemos y nos comprometamos con él.

La seguridad básica y la elevada autoestima de la mujer se basan en una identificación temprana con una madre competente y todopoderosa y en la noción de creatividad y productividad innatas en tanto madres potenciales (Meyers, 1994). Para que la mujer pueda amar y permitirse ser amada, necesita desembarazarse de sus conflictos primarios con los padres y acceder a un nivel que Alizade llama “estar en sí armónico”, que junto a la capacidad de trasponer los límites del yo hacia el otro parecería favorecer el liderazgo creativo (Alizade, 1996). Sin embargo, la diversidad de roles en los que incursiona la mujer actual, complejiza su tarea y le genera conflictos internos. En ocasiones, adopta posiciones extremas, ya sea quedando visiblemente expuesta o menospreciando la norma y/o arriesgando la vida.

Así como la sexualidad de la mujer ha sufrido represión, la expresión de sus tendencias agresivas tampoco han sido culturalmente aceptadas. Se le ha exigido que inhiba y transforme dichas manifestaciones, sublimándolas en tolerancia y paciencia. Esto nos lleva a otro problema teórico: ¿Qué es la sublimación? La sublimación es un concepto acuñado por Freud en constante cuestionamiento. Explica actividades “de resorte” que se diferencian de las actividades llamadas “adaptativas” por sus aspectos de originalidad y creatividad, como es el caso de la actividad artística y la investigación intelectual. Aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual. Se dice que la pulsión se sublima en la medida que es derivada hacia un nuevo fin no sexual y apunta hacia objetos socialmente valorados. Si bien la hipótesis de la sublimación fue enunciada a propósito de las pulsiones sexuales, Freud sugirió que también podrían sublimarse las pulsiones agresivas (Laplanche y Pontalis, 1983).

Contradictoriamente, las actitudes femeninas de paciencia y tolerancia han sido asociadas y descritas, de acuerdo con las propuestas iniciales del psicoanálisis, como masoquismo amoroso, dejando de lado la influencia del mandato cultural. Si bien se ha avanzado en diferenciar las características de la mujer, el mandato cultural de recato e inhibición impuesto por generaciones ha llevado a muchas mujeres a adoptar actitudes distintas.

Ejemplo de esto es Susana Villarán, educadora, periodista y militante de izquierda desde su juventud. Trabajó durante diez años en comunidades cristianas

haciendo programas radiales locales, así como en el Instituto de Defensa Legal. Entre 1995 y 1997 fue Secretaria Ejecutiva de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos. Miembro del Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos, fue Ministera de la Mujer y Desarrollo Humano durante el gobierno de Transición entre noviembre del 2000 y julio del 2001, y actualmente participa en programas televisivos sobre temas de política y actualidad.

Susana recuerda el apoyo que siempre tuvo de sus padres y el trabajo social que realizó su madre orientado a la protección del binomio madre-niño. En el conversatorio sobre liderazgo y violencia antes mencionado, explicó cómo muchas mujeres pudieron superar el mandato cultural tradicional:

“Hay silencios obligados que nos enseñan a escuchar y a compartir con otros sus experiencias. Escuchando sus historias fuimos haciendo una memoria colectiva. Escuchar, pero también salir del silencio, saber qué piensan otros, qué necesitan otros, qué aporta cada quién en el grupo, es básico en un líder democrático”.

En aras de “una buena causa”, pueden encontrarse actitudes que van desde el heroísmo, la renuncia, el sacrificio, hasta la destructividad. Individual y socialmente hay una tendencia a crear una polaridad entre el bien y el mal, y a poner lo malo afuera de uno. Hay circunstancias en la vida del individuo o de la sociedad que llevan a situaciones límites, en las que aparece la posibilidad de que el individuo se transforme en héroe o en chivo expiatorio. La sociedad necesita de héroes y de víctimas para mantener y perpetuar la memoria social (Benyakar, 2001).

Existen mujeres que desarrollan cualidades y recursos creativos para ejercer roles de liderazgo, hay otras que aun desarrollándolos se han visto envueltas en identificaciones sadomasoquistas como, por ejemplo, mantenerse unidas a un compañero alcoholizado que las maltrata y frente al que no logran responder. Los recursos y la capacidad de liderazgo demostrados en sus organizaciones quedan minimizados o paralizados frente a las relaciones interpersonales más íntimas, como las relaciones con los padres, pareja e hijos.

Francisca puede ayudarnos a ejemplificarlo. Ella fue dirigente de los comedores populares de su asentamiento humano durante más de diez años y fue amenazada de muerte por Sendero Luminoso, por lo que tuvo que salir al exilio.

A su regreso, se puso en contacto con el equipo de psicoterapeutas de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos. Al iniciar su psicoterapia dice:

“Mi compromiso era con el pueblo. Mi familia no sabía que estaba metida en la organización de los comedores populares. Ahora estoy desligada de ellos. He dado valor a otros pero siento que los que ahora me apoyan no me van a llenar este vacío, y ahora me derrumbo. Mi autoestima me ha estado abandonando, he pensado únicamente en los demás y me he echado a mí misma por la borda”.

A través del proceso psicoterapéutico, Francisca logra reconocer que es una de tantas mujeres con historia de violencia familiar:

“Mi papá nunca nos brindó cariño de padre, le pegaba a mi mamá. Ese rechazo siempre ha estado latente y he tenido mucho resentimiento. Mi esposo siempre fue agresivo y violento, dominaba mi carácter, quiso amedrentarme por el miedo. No me valoraba, me celaba, me sacaba de las reuniones. Cuando era dirigente, nunca me apoyó. Mis hijos decían que yo era una coronela en la casa, los castigaba, les pegaba. Ya no quisiera hacerlo, tampoco tener responsabilidades ni ser líder. Ahora mis hijos no me ven, no saben dónde estoy. Nunca he decaído, yo daba valor a otros. Aunque esto no me va a vencer, ahora necesito que me den valor... Me siento en deuda con mis hijos porque no les he dado mucho de mi tiempo, se lo he dado al pueblo”.

Hay mujeres que rechazan la maternidad como fuente de satisfacción o de realización personal y vuelcan en sus organizaciones todos sus intereses. Muchas de las mujeres que respondieron al modelo de fanatismo revolucionario (MRTA o Sendero Luminoso) abandonaron a sus hijos y algunas optaron por conductas crueles, incluso criminales. La imposibilidad de sentir culpa frente a la trasgresión y el sometimiento a códigos psicopáticos, sádicos y corruptos, determinaron que los miembros de estas organizaciones operaran fuera de la ley. Defender al padre supremo o líder mesiánico y a su discurso omnipotente y “salvador” sin dudas ni cuestionamientos, resulta fundamental y ocurre por una sobreestimación perversa y/o por el abandono de la capacidad crítica en beneficio de otro o de una ideología (Hornstein, 1988).

Ejemplos de liderazgos enfermizos en los que el líder se ubica en el rol salvador y mesiánico podrían ser Fujimori, Montesinos o Abimael Guzmán. La fic-

ción de su omnipotencia y la ilusión de su infalibilidad los dominaba. Muchas de las mujeres que engrosaron las filas de la militancia extremista buscaban reconocimiento, respeto y admiración de sus compañeros varones demostrando ser capaces de conductas tanto o más crueles que las de ellos. Sin embargo, muchas veces encontramos que su motivación principal estuvo vinculada con la protección y enaltecimiento de su líder mesiánico por quien estuvieron dispuestas a morir. Así, hemos podido ver a Feliciano o Abimael escoltado por su “guardia personal” femenina. También permanecen en nuestra memoria los apasionados argumentos y la defensa que lidiaba con la irrealidad, que mostraron las mujeres que defendieron a capa y espada a Fujimori y a Montesinos.

Para otras mujeres, la incorporación a movimientos radicales que optan por soluciones extremas tuvo otras motivaciones. Cuenta Felipa:¹

“Hablaban de una sociedad nueva, de igualdad, y sobre todo de una moral nueva, donde no iba a existir la infidelidad en la pareja ni el abandono de los hijos, ni el engaño; además, tenía mucho miedo y siempre me ha costado decir no”.

Ella tiene 38 años, es casada y madre de un niño de 10 años y ha sido miembro del movimiento terrorista Sendero Luminoso. Su participación consistió en trabajar en el área de salud de Socorro Popular, donde cuidaba de los enfermos y heridos de guerra conjuntamente con personas especializadas: médicos, enfermeras, obstetricas, etc. Felipa ahora reconoce el nivel de postergación al que llegó:

“Ya había desaparecido como persona, solo era una máquina de curar gente, a ellos no le importaba nada más. Allá los hijos no eran de las madres, eran de la organización, la familia era el partido, yo no valía nada”.

Felipa fue una niña abandonada por sus padres. Vivió con su abuela en Ayacucho hasta los tres años, y a los nueve retornó al hogar paterno. Cuando era muy joven, los “sinchis” asesinaron a su abuelo materno en una incursión en un pueblito de la sierra de Ayacucho. Su tío más cercano también desapareció luego de ser detenido por la policía. La pérdida de estas dos figuras fue devastadora para la

¹ Material clínico gentilmente proporcionado por Yovana Pérez Clara, amiga y colega del CAPS.

familia, en especial para Felipa. Recuerda que no pasaba mucho tiempo con su madre y que ésta le pegaba con bastante frecuencia. Era una mujer irascible y explosiva. El padre es recordado como una figura más cercana afectivamente hasta que abandonó la casa cuando Felipa era adolescente. La separación fue difícil para todos; ella y su hermana trataban de mediar en las discusiones de sus padres, pidiéndoles a los dos que se dieran un tiempo para pensar en la separación. La madre interpretó esta actitud como una intromisión a favor del padre dados los continuos reproches que sus hijas le hacían, y las expulsó a ambas de la casa. Meses después, Felipa y su hermana se enrolaron en Sendero Luminoso.

Creemos que involucrarse en esa organización terrorista fue una manera abierta de vengarse de la muerte de sus dos familiares y la posibilidad de encontrar una nueva familia, terrible pero protectora, que encarnaba además la promesa de un vínculo personal diferente. Fue también una renuncia altruista a favor de los otros que la borraba como persona deseante, que le permitió enmascarar sus impulsos hostiles, deseo de venganza, envidia y agresión. Posiblemente la identificación con un grupo criminal fue la manera que encontró para tramitar estos impulsos anteriormente negados

Compartir un espacio y normas implica el reconocimiento de límites. El sentimiento de culpa en la teoría freudiana supone, más allá de la identificación con el padre, la aceptación de una ley y del temor a las consecuencias frente a la trasgresión. Con ello se logra acceder a la conciencia del bien y del mal y se llega a un estadio más elevado del desarrollo.

Rosa María Mujica, Coordinadora del Instituto Peruano de Educación por los Derechos Humanos y la Paz, considera que su compromiso con los demás nació, sin duda, en su familia:

“Mis padres fueron dos personas de gran sensibilidad social y compromiso activo con los que menos tenían y nos enseñaron el valor de la solidaridad, del respeto al otro y la defensa de la justicia, no solo con palabras sino con su propio trabajo y compromiso efectivo. Desde pequeña acompañaba a mi madre en su trabajo en las barriadas de entonces, y ella estimuló mi trabajo en la cárcel de mujeres, con los niños de las barriadas, etc. Este compromiso se acentuó en el colegio. Con las religiosas del Sagrado Corazón iniciamos un trabajo de alfabetización y catequesis en los barrios. En la universidad, el compromiso se tornó más político”.

Ella ha sido Secretaria General de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos entre los años 1992 a 1994 y, como tal, fue quien convocó a nuestro equipo de psicoterapeutas para que brindemos atención psicológica a las víctimas de la violencia política. Participó en el conversatorio “Controversias y contradicciones del liderazgo y la violencia” organizado por el CAPS en mayo de 2001 y es en base a las ideas allí expresadas que hacemos estas reflexiones: “Hay que crear líderes diferentes que promuevan la transformación y el desarrollo para todos, no solo en lo racional, sino también en lo afectivo”.

María Elena Moyano, Secretaria de Organización y Presidenta durante varios períodos de la Federación Popular de Mujeres de Villa El Salvador, fue elegida como Teniente Alcaldesa de la Municipalidad de Villa El Salvador en 1989. Nació el 29 de noviembre de 1958 en el distrito de Barranco, Lima, y junto a su madre y hermanos inició la colonización de lo que ahora es Villa El Salvador. En unas notas autobiográficas recordaba que “conservaba bonitos recuerdos de su padre y su familia hasta los cinco años”, cuando sus padres se separaron; también su frustración y el miedo que sintió el primer día en que fue con su madre a los arenales de Villa El Salvador y levantaron su choza de esteras. La actitud determinada y soñadora de su madre marcó la pauta que ella seguiría más adelante: “Ya nadie nos iba a botar de casas alquiladas y algún día allí construiríamos nuestra propia casa”. Se podía enfrentar el miedo y soñar...

María Elena inició su actividad en favor de su comunidad desde muy joven. “Éramos cincuenta jóvenes de diferentes grupos residenciales... con ganas de hacer algo por nuestra comunidad”. Su convicción y trabajo por cambiar la sociedad y acabar con las injusticias no le impidió soñar con tener un hijo “para formarlo y educarlo” y darle todo lo que ella no pudo tener. Ser madre fue para ella “una experiencia maravillosa” que le permitió tomar conciencia de los múltiples roles de la mujer y de la marginación de la que es objeto. Además, le permitió comprender que, aunque trabaje fuera de casa, la mujer tiene que continuar asumiendo tareas del hogar.

Para “defender a las madres de la manipulación de (otras) instituciones” fundó un club de madres y después la Federación Popular de Mujeres de Villa El Salvador que posteriormente se encargaría del Programa del Vaso de Leche y Comedores Populares. Creía en la fortaleza de las mujeres y en lo que estaban construyendo: “No hay que tener miedo —decía—, buscamos el bienestar de la

gente, la solidaridad, la justicia... No basta el discurso radical ni las calumnias... Los hechos son los que lo demuestran..." (Miloslavich, 1993).

Muchas líderes anónimas, combatientes del día a día, como María Elena, representan a tantas peruanas que continúan con esa labor, preparando y compartiendo un plato de comida en su olla común o repartiendo un vaso de leche a sus niños. Sostienen sus hogares y sus organizaciones transformando creativamente en esperanza las condiciones adversas en las que viven. Han hecho frente a sistemas corruptos o destructivos, poniéndose a la vanguardia de la denuncia, funcionando a pesar de las dificultades, de las amenazas, de los peligros. Ni Sendero, ni el MRTA ni el gobierno, han logrado anular su empeinado vínculo con la vida.

Los apuntes autobiográficos de María Elena Moyano nos permiten corroborar estas diferencias y acercarnos al sentir de muchas de estas valientes mujeres a quienes ella representó y representa. Su enfrentamiento abierto contra la opción terrorista fue conocido. Cuando apareció Sendero Luminoso, ella pensaba que era un grupo que intentaba luchar por alguna justicia con métodos equivocados. Pero cuando empezaron a matar a dirigentes sindicales y populares repudió con mayor firmeza sus métodos. Las mujeres que ella lideraba salieron a las calles con inequívocas consignas: "Contra el hambre y contra el terror" (Miloslavich, 1993), porque diferenciaban claramente entre la lucha por la justicia y el asesinato o el terror. En un primer momento Sendero Luminoso trató de silenciarla desprestigiándola con insinuaciones de que ella compartía sus prácticas destructivas, frente a lo que respondió enfáticamente: "Lo que construí con mis propias manos jamás lo podría yo destruir... ¡Viva la vida!" (Miloslavich, 1993).

A través de un poema que escribió en enero de 1992 podemos sentir sus temores:

*Ayer tuve a la muerte cerca
al ver a la familia de Andrés Sosa,
a sus hijos que se desgarraban de dolor,
de impotencia,
sentí la muerte cerca.
Más cerca que antes.
Comprendí qué difícil es el sacrificio.
Pensé en mis hijos, mi vida y mi historia,*

*pero cerca de la muerte sentí el amor,
este amor que ahora siento por ti,
mis hijos y mi pueblo,
y volví a sentir la vida cerca de mí.*

*Pensé que pese al dolor profundo que pudiera dejar,
siento que ya viví lo mejor de mi vida...*

Sendero Luminoso no aceptó lo que ella representaba: la esperanza para un país cansado de violencia y una opción creativa de solidaridad y de justicia vinculada con la vida. Como no pudo callarla difamándola, María Elena Moyano fue brutalmente asesinada y su cuerpo dinamitado por Sendero Luminoso el 15 de febrero de 1992. La indignada y dolida respuesta colectiva y popular fue un contundente rechazo al terror senderista reflejado en la presencia de cerca de trescientas mil personas acompañando su féretro hacia su última morada (Miloslavich, 1993).

En una de sus últimas reflexiones María Elena escribió:

“Les dejo un mensaje de esperanza a las mujeres organizadas que han tenido la experiencia de muchos años y han sabido sacar adelante y de frente a la organización: que recojan ese aliento, que nosotros también sabremos recoger este movimiento emergente de mujeres nuevas... Pero esto no debe quedarse solamente ahí. Tenemos que avanzar”.

Consideración por el otro, reconocimiento de la responsabilidad personal, espacios compartidos de respeto, reflexión, conciencia de límites y necesidad de trascender, parecen ser los ingredientes fundamentales que marcan la diferencia entre el liderazgo sano y el patológico. La preocupación por el otro, el respeto por la norma, el reconocimiento de la propia responsabilidad, resultan ajenos y extraños a los líderes enfermizos. Da la impresión de que se sienten compelidos a corromper o destruir cualquier tipo de orden y a quienes, respetando la norma, se interponen en su camino, pudiéndose sentir amenazados por ello.

Lo que en este trabajo queremos destacar, en base a lo antes señalado y a nuestra experiencia clínica con personas afectadas por la violencia política, es la influencia crucial que tienen los lazos tempranos con la madre, la calidad y continuidad de ese vínculo primario, la conformación familiar, las imágenes e identi-

ficaciones paterna y materna en el desarrollo posterior del individuo y en el tipo de liderazgo social que eventualmente podría llegar a ejercer. Cuando la madre trasciende el espacio familiar y despliega su empatía en el medio social que la rodea, sirve de modelo de identificación para la niña o el niño, quien muchas veces tenderá a imitar este modelo en el futuro. Si este lazo es empático y sintonizado, la identificación de la niña con su madre la llevará a adoptar la ética del cuidado como su ética relacional, pudiendo desempeñarse de manera creativa y vinculada con la vida, además de lograr una sólida identidad.

En los ejemplos que hemos presentado podemos ver que la madre ha tenido un rol determinante en la inserción social de sus hijas, ya sea de manera positiva o negativa. Así, cuando el modelo es de ayuda al prójimo, las hijas e incluso algunos hijos han continuado ejerciendo roles de liderazgo y entrega en el trabajo por su comunidad.

Algunas de las mujeres de las que hemos hablado en este trabajo han desarrollado destrezas ligadas a lo ético en su lucha cotidiana por el bien colectivo, demostrando ser combatientes por la vida. Como ya señalamos, estas cualidades son características de la virtud íntimamente ligada a la ética del cuidado.

Cuando la madre no logra sintonizar con las necesidades de su bebé y además de ello es impaciente y agresiva, cuando el maltrato de la madre hacia la niña o el niño determina la relación, los aspectos destructivos van a cobrar un rol principal, pudiendo ser volcados hacia sí misma, hacia su prole o hacia la sociedad; la niña (o niño) incorpora la violencia a su manera de ser, tendiendo a repetir dichos patrones de conducta. En algunos de los otros ejemplos a los que nos hemos referido vemos que cuando la madre se comportó violentamente con sus hijas muchas de ellas repitieron la violencia, no solo al interior de su hogar sino hacia la sociedad, optando por posturas más radicales y destructivas, incluyendo la autodestrucción.

Si bien estas identificaciones y posteriores desarrollos son también válidos para los liderazgos masculinos, la predominancia de mujeres al cuidado de los otros en diversas áreas de la sociedad corrobora que la ética del cuidado, la preocupación por el otro y la trascendencia hacia lo social, son características más femeninas que masculinas y determinan una forma de relación particular con los otros y con la sociedad. La continua lucha por sacar adelante los hogares y el combate cotidiano del día a día en sus comunidades son realizados con coraje y

valentía por miles de mujeres que trascienden su yo en pro del otro, constituyéndose en pilares centrales para el desarrollo de nuestra sociedad.

Bibliografía

- Alizade, A. M. (1996) *Tiempo de mujeres*. Buenos Aires, Letra Viva.
- Benyakar, M. (2001) Comunicación personal.
- Raffo, M. C. (1998) *Frente al espejo vacío: un acercamiento psicoterapéutico a la violencia política*. Lima, Equipo de Psicoterapeutas de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos.
- Fabry, J. B. (1968) *La búsqueda de significado*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1981) *Obras completas*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Fromm, E. (1951) *El lenguaje olvidado*. Buenos Aires, Hachette.
- Green, A. (1993) *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Hornstein, L. (1998) *Cura psicoanalítica y sublimación*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Hullebroeck, J. (2001) “Una perspectiva psicoanalítica sobre la ruptura del sentimiento moral”. Trabajo inédito presentado en el VII Congreso Peruano de Psicoanálisis, Lima.
- Kristeva, J. (1995) *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid, Cátedra.
- Krebs, A. (1994) “La ética feminista, una crítica sobre la incondicionalidad discursiva”. *Areté*, vol. 6, N° 2. Lima, PUC.
- Laplanche, J. y J. B. Pontalis (1983) *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona, Labor.
- Lemlij, M. y C. Morales (comp.) (1992) *Sobre feminidad*. Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Malher, M. S. (1977) *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires, Marymar.
- Meyers, H. (1994) “El trabajo analítico por y con mujeres: complejidad y reto”. En: *Mujeres por mujeres*. Moisés Lemlij (ed.). Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Miloslavich, D. (1993) *María Elena Moyano: en busca de una esperanza*. Lima, Flora Tristán.
- Peck, S. (1986) *La nueva psicología del amor*. Barcelona, EMECE.
- Person, E. S. (1994) “La ‘construcción’ de la femineidad: su influencia a lo largo del ciclo vital”. En: *Mujeres por mujeres*. Moisés Lemlij (ed.) Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.

Lima, agosto de 2002

Lucas: La huella de la madre

Martba Stornaiuolo C.

He tenido la suerte de conocer el trabajo “La virtud del combatiente” en su proceso de gestación¹ en manos de sus autoras: Ruth Kristal de Burstein y María del Carmen Raffo. El trabajo me gustó y me hizo reflexionar; en él las postulan la existencia de un tipo de vínculo temprano que troquela en el infante la apuesta por la vida y el fomento de la misma.

Al cabo de poco tiempo, la práctica terapéutica en la institución en la que junto con ellas y otras colegas atendemos a personas que han sufrido estragos de la violencia política en Perú, me brindó la posibilidad de recabar una viñeta que en mi opinión da cuenta de la naturaleza del vínculo al que aluden. No es a propósito de una mujer sino a través de su hijo varón que se entrevé su huella.

No es esta una presentación completa de Lucas, ni de su historia y configuración familiar e intrapsíquica; solo he querido focalizarme en algunos puntos de su relato. Las presentes líneas no dan cuenta de un momento de un proceso terapéutico de largo aliento; lo dicho por este paciente, sin duda, puede oírse

¹ El término “gestación” es usado intencionalmente.

desde múltiples niveles y perspectivas. Igualmente, las intervenciones de su terapeuta podrían realizarse desde varios ángulos.

Lucas es un hombre de 45 años que ejerció un cargo de liderazgo; aunque éste no era de índole político resultaba una posibilidad de reclutamiento atractiva para quienes sí se desempeñaban en ese ámbito dado su poder de convocatoria. Por su quehacer, Lucas tenía necesariamente conocimiento de esos personajes además de contacto con los mismos. Por no acceder a demandas de afiliación y por su potencial peligrosidad como adversario, fue objeto de un criminal ataque que por muy poco no acabó con su vida.

Desde un primer momento supe que mi intervención iba a ser muy breve; tanto el motivo de consulta (que era puntual) como el tipo de persona (autosuficiente) daban muestras de que no estaba dispuesto a comprometerse en un trabajo terapéutico de largo plazo. En la primera entrevista, Lucas relató que años atrás, en las inmediaciones de su domicilio, personas que conocía le dispararon desde muy cerca varios tiros de revólver. Le impactaron tres: uno en la pierna, otro rozó el cráneo y un tercero le destruyó una parte extensa del rostro. Permaneció tirado en el piso, en medio de un charco de sangre, inmóvil y consciente, sabiendo que si daba muestras de vida, otros proyectiles lo rematarían. Al cabo de un rato, cuando los agresores habían fugado, pidió ayuda. Al percatarse de que aún vivía, quienes estaban a su alrededor lo llevaron de emergencia a un centro médico con muy pocas esperanzas de que superara el trance.

Lucas cuenta la experiencia en forma vívida, con mucha lucidez y con resentimiento. Observo una gesticulación peculiar: la mano está cerrada, salvo el índice y el pulgar, lo que me sugiere un arma de fuego. En la tercera cita le hago notar ese gesto y él dice que es algo habitual al hablar, le resta importancia; yo insisto en que no todo el mundo acompaña su discurso con un gesto así. Ante esto Lucas comenta que, en efecto, había tenido un arma “de poco calibre y con intención disuasiva”, pero que había dejado de portarla porque le habían dicho que su verdadera protección eran las dos dirigentes mujeres que solían acompañarlo. Con respecto al arma, al ocurrir el atentado, quienes entraron a su casa se la llevaron; agrega que no quiso denunciar el ataque porque, conociendo a los perpetradores, deseaba venganza.

Relata que estuvo entre la vida y la muerte un par de días y que los médicos, quienes le daban muy pocas posibilidades de sobrevivir, solo le administraban suero intravenoso. De su cuerpo salían “ríos de sangre”, “ya no [] quedaba

sangre en el cuerpo”; a su lado otros pacientes morían y él, que estaba lúcido, se percataba de ello. La segunda noche se forzó a no ceder al deseo de cerrar los ojos porque sentía que si lo hacía no los volvería a abrir. En su deseo de vivir, la intención de vengarse fue un factor importante. Esa noche fue crucial. Decidido y rabioso, al amanecer se quitó el suero, o hizo que lo hiciera una enfermera, a quien solicitó “dos téis calientes”, que ella le trajo. ¿Sabrá ella el papel que jugó en ese momento? Al cabo de un rato llegó su esposa, a quien le pidió que le trajera pollo; desconcertada, la señora le trajo un pollo a la brasa. Pese a que la herida en el rostro le comprometía seriamente la mandíbula, Lucas se lo comió porque “ya no tenía sangre en el cuerpo y tenía que reponerla”. Con posterioridad a la ingesta, en vista del estado de su boca, se alimentó solo con “papillas” por un tiempo, pero Lucas considera que fueron esos dos téis los que le salvaron la vida.

Mientras escucho a Lucas, esos téis me quedaron resonando: té-té... Sonaba a “tetero” y, por supuesto, a “teta”. Le comento que su relato hace pensar en un volver a nacer para el que había tenido que dejar de alimentarse por un “tubo”, por un “cordón”. Parecía que esos dos téis —tan parecidos a “tú”, y había varios “tú” apoyándolo...— le habían permitido rehacer su camino desde la primera infancia. Le pregunto si le habían contado acerca de esa época. Me responde que no. Agrega que su mamá era muy reconocida en la localidad donde vivían y que no era muy cariñosa pero sí fuerte. Era partera y había ayudado a nacer a la mayoría de los muchachos de la localidad. Era bondadosa pero no “suave”. Años después podía propinar vigorosos chicotazos a los mismos niños (ya mayores) que había atendido si le alborotaban la puerta. Cuando veía que las madres carecían de dinero, que solo tenían “tecito” para el puerperio, decía: “Pobres, no tienen...” y no les cobraba la atención.

Cuando enfermó antes de morir fue Lucas quien la cuidó. Pesaba solo 20 kilos y estaba muy adolorida. Lucas siempre se ha sentido culpable porque en ese trance final —cuando ya la señora no se movilizaba y él la atendía y transportaba en brazos para lo que hubiera menester—, le pidió para beber un macerado de pisco que había preparado, que él le alcanzó. Luego de tomarlo falleció en el curso de horas.

Dado el limitado tiempo que anticipaba para el proceso terapéutico me pareció inadecuado permanecer en silencio o hacer algún tipo de señalamiento. Lucas estaba expresando (entre otras cosas) un pesar antiguo y un autoreproche atormentador. Reconocí su pena y le aseguré que de ninguna manera era responsable,

puesto que la señora ya estaba muy mal. También le dije que si pesaba solo 20 kilos, lo más probable era que el macerado haya tenido un efecto analgésico y que su mamá sabía de esas cosas. Lucas acogió el comentario con alivio, afirmando que, en realidad, por su crianza y su ocupación, su mamá conocía de remedios no tradicionales.

Lucas se ausentó en las dos sesiones siguientes pero acudió a la tercera. Adujo no haber concurrido a las citas anteriores porque había estado de viaje. Hace algunas referencias al mismo y a las actuales circunstancias de su cotidianidad, que lo limitan. Recuerda sus pasados éxitos, su coherencia con sus ideales y la lealtad que tuvo para quienes creyeron en él, tan diferente a la conducta de quienes, siendo sus conocidos, intentaron matarlo. Ahora se encuentra limitado, no físicamente sino en otro sentido: “Hay cosas que quisiera hacer y no puedo”. Le digo que el contraste entre el ayer y el hoy debe ser motivo de cólera para él, también contra los causantes de esas limitaciones. Lucas responde que cuando salió del hospital “tenía mucha cólera y ganas de venganza, ya menos. Quería salir a matarlos, sé quiénes son, a uno lo he visto y se esconde”. Le comento que son muy comprensibles esa cólera y ese deseo, ya que tras tanto maltrato casi muere, y agregó: “Pero, ¿qué se estaría haciendo usted a sí mismo si lo hace?” Lucas responde: “Cargaría con ello toda la vida”. Le digo entonces: “Me contaba la vez pasada acerca del quehacer de su mamá, de su afán por esas vidas que nacían, y usted mismo, tantos años defendiendo y apoyando personas... Es una trayectoria de años”. Lucas me cuenta que antes no hablaba con nadie de sus ideas de venganza, pero que ahora son menos. Aquí acabó el tiempo de sesión y concluyó también mi intervención terapéutica puesto que solo lo volví a ver en la institución al cabo de varias semanas, interesado más bien en que se le ayude en asuntos de salud física. Le dije que se sintiera en libertad de solicitar una nueva cita cuando lo deseara.

Reconozco en él la existencia de una inmensa rabia no cabalmente disipada; también me doy cuenta de que detrás de la preocupación por las circunstancias de la muerte de la madre, el cuestionamiento por el efecto de eso que se da y se recibe, así como la carga de ambivalencia, son muy grandes. Sin embargo, en la lucha de Lucas por la sobrevivencia, tal como me mostró en su relato, en la no consumación de la venganza, en su actividad dirigencial (no exenta de una buena dosis de narcisismo), en su cuidado de la madre enferma, incluso en la culpa que experimenta luego de su muerte, me parece reconocer esa “virtud del comba-

tiende” de la que hablan mis colegas, transmitida desde lo más íntimo hacia lo más íntimo, sin palabras, con toda la complejidad y fuerza de las entrecruzadas corrientes pulsionales que nos habitan.

Lima, julio de 2002

La verdad, una tarea difícil en el contexto de nuestra realidad

Viviana Valz Gen

*Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: “¡No mueras, te amo tanto!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.*

*Se le acercaron dos y repitiéronle:
“¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.*

*Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: “¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.*

*Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: “¡Quédate hermano!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.*

*Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar ...*

“Masa”, CÉSAR VALLEJO

El dolor que expresa Vallejo en este poema a través de la imagen del cadáver que seguía muriendo se me venía a la mente cada vez que pensaba en este trabajo. El relato de familiares de desaparecidos que desean SABER acerca de sus cuerpos es sobrecogedor. Si bien de alguna manera reconocen que han muerto, la sensación que transmiten es que en ellos, como en “Masa”, el cadáver sigue muriendo y sigue muriendo, hasta el punto en que no encuentran un nivel de certeza, una palabra que les permita cerrar esa lenta y prolongada agonía.

En ocasiones me pregunto acerca de nuestros combatientes y cómo se perpetúa su agonía mientras no encontremos como colectividad la posibilidad de hablar de lo vivido, de sostener el dolor de una batalla sin sentido, de una experiencia asociada al vacío, al dolor.

En todo caso, podemos hablar también de una batalla que recién empieza, que busca a través de la palabra, de la verdad, el reconocimiento de hechos que resultan indigeribles para el país en su conjunto. Buscamos una palabra que nos permita metabolizar y representar las experiencias asociadas a la violencia vivida en estos últimos años. “Abordar la violencia desde su perspectiva psíquica nos lleva a entender que será violento todo acto o actitud que coarte las capacidades del otro de metabolizar o representar lo sucedido” (Benyakar, 2001). En este contexto, la Verdad, la palabra, nos puede llevar al final de la batalla y posibilitar un desarrollo armonioso, alternativo, que nos acerque a la posibilidad de construir una cultura de paz.

En el escenario de la realidad peruana es posible reconocer singularidades que nos remiten a un largo proceso de marginación y pobreza que dio lugar a una batalla entre peruanos, entre los grupos terroristas y las fuerzas del orden, pero que nos afectó a todos. La colectividad nacional se vio involucrada en su conjunto, siendo además la más afectada por la violencia ejercida por los grupos terroristas así como por la brutal respuesta del Estado.

Estos procesos nos han afectado individualmente y socialmente; sus consecuencias abarcan todos los niveles de desarrollo de nuestra colectividad en una realidad fragmentada desde antes de la aparición de la violencia política de los últimos años. En este contexto, la verdad se nos plantea como una necesidad. Nos recuerda a la añoranza por la certeza perdida del *infans* que reaparece en la actitud de búsqueda de las ciencias, la religión y el pensamiento mítico. Psicológicamente, estos puntos de certeza tienen la función de sostener la identidad y posibilitar el interés por el mundo, el deseo de saber y un desarrollo armonioso.

Sabemos que el ser humano se desarrolla en estrecha relación con el ambiente a partir de la satisfacción de su necesidad, organizada desde la falta en el cuerpo de algo, que es suplida desde el afuera, como señala Benyakar (2001). La total indefensión del *infans* al nacer le permite constatar la existencia de un adentro que necesita de un afuera para atender sus necesidades. Esto facilita la elaboración imaginativa de la experiencia física como experiencia afectiva; se trata de un proceso asociado a la constitución del psiquismo que está organizado hacia la posibilidad de integración, lo cual va a ser permitido por el cuidado que la madre le ofrece.

Es en esta relación, en el encuentro que se da entre madre y niño, que en el mejor de los casos se va creando un ambiente armonioso. Con esto nos referimos, como Winnicott¹ (1996a), a un ambiente adaptado a las necesidades del niño que permita su desarrollo emocional, esto es, al cuidado y atención con afecto y empatía que lo ayudan a metabolizar sus sensaciones transformándolas en sentimientos. Se trata de ofrecerle una experiencia hogareña primaria satisfactoria, de allí que la trayectoria de los primeros años sea decisiva para el desarrollo de una personalidad más o menos integrada. Conocemos este proceso como *socialización*, proceso que adquiere forma en el interjuego entre mundo interno y mundo externo.

En su interesante trabajo “Agresión de vida y violencia de muerte”, Benyakar comparte una interesante reflexión y precisión de conceptos que nos permite integrar algunas ideas desarrolladas en el contexto de nuestro trabajo clínico y del intento de dar cuenta del mismo. Nos recuerda la distinción que hace Winnicott (1996b) entre la *no integración* evolutiva, la *disociación*, que puede ser evolutiva o no, y la *desintegración*, que es patológica.

La *no integración* tiene que ver con la posibilidad de confiar en un ambiente que pueda dar contención a fragmentos, trozos, que están buscando integrarse, sin la sensación de desintegración. Por su parte, la *desintegración* tiene lugar en el contexto de la angustia impensable resultante de una falla del sostén en la etapa de dependencia absoluta. El caos de la desintegración puede ser tan malo como

¹ Psicoanalista y pediatra que trabajó mucho sobre la infancia, la delincuencia y las consecuencias afectivas de la guerra en la población civil.

la falta de confianza en el medio, pero tiene la ventaja de que el bebé la produce y que al no ser ambiental estaría dentro del alcance de su omnipotencia. Así, la *no integración* es entendida como un recurso, mientras que la *desintegración* es aterrizante. En la disociación, las partes no integradas del *self* pierden contacto con el proceso evolutivo que intenta organizarlas.

Creo que es este último proceso el que se ha dado en el contexto de la violencia política que hemos vivido en estos años. Vemos que la disociación organizó nuestro tejido social. Al parecer la colectividad nacional no podía aceptar la dimensión de la problemática que se estaba desarrollando por las mismas razones que la llevan, en gran parte, a seguir queriendo creer que se trata de un problema ya solucionado. Es difícil aceptar la realidad cuando ésta supera las fantasías más terroríficas y se convierte en siniestra. Podemos entender una primera actitud defensiva de negación frente al horror que produce el conocimiento de verdades terribles, asociadas a la muerte y la destrucción. De esto se ha preferido no hablar porque para la mayoría de miembros de la sociedad civil era mejor negarse a reconocer las atrocidades que estaban sucediendo, no solo por el horror asociado a ellas sino porque saber implica necesariamente asumir una posición frente a lo sucedido. Este proceso se hace más complicado cuando se trata de acciones perpetradas por las fuerzas del orden, de quienes se espera protección y cuidado, lo cual remite al proceso de transformación de la realidad cotidiana en siniestra, como ha señalado Lutenberg (1998).

El relato de Mario, de 34 años, podría dar cuenta de la dimensión siniestra que adquiere nuestra realidad. Comenta que tuvo suerte pues pudo regresar mientras que otros no lo hacen. Llega a consulta por que se siente abrumado por dolencias físicas muy intensas y en ningún servicio dan con lo que tiene; más aún, le dicen que no tiene nada. El síntoma que más le preocupa es un ahogo que lo angustia mucho porque cree que no va a poder respirar y que podría morir. Hace años que va de médico en médico, de servicio en servicio. Busca ayuda psicológica y puede hablar por primera vez de lo que vivió 17 años atrás, ya que no podía decir a los médicos lo que le había pasado porque podrían haber pensado que era terrorista.

Cuando lo llevaron detenido al estadio de Huanta pensó que no habría problema porque se esclarecería pronto que no tenía ninguna vinculación con Sendero Luminoso. Se encontró con otros jóvenes como él, muchos de ellos golpeados. Poco a poco empezó a darse cuenta de que su verdad no era escu-

chada: le preguntaban acerca de acciones de Sendero que él debía saber. Insistió en su verdad, en medio de una golpiza continua y sistemática, y fue duramente torturado. No recuerda lo que sucedió después.

Despertó en una zona cerca de Huanta, en el cauce de un huayco. Se sorprendió al darse cuenta de que no estaba solo:

“A mi costado había un muchacho, no sé cómo se llama, ni quién era, yo no sabía si de repente estaba muerto. Cómo habré llegado allí, no recuerdo, doctora. Tampoco en qué momento me desmayé, cómo me sacaron, cómo me tiraron. Lo desperté con miedo, los dos habíamos sobrevivido. Porque nos botaron, no lo sé. No sabía si alegrarme, no pude ni preguntarle su nombre, él tampoco. Nos abrazamos y lloramos juntos. Los dos estábamos en las mismas condiciones”.

Mario se encuentra con una representación de sí mismo a la que despierta como se está despertando ahora que puede hablar de lo vivido, cuando su verdad es escuchada y valorada. Los personajes de su entorno y el camino de retorno a casa se hacen cada vez más siniestros:

“Luego seguí por el cerro y me encontré con una viejita. La abuelita me preguntó qué había pasado, porqué estaba así. Le conté y ella se puso a llorar. También a mí me daba miedo... Lo que me contó me asustó aún más. ¿Por qué te han hecho esto? Tirarte acá... eso lo hacen con los muertos”.

La anciana le contó que por esos cerros amanecían cadáveres sin cabeza o sin pies, desangrándose. Le trajo un trapo para que se proteja la espalda del frío y le dio aguardiente con antalgina para que entre en calor. Mario se refiere a esta señora muy familiarmente, la llama “abuelita”, pero vemos que, en el contexto de la violencia este encuentro lo remite a una realidad siniestra, donde el horror de los relatos y las imágenes supera cualquier fantasía terrorífica.

La llegada a su casa fue horrible, cree que fue lo peor: “Estaban todas mis cosas encima de la mesa, me estaban velando. Cuando aparecí, mis hermanitos me miraban y lloraban, yo también”. ¿Qué experiencia puede ser más siniestra que volver finalmente a casa luego de tanto sufrimiento, angustia y desesperación, y encontrar en el seno de su hogar a su familia en el ritual de su propio funeral?

Hemos explicitado lo difícil que resulta abordar esta verdad signada por el horror y lo siniestro. Mario dice que tuvo suerte aludiendo a los desaparecidos, que ahora sabemos son quizá más de siete mil. Vemos también la dificultad de la opinión pública para hacerse cargo de esta problemática. Desde nuestra mirada psicoanalítica nos preguntamos cómo será la tarea de reconstrucción de la verdad que plantea la Comisión de la Verdad y Reconciliación, en el contexto de una realidad que tiende a la disociación como respuesta frente a la posibilidad de metabolizar lo vivido.

Manejamos cifras que intentan ubicarnos en la realidad pero que no pueden dar cuenta de ella, a pesar de que nos colocan frente a una situación de espanto, quizá porque nos confrontan con lo innumerable. Al aproximarnos a las cifras y a lo que significan como expresión global de lo sucedido en nuestro país, nos damos cuenta, partiendo de nuestra propia experiencia, de lo difícil que resulta hacernos cargo de los resultados de estos años de violencia.

También se hace necesario precisar que el horror generado por la violencia y sus consecuencias se ve exacerbado por el mandato de callar, por la negativa a ser escuchados. Este esfuerzo “loco” por desconocer lo vivido nos lleva a perder el contexto de nuestra historia, nos hace quedarnos suspendidos sin poder articular nuestras experiencias con la realidad, nos produce una ruptura interna, tanto en lo individual como en lo social.

El impacto que esto tiene en el psiquismo no nos inhabilita para dar cuenta de la realidad; más bien nos lleva a preguntarnos, a propósito de las desapariciones, de qué dan cuenta estas cifras, qué hemos perdido como país. Además de las personas, hemos perdido confianza en nosotros mismos y en los otros. Como país, hemos perdido vínculos, redes de soporte social; el ya debilitado tejido social se ha resquebrajado en el contexto de la violencia. Sabemos que las catástrofes naturales tienden a inspirar solidaridad en el cuerpo social —lo sucedido recientemente en el sur da cuenta de ello²—, mientras que las catástrofes sociales lo dividen, lo segregan, lo fragmentan. Esto se ve acentuado por la división ya existente en nuestro país, donde al preguntarnos quiénes han desaparecido vemos que se trata de desconocidos, personas de escasos recur-

² [N. del E.] La autora se refiere a las campañas de solidaridad con las víctimas del terremoto que asoló el sur del Perú el 23 de junio del 2001.

sos, ciudadanos olvidados e históricamente marginados, como Mario, que se vieron atrapados en medio del fuego cruzado de los grupos subversivos y de las autoridades estatales.

Estos hechos, sus protagonistas desaparecidos y las profundas heridas sociales que han dejado, se encuentran presentes aun en el silencio. Se han convertido en fantasmas, en cadáveres que siguen muriendo, ya que no pueden formar parte de la memoria de sus familiares sino que deambulan en sus mentes buscando la verdad. Desde la experiencia psíquica tendríamos que decir que no han contado con la posibilidad de pasar al registro de lo simbólico, no han podido ser metabolizados. El vacío ocupa el lugar de la ausencia como la amnesia ocupa el lugar del recuerdo. La imposibilidad de construir una realidad fáctica se rellena con el fantaseo estéril que reemplaza la fantasía creadora.

Estamos frente a desaparecidos, desconocidos, marginados, olvidados, que empiezan a existir, paradójicamente, por el hecho de haber desaparecido, pero que antes ya habían desaparecido de nuestra conciencia nacional y se hacen presentes en la ausencia (Santisteban 2001). Una ausencia que, hemos dicho ya, deviene en vacío.

La imposición del no-saber frente a estos hechos rompe los puntos de certeza elementales e intensifica el deseo de saber, de tratar de encontrar respuestas para salir del encubrimiento oficial. Este discurso oficial transforma el saber posible en imposible, el saber permitido en prohibido. Las personas desarrollan entonces una desesperada necesidad de certezas, de evidencias, una búsqueda imparable de información.

Sabemos que la memoria es un requisito indispensable para la elaboración de experiencias dolorosas, para poder metabolizarlas. Los efectos psíquicos de la impunidad son de largo alcance, tanto en el psiquismo individual como en la cultura. Lo que se produce no es el olvido, el efecto que esto tiene es el “sin sentido”. De allí la importancia que adquiere la posibilidad de organizarnos en función de la verdad, que nos lleva a imaginar propuestas diferentes. Reconocemos que no es una tarea fácil, que genera mucha ambivalencia y dolor, pero cuando avalamos el olvido estamos promoviendo la disociación, el sin sentido, el vacío.

Necesitamos recuperar la memoria para hacer posible la cicatrización de muchas heridas y posibilitar el descanso de quienes, en su calidad de desaparecidos, deambulan en el mundo interno de sus familiares y del país. Con ello permitiremos un desarrollo hasta el momento imposible, ya que la negación del saber

abarca todos los espacios de desarrollo de los seres humanos. Y en el ámbito social, también nuestras posibilidades de desarrollo estarán hipotecadas, bloqueadas, hasta que no logremos liberarlas de la oscuridad, del silencio.

Referencias

- Benyakar, M. (2001) “Las caras de la violencia en la clínica psicoanalítica”. Ponencia inédita presentada el 8 de agosto del 2001 en el Ateneo sobre Derivaciones Clínicas de la Violencia de la Escuela de Psicoterapia para Graduados, Buenos Aires, Argentina.
- Lutenberg, J. (1988) *El psicoanalista y la verdad: uso clínico del sentido de verdad en la práctica del psicoanálisis y de la psicoterapia en general*. Buenos Aires, Publicar.
- Santisteban, F. (2001) Comunicación personal.
- Winnicott, D. W. (1996a) *El hogar nuestro punto de partida*. Buenos Aires, Paidós.
- Winnicott, D. W. (1996b) *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires, Paidós.

Lima, agosto de 2002

Reforzando las vigas de la casa. Un caso de psicoterapia psicoanalítica de apoyo*

Carlos Jibaja Zárate

El equipo de psicoterapeutas del Centro de Atención Psicosocial (CAPS) tiene como común denominador la utilización del psicoanálisis como modelo teórico y la comprensión de la experiencia terapéutica tanto en sus aspectos fenomenológicos como psicodinámicos. El trabajo clínico con personas afectadas por la violencia política en el marco institucional de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDDHH) crea condiciones especiales para la implementación creativa de diversas modalidades de la psicoterapia psicoanalítica. Las modificaciones técnicas al psicoanálisis clásico no solo incluyen elementos del encuadre, tales como la frecuencia de las sesiones de una vez por semana, el no pago de honorarios, la presencia institucional de la CNDDHH como variable interviniente, la asistencia social y el apoyo financiero al que varios de los pacientes tienen acceso, entre otras, sino también el modo en que se establece el diálogo terapéutico: intervenciones aplicadas al grupo, a la familia, a la pareja y a los niños y adolescentes.

* Este trabajo fue presentado en el XXI Congreso Latinoamericano de Psiquiatría celebrado en Lima en el año 2002.

Cabe destacar que el intento de sistematizar las presentes ideas acerca de nuestro quehacer psicoterapéutico es parte de los continuos esfuerzos del equipo de terapeutas del CAPS por delinear diferentes modos de aproximación a la compleja problemática de nuestros pacientes, indicando tipos de tratamiento apropiado para cada caso: *debriefing*¹, psicoterapia individual de largo plazo o focal, psicoterapia grupal, fisioterapia, tratamiento farmacológico, intervención social, psicoterapia comunitaria, entre otros.

Una modalidad de tratamiento que merece nuestra especial atención en este trabajo es la psicoterapia psicoanalítica focal, también llamada “breve”, en la cual pueden diferenciarse dos formas de intervención: 1) aquella que está dirigida principalmente a la obtención del *insight*² a través de la interpretación transferencial y extratransferencial delimitada por el foco, y 2) la denominada de “apoyo”, orientada principalmente a crear una relación contenedora y de fortalecimiento de las capacidades yoicas para la resolución o alivio de la situación problema.

En el presente trabajo quisiéramos describir algunas de las características de la psicoterapia psicoanalítica de apoyo, sus indicaciones, los instrumentos técnicos y el manejo de la transferencia, entre otros aspectos. El planteamiento psicoterapéutico y una sesión comentada de Manuela, una mujer con dolorosas pérdidas familiares, nos ayudarán al acercamiento a esta modalidad de intervención.

Entendemos a la psicoterapia de apoyo como una modalidad de la psicoterapia focal. No deseamos utilizar el término “breve” porque nos parece una denominación imprecisa y de contraste frente al tiempo abierto de la psicoterapia psicoanalítica y el psicoanálisis clásico. El punto de coincidencia de las terapias “breves” es que todas plantean un foco. Fiorini (1992) sostiene que éste está dirigido hacia el motivo de consulta, la totalidad de los aspectos psicopatológicos del paciente y a su vinculación con el conflicto infantil primario.

¹ Técnica psicoterapéutica activa para personas que han sufrido recientemente el impacto de un evento traumático.

² Comprensión racional y emocional de elementos inconexos, que en virtud de un acto de aprehensión de la articulación de estos elementos, componen una nueva *gestalt*. Los elementos antes dispersos devienen, por intermedio de esta comprensión, en una configuración con significado. *Gestalt* es una palabra alemana que significa “configuración”, “sistema total”. La capacidad de tener *insight* puede entenderse como la habilidad para tener una clara, profunda y, en ocasiones, súbita comprensión de un problema o situación complicada.

El concepto de foco implica, entre otros aspectos, la delimitación de las metas del tratamiento y su extensión y profundidad. Si bien por lo general estos factores acortan la duración de la intervención terapéutica, no necesariamente se trata de un plazo breve. En el caso de Manuela, el tiempo de tratamiento se estableció en unas 80 sesiones o año y medio de psicoterapia. Entre los diferentes diseños de la psicoterapia focal, nos sentimos más cómodos con aquellos que no definen estrictamente un tiempo de duración, sino que lo supeditan al logro de los objetivos acordados (Jiménez, 1995). La diferencia fundamental con el criterio de tiempo abierto es que desde un inicio se plantea el parámetro del tiempo como límite estrechamente ligado a la consecución de los objetivos; es decir, mientras que el tiempo abierto es un elemento técnico que promueve la regresión a una relación de unión permanente con el terapeuta, el tiempo limitado es una llamada a la realidad y a la activación de las capacidades yoicas al concentrar esfuerzos tanto del paciente como del terapeuta en la consecución de los objetivos acordados.

En la psicoterapia psicoanalítica de apoyo se privilegia la transferencia positiva y la alianza de trabajo, pues uno de los pilares del proceso es el establecimiento de una relación contenedora de ansiedades y conflictos que promueva la flexibilización de los aspectos defensivos sintomáticos al repotenciar los recursos yoicos del paciente. El proceso psicoterapéutico consiste principalmente en un acompañamiento empático, más realista y definido por parte del terapeuta, en función de apoyar los ensayos y errores del paciente en sus intentos de resolución del conflicto actual.

Los instrumentos técnicos empleados en la psicoterapia psicoanalítica de apoyo son el señalamiento, la clarificación, la confrontación, el esclarecimiento, la recapitulación, el reaseguramiento, el ofrecimiento de información y sugerencias y, de manera limitada, la interpretación y las técnicas psicodramáticas. Se desalienta el uso sistemático de interpretaciones transferenciales, herramienta fundamental de las técnicas clásicas, pues no se busca el establecimiento y elaboración de la neurosis transferencial.

Caso clínico

Manuela es una mujer de 41 años que es derivada al CAPS a través de uno de los organismos ligados a la CNDDHH. Como motivo de consulta, la paciente menciona un estado de ánimo abatido, llanto continuo, ansiedad, sensación de vulne-

rabilidad, dificultad para tomar decisiones, recuerdos persistentes de la muerte del esposo, dolores de cabeza y tensión en el cuello y extremidades superiores. También refiere insomnio, ocasionales alucinaciones auditivas (la voz del esposo o de la madre llamándola) e ideas pasivas de suicidio que desecha rápidamente por sentirse responsable de sus menores hijos.

El cuadro depresivo actual se desencadena a partir del fallecimiento repentino del esposo de Manuela, al parecer debido a una dolencia cardiaca no tratada. El recuerdo de llevarlo al hospital en taxi, verlo agonizante en esas circunstancias, ver su cuerpo luego de la autopsia de ley, escuchar los comentarios increpantes de sus cuñados, entre otras, eran imágenes persistentes que la asaltaban. La paciente había mostrado síntomas similares años atrás, cuando su madre y hermana fueron asesinadas por Sendero Luminoso, en su tierra natal, Huancavelica. Manuela vive en un asentamiento humano cuyos pobladores son en su gran mayoría personas desplazadas por el terrorismo.

El diagnóstico de Manuela formulado en base al Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales - DSM IV fue el siguiente:

- I. Trastorno depresivo mayor
- II. Rasgos de personalidad dependiente y evitativa
- III. Problemas ginecológicos y cefaleas
- IV. Fallecimiento del marido, asesinato de la madre y hermana por terrorismo, economía insuficiente, vivienda no terminada

La evaluación diagnóstica psicoanalítica consideró las siguientes áreas: funciones yoicas³ básicas, relaciones objetales⁴, control de impulsos, tolerancia a la frustración y la ansiedad, mecanismos defensivos, regulación de la autoestima, *insight* y motivación para el tratamiento.

³ El yo es la instancia del aparato psíquico que media entre los aspectos impulsivos y la severidad de la instancia crítica internalizada. Es una organización adaptativa que va desarrollándose gradualmente a través de las relaciones (objetales) del sujeto con su entorno. Entre sus funciones están el control de impulsos, el criterio de realidad, el ordenamiento temporal y espacial de los procesos mentales, los mecanismos de defensa, la tolerancia a la ansiedad y frustración, etc.

⁴ Modo de relación del sujeto con su mundo. Una persona, animal, cosa o partes del cuerpo son calificadas de objeto, en la medida que éste apunte la energía psíquica/sexual o libido. La relación objetal es entendida como la forma de interrelación del sujeto con sus objetos.

1. *Funciones yoicas básicas*

Manuela presenta alucinaciones auditivas ocasionales y recuerda tan vívidamente al esposo que su percepción también se distorsiona con ilusiones visuales y auditivas, es decir, su juicio de realidad presenta alteraciones. En términos de sus recuerdos cognitivos, Manuela presenta un pensamiento predominantemente concreto-funcional, siéndole difícil hacer inferencias con un grado de abstracción más diferenciado.

2. *Relaciones objetales*

Manuela se relaciona con significativas cargas narcisistas sobre sus objetos. Las muertes de su madre, hermana y esposo han sido pérdidas que no han sido elaboradas y las identificaciones narcisistas con los objetos perdidos han configurado un cuadro de depresión severa. Asimismo, se observa marcados rasgos pasivo-dependientes en sus relaciones que la hacen buscar figuras imaginariamente omnipotentes.

3. *Control de impulsos*

La paciente presenta una tendencia hacia la represión e inhibición de sus impulsos. Hay ocasionales estallidos de cólera que luego le generan sentimientos de culpa. La agresión es principalmente intrapunitiva. No se observa consumo de alcohol o de sustancias ni compulsiones.

4. *Tolerancia a la frustración y ansiedad*

La paciente muestra un yo con pocos recursos para tolerar la frustración y la ansiedad, pues inmediatamente recurre a mecanismos defensivos poco adaptativos. Su capacidad sublimatoria está limitada por represiones e inhibiciones. Se le dificulta tolerar la frustración en sí misma y tiende a sentirse desbordada, lo cual aumenta su sensación de incapacidad.

5. *Mecanismos defensivos*

Manuela utiliza defensas primarias, entre ellas: escisión, idealización, denigración, identificaciones proyectivas y narcisistas, proyecciones, negaciones y formaciones reactivas.

6. *Regulación de la autoestima*

La autoestima de Manuela está regulada por un superyó arcaico. Tiene imágenes escindidas de su sí mismo polarizadas entre un extremo ideal y otro devaluado. Su autovaloración generaliza de la parte al todo en los aspectos negativos, descalificándose punitivamente (por ejemplo, si la paciente siente que no supo qué decirle a su hijo adolescente, entonces es una mala madre y lo mejor sería que su hermana lo cuide).

7. *Motivación*

La paciente está motivada para el tratamiento y alivio sintomático.

8. *Insight*

Al momento de la evaluación diagnóstica, Manuela tenía serias limitaciones para autoobservar su conducta y sus procesos internos. Sin embargo, en la medida que la sintomatología se fue aliviando y la relación terapéutica le permitió un vínculo consistente, se observó un mejor *insight*.

Como hemos descrito, las áreas de funciones yoicas básicas, la baja tolerancia del yo a la ansiedad y frustración, los mecanismos de defensa utilizados, el limitado *insight* y la forma de regulación de su autoestima, nos hicieron pensar que una psicoterapia psicoanalítica de apoyo era la modalidad recomendable para Manuela en esos momentos. También se le recomendó tratamiento farmacológico, pero no fue consistente ni con las medicaciones recetadas ni con las consultas acordadas.

El foco psicodinámico

En el tratamiento de Manuela, el foco fue establecido en las primeras entrevistas como es habitual en el marco de una psicoterapia focal. En síntesis, podría enunciarse de la siguiente manera: Manuela presenta intensas ansiedades e inhibiciones producto de una dependencia primaria y una ambivalencia en sus relaciones objetales intensificadas por la pérdida de su madre, hermana y esposo. Los mecanismos de defensa principalmente utilizados son la identificación narcisista, la idealización, la denigración, la negación, la proyección y formaciones reactivas.

El eje directriz que necesita ser atendido focalizadamente es el polo agresivo de la ambivalencia de sus relaciones actuales y del pasado.

Sesión resumida y comentada

El siguiente material clínico es el resumen escrito de la sesión N° 31. Se intercalan comentarios acerca de la dinámica de la relación terapéutica.

M: Con unos vecinos estuvimos hablando del préstamo que da el Banco de Materiales para hacer el techo de mi casa. Me entusiasmé porque yo quiero techar y esta sería una forma rápida, pero después hice mis cuentas de cuánto me saldría mensualmente pagar por el préstamo y no sale. No alcanza. La única forma de hacerlo es poco a poco, comprando más ladrillos, fierros. Quiero reforzar una de las vigas con un albañil para que esté más seguro el techo que tengo. Son 80 metros de techo y son como 6 mil soles. No me gusta tener deudas y si después no puedo pagarlo... Con Fujimori ahora no se sabe qué pasará... el presidente es una persona que ahora está haciendo daño, no da trabajo, es un japonés que quiere quedarse allí; en Chincho no ha hecho el agua y desagüe. Con Toledo está habiendo violencia, pueden haber muertos, no sé que irá a pasar, ¿lo irán a sacar al Chino?

La paciente dice: “Quiero reforzar una de las vigas con un albañil para que esté más seguro el techo que tengo”. Se registra una alusión al vínculo transferencial y a la alianza terapéutica en su deseo de sentirse más segura al interior de su casa, es decir, en su mundo interno, a través de un proceso que se da poco a poco y no de forma rápida a través de un préstamo impagable (“préstamo que da el Banco de Materiales para hacer el techo de mi casa (...) y sería una forma rápida”).

Percibe la imago⁵ “Fujimori” como un objeto dañino. Es la primera vez que Manuela se expresa del objeto Fujimori con un matiz agresivo. En varias sesiones la paciente se había referido a él como un objeto idealizado. A continuación

⁵ Prototipo inconsciente de personajes a través de los cuales el sujeto se relaciona con los demás. No es necesariamente un reflejo de la personalidad real de los padres. Las imagos paterna, materna y fraterna son esquemas imaginarios, adquiridos a partir de las primeras relaciones con los objetos amados u odiados.

menciona a la imago “Toledo” como un objeto ligado a la posibilidad de cambio, el cual es percibido con angustia y de consecuencias catastróficas. “Toledo” también es percibido con un matiz agresivo y amenazante. La imagen del terapeuta podría ser sentida con rápidas fluctuaciones: ¿será que es sentido con agresión porque no la ayuda a saciar su sed —léase demandas— con objetos nutrientes o a ventilar sus impulsos (“no ha hecho el agua ni el desagüe”). Y en su función de agente de cambio interno, ¿no será sentido el terapeuta como un objeto violento y negligente que la empuja a tener conductas más autónomas que le generan ambivalencia?

T: *Tu opinión de Fujimori ha cambiado.*

El terapeuta le señala el cambio que observa en su percepción del objeto “Fujimori”. Cabe destacar que si bien se han registrado las alusiones transferenciales, las intervenciones están orientadas predominantemente a las relaciones actuales o del pasado (extratransferenciales). El terapeuta no ha esperado material asociativo que aluda a los mecanismos de idealización y denigración, sino que partiendo de la información previa acumulada en otras sesiones le señala ese punto de entrada al foco, es decir, el impulso agresivo de sus relaciones objetales.

M: *Es que no sabía lo que tantas cosas malas está haciendo. Antes no hablábamos de eso, pero ahora con los vecinos nos estamos enterando de los robos de tantas empresas que han vendido a los señores del extranjero. La luz, el agua, ahora son de los extranjeros. Con Toledo, una no sabe qué cosa irá a pasar.*

La paciente empieza a verbalizar su percepción ahora agresiva hacia la figura antes idealizada; nótese que no hay integración entre los aspectos buenos y malos y que ahora siente al objeto como “extranjero”.

T: *Creo que lo que más temor te da es que sea Fujimori o Toledo. Ellos puedan traer violencia y por las cosas que has vivido, te da temor que por esa violencia te pase algo a ti y a tus hijos.*

El terapeuta no sigue el análisis de la línea agresiva de la transferencia pero registra en su contratransferencia la agresión como pulsión interviniente en el clima del vínculo con la paciente. Este registro ayuda a la instrumentalización de

las intervenciones a un nivel extratransferencial. Se comienza por señalarle que el punto de urgencia podría estar en relación a la violencia actual y pasada.

M: *Ya no quiero que haya más violencia, hemos pasado por mucho...*

La paciente confirma el punto de urgencia.

T: *Creo que estás viendo las cosas con mayor claridad. Haces tus cuentas, y a pesar de que no te alcanza para pagar el préstamo, piensas en seguir comprando poco a poco tus materiales, pagar tus deudas. Como que vas enfrentando las cosas, reforzando las vigas de tu casa.*

El terapeuta reasegura algunos logros yóicos que como incipientes bloques de ladrillo la paciente va ensayando. Aparentemente ha habido un alejamiento del foco.

M: *Sí, lo que puedo ir haciendo es juntando ladrillos, ya tengo 500 bolsas de cemento. Con un albañil puedo hacer que la viga esté reforzada.*

La paciente ratifica el vínculo como relación facilitadora de fortalecimiento interno.

T: *Claro Manuela, pero también reforzar la casa es como tu necesidad de una seguridad interna, un techo dentro tuyo que te cuidará frente a las cosas que vienen y dan temor.*

El terapeuta ensaya una interpretación sobre los esfuerzos defensivos de la paciente, formulándola con un énfasis en la intención de apoyatura al yo.

M: *Es que hay muchos robos, hace pocos días asaltaron a una vecina. Y a una sobrina de otra vecina, la violaron en Ceres. A veces me pongo a pensar en mi tierra y como ahora ya no hay nada cuando el aluvión se lo ha llevado todo. Y me da nervios pensar que de un terremoto estos cerros de Chincho se caigan encima de nosotros... La falta de trabajo, yo no creo que cambie nada con Fujimori.*

Luego de interpretar la defensa aparece el contenido angustioso más claramente: robos, violación, aluvión, terremoto, cerros que le caen encima. La pro-

yección masiva sobre las fuerzas destructivas de la naturaleza y terceras personas son expresión de las fuerzas internas —léase impulsos— y sus experiencias de pérdidas que desbordan la capacidad yoica y que aparecen junto a la notoria angustia de la paciente. Al final dice “no creo que nada cambie” quizás aludiendo a su escepticismo a que realmente el terapeuta-albañil refuerce las vigas de su mundo interno sobreviviendo como objeto contenedor frente a sus propios ataques agresivos y demandantes.

T: Es como que todas esas cosas terribles te amenazan y te dan miedo. Son fuerzas que no puedes controlar. Pero a veces uno piensa así porque hay preocupaciones que día a día te hacen sentir que estás en peligro.

El terapeuta esclarece la defensa de la proyección de manera pedagógica y empática, intentando conectarla con las fuerzas internas, es decir, la angustia e impulsos.

M: Cuando me enteré de la violación de la sobrina de mi vecina me dio miedo que le pasara eso a mi hija, yo la cuido para que no le pase nada.

La paciente podría estar hablando de su identificación con la vecina violada: escena inconsciente de seducción con raíces violentas que es desplazada con angustia hacia la hija y manejada con formaciones reactivas.

T: Esos son los terremotos de cada día que realmente dan miedo.

El terapeuta no interpreta los derivados pulsionales sexuales y violentos, sino que enfatiza la conexión fuerzas externas-fuerzas internas, procurando que el yo se haga cargo de la angustia. Las interpretaciones de contenido sobre la pulsión sexual serían desafortunadas; en cambio las clarificaciones acerca del origen sexual agresivo de su angustia le serían más útiles.

M: Sí, pues doctor, está joven, me dice que quiere ir a las discotecas con esas luces y la música ésa, la tecnocumbia. Yo ya conozco a esas chicas que la inquietan, son malas juntas, las han visto con hombres mayores. Yo no la dejo salir con ellas, con sus amigas sí, porque las conozco, que salga a la puerta, al frente y si quiere ir a una fiesta, que se vaya junto con su hermano.

La paciente podría estar hablando inconscientemente de sus deseos de ser seducida por el terapeuta a través de la hija que va a la discoteca; es un deseo vivido persecutoriamente y defendido por formaciones reactivas y proyecciones. A continuación expresa bajo qué condiciones le permitiría salir a su hija (parte impulsiva) y tener una fiesta: con otras mujeres o con una figura de hombre protectora no sexual.

T: Abí tienes, los terremotos no se pueden controlar pero sí puedes enfrentar tus temores al ir construyendo el camino para tus hijos.

El terapeuta centra sus intervenciones en promover las capacidades yoicas. Intenta darle una dirección sublimatoria a la proyección al canalizar la angustia hacia la capacidad yoica del cuidado de sus hijos. Es un intento limitado porque falta clarificar el contenido sexual agresivo del impulso proyectado.

M: Mi hijo está muy bien, va a marchar el 7, lo han escogido para la escolta porque es bien alto como su papá. Su jefe es un oficial de la Guardia Civil y él viene a la casa y me cuenta que “es bien recto mamá, es bien serio y no entra en juegos”. Va a marchar. Le va bien en el colegio. Le gusta estudiar. Saca los primeros puestos todos los años. Quiere ingresar a la universidad, le gusta leer, en la mesa a la hora de almuerzo está leyendo nomás.

Estimulada por la intervención anterior del terapeuta, Manuela trae aspectos yoicos más organizados y complacientes a través del hijo a “quien le gusta estudiar, leer”. Hay otra alusión transferencial en el oficial de la Guardia Civil, quien “es recto y no entra en juegos”. Quizás los aspectos seductores de la paciente frente a la “rectitud” del terapeuta-guardia quedan frustrados, habiendo entonces un movimiento sublimatorio hacia capacidades yoicas más organizadas.

T: Ah, es que tú lo estás haciendo marchar muy recto (la paciente sonríe y dice “Sí pues”). A la vez, Manuela, creo que hay la tendencia en ti a esconderte, a ocultarte cuando sientes que algo te amenaza. Y veíamos desde las reuniones pasadas que era un rasgo del carácter de tu papá que parecía tú habías aprendido de él.

El terapeuta reasegura la capacidad materna de la paciente de guiar adecuadamente a sus hijos y a continuación con un *rapport* en alto, le señala la manera

evitativa en que maneja su ansiedad. En reemplazo de una interpretación que muestre la defensa en conexión con los objetos del pasado, el terapeuta hace una explicatoria de este rasgo defensivo (“era un rasgo del carácter de tu papá”).

M: Pero no crea que ya tanto, doctor. El domingo que pasó hubo una actividad y unos vecinos que ya estaban tomados empezaron a pelearse. A mí me dio mucha cólera y agarré un palo y les di para que se separaran. Y les dije que era una vergüenza que ellos se estuvieran peleando como si fueran rateros, que ellos eran de Chincho y que tenían que tener más respeto. Que eran de Chincho y que no podían estar haciendo esas cosas. Y le mandé también sus lisuras porque me dio vergüenza verlos así.

La paciente le muestra su respuesta asertiva como un logro al terapeuta puesto que es un punto que ha sido consistentemente trabajado que la paciente sabe que le va a agrandar al terapeuta. Más allá de lo inadecuado de la expresión colérica, del “regalo” que le hace al terapeuta en su intento por seducirlo y ser aprobada, el hecho es que la paciente está plena y orgullosamente identificada con su comunidad y se siente colérica frente a la situación frustrante. El patrón defensivo de evitación y represión de la pulsión agresiva empieza a mostrar un cambio.

T: Mmm, salió la parte tuya que como mamá sabía defenderse.

El terapeuta refuerza otra línea identificatoria que viene de los aspectos más activos de la figura materna.

T: Sí pues, doctor. Ahora la gente me está respetando más. En la calle me saludan. “Buenos días, vecina”, “buenos días”, les digo. Mientras que hay otras personas que no las saludan, a mí me están reconociendo.

La paciente muestra un yo más reconocido por sí misma y por otros.

Y: Y te reconocen por mérito propio... Bueno. Manuela, nos vemos la próxima semana.

Se cierra la sesión con un reaseguramiento de sus logros yoicos.

Como comentario final, diremos que actualmente Manuela ha logrado un alivio significativo de sus síntomas. Su tratamiento está en la fase de terminación, lo cual activa sentimientos transferenciales de pérdida y abandono. Particularmente, por las pérdidas traumáticas en la vida de Manuela, se espera lograr una experiencia emocional correctiva que lleve a buen término una separación anunciada con la debida anticipación para su elaboración. La separación por finalización de la terapia promovería una identificación secundaria con el rol contenedor y analítico del terapeuta, que al ser incorporado como una figura superyoica más benevolente fortalecería las vigas y techo del mundo interno de Manuela.

Bibliografía

- Braier, E. (1990) *Psicoterapia breve de orientación psicoanalítica*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Fiorini, H. (1993) *Teoría y técnica de psicoterapias*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Jiménez, J. (1995) *El psicoanálisis en la construcción de una psicoterapia como tecnología apropiada en psicoterapia focal*. Montevideo, Roca Viva.
- Kernberg, O. (1999) "Psychoanalysis, Psychoanalytic Psychotherapy and Supportive Psychotherapy: Contemporary Controversies". *International Journal of Psycho-Analysis*, 80, pp. 1075-91.

Lima, abril de 2000

II. Vivencias en relación al trabajo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación

El testimonio en las audiencias públicas

Carlos Jibaja Zárate

Quisiera comenzar esta breve presentación sobre las audiencias públicas compartiendo una situación vivida en la Audiencia de Huancavelica.

Casi al final del primer día de audiencias, el acompañamiento a las personas que presentaban sus testimonios que estaban a mi cargo y a aquellos casos en los que interviene complementando la labor de alguna de las colegas del equipo, había terminado. Me fui a sentar a uno de los salones anexos al auditorio habilitado con un televisor para escuchar el testimonio de quien era la última persona que presentaba su testimonio ese día. Ella había venido con su hermana y sus cuatro menores hijos desde las primeras horas de la tarde y habíamos sido presentados por la psicóloga responsable del caso. Antes de entrar al salón anexo, había notado que un grupo de voluntarias estaba jugando con varios niños, entre ellos las hijas de ella. Su hijo mayor estaba sentado a mi lado, era un púber de ojos grandes y mirada franca. Antes de encontrármelo en la sala, había intercambiado algunos comentarios con él y su familia mientras esperaban su turno. La señora me conversó acerca de que a pesar de todo seguía teniendo fe, y de sus hijos, quienes la ayudaban a repartir comida como forma de ganarse la vida, “y que gracias a Dios le habían salido chicos buenos y estudiosos”.

El testimonio empezó. Su esposo había sido desaparecido por las fuerzas policiales y su relato detallaba la desesperación de una mujer a quien le habían arrebatado al marido e iba de lugar en lugar con la intención de que se lo devuelvan. El testimonio mostraba también su angustia de madre al verse de repente con la enorme carga familiar de cuatro hijos, que la hizo pensar en dejarse llevar por el río y la muerte. A mi costado, viendo las imágenes del televisor, estaba su hijo, quien al escuchar lo que su madre decía —quizás por primera vez de una manera tan descarnada—, derramaba silenciosamente sus lágrimas. Le pasé el brazo por los hombros, le acaricié el pelo. No recuerdo qué fue lo que le dije, los sentimientos eran demasiado intensos. Cuando la madre terminó su testimonio, aliviada por la descarga y la acogida de los comisionados, el púber se enjugó las lágrimas y se encaminó hacia la puerta con la intención de darle el alcance. Antes de irse, volteó a mirarme por unos instantes y se marchó. No sé cuanto pudo haber ayudado que un total extraño lo hubiera acompañado, mostrándole solidaridad y ternura. Lo que sí sé es que la mirada de ese chico todavía me acompaña de cuando en cuando con un llanto ahogado en el pecho.

Los psicólogos del CAPS tenemos varios años trabajando con personas torturadas o encarceladas injustamente, con familiares de desaparecidos; en general, con personas afectadas por la violencia política. En los consultorios, recibimos a nuestros pacientes y los atendemos con empatía y profesionalismo. Hemos atendido por algunos meses o años a cientos de ellos. Y a propósito del taller¹, vuelvo a hacerme la pregunta: ¿Cómo hacemos para que lo que escuchamos no nos afecte ni lo llevemos a nuestras relaciones familiares o amicales? Es inevitable que en algunas ocasiones lo escuchado nos afecte como un puño que estruja nuestro interior y que nos descarguemos con otro: un compañero, el grupo de trabajo, la pareja, o a través del llanto. Sin embargo, felizmente no es lo más común. El terapeuta está entrenado para utilizar el mecanismo de disociación operativa que no es otra cosa que estar por una parte comprometido emocionalmente con lo que las personas nos dicen y transmiten, mientras que otra parte de nosotros está pensando, asociando, registrando las sensaciones y sentimientos que el paciente comunica y que uno va recibiendo con el propósito de compren-

¹ Este artículo fue presentado en el Taller Nacional de Salud Mental “Comisión de la Verdad: nuevos retos”, que se efectuó el 28 y 29 de junio de 2002 en la ciudad de Lima.

der y devolverle aquello que pueda ayudarlo a darse cuenta de lo que le pasa en medio de sus propios entrapamientos psicológicos. Es escuchar los diferentes niveles del discurso del paciente, a la vez que los afectos, pensamientos y fantasías que éste despierta en nosotros mismos.

Cada paciente es una persona distinta con una historia personal y con un modo de ser único, que al vincularse con nosotros establece una relación especial y particular. No podría ser de otro modo para que tenga efecto terapéutico. Juan, el paciente de las 9, y Pedro, el paciente de las 10, me pueden contar lo molestos que están con sus respectivos padres. Son aparentemente los mismos sentimientos dirigidos hacia las mismas figuras. Sin embargo, el registro interno que tengo de Juan es completamente diferente al de Pedro. No se trata de memoria para los hechos relatados. Se trata de que cada uno de ellos tiene una relación diferente conmigo. Pero ese es nuestro trabajo de consultorio, ese es nuestro hábitat.

En nuestros consultorios, los terapeutas conocemos nuestros recursos y límites, nuestras ansiedades y certezas, nuestras esperanzas y frustraciones. Asimismo, aparte de nuestras terapias personales, tenemos espacios de reflexión, supervisión, dinámicas grupales y sesiones de descarga afectiva que ayudan a metabolizar las emociones y violencia depositadas por nuestros pacientes para que no se desplacen a nuestras relaciones con amigos y familiares, no se introduzcan en nuestros sueños, no perturben nuestra salud. Hemos aprendido a cuidarnos porque de otro modo no podemos ser receptivos con el dolor ajeno. Es saludable estar consciente de las propias limitaciones al estar expuestos al dolor.

El trabajo en las audiencias públicas nos saca de nuestro hábitat natural y nos enfrenta a situaciones límites en la que cada historia es más dura y movilizante que la anterior. Oyendo los testimonios, nuestro recurso de disociación operativa, tan útil en el consultorio, se ve inundado por la irrupción de relatos de hechos desgarradores y cargados de tantos afectos que terminan algunas veces por dejarnos la sensación de impotencia o por entraparnos en una masiva identificación con el doliente. La capacidad de disociar operativamente nos permite pensar e integrar elementos aislados del mundo interno del afectado. Sin embargo, hay momentos en que la capacidad de pensar pierde sentido ante el horror o la frustración y solo se siente intensamente. Antes que el comentario oportuno o la interpretación inteligente, lo que se nos pide en esos instantes es escuchar sin actuar. No se nos pide una conducta pseudo reparatoria como la de dar cosas o prometer algo, que es la reacción inmediata ante la lástima o la respuesta ante

nuestra propia impotencia. Escuchar sin actuar ese primer impulso, respetando la dignidad del afectado, lo reasegura en su decisión de presentar testimonio públicamente ante la Comisión de la Verdad y Reconciliación y encontrar en el acto un sentido trascendente. En las audiencias, el rol del acompañante psicológico no puede abstraerse o desligarse del conjunto, pues a la dimensión personal y a la natural reserva del caso, se añade y confluye la dimensión social de una iniciativa fundamental e inédita, la de esclarecer la verdad de la violencia política y social en nuestro país.

El testimonio presentado ante la Comisión de la Verdad y Reconciliación, y en particular en audiencia pública ante los comisionados, es un hito de gran resonancia en la vida del afectado. La dimensión social del reconocimiento a la dignidad injuriada de una persona, familia o comunidad, envuelve completamente la intervención de acompañamiento psicológico y le da un significado cualitativamente distinto a cualquier otro testimonio dado por el afectado o escuchado por el psicólogo en otros momentos y circunstancias.

Son varios los aspectos que se combinan para sentir la trascendencia del acto de presentar testimonio en audiencia pública:

- La solemnidad de un ritual como es la puesta en escena de las audiencias: la ubicación de los comisionados y de las personas que presentan su testimonio en la mesa, las palabras de acogida por parte de uno de los comisionados, la escucha atenta y sentida, las palabras de agradecimiento por haber sido escuchados, el desaliento a los aplausos o a las preguntas del público, entre otras manifestaciones.
- La investidura simbólica que tienen los doce comisionados, quienes representan no solo al gobierno sino también a aquella parte del país que hasta hace muy poco nunca quiso aceptar los vejámenes cometidos.
- El especial cuidado a la dignificación de un ser humano sistemáticamente atropellado en sus derechos más esenciales.
- La certeza de que se trata de una oportunidad inigualable para decir la verdad tanto tiempo silenciada y ante todo el país.
- La apelación a la verdad como instancia ética necesaria para el reconocimiento de responsabilidades, y como condición previa para iniciar cualquier proceso de reparación.

Al terminar sus testimonios, las personas están embargadas por la emoción de la experiencia. Con frecuencia sienten el alivio de haber dicho lo que tenían que decir, en una descarga catártica largamente contenida. Algunas veces preguntan si es que lo hicieron bien y otras se recriminan no haberse acordado de tal o cual nombre o situación. En esos momentos, nuestro acompañamiento le reasegura la misión cumplida y el agradecimiento por su valiente posición de decir la verdad acerca de los hechos vividos, y despeja con un comentario oportuno cualquier duda sobre el valor del acto. Quizás también se le reitera en esos momentos que la Comisión de la Verdad y Reconciliación no es el final de su lucha, sino un importante paso para una reparación integral. En tales circunstancias, los acompañantes terapéuticos, así como los miembros de los equipos de las sedes de la Comisión, adquieren el rol de portavoces de aquella parte de nuestra sociedad que ha tomado la responsabilidad de asumir una verdad tan abrumadora con el propósito de comenzar un proceso de reparación de las severas heridas de nuestra realidad psicosocial.

La manera en que nos hemos organizado socialmente en nuestra nación evidencia profundas fracturas que se manifiestan a través de la fragilidad de la democracia, la discriminación, la sistemática violación de los derechos humanos, la corrupción, la impunidad, la extrema pobreza. El pacto social que rige nuestra precaria organización como país es en sí mismo generador de violencia, porque es una sociedad que sobrevive denigrando gruesos sectores de nuestra población y que perpetúa, gobierno tras gobierno, la repetición de los patrones de desigualdad e injusticia. El pacto social debe cambiar. A pesar de sus limitaciones, el mandato de la Comisión de la Verdad y Reconciliación propone su revisión sustentado en la verdad del clamor de los miles de peruanos que padecieron directamente la crueldad de una sociedad ciega y sorda ante el dolor y el desprecio. Sus recomendaciones, legitimadas por sus conclusiones y acciones, podrían constituirse en un conjunto de principios éticos fundamentales que rijan una nueva forma de relacionarnos entre peruanos. Somos parte de la sociedad que se ha comprometido con ese sueño, ese hermoso sueño que todos los aquí presentes compartimos.

Lima, junio de 2002

Cinco pasos en un camino flanqueado de flores amarillas

*Martha Stornaiuolo**

No es la intención de este texto ser un artículo científico, tal vez sí testimonial. Hace unos días, en medio del trajín laboral en apoyo a la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), formé parte del equipo de salud mental que acompañó la exhumación de restos en un pueblito serrano muy vapuleado por la violencia política que atravesó el país en años anteriores. El encargo era doble: el acompañamiento psicológico a los familiares de los desaparecidos y el apoyo a una intervención diagnóstica en la esfera psicosocial. Viajamos tres psicólogas desde la capital, dos colegas más se sumarían en el trayecto.

Puedo reconocer dos (o tres) orígenes de este texto: varios días antes de la partida, la acertada recomendación de Max Hernández: “Haz una bitácora”; el

* Agradecimientos: a Max Hernández, por darme el estímulo inicial para la escritura; a Yazmín Hamideh, Ana Barreda, Gonzalo Carrillo, Virgilio Rojas y Mario Gaita, por conseguir la letra de las canciones mencionadas; a Nohemí Arata, por el apoyo y por hacer explícita la función reparadora de la escritura; a la Comisión de Difusión del CAPS, por la publicación de este texto (y un agradecimiento adicional por acceder al deseo de que no sea alterado. Lo escrito, entonces, tanto en lo bueno como en lo malo, es de mi exclusiva responsabilidad).

día anterior al inicio de la redacción, una larga charla con una muy joven y muy dotada amiga dedicada al canto, quien en algún momento se/me preguntaba: “¿Cómo no involucrarse con el dolor ajeno?”. Entre las frases de ambos, quizás, la tercera razón de este escrito.

No pretenderé que me sea indiferente que el texto quede “bien”. Me lo debo a mí misma, en primer lugar, y a los posibles lectores, si llega a sumarse a las publicaciones de la institución. La bitácora administrativa “formal” (y engorrosa) ya fue presentada a las instancias correspondientes del CAPS y la CVR; ésta pasa por caminos distintos, menos racionales, es más la huella de lo sensorial y lo sentido lo que lleva el paso. Estoy totalmente segura de que también a ésta se refería Max (y no en segundo lugar).

Antes del viaje

Aunque no actuales, tenemos algunos datos acerca de la población a la que vamos: número de habitantes, tasas de analfabetismo y ocupación diferenciadas por género. Pero, antes de la partida, para el diario vivir, no hay información cierta en torno al lugar; sabemos que hace frío, pero no cuánto; sabemos que es alto, pero no cuánto. No sabemos si está lloviendo, si hay hospedaje, ni cómo se soluciona el asunto de la alimentación. No sabemos si hay luz eléctrica, posta médica, servicios higiénicos. Llevamos provisiones, mucho abrigo, bolsas de dormir, otros implementos para esas eventualidades. Dicen que hay pulgas... ¿pulgas en la altura? ...pero nunca se sabe... Recibimos ofrecimientos de artículos que podrían ser de utilidad, tanto de familiares como de amigos (incluso de otras especies: dos canes blanquinegros brindan su antipulgas, aceptando rascarse unos días para que nosotras no lo hagamos). Nos invade la sensación de ir camino a la pampa, en la puna.

El día anterior... bastante más preocupación de la que parecía haber. En lo que a mí toca, tomó la forma de un desequilibrio fisiológico, transitorio, espero. Seguramente no iba solo de mi cuenta esa inquietud, pues se concretó, en los hechos, en que el equipo llevó consigo un nutrido botiquín que abarcaba posibles emergencias de los más variados tipos. Nada se usó, afortunadamente. En el momento no advertimos que la inclusión de mascarillas y guantes quirúrgicos

tenía más que ver con la interposición de barreras protectoras distintas a las propias del oficio que sí las requiere, que no es el del psicólogo.

Primer día

A medio camino entre Lima y el destino final: una ciudad bulliciosa, colegas que recién conozco, un recibimiento muy cordial, desayuno, comodidad en el encuentro. Los preparativos para salir, la colaboración de personas que aportan objetos para facilitar la estadía en un lugar cuyas comodidades (o incomodidades) son desconocidas. Un camino largo, serpenteante, atraviesa los hermosos paisajes serranos, pequeños cactus en flor, algunas casas, sembradíos. Por tramos, aromas diferentes según la vegetación, veo poco ganado, niños que observan el paso de la camioneta en la que alternamos sitios porque en el carro vamos seis y en el asiento delantero se va apretada. En el asiento de atrás, una de nosotras dice que siempre le afecta la altura y se descompone. Yo masco hojas de coca para contrarrestar frío y altura, solo una de las compañeras me acepta las que ofrezco, pero no le gustaron. El chofer, en la ruta, nos cuenta su propia experiencia de adolescente en los años en que la violencia arrasaba la zona.

Llegamos a destino hacia las dos de la tarde. Había imaginado un lugar más pequeño y pobre, a pesar de saber que cerca de 500 familias habitan el lugar. Con excepción del municipio, la cancha de juegos y la plazuela, las construcciones son de adobe y los techos de esa calamina en la que tan bellamente resuena la lluvia. No hay hoteles, pero en el colegio secundario han despejado dos grandes aulas para que sirvan de alojamiento. Las colegas y yo nos ubicamos en una de ellas, que luego resulta “el cuarto de las mujeres”. Los viajeros somos en realidad un grupo como de 40 personas, algunos deciden ir a una localidad distante a 20 minutos, unos arman carpas en la plaza, otros se alojan en una casa y otros más, finalmente, en el colegio.

El piso polvoriento de nuestro cuarto es de cemento; en el techo, muy alto, a dos aguas, vemos pequeñas grietas, inquietantes por la posibilidad de un aguacero; las paredes, de barro enyesado, están desconchadas en algunas partes, unas cuantas de esas abolladuras ya ameritan ser llamadas “huecos”. “¿Ratas?”, pregunta alguien; en previsión de ingratas visitas, se colocan bultos delante de esos lugares.

En uno de los muros, sobre una repisa dice “Rincón de aseo”, obedientemente ubicamos allí los útiles correspondientes. Las estrofas primera y última de la canción “Sólo le pido a Dios” están escritas en letras grandes en las paredes, no recordaba exactamente el texto original pero me dio la impresión de que hay algo inexacto en la inscripción.¹ Varias mesas y sillas han sido dispuestas para los huéspedes. Rociamos antipulgas; se distribuye el espacio en una zona para dormir, allí van los colchones y bolsas de dormir, otra para tener y preparar los alimentos, y en un rincón, una para el inodoro de *camping* que alguien generosamente prestó. Dos grandes ventanas dan a la calle, el alféizar de la más cercana al implemento mencionado es el lugar para el arreglo y maquillaje matutinos (es obvio que tratamos de “armar casa”); los vidrios están rotos, se tapan con un plástico azul cuyo pegado hay que renovar cotidianamente; en una tercera ventana que da al patio, hacia el interior del cuarto, hay plantitas en maceta, geranios, algunas crasulentas. Se suman dos ocupantes más al dormitorio, son periodistas. Mientras nos acomodamos están instalando una luz neón y un tomacorriente en el aula, cortésmente nos preguntan dónde lo queremos, y preparan la puerta para ser cerrada con un candado cuya llave nos proporcionan. La semana anterior han puesto alumbrado eléctrico en el pueblo, al parecer en relación a la llegada de la CVR. Un amplio patio ocupa el centro del local, en los lados hay maceteros, arcadas, un caño, un tacho para basura. A uno de los lados del patio unas habitaciones se usan de depósito; luego supimos que allí se cautelarían los restos extraídos de las fosas. En la parte de atrás están los baños para hombres y mujeres (el colegio es mixto), hay lavatorios afuera y, en el interior (único lugar donde el cemento del piso está pulido) están las duchas y los servicios higiénicos; éstos están impecables y visiblemente renovados, se dispone de ducha pero no de agua caliente. En los bordes de la plaza hay dos lugares posibles para comer; son, a la vez, tienda, vivienda y restaurante; el más grande tiene, además, el teléfono comunal y, en el segundo piso, algunas camas para alquilar.

¹ Más adelante, viendo el texto completo, descubrí que los cambios (tanto las palabras suplantadas como las que las suplantán) resultan significativos (en la pared la canción dice “resaca” en vez de “reseca”, “hacia” en vez de “vacío” y “demasiado” en vez de “desahuciado”) y que, además de lo alterado, lo no escrito es tan significativo como lo seleccionado para serlo (ver Anexo).

Almorzamos en el restaurante pequeño, dos largas mesas con bancas en un espacio chico, adyacente a la tienda, la hoja de la puerta está dividida de manera que se puede abrir la parte de arriba o la inferior independientemente. No será la única vez que coma allí, ni tampoco la única en la que la mesa del frente esté ocupada por hombres de uniforme: los policías han contratado allí su alimentación; pero siempre, siempre, siempre escuché “La flor de retama” (ver Anexo), una y otra vez tercamente repetida, acompañando el alimento en ese lugar. Caía como un reproche inagotable... ¿qué habrá sido para tales comensales ese acompañamiento musical?, ¿qué habrán sentido? Imposible que no se percataran... ¿Qué sentí yo? Por esas cosas del destino, o de las defensas, o lo que sea, era la primera vez que la oía. Sentí miedo, preocupación por la dueña de casa, por la población, por el futuro...

Creo que hacia media tarde, o podría ser más cerca de nuestra llegada, como dando vueltas por el lugar, como hablando con los lugareños, me aborda un señor, borrachito, que juguetonamente dice: “Comisión de la Verdad... ¿será verdad?” Recuerdo haber reparado en que esa es la primera voz que escucho al respecto en el pueblo, pienso *“in vino veritas”* y enfáticamente respondo: “Sí, será verdad, es verdad”.

La reunión con las autoridades municipales nos permite presentarnos, escuchar dificultades, quejas y expectativas: el tema de la reparación, su preocupación por los jóvenes de la localidad y por el apoyo a proyectos de desarrollo que tienen en cartera. Fue necesario delimitar nuestro campo de acción, recordar que representantes de varias instituciones están por llegar a la localidad, que cada institución y cada especialidad tienen competencias diferentes, que posteriores reuniones darán cabida tanto a sus inquietudes como a mayor información.

En la población la comunicación viene dada de persona a persona, en el espacio público es apoyada por el uso de un potente megáfono que desde el local edil sirve para convocar a uno, a otro o a todos; desde que el teléfono está en la esquina, cuando hay llamada para alguien se le avisa también por ese medio. La potencia del aparato y la acústica que dan los cerros aledaños garantizan la llegada del mensaje a las afueras del pueblo. Ahora está convocando, para esta noche, a una asamblea en el municipio, pero ¿qué mensajes se habrán transmitido otrora? Al día siguiente escuché, según decir de los pobladores, que en los ochenta llegaban helicópteros al pueblo cada 20 minutos trayendo personas, prisioneros, pobladores de zonas aledañas cuyo destino era sabido.

¿Cómo se oiría el tabletear de esas hélices en un lugar con esa acústica? Pero el Perú parecía no escuchar...

Va llegando el resto de la comitiva; al borde de la noche, con ellos, reunión con autoridades y familiares de desaparecidos para explicar la intervención. El grupo es numeroso, la asamblea, larga y dolorosa. Recuerdo la ardua labor de los miembros bilingües de organismos de Derechos Humanos compatibilizando la información que daban los especialistas con las expectativas y emotividad de los pobladores, el silencio respetuoso de unos y otros a la exposición que escuchan la traducción. Muchos de los pobladores se expresan en español; pocos, solo en quechua. Recuerdo el reconfortante y vigoroso: “¡Hermanos...!” que inicia la traducción al quechua de alguien de Derechos Humanos². Pero también recuerdo las lágrimas desconsoladas de una jovencita de 19 años que no encuentra cómo frenar el dolor y el llanto de sus padres por el hijo que perdieron cuando ella tenía apenas siete. Y la insistente intervención del señor que no presencié el rapto y solo pudo rescatar de su madre la calavera que aún lo acompaña en su casa, su defensa de la bondad de la mujer cuyo despojo guarda, su reverberante sensación de injusticia y perplejidad; recuerdo a una mujer pidiendo dejar de ocuparse de los muertos y aplicar esfuerzos y dinero a la educación de sus hijos; y el testimonio conmovido del sobreviviente de una masacre: se jugó la vida en una huida con pocas posibilidades de éxito, sabiendo que de no hacerlo la perdía; sus compañeros no tuvieron esa chance.

Con pena, escucho pena pero también culpa en muchos de los que hablaron. Vamos a tener mucho trabajo.

Hacia las diez de la noche, con el cansancio de la jornada a cuestas, nos recogemos en nuestro aposento. Compartimos víveres, nos preparamos una sopita de sobre en la cocina de gas que las colegas han llevado, tratamos de preservar la vivencia de un cosmos ordenado. Algo se trabaja, el registro de las actividades del día, y después a dormir. Risas y chacota cuando alguien saca un pijama de seda; la visión de esa prenda, irisada, suave y colorida, es tan encantadora como incongruente dadas las circunstancias, pero se trata, una vez más, de defender el orden de lo conocido; más adelante, de los equipajes surgirá también una secadora de cabello. En algún lugar, un avergonzado y cálido abrigo de piel de zorro se pregunta si

² No es un error, la traducción al quechua empieza así.

su aparición sería prudente, por el momento funge de almohada. Nos guardamos en la protección de las bolsas de dormir, crisálidas en espera de la luz del sol.

Segundo día

Hoy se inicia el trabajo de exhumación, desde la tarde previa una de las psicólogas se siente mal: náuseas, cefalea, vómitos. ¿Es solo soroche? No sé. Una de las periodistas nos comenta, al amanecer, que pudo oír a otra de nosotras hablar dormida y, por mi parte, tengo el recuerdo, ya un poco vago, de una pesadilla.

La caminata hacia el sitio donde se abría la primera fosa en el lugar fue de más o menos una hora, un poco pesada, se siente el bombear del corazón, había que pararse a tomar aire de vez en cuando y también para hablar con algunos de los familiares de los desaparecidos que se acercan al lugar de exhumación con la esperanza de encontrar a sus muertos. Una de estas personas es la joven de 19 que ayer lloraba por sus padres, por su hermano y, seguro, por ella misma.

Miro con reproche a un periodista que se acerca e impone una entrevista, luego me percaté de que su actitud es cálida; busca noticia, sí, pero no es prensa verde. Creo que mi expresión no tuvo que ver con ello, después pude verlo actuar más: es delicado.

En el trayecto, cada quien va más o menos a su paso, en grupos pequeños, de a uno, de a dos o tres, pero no muy distantes; es un camino en pendiente con no muchas vueltas, por tramos podía dejarse de ver a alguien y luego divisarlo nuevamente, puede ser que una persona se adelante y luego se atrase. Naturalmente para los nacidos en la sierra no es problema alguno la caminata, la hacen en un ratito, los limeños hacemos lo mejor que podemos, hemos cruzado un riachuelo y allí vamos de subida. Hacia el borde derecho del camino de ida está la caída del cerro, hay abundante vegetación, algunos espinos, plantas que desconozco.

Me acompaña durante un trecho un joven antropólogo, un aroma me llama la atención y le pregunto qué es, nos acercamos al borde y me alcanza una rama, “es árnica”, me dice; cuenta que durante sus prácticas de química había hecho una condensación de la esencia de árnica. Comento su uso para el alivio de los dolores, los golpes; esperaba, de un muchacho joven y deportista, mayor resonancia de lo dicho. Pero no, parece que solamente quise imaginar un remedio, un analgésico efectivo. Me queda del episodio no solo el aroma ya identificado, sino una suerte de

ingrata sensación paradójica, como una burla, un brote de humor negro de la naturaleza. Me da rabia, tantos dolores ha habido en el lugar, tanta árnic silvestre y tan poco alivio. Para acceder a la zona de exhumación se tiene que sortear abundantes espinos, la ropa gruesa y abrigada que protege de los arañazos, se siente como siendo “atrapada” por ellos, hay que “desprenderse” para seguir avanzando.

Es un espacio abierto, con una pendiente pronunciada; más adelante, en el camino del borde, los trabajos ya han comenzado. Encuentro un toldo instalado en la pampita, debajo bártulos de diferentes personas y especialidades, aparatos y cables de las gentes de los medios que andan trepando el cerro, tendiendo cable, buscando angustiosamente un lugar desde el cual se pueda establecer contacto con un evasivo satélite para transmitir “en vivo”. Una carpa negra espera la llegada de las cajas que contendrán “los restos”. Más adelante, una cinta plástica amarilla delimita el lugar de trabajo forense. En su interior se está haciendo un *pagapu* (pago a la tierra) para pedir permiso y éxito en la labor. Me acerco a la cinta de demarcación, parece que no se debe pasar, alcanzo a oír el sonido de un instrumento de viento... ¿es un pututu?, ¿una cantilena? Veo las hojas de coca, la chicha, la ofrenda, quiero entrar pero está prohibido. Desde atrás de la cinta estiro el cuello, aguzo el oído y miro a las personas que, como yo, están excluidas de mayor cercanía.

El día es claro y el cielo está despejado, azul; estamos al borde de una quebrada angosta, al frente, los cerros no me parecen demasiado verdes pero sí muy cercanos, con pocos árboles altos que no llego a identificar. Extraño ver sembradíos, al parecer están en cerros más distantes que se alcanzan a divisar. Me percató de que la colega que venía sintiéndose mal no ha llegado, como sé que está acompañada descarto preocuparme.

Terminada la ceremonia los forenses ponen manos a la obra, pienso que debo hacer lo mismo en lo que compete al trabajo psicológico con los familiares de los desaparecidos. Para ese quehacer no hay lindero demarcado. El lugar es, digamos, peculiar. Para no estorbar el tránsito hay que apartarse de la zona más plana, algunas yerbas y arbustos dan soporte a la pisada de subida para acceder a la parte más alta de la pampita. Para el equilibrio y no hacer una rodada, sino peligrosa (no es tanta la gradiente), que acabe en moretón y bochorno, hay que apelar a los trucos aprendidos en viajes de paseo. Pero igual, en algún momento y sin plantita cerca que apoye mi paso, debo pedir una mano que me jale hacia arriba. No hay paredes que rodeen esta área de trabajo, serán unos 15 metros de

largo por unos 10 de ancho, salpicados de piedras, pequeña vegetación y evidentes rastros de que por allí anduvo ganado vacuno, al parecer hace no poco tiempo. ¡Gracias al sol por sus rayos! Pienso, además, en lo que sería la caminata hacia y desde el lugar si estuviera lloviendo... también yo, puedo ser adoradora del Inti hoy. La bosta (sin eufemismos, finalmente), aunque seca, trae la presencia de numerosos mosquitos que, a diferencia de los costeños, no tienen la mala costumbre de picar, pero molestan... Se me escapa una asociación: estos son como los que suele haber en los cementerios.

Pese a que está haciendo calor y brilla el sol nos sorprende un mínimo granizo que al principio tomo por lluvia aunque el cielo esté despejado. Valgan verdades, no puedo precisar si esto ocurrió en ese momento (no le veo mucho sentido, con un cielo sin nubes...). No sé si es posible eso en la sierra o si ese recuerdo aparece aquí merced a la secuencia del relato y las asociaciones que evoca. A estas alturas ya empiezo a inquietarme por la colega que aún no llega. ¿Dónde está mi amiga? No menos de 30 años de conocernos, las aulas de la universidad, la camaradería... con esfuerzo paso a la trastienda el sentimiento de preocupación y me aplico al trabajo.

Los familiares de los desaparecidos van llegando, hay quien viene en grupo de familia, hay quien viene solo, algunas de las mujeres lo hacen acompañadas por hijos de edades variadas. Se van sentando hacia el borde más alto del área, en silencio, mirando hacia el lugar de excavación. Recuerdo la frase y las enseñanzas de Moty Benyakar: "... del diván a las piedras". Para facilitar el procesamiento de experiencias traumáticas hay que ayudar a hacerlas imágenes y a ponerles palabras, "darle figuritas al paciente", decía él.

Me acerco a estas personas, me presento, hablamos. Muchos pueden expresarse en español, no todos. Cuentan sus relatos sobre lo ocurrido, a veces con lágrimas, a veces en quechua o en una mixtura de idiomas. Me reprocho no haber sido más estudiosa, mi incipiente quechua no me alcanza, pero una maravillosa traductora acompaña al grupo de psicólogas y, cuando es menester, interviene. Por momentos alguna lágrima intenta escapárseme, sé que no sería demasiado malo que eso ocurra siempre y cuando pueda seguir pensando; trato de evitarlo, sin embargo; por otra parte, me digo que obviamente la comunicación no está siendo trabada por el tema del idioma.

La llegada de mi amiga, en pareja con otra persona, me tranquiliza; solo se tomó su tiempo en la subida. Ya no tengo que preocuparme por una ausencia, el

equipo de psicólogas está completo y nos desplegamos para el trabajo. Además de nosotras, las personas de los organismos de Derechos Humanos están en ello, periodistas, gente que va y viene.

Conforme discurre la mañana, puedo hablar con unos y otros familiares. Compartimos el suelo como asiento, muchas veces somos simplemente dos mujeres charlando: la pollera bordada, la confección del bordado... no todo el tiempo giramos en torno a temas dolorosos o del pasado. Las madres coinciden en la preocupación por la prole, la falta de dinero, se llevaron a sus hombres: ya no están para cultivar la tierra y ni sus fuerzas alcanzan para hacerlo ni tienen plata para contratar a otro que lo haga por ellas. En todos está la tenacidad en la búsqueda del cuerpo del pariente perdido: “No descansaré hasta encontrarlo”. Escucho varias veces acerca del vacío que quedó y de lagunas en el pensamiento (“pensamiento”, dicen ellos). Evoco las enseñanzas de Benyakar; sí pues, de eso se trata... agradezco haber tenido la oportunidad de oírlo, la capacitación que brinda el CAPS.

He tratado de sentarme en forma tal que pueda estar frente a frente con las personas con las que hablo de modo que podamos mirarnos a los ojos, esto hace que con frecuencia yo las mire hacia arriba, desde abajo. No fue intencional, pero sospecho que en ocasiones resultó provechoso; para nuevas entrevistas traté de cuidarme de percibir si mi interlocutor o interlocutora resentía el tema del “nivel”: como “gringacha” (gringuita) se habían referido a mí la noche previa. Pese a lo cariñoso de la expresión, una campanita de alerta empezó a repicar. Con todo el maltrato que ha sufrido esta población, ¿estaré sintonizando algunas aprensiones en torno a la actitud que pueden esperar?

Dos colegas del equipo se tienen que retirar, quien casi acaba de llegar es una de ellas. La realidad se impone y tienen que dejar la localidad para cumplir funciones en otra parte. Las veo partir con tristeza, pensando que no son las mejores circunstancias para “una partida”; creo haber pronunciado un “no se vayan” con total conocimiento de que solo buscaba transmitir un sentimiento. Pero yo también tengo tareas y a ellas vuelvo. Quienes estamos en el lugar vemos de lejos (unos 25 metros) y de costado el área de trabajo forense al interior del espacio encintado de amarillo, creo que con esperanza, no sé si con aprensión, sí con curiosidad y con un ingrato sentimiento de exclusión. Los que están adentro “están autorizados”, pueden ver, saben, tocan. Las horas de trabajo analítico me permiten verle más de una faceta al asunto, pero... ¿y estos lugareños?...

Además, ¿cómo no reparar en el uso del término? Del área “encintada” debe salir algo; de esa tierra, que es la suya, algo debe ser hecho emerger, un algo muy íntimo al que, sin embargo, ellos no están permitidos a aproximarse. Si desde los recovecos de la infancia personal puedo desbrozar algunas yerbas propias, ¿qué intensidad agregada puede tener, en este escenario, ese sentimiento de exclusión en estas personas? Los espacios naturales de lo privado y lo público mezclados, incluso invertidos, tienen un regusto a violencia...

Y esa tierra, de la que algo ha de brotar, a la que hay que propiciar para que colabore mostrando su fruto como cuando se siembra, pero esta vez como deshaciendo una historia de ocultamiento, la espera de las familias, de las madres, padres, hijos, hermanos... se me antoja la labor forense como la de extraños parteros...

Mirando la cinta amarilla, registro un eslabón intentando acceder desde la trastienda de las cadenas asociativas... ¡Tate! Es una canción... recuerdo una tonadita, una frase: “Una cinta amarilla atada a un... ¿árbol?”. ¿Cómo sigue la letra? Me disgusta por no poder acordarme, ya se sabe cómo son estas cosas, aquello de “lo tengo en la punta de la lengua” y no sale, que hay que dejar de buscarlo para que aproveche un descuido del vigilante y aparezca; pero insiste, fastidia, repiquea. Recuerdo que es una melodía alegre, que me parece que tiene que ver con un anuncio de reencuentro. Descarto seguir persiguiendo el texto, me reprocho una actitud que en ese momento califico de evasiva e irreverente: ¡Qué hago yo al lado de estos dolidos campesinos reconstruyendo cancioneros! ¡Es verdaderamente una barbaridad! Solo días después pude cambiar de óptica.

El área que ocupamos se extiende hacia un lado y hacia arriba sobre el área de trabajo, formando una suerte de cornisa. Observo a un grupo de familiares: trasponiendo un muro bajo, de piedras, por un camino angosto flanqueado de plantas (no pueden faltar los espinos), allí se han ubicado. Desde allí, al lado de “los medios”, observan la excavación.

Mientras doy vueltas a la posibilidad de acercarme a esas personas, muro, espinos, cornisa y demás inconvenientes de por medio (tal vez el mayor es el cansancio), los trabajos de excavación se interrumpen, es hora de almuerzo. Con el cuadro, tal como se desarrolla, no contábamos: como no sabíamos a qué hora volveríamos, por si acaso, las carteras de las psicólogas han incorporado algún bocado: galletas, maní, esas cosas que “la civilización” empaca. Hace ya un rato que venimos “picando” y compartiendo con los familiares. Para el almuerzo,

desde el pueblo, un buen negociante ha subido sándwiches. Pero estamos todas las psicólogas sentadas con los lugareños en grupos cercanos, ellos no se van a acercar a comprar, no tienen dinero; hay quien ha traído alguna cosita: gaseosa, nísperos serranos, cancha; un buen número, nada. Imposible dejarlos para acercarse a buscar un sándwich, igualmente imposible comprar para ellos. Compartimos lo que hay, invitamos a acercarse a algunos pobladores que, más distantes, miran con reserva la escena. Con seguridad no saciaron su hambre pero... ¡cómo puede cambiar la expresión de la mirada una pequeña galleta! También ellos nos invitan, eso que yo creía kinoto resulta que es níspero serrano, me enseñan a comerlo, se pela, primero hay que ablandarlo aplastándolo con la mano; una señora gentilmente me alcanza algunos que ella ha ablandado para mí. Resultó más dulce su gesto que la fruta.

En el equipo de exhumación hay una sensación de desconcierto, no encuentran los cuerpos esperados. Durante los trabajos hemos visto transportar pocas cajas a la carpa negra, desde el otro lado de la cinta llegan informaciones, se encontró esto o lo otro. Hay una calavera, alguna otra pieza ósea, un casquillo de bala, pero allí debería haber habido cerca de 15 cadáveres. Y no aparecen. Varios familiares, a lo largo de la mañana, han venido diciendo que “están un poco más allá”, que incluso “se está viendo la ropa en el suelo”, “tienen que cavar al otro lado, atrás de la loma”. Como otras personas, me acerco a averiguar qué pasa. No obtengo más información que la que ya conozco, están excavando, seguirán haciéndolo; se han encontrado pocas piezas todavía. Regresan ellos a su quehacer y yo al mío.

No mucho más puede decirse de la tarde en ese lugar, fue corta, porque la interrupción de labores ocurrió pasadas las dos de la tarde. La inquietud, el desconcierto, parece que nos restan palabras a todos, los rostros están más serios, las emociones más guardadas. Miramos y esperamos... seguramente ya los van a encontrar. Poco después de las cuatro de la tarde, psicólogas y traductora nos despedimos de los familiares con la promesa de reencontrarnos al día siguiente y nos retiramos.

El camino de regreso fue, como caminata, más fácil y breve que la ida, y esta vez no metí el pie en el río (el sol se encargó en la mañana de remediarlo). Siguiendo una vieja (y no necesariamente buena) costumbre, voy un poco por mi cuenta. Decido que es totalmente imposible que no se encuentren esos cuerpos, aparecerán mañana... será que así son estos procesos (es la primera vez que acompaño en trabajo de exhumación).

Cruzamos una zona en la que el agua corre mansa y limpia sobre las piedras y la hierba verde. La forma de las rocas cuenta acerca de la torrencera en la que aquello puede convertirse en temporada de lluvia; rojizas, desgastadas y lustrosas, tienen caprichos propios que permiten el crecimiento de alguna vegetación. Es el lugar para la foto.

Nos felicitamos de haber emprendido la vuelta, están cayendo algunos goterones, apretamos el paso, sin embargo los lugareños tenían razón cuando miraron al cielo y dictaminaron: “hoy no llueve”. En el cuarto descubrimos que esas pocas gotas aprovecharon los agujeros del techo para atinarle a un colchón; lo volteamos y arrimamos todos.

Un río atraviesa este poblado, lo cruzan dos puentes; uno conduce al cementerio, el otro, a un pueblo vecino; allí, pasando el puente, hay fiesta. El calendario ha hecho coincidir nuestra estadía con la festividad de la patrona de las fuerzas policiales. Recuerdo haber reparado en la paradoja, con la sospecha de que si la santa en cuestión supiera de ciertos hechos y pudiera pronunciarse retiraría su patronazgo. Este pensamiento, por cierto, proviene de que a mí la “santidad” no me alcanza para neutralizar otros sentimientos. De otro lado, la coincidencia nos permitió disfrutar de varios días de constante y lejano acompañamiento musical autóctono.

Tras otras actividades vespertinas, en nuestro cuarto alguien comenta: “dicen que las fuerzas armadas establecieron su guarnición en el colegio durante la época de violencia”. Respondo que eso fue en el colegio primario, no en “nuestra vivienda”.

Tercer día

Creo que en Lima los médicos dicen que el cráneo no duele. Deberían hacer la prueba de lavarse la cabeza a las siete y media de la mañana en esta localidad (3,600 m.s.n.m.), en un lugar sin techo y con agua fría. La experiencia vale la pena, puede hacer tambalear cualquier noción anatomofisiológica que una tenga.

Emponchada, atravieso el patio en dirección al cuarto; a medio camino, plantado al frente, me mira un soldado (o policía) que porta un fusil. No lo había visto antes. No es una persona, es una pintura en el muro exterior de un aula. Reparo en que algo más allá hay otro dibujo, ya no lo recuerdo bien, creo que era una

escarapela. Reflexiono sobre el comentario de la noche anterior y mi respuesta, aunque sí me parece haber oído que se trataba del colegio primario... son tan curiosos los caminos de la defensa. ¿Pretenderá el mural ser expresión de incentivo al patriotismo? Al verlo pensé (¿sentí?) que era un rezago de la guarnición y tenía que haber sido dibujado por mano armada. Desde estos muros y esta parte de la patria, tal vez por efecto de la tarea que me trajo, la impregnación de una fea franja de la historia me alcanza.

La colega que va a hacerse cargo de la intervención psicosocial no va a ir hoy al lugar de exhumación, seremos solo dos para dar apoyo a los familiares, con la ayuda invaluable de nuestra traductora. Si ayer la primera parte del camino pudo ser hecha en carro, hoy esa suerte no nos acompaña. Como la principal dificultad del día anterior era desconocer el lugar, las pocas cuadras más que hoy caminamos no son importantes. De no haberlas hecho a pie nos habiéramos perdido el encuentro con un corderito de suave lana blanca, casi oliendo a leche, quien con la venia de sus dueños accedió a dejarse cargar, mimar, fotografiar. El perro de la casa que ayer en nuestro camino de regreso armara tamaño escándalo, ya no nos mira mal. Con mirada divertida, los propietarios observan nuestro entusiasmo por ese peluche que para ellos, tal vez, es solo una oveja en crecimiento. Son amables, la jovencita es muy linda, disfruta viéndose en la foto cuya imagen la cámara muestra al instante. El padre comenta: “Esa cámara debe costar en dólares”, se hace humo la racha bucólica, la realidad del país se nos viene encima. La colega desvía la pregunta explicando que es parte del equipo de trabajo. Nos despedimos cordialmente, seguimos andando.

Llegamos al lugar de trabajo, el escenario es el mismo, muchos de los familiares ya están allí, otros van llegando.

Tratamos de armar un grupo, algo de dinámica. Pero al parecer la impaciencia está en todos, no se encuentran esos cuerpos, a nuestro ruedo llega el odontólogo forense que quiere más datos, verificar los que tiene; simplemente apoyamos su trabajo. El desconcierto es general, una familia que vino junta, solo los hombres, traen al padre: un viejito quechuahablante que camina con cierta dificultad; buscan al hermano, al hijo. Los jóvenes se expresan en español con soltura, incluso la preocupación de uno por el otro, el papá delega en la voz de los hijos, se sienta aparte.

Las horas se hacen largas, más largas que ayer, la espera ni acaba ni da fruto. En algún momento se acerca una de las señoras de ayer, ha traído miel de abejas

para vender, su hijo, pequeño apicultor, la recoge. No me los imagino adulterando el producto, debe ser buena la miel y me agrada poder ayudar a la vendedora; compro un frasco. Al poco rato me ofrece cancha en un vasito plástico; “la feria”, pensé; una ráfaga de fastidio me atraviesa antes de darme cuenta de que se trataba de invitación y no de venta. Al percatarme de mi error... solo puedo expresarlo como que me sentí menos que un gusano.

Hoy son más los familiares que se han ubicado en la cornisa, pienso que tal vez algo puedo hacer por allá de más provecho que en la explanada, que allí hay gente que no he visto, veo como más reconstruido el murito de piedras que ayer se desmoronaba. Llegué al lugar, pero por la estrechez del sitio no hay campo para estar en “doble fila”, entre periodistas y familiares ocupan todo el espacio y esas personas solo están atentas a lo que ocurre abajo, regreso por donde vine. Miro el área de trabajo, más allá de la cinta amarilla, amarilla como la flor de retama, pienso, y otra vez lo de la canción que no logro recordar... Un nuevo eslabón asoma: ¿no era esa una traducción de “blue ribbon”? Pero si la letra en inglés es más elusiva incluso que en español, no lo es el doble sentido de “blue” en ese idioma, sí, es triste.³

Por momentos puedo escuchar el discurso ya conocido: “al otro lado de la loma están”, “la ropa ya se ve, está saliendo de la tierra, yo tejí esa chompa, yo la conozco”. Yo tejo, al menos lo hacía cuando tenía tiempo para ello; puedo imaginar el reconocimiento de la prenda, puedo imaginar los complicados puntos que suelen tejer las mujeres en la sierra; oigo a las creadoras, de tejidos, de hijos, declarando su competencia para identificar el producto de sus manos y el de su feminidad. Alguna de estas señoras trabajaba ayer con su huso, haciendo la fibra de lana para una chompa que no estará destinada al familiar buscado... no quise malograr el hilo, me guardé las ganas de pedirle que me enseñara a hilar. Puedo esquivar el estremecimiento de lo que puede ser ver asomar la prenda tejida por propia mano, pero no el que me produce escuchar otras cosas.

³ Concluido el artículo, tras mucho trajinar, conseguí la letra original, en inglés, de la canción. Para mi sorpresa no se trata de “blue ribbon” sino de “yellow ribbon”, lo de “blue” es de mi cosecha. Valga el lapsus. Por lo demás en el texto inglés (y luego de un encierro), sí hay un reencuentro, el cual queda en suspenso en la versión española, así como en las presentes circunstancias en que los restos no se hallan (ver Anexo).

Llegan desde el lugar de excavación algunos rumores, dicen que no se encuentran los cadáveres porque el tiempo y los animales se han encargado de esparcirlos. De labios de los lugareños hemos escuchado que han sido especies ajenas a la zona, hienas y chacales, los que sembraron de restos humanos la comarca, casi como una siembra al voleo, en superficie nomás. Los pobladores cuentan que en aquellos tiempos los perros podían llegar a casa llevando huesos, macabro hallazgo que la zona les brinda. ¿Se trata solo de animalitos hambrientos? ¿Cuánto dura el olor personal en un cuerpo muerto? Con un escalofrío me pregunto si a esas sensibles narices les habría sido posible percibir el olor del dueño en los huesos, si lo querrían traer de vuelta a casa. Pienso en mi mascota, que se entristece cuando no estoy, que me espera para comer su comida y me busca para dormir. ¿Qué sería para ella? ...y no quiero seguir pensando.

En la mente de todos, la preocupación: ¿Qué va a pasar si no los encuentran? Esos quince desaparecidos no eran residentes del pueblo sino de uno cercano, sus familiares también, han traído su esperanza... y poco más, ¿con qué se quedan?

De pronto hay un movimiento distinto, desde la excavación han invitado a los familiares a bajar a ver la fosa, se descuelgan desde la altura (no mucha, unos 5 metros) con ayuda de la vegetación y se acercan. Solo se permite una rápida pasada, quiero creer que ya se logró el objetivo. También el viejito pasó por allí. ¿Qué está ocurriendo? Tras el veloz (demasiado veloz) paso por allí, los familiares que fueron llamados han salido del área, con pocas palabras y mirada adusta se han distribuido por la pampita. ¿Ya los encontraron? El abuelito, rodeado de hijos y sobrinos, se sienta a un lado; lagrimea en silencio.

Estaba preparada, creo, para ofrecer consuelo (¿cabe esto?) o, al menos, para una aproximación psicológica ante el hallazgo de lo buscado, pero sin información cierta sobre qué ocurre (tal vez porque yo tampoco lo puedo/quiero creer), mi desconcierto es grande. Me siento al lado del anciano, me parece recordar que atiné a un gesto mudo, a una caricia; creo que a decir algo tan neutro como “después de tantos años”. Los más jóvenes de la familia, de pie, están básicamente callados y miran serios. Alguna que otra palabra intercambian entre ellos, ahora prima el quechua en aquellos que sé bilingües.

Se ha decidido dar por concluida la excavación, de hecho no están los restos. El equipo involucrado en la exhumación se retira. Los familiares han recibido una explicación y también una citación para que, por la noche, puedan hablar especialistas y familiares para mayor aclaración. Sé que los veremos luego, las psicólogas nos

despedimos diciendo que más tarde, en el pueblo, vamos a conversar. También hoy llegó a medio día una caja de sándwiches, ahora, inútilmente; si ayer pasé a su lado con una nostálgica mirada de soslayo, hoy me es indiferente.

Quienes estábamos en el lugar hacemos la bajada nuevamente por grupos. Durante el trayecto, algunos comentarios, y preocupación. Veo en la calle que transitamos unos pequeños puestos de venta, cubiertos con lámina plástica, me parece que se ofrecen básicamente verduras y frutas. Me hubiera gustado detenerme y curiosear un poco la mercadería, hablar con las vendedoras, pero el tiempo nos gana; no sé si están allí por ser un día designado para ello o si solo se ubican por horas y por eso no las vi antes. En cualquier caso, eso me hace reparar en que en este pueblo no hay mercado. ¿Habrá trueque?

Llegando al pueblo vamos al restaurant/bodega/hostería/central telefónica. Parecería no haber nada disponible, sus dueños confiaron en que el negocio estaba arriba, en los sándwiches. Tenemos que explicar qué es un “arroz a la cubana” y, tras larga espera, conseguimos un plato. Estamos en el interior, mezcla de patio, trastienda y comedor; afuera los periodistas desesperan y hacen larga cola, no solo son los dos únicos aparatos telefónicos disponibles en el lugar sino que, además, parece que desde ayer no tienen línea.

La conservación de la esperanza (y la impaciencia) parece ser rasgo común en la especie humana: las gentes de los medios insisten en las cabinas, no hay comunicación con Lima pero igual uno y otro lo intenta y vuelven a la cola mientras consumen gaseosas e intercambian reniegos.

Hay que abocarse a otras tareas, la charla de sobremesa se interrumpe para atenderlas: toca reunión con profesores. El día previo los docentes de los tres colegios nos han hecho saber que entre los muchachos de la zona perciben dificultades tanto de rendimiento escolar como de conducta violenta y de relaciones familiares, a veces todas ellas.

Más tarde nuestro cuarto albergó una conversación con abogados de una institución de Derechos Humanos, se trataba de expresar y contener la incredulidad, el asombro por lo ocurrido y la preocupación por la gente; se fantaseaba poder hacer algo. Hemos pedido que tras la reunión de la noche se dé un espacio para el trabajo psicológico con los familiares. Ellos escuchan la exhaustiva y empática explicación de lo ocurrido que hacen los miembros del equipo de exhumaciones: los años, el clima, los zorros, los perros, las aves, se han llevado los cuerpos. Luego, intervienen libremente.

Una sensación casi de irrealidad me atraviesa al oír la traducción de lo que dice enfáticamente una señora: afirma que el lugar excavado responde a un nombre distinto al supuesto, que éste se encuentra algo más distante. ¡Esto no puede estar pasando! No sé si es cierto lo que dice, los demás lugareños insisten en el pedido de extender el área de exploración, de hacer otras exhumaciones. Los responsables de tomar la decisión explican las dificultades para hacerlo: son temas administrativos, de orden, pueden entenderse. Mi sentir no puede amoldarse a ellos, ¡es tan razonable la demanda!: “Estamos todos acá, todos venimos de lejos, nosotros y ustedes, entonces, hagámoslo”.

Se ofrece hacer una exploración adicional, retirar el material que sea visible e “inmovilizar” el área, a la par que se recopila más información; se piden más testimonios, la ampliación de los ya hechos. Poco más que la contratransferencia y la empatía me acompañan en la conducción del grupo posterior, doble empatía, pues percibo tanto el desconsuelo de estos campesinos como el del equipo de investigación, prisionero en normas y programaciones que escapan a su esfuerzo. Es esto lo que tratamos de transmitir las psicólogas presentes, de un lado, comprensión del pedido, la frustración, la cólera; del otro, la seguridad de la buena fe y recta intención de los investigadores. Hay que lidiar nuevamente con la expectativa de una influencia que se nos atribuye y que no tenemos (en esta ocasión, y desde el fondo del alma, la expresión exacta es “desgraciadamente, no tenemos”).

Esta noche sí hace mucho frío, quizás más allá de la medida objetiva de un termómetro que, según dicen, bajó a 2° C. En la habitación, más tarde, aprecié más el sano consejo de un amigo: “Llévate anisado”, pero el frío seguía y con él la incredulidad y, terca, la esperanza.

Cuarto día

No será un día fácil, hoy el equipo forense trabaja en varios lugares: en otra fosa identificada (en la que se espera hallar cuatro cuerpos), en el cementerio (cruzando el río, apenas a un par de cuerdas del pueblo) y, un tercer grupo, allí donde la tierra está pariendo ropas y restos. Se acordó ayer dar mayor facilidad para expresiones culturales y religiosas al lado del entierro y más acceso al lugar de exploración, tanto a los parientes como a las psicólogas.

El punto de reunión es la plaza principal, es un poco complicado el trajín porque el cuerpo de uno de los asesinados está partido: en el cementerio está la calavera; en la fosa, lo demás. En el cementerio, además, está el cadáver del esposo de una de las señoras, que ella sustrajo y enterró ahí. En la plaza, adustos, los familiares de quienes en días previos debieron ser encontrados. Estamos en la plaza a la espera de las coordinaciones necesarias, nos acercamos a uno y otro grupo, a compañeros de afanes de otras instituciones. Se espera la llegada de la señora que ha ido al cementerio a mostrar la tumba que debe ser excavada. Finalmente, todos presentes y dispuestos, quienes deben exhumar ya repartidos, hay que emprender el camino.

La fosa está, dicen, “aquí nomás”; el “aquí nomás” de siempre en la sierra... Una pick-up doble cabina de la CVR se acerca; alzo el pulgar en el mejor estilo “autopista”, caballeros galantes ceden las cabinas a las damas. La parte inicial del camino serpentea por calles angostas flanqueadas de viviendas, muchas cubiertas totalmente por un muro uniforme, con solo una estrecha puerta, pequeñas ventanas matizan las paredes de otras; cada tanto, desde la altura del vehículo, podemos atisbar patios y plantas en los interiores. Creo que estaba demasiado atenta al camino para reparar mucho en detalles. Hay pocas personas transitando, no recuerdo la sonrisa al paso que he visto en otros lugares y circunstancias.

Profundas grietas atraviesan la ruta de tierra que recorremos, a lo largo y ancho, en diagonal; es obvio que por allí discurre la lluvia. Algunos tramos son muy empinados. Imagino mi pequeño carro ciudadano en ese terreno y me congratulo por la doble cabina, la doble tracción, el diámetro de los aros. Desde una camioneta que baja en sentido contrario, una mano hace un gesto al conductor: marcadas ondulaciones hacia arriba, hacia abajo y a los costados. “No va a subir”, se escucha una voz al interior del vehículo. Recuerdo otros caminos, otros “todo terreno”, otras manos en el volante. “¡Qué val!... ¿Este camionetón?”, respondo... ilusa, ingenuamente. Un poco más allá el chofer nos comunica que el camionetón tiene la doble tracción malograda y que, en efecto, no sube.

Así que subimos a pie “aquicito nomás”. La vía se ensancha, se hace menos sinuosa, nos cruzamos con señoras y niños acompañando chivatos. La pendiente es menor a la de los días previos pero también hay que descansar cada tanto. Al final del camino, la unidad móvil de un canal de TV, con puertas abiertas, gran antena y equipo desplegado, se ríe de la “doble tracción” que no llegó. Hay que

trasponer un muro bajo de piedras y atravesar un pequeño prado verde. Más allá de la cinta demarcatoria los trabajos están por empezar.

Aunque se dijo que psicólogas y familiares tendríamos mayor acceso al lugar de la excavación solo admiten el ingreso de los deudos y de una psicóloga. No fui yo. Observo rezos, lloros y cantos desde atrás de la cinta. Emergen de ese espacio quienes fueron momentáneamente admitidos y, ya sentados en rueda, iniciamos una conversación; nos acompañan profesionales de otras organizaciones, uno de ellos, abogado, hace de traductor. Al cabo de pocos minutos alguien se acerca y da un giro distinto a la intervención, el dominio del idioma le facilita la comunicación pero, allí donde queríamos dar cabida al sentimiento, son los hechos los que dominan. En espera de un nuevo viraje que nos permita retomar, transcurre algo de tiempo. Con delicadeza, una de las abogadas presentes se me acerca, desde atrás, para comunicarme que una de las señoras tiene que retirarse pues son los restos de su esposo los que están siendo exhumados en el cementerio y hacia allá deben ir ambas. Le digo que las voy a acompañar.

Me embarga una sensación de desgarró, no me quiero ir, siento que debo estar con el grupo, atender y cuidar, en lo que cabe, a los presentes; pero también debo estar en otra parte para hacer la misma función. Seguramente las actuales circunstancias del trabajo tienen que ver en ello, los cuerpos desmembrados, repartidos; los forenses trabajando en distintos lugares, las psicólogas que ahora nos separamos. Pienso lo que debe haber sido para estas mujeres tener que dejar hijos a un lado y partir, quizás llevando alguno con ellas, en busca del marido desaparecido, de pueblo en pueblo, de cuartel en cuartel, de cárcel en cárcel (durante el camino de regreso, cuando quise hacer un recuento de lo vivido, al no poder escribir, esto apareció graficado en el cuaderno como el torpe dibujo de un corazón partido).

Obviamente debo explicar al grupo mi retirada; no creo haber podido instrumentar bien la sensación, traducción de por medio e interrumpiendo un discurso que en esos momentos iba por otros rumbos. O, tal vez, el reconocimiento de las dimensiones transferencia-contratransferencia fue posterior. Siento mi intervención insuficiente y deslucida. Bien intencionado, el traductor me cuenta que ha dicho a la señora que parte conmigo que “soy como una hermana para ella, que me confíe todo” y, ante esto, las dos nos vamos medio desconcertadas; creo que la señora es exclusivamente quechuahablante; viene acompañada de un chiquillo de no más de 8 años, de hermosísimos ojos grandes y oscuros; ambos se

adelantan y apartan de mí, se dirigen hacia un pequeño ojo de agua y acequia que corre al borde del prado, sospecho que en relación a alguna necesidad igualmente líquida, y no me acerco. Tanto la abogada como el antropólogo que nos acompaña para superar dificultades idiomáticas se retrasan. El primer tramo de esta vuelta viene impregnado de sensaciones de soledad, desamparo, insuficiencia.

Desandando el camino ya hecho vamos todos juntos, traductor y pobladora se ven cómodos conversando, ella está muy resfriada, tose; su nombre, ¡qué ironía!, alude a situaciones de buen augurio. Hablo con la abogada, también yo me siento cómoda con ella, además del idioma español, alguna fibra vibra sintónica. Mis intentos de aproximación a la pobladora, preguntas o comentarios, han recibido acogida cortés, pero poca entrada. Sus respuestas son puntuales. Atravesamos el pueblo en dirección al camposanto, cruzando un puente, llegamos. La reja de fierro está cerrada, entramos por encima de un murito de piedra que circunda el espacio. El área no es muy grande, 100 ó 150 metros por 50 aproximadamente, no es plano pero la pendiente es poca, pasto y matorrales crecen libres; las tumbas se esparcen irregularmente por el terreno, algunas con lápida de cemento, otras con una pequeña elevación en un extremo, también de cemento, que permitió en su momento escribir el nombre de quien allí yace. Hacia el fondo, atrás, abajo, es de este tipo la que, bajo un toldo, se está abriendo. Nuestra llegada interrumpe el trabajo, se permite a la viuda acercarse a la excavación a rezar. Puedo verla de pie, bajita, se quita el sombrero y lo mantiene en alto hacia un lado de la cabeza, dice sus oraciones en silencio y se retira, nos sentamos un poco apartados mirando la zona de trabajo y, más allá, las casas de la población.

Hace calor, permaneceremos allí hasta después del mediodía, bajo el sol. Me entero de que en esta localidad los niños son enterrados con la cabeza hacia el sol saliente y los adultos a la inversa, hacia el poniente. “Como que se van con el sol”, digo, pero el simpático, sensible y bien informado antropólogo/traductor que nos acompaña no ha escuchado las charlas del doctor Benyakar. Mi intento de introducir una imagen se va al traste con su respuesta: “Ya pues, ¡que se vayan de una vez!”.

La abogada necesita precisar algunos datos, la viuda se ha retirado hacia la sombra y allí le da el alcance, las escucho hablar en español. Por encima de nosotros, en el camino, un grupo de escolares atisba un rato la inusual escena. La señora no desea embarcarse en conversación conmigo; a estas alturas ya sé que es madre de tres hijos, que el menor no es de ese esposo que están desenterrando,

que todos pasan penurias económicas, ella trabaja pastoreando ganado ajeno (el propio se perdió años atrás) y recibe por ello veinte soles al mes. Ese cuerpo que se exhumará fue velado en su casa, con miedo, menos de una hora, pues ella y su abuelo, de noche y contraviniendo órdenes, lo habían rescatado del lugar adonde fue arrojado. Luego, con apoyo de un vecino, envuelto en tela blanca, fue traído al cementerio y sepultado. Es esta tela blanca, ya deteriorada, la que dará la pista a los exhumadores de haber llegado hasta el difunto. Cuando eso ocurre nos acercamos todos un poco, ella hasta el borde de la fosa, repite el gesto con el sombrero, ora en silencio, alcanzo a verla secarse las lágrimas. Sé que es bueno que pueda derramarlas, nos apartamos.

En este lugar el área circunscrita es mucho menor que las otras que he visto. La excavación prosigue, veo que guardan pequeños huesos en bolsas, parecen muy chicos, muy parduzcos. La abogada, yo, la señora, un familiar de otro desaparecido, nos hemos ubicado a la escasa sombra que puede dar el muro lateral del camposanto, dando la espalda al río, al pueblo.

Ambos lugareños se dirigen a mí en español; ambos solicitan apoyo económico, ella para sus hijos: el mayor, de 14 años, lustrabotas en la ciudad cercana, no siempre consigue las monedas necesarias para su sustento. El señor cree que de alguna manera yo podría lograr que un banco le facilite un préstamo para invertir en su trabajo de labranza. ¿Por qué para pedir se ven forzados a usar el idioma que evitan en lo privado? ¿Por qué mi aspecto paliducho les hace suponer que puedo solucionar estas cosas? Ella gana 20 soles al mes, él quiere trabajar y no tiene capital. En esos momentos quisiera no saber castellano, no tener que contestar, que explicar... pero tengo que hacerlo. Me apena ver desvanecer la esperanza del rostro del campesino, la simpatía que puedo alcanzarle no solucionará esa necesidad; a ella trato de hacerle llegar el mensaje de que esos hijos que crecieron sin el padre a su lado han visto y aprendido de la mamá el esfuerzo, la tenacidad para salir adelante, el no rendirse; que, si no tiene dinero para darles, el ejemplo que les ha brindado es una ayuda, un modelo y apoyo para la vida. Hice lo mejor que pude, pero igual me queda un regusto amargo.

La excavación y la hora avanzan, yo debo estar en el pueblo por la tarde porque hay una reunión con escolares; la señora ha vuelto a ser quechuahablante y su relación con la abogada es muy buena. La actitud de esta compañera ocasional de trabajo es sumamente adecuada, le encargo pues sostener en lo que se pueda esa óptica que tal vez mitigue en algo el desconsuelo de la dama, y me

despido, explicando el porqué de esta retirada que, infaustamente, ocurre no mucho tiempo después del intercambio.

El antropólogo y yo vamos hacia el pueblo, cedemos el paso del puente a un grupo de engalanados caballos y nos dirigimos a tomar un veloz almuerzo. En el camino, a la pasada, alcanzo a ver que en una casa/tienda se ofrece en venta mantas de lana, no lamento el apuro que me lleva a pasar de largo, lamento sí la prisa que se da la modernidad en sustituir el colorido de los tintes naturales con artificios químicos que ya alcanzaron a esas mantas.

La comida viene acompañada de charla y de fondo musical (“La flor de retama”, nuevamente). Me cuenta mi compañero de mesa que conoce hace mucho tiempo a la señora que espera los restos de su esposo en el cementerio, ella ha hablado extensa y sinceramente con él. Me digo que no tenía en verdad porqué confiar a una desconocida las atrocidades que le tocó vivir, las vergüenzas que pasó. ¿A quién verá en ese hijo que le fue impuesto? ¿a alguno de sus violadores? Su actitud hacia el niño de ojos hermosos me lleva a creer (¿desear?) que la maternidad ha superado la concepción brutal para dar acogida a esa vida nueva que le cayó en brazos.

Tres psicólogas disponemos de unas dos horas para atender cerca de 50 escolares cuyas edades oscilan (aproximadamente) entre 8 y 20 años, por supuesto que el trabajo en grupo es la elección. Los más pequeños se van con una de nosotras, van a dibujar las imágenes de su pueblo y del que quisieran tener más adelante; los mayores se quedan a lidiar con la tarea análoga de proyectarse a cómo quieren sus vidas dentro de unos cinco años. Ellos no lo saben pero luego les propondremos pensar cómo hacer para conseguirlo. Queríamos dar en la primera pregunta un matiz lúdico, un estímulo a la imaginación. Sabemos que no es un problema fácil el que les plantearemos luego.

Será el apremio de decidir qué hacer, será que la opción no fue la mejor, será que así es la realidad... no sé. Me asusta más que un poco lo que escucho: ninguno se ve estando en el pueblo, nadie dice interesarse por el comercio o la industria, todos quieren ser universitarios, pero no oigo hablar de ninguna profesión ligada a la producción agropecuaria, minera, a la aplicación de tecnología para la mejora de las condiciones de uso de recursos naturales o del hábitat humano, unos cuantos mencionan actividades vinculadas a la salud. Para mayor alarma, quien dirige el grupo pide que se presenten diciendo su nombre, qué les gusta hacer, comer, etc.; al pie de la letra fue tomada la indicación. Pareciera que casi todos son prac-

ticantes asiduos de algún deporte; en forma casi desafiante, un par de los que “al ojo” se perciben en el grupo con “problemas de conducta” dicen que les gusta tal o cual tipo de música. Pero nadie, ni aun éstos, que de alguna forma se diferencian, entrevió la posibilidad de hacer de la actividad placentera su ocupación posterior. Entonces me pregunto qué está pasando con el espacio de juego, con el lugar y proceso de lo transicional, con las posibilidades de sublimación.

A mitad de camino de la exposición, la colega que me acompaña me dice: “me parece que hay una araña en la pared”; así es, cercana al interruptor de luz, una araña negra más que mediana, trepa. Displicente, el alumno más cercano alza la mano, apoya el índice sobre el cuerpo del insecto (cefalotórax, creo), lo empuja y lo arrastra hacia abajo. Serán esas cosas del cambio de luz, del atardecer, de las percepciones que induce... miré a la colega... y la vi vercosa. Luego de nuestros comentarios sobre la experiencia, puesto que los chicos silenciaron los suyos tanto como habían callado expectativas y proyecciones a futuro que tuvieran que ver con lo relacional, el amor o la familia, y siendo la hora avanzada, se da por concluida la intervención.

En el grupo de los más pequeños el panorama es algo mejor, pero tampoco entusiasmo. Por casualidad, conveniencia, técnica o mero reflejo del propio inconsciente, la división entre “los grandes” y “los chicos” se puso en una edad casi coincidente con la antigüedad de la devastación sufrida por la comarca. Los menores pudieron trabajar juntos, crear, intercambiar, hacer “dibujos colectivos” con profusos comentarios en quechua que la conductora del grupo lamentaba no entender. No pude evitar reparar en que en el dibujo del “pueblo real” hay árboles, animales, lotes de sembríos, demarcaciones de los mismos, a diferencia del “pueblo ideal” donde todo esto ha desaparecido y ocupan el espacio varias canchas de fútbol; además, postes de alumbrado público adornan las calles y la carretera se ha prolongado. ¡Bien por ese progreso! Pero, ¿qué pasa con la producción? ¿Cuál va a ser el destino de esta población?

Un breve intervalo en el quehacer permite una taza de café en la habitación. Una compañera se acerca al área de cocina: “¡Vean esto!”, escucho. Voy. ¿Qué pasará en el clima que los bichos han salido de paseo? Una araña color tierra, mimetizada con la pared, de unos ocho centímetros de pata a pata, va subiendo al lado de la tetera, no es un tipo que conozca. La colega a quien acompañé en la reunión con los alumnos está al otro extremo del cuarto, en otros trajines; pienso en los efectos ópticos del atardecer, en el color verde... No es momento de desarrollar un gusto

por la entomología (que a mí solo me alcanza para las mariposas y algunos, pocos, escarabajos); alzo embotinado pie y la estampillo en el muro. Definitiva, absoluta y contundentemente: yo no usaré las manos para estas cosas.

Nos vamos a la plaza en busca de los pobladores. Mientras las autoridades venidas de Lima y el equipo forense deliberan sobre el curso de acción de los días y horas siguientes, en nuestro cuarto se desarrolla otra reunión: los familiares de las personas que hoy fueron desenterradas conversan con los abogados de la institución religiosa que los apoya. Están decidiendo cómo quieren que se realice el funeral de los restos hallados. Las sillas de las que disponemos no bastan para todos los presentes, las ocupan los familiares, los abogados, una de nosotras. Dos niños cansados se adormilan en el regazo materno. El círculo de sillas es cerrado, los colchones, tentadores, presencian desde atrás la reunión; si quienes estamos de pie nos sentáramos allí nos excluiríamos del grupo, acompañamos pues la reunión moviéndonos en torno a los demás.

El grupo de familiares es básicamente de señoras, solo un varón (aparte de los abogados) está en la rueda, silencioso. La ubicación de este personaje es bastante singular, es esposo de una de las señoras que se encuentra allí por ser viuda de uno de los exhumados. Tanto él como otro de los actuales habitantes de la localidad han sido policías en el pueblo durante los hechos de violencia y luego se han quedado y formado familia. Se los llama “los yernos”. Pero ¿yernos de quién? ¿De la comunidad? ¿Y cuál es el estatus del yerno en la constelación de parentesco de la comunidad? Solo vimos a uno de estos señores pero, presumiblemente, ellos tienen la información cierta de lo ocurrido, el conocimiento de lugares, personas, identidades y, al menos de momento, callan. Ahora probablemente han de tener un conflicto de lealtades. ¿Qué tan perpetradores fueron? ¿Cómo es para ellos, posteriormente, ser parte del grupo vulnerado? ¿Cuál es la actitud comunal al respecto? ¿A qué corresponde esa incorporación en el espacio representacional, simbólico, de la comunidad? Son demasiadas interrogantes a las que, por el momento, no hay modo de acercarse.

La charla grupal es larga, exhaustiva, detallada y necesaria. Veo una actitud respetuosa y sostenedora por parte de la institución a la que brindamos ese espacio. Encuentro particularmente delicada la observación de una de las damas presentes: ella se convirtió a la religión evangélica luego de la muerte del marido pero él falleció siendo católico, solicita unos días para tomar la decisión de cómo será enterrado. Sospecho que para darse tiempo a que en sus sueños encuentre la

respuesta. Repetidas veces he escuchado el tema de las “revelaciones en los sueños” en esta comunidad, entre estas personas que creen que el difunto o extraviado puede indicar su ubicación por esta vía.

El grupo decidió no acompañar los restos a la ciudad durante la semana prevista para los trabajos de morgue: tienen trabajo que hacer, niños que cuidar, plantas y animales que requieren su atención; irán después, solo a recibirlos. Las diez de la noche ya han pasado, las cuestiones que había que dilucidar ya se discutieron. Puede ser que ocurra lo mismo con las deliberaciones que, simultáneamente, se han venido desarrollando en “el cuarto de los hombres”. Sabía, muy sabiamente, la colega sentada en la rueda sugiere salir todos de la habitación y acompañar a los familiares para enterarnos de las nuevas disposiciones. Salimos y al cabo de unos minutos nos informan que la comitiva parte mañana, dos días antes de lo previsto. Nos despedimos hasta encontrarnos al día siguiente; volvemos a nuestra habitación. Supongo que la sensación es compartida por todas... por fin, solas. La charla nocturna fue poca; la cena, suficiente; el cansancio... recibe apelativos mayores.

Quinto día

Si todos se van hoy, nosotras ¿qué? Lo que compete al acompañamiento psicológico a familiares puede darse por culminado en esta etapa, no así el resto de la tarea... pero en ese barco yo soy grumete. Las psicólogas hemos llegado a la localidad en movilidad particular, alquilada, el resto de los viajeros cuentan con transporte disponible y, la verdad, no les veo muestra alguna de interesarse por cómo nos vamos a arreglar nosotras. Podríamos pedir que nos lleven pero, si bien nuestro equipaje personal no es demasiado abultado, ¿qué hacemos con los tres colchones, la cocinita, el balón de gas?

Únicamente hay buses de ruta dos veces por semana hacia y desde la ciudad, los pasajes aéreos de regreso a Lima están comprados para el día anterior al del transporte público; solo cabe comunicarse con la ciudad y pedir que nos manden movilidad para la fecha prevista (dentro de dos días) o para hoy; solo telefónicamente se pueden hacer las coordinaciones para que, en una u otra fecha, venga un carro a recogerlos. Me desentendí de la decisión. Esta fue, finalmente, irnos con todo el grupo. Asumí que la institución que se ocupó de hacernos llegar a la

localidad habría de encargarse de velar por nuestro regreso, máxime si una de nosotras forma parte de su personal.

En vista de todo ello, hoy desayunamos en la tienda/restaurant/central telefónica. El lujoso menú a la carta de los desayunos en el cuarto (¿atún?, ¿mermelada?, ¿aceitunas?, ¿leche?, ¿café?, ¿mate?, ¿galletas?, ¿pan?) reduce considerablemente sus opciones. El sitio me agrada, es pintoresco, muy modesto por cierto. Es la trastienda, una mesa larga con bancas, una redonda con sillas; piso de tierra, solo tres paredes puesto que uno de los lados se abre hacia el patio y a una gran habitación que debe ser, para la familia, cocina y comedor; en su interior las paredes están oscurecidas por el humo que produce un gran fuego de leña, menaje de cocina, hollín, otras mesas y sillas, una amplia ventana que da al patio. Me hace gracia ver lo funcional de esa ventana, pues desde ésta se tiene acceso al caño y lavadero que están en el patio y brinda, así, servicio a dos ambientes. A nuestra mesa se sientan por ratos algunos otros viajeros y permanentemente nos acompañan dos loros que no vuelan y cuya conducta me hace sospechar que son más bien loro y lora. Transitan por el suelo persiguiéndose, aunque tienen cosas más atractivas que hacer y no parecen interesados en picar, me felicito por estar calzando botas. Desde un ángulo, colgada, la cabeza nostálgica de una taruca mira a los comensales mientras, al otro lado del patio, bien educados cuyes restringen sus paseos a la zona donde se guarda la leña.

Las dos cabinas telefónicas están muy solicitadas. Una vez que la colega logra comunicación con su sede laboral nos cuenta que desamparadas no estamos: hay la posibilidad de que uno de los carros que lleva parte de la comitiva a la ciudad regrese a recogerlos; esto significaría llegar quién sabe a qué horas pero es mejor que nada. En vista de que los demás aún están dando vueltas, empacando, sin traza de apuro, nos damos el gusto de un desayuno sin prisas, dejando para después la búsqueda de mejor alternativa. A mitad del segundo café se sienta al lado nuestro uno de los chicos de la casa, me extraña que no esté en la escuela. Trae en la mano un libro: *Mi planta de naranja-lima*. Le comento que es un libro muy bueno, el joven nos dice que es de lectura obligatoria para su curso de Castellano, ha sacado la obra de la biblioteca, tiene luego que responder unas preguntas acerca de su contenido y sobre la biografía del autor que les han repartido.

En paralelo a este diálogo hacia fuera, adentro otro discurre. Dije: “un libro muy bueno”; por supuesto que lo es, pero lo dije cubriendo muchas más

cosas. Ver a este chiquillo con esa obra, en ese lugar y circunstancias, me escapeló. Hace muchos años la recomendé a un buen lector que me era muy querido y, días después, me horrorizó verla en sus manos, aún no empezada su lectura, satisfecho, anticipando el disfrute literario... menos de una semana antes habíamos asistido al velorio de quien fuera su figura paterna. Recuerdo haber balbuceado algo como: “sí,... pero no ahora... aunque, ya pues... igual...”, en un marcado decreciendo.

Observo al muchachito, calculo su edad, 11 años más o menos... y luego pienso en el profesor; capaz que a él sí le tocó pasar por una pérdida de esa naturaleza, a una edad cercana a la del protagonista de la obra. Doy vuelta a esa página y le pido al joven la biografía de Lezama Lima. Son unas pocas carillas en letra grande, viene adjunto el cuestionario que debe llenar. Me entero de detalles interesantes, pero no puedo menos que reparar en que el lenguaje en que está escrita la historia dista bastante de ser sencillo. Entonces ¿problemas de aprendizaje? ¿De comprensión de lectura? ¡Cómo no! Nuestro joven compañero de mesa dice que sí consulta el diccionario cuando lee; la verdad... dudo. Pero resulta, además, que Lezama Lima fue *sparring* de no sé qué equipo de deporte. ¿*Sparring*? ¿Estudian inglés estos chicos? A mí me costó recordar el significado del término... Guardé comentarios bajo siete llaves y le pregunté cuánto demoraría en leerlo. A juzgar por su muda expresión... fue una muy mala idea preguntarlo.

Salimos a investigar las posibilidades de transporte en los vehículos que allí estaban. En la puerta, un grupo de burros mansos estrechamente atados entre sí, se hace a un lado, como nosotras, para dejar pasar a unos toros que vienen arreados por un chiquillo. Los burros serán mansos en relación a los astados, pero no conozco sus costumbres, sus señales... mejor de lejos.

Algunos de los carros están completos, otros no saben de cuánto espacio libre disponen ni quiénes serán sus ocupantes, alguno está destinado específicamente a ciertas personas. Tampoco es que seamos las únicas en el dilema, otros como nosotras buscan ubicarse. En el interín, entre idas y venidas, ordenamos nuestro equipaje, conversamos con algunos pobladores. Uno de los escolares me pregunta si el pueblo me gustó, de corazón respondo que sí. Una niña nos dice con un tono querendón: “quédense, no se vayan”, le digo que nos gustaría poder estar más tiempo pero ahora tenemos que ir a otra parte, a seguir trabajando, que si es posible volveremos. Una de las señoras con quienes conversamos en días previos pregunta si podemos llevarla a ella y a su hijo, acercarlos a su pueblo; con

gusto lo haríamos pero nada tenemos que ofrecer al respecto, ni siquiera sabemos cómo hacer nosotras.

Me esfuerzo en dejar la habitación “ordenada”, sé que a la altura de sus posibilidades se han tomado el trabajo de prepararnos el espacio y no es correcto dejarles bolsas con desperdicios, objetos fuera del lugar en que los encontramos; resiembro un geranio que desafortunadamente se cayó, abro la ventana, riego las plantitas. Todo empacado, las cosas en orden, los colchones sacudidos... a buscar carro. Una buena alternativa se nos ofrece: los bultos grandes, los equipajes, serán transportados en una pick-up y para nosotras hay lugar en un bus cuyos ocupantes aún no están determinados. Tras tanto afán e incertidumbre, resultó que el bus, que es parte de la comitiva, tiene mucho espacio libre. Parte medio lleno (o medio vacío, como el vaso que mide el optimismo). Esto nos da a casi todos la posibilidad de ocupar dos lugares, opto por ello, estiro las piernas hacia la ventana, observo y pienso. Bastante tiempo hubo para ambas cosas porque el trayecto, que a la ida fue de tres horas y media, de regreso se hace en cinco. En un punto de la ruta vemos a la parejita que pedía un aventón, han bajado de uno de los carros que nos preceden y se encaminan a pie hacia lo alto, a su poblado. Intercambiamos adioses y amplias sonrisas, ¡qué bueno que hayan encontrado transporte!

La ruta y sus paisajes ya son más o menos conocidos, tal vez en esta oportunidad pude apreciar mejor algunas cosas: el ascenso (que no es mucho) trae consigo algo de frío, que luego desaparece. Una parada a medio camino; arriba, en una inmensa pampa, unas matas pequeñas esconden diminutas flores moradas; a media distancia se divisa una casa, techo a dos aguas por supuesto, puertas y ventanas azules, su campo cultivado, creo que un potrero; me pregunto si esto, que de lejos se ve tan bello, se vivirá de esa forma en la cotidianidad de la casita.

Se pueden ver hermosos celajes que, por la hora, tienen un tono violáceo; no muy lejos, las sombras en el terreno hacen resaltar, esparcidas, extrañas formaciones rocosas. No son, pero parecen cuevas, estatuas. La voz de alguien bien informado explica el proceso geológico de configuración de esos terrenos; demasiado tomada por la estética y entretenida con la fantasía de míticos seres petrificados, nada recuerdo de lo que oí.

De pronto creo que vendría bien tomar algunas notas, hacer apuntes y reflexiones, el camino es bastante parejo y ha de permitir la escritura. ¡Craso error! El lapicero y el cuaderno tienen balances distintos a los de la anatomía, imposible escribir... entonces, solo pienso. Pienso en los días anteriores, en lo que considero

aciertos y desaciertos, las sensaciones, emociones y recuerdos que han evocado y generado, en las cosas que se hicieron y no se hicieron, en las personas con quienes hubiera querido hablar... en el equipo de trabajo, en los viajeros limeños y la presión de su tarea. Y no es que la propia haya sido liviana... Pienso en la dama regañona que se acercó a último minuto, justamente a comentar lo duro del trabajo. Me hubiera gustado sentarme a la mesa de los policías y hablar con ellos, darles también un espacio, hubiera querido acercarme a “los yernos”, a los forenses... Tal vez todos nos hemos abrigado en el propio mini grupo de trabajo; verdad es que cada uno tenía objetivos señalados, también el mío. Recuerdo a ese guapo joven rebelde que vi en el grupo de alumnos, sudando ira por todos los poros; no encontré la forma de intercambiar unas palabras con él sin ponerlo en evidencia ante los compañeros. Me duele esa expresión que no olvido, ¿cuántos dolores oculta? ¿Cuánto más se hubiera aprendido acerca del pueblo y su gente haciendo ciertas cosas de otra forma? Si en lugar de desayunar y cenar en el cuarto lo hubiera hecho en los restaurantes, conversando con los lugareños... ¿me hubieran contado otras historias? ¿Habría entendido más su vida?

El bus se detiene, y con él, de momento, las cavilaciones. Se ha bajado una llanta, miro el trámite de cambiarla. El lado que toca el suelo en el neumático desinflado es perfectamente liso, casi lustroso, ni un atisbo de rugosidad lo adorna. ¡Menos mal que no llueve! Al lado del camino hay una tiendita (casa/tienda por supuesto), hacia allí vamos unos cuantos. Es ya media tarde; el plátano que comí, de los que previsoramente una colega compró a la partida, hace rato dejó de hacerme olvidar que en esta vida es necesario comer. La tienda es pequeña y mal surtida, pido un molde pequeño de queso. La dueña, desolada, dice que no tiene cambio para mi billete (¡de veinte soles!). Un amable compañero de viaje pone las monedas necesarias; corto entusiasmada mi queso, lo ofrezco al grupito que me acompaña. Es saladísimo, en fin, algo es algo cuando el hambre aprieta. Volvemos todos al bus, y yo, a mis pensamientos...

Si me hubiera quedado más tiempo en la casa/restaurant, ¿me habrían permitido acceder al espacio íntimo y sentarme al lado de ese fogón grandazo, acompañando las labores de la dueña de casa y charlando? ¿Cómo era el pueblo antes de la violencia? ¿Cómo se sostenía? ¿Qué producía? ¿Cuál era su dinámica, su estructura social, sus actividades? ¿De qué procesos de cambio me hubiera enterado? ¿Hace cuánto hay posta médica en el lugar? ¿Cómo se curaban (o curan) cuando no hay médico? ¿Quién se encarga de ello y cómo?

A diferencia del que nos acogió, el pueblo aledaño, apenas al otro lado del río, tiene un nombre hispano que autoproclama la autenticidad de un símbolo religioso importado hace quinientos años. ¿Juega esto de alguna forma en la mecánica de las relaciones entre ambos pueblos? Pareciera que no, puesto que sus profesores fueron considerados en la reunión que se convocó para docentes... sin embargo, aunque la fiesta religiosa ocurría al otro lado del río, nada vimos de ella en éste. ¿Cuándo se fundaron estos pueblos vecinos? ¿Cuál es la historia de cada uno y cuál comparten? ¿Por qué la toponimia del poblado en que estuvimos tiene (o mantiene) un origen aparentemente quechua? Sé que debí cruzar el puente que separa ambos lugares, ver la fiesta...

El trazo de la carretera es paralelo al río, no he averiguado si hay peces, si se pesca... Una nueva parada: tala de eucaliptos al costado del camino, troncos en la carretera, se despeja rápido. ¿Habrás resiembra? Reparo en que no sé cómo se da el eucalipto: ¿brota silvestre?, ¿se siembra?, ¿qué tan rápido crece?

En la actualidad estructuras y organizaciones “modernas” actúan en el pueblo: autoridades municipales, creo que “Vaso de Leche”, pero sé que existe un presidente de la comunidad que no es el alcalde. ¿Hay otra estructura subsumida por la “oficial”? ¿Cómo tener tiempo para hablar con los viejos? ¿Qué recursos escondidos se están diluyendo entre los ataques de los subversivos, la fuerzas “del orden” y la modernidad?

Si no se potencia lo propio, si los jóvenes se van, ¿cuál es el destino de la población? ¿Un pueblo de ancianos? ¿Un pueblo fantasma? ¿Una ciudad satélite de la urbe cercana? Y el agro, las vacas, la leche y sus derivados, la lana... ¿ya no más?... “Desarrollo” es algo bastante más amplio que el porcentaje de expertos en computación que pueda tener una población, falta ver a qué la aplican. Es cierto que el grupo de muchachos que vimos eran los sindicatos como “problemáticos”, quizás hay más recursos y más esperanza.

El término “efectancia” me viene a la mente desde algún lejano aprendizaje; no recuerdo qué psicoanalista lo acuñó (pero no lo buscaré precisar, este no es un artículo científico), ¿es esto parte de lo que se dañó en la población, la posibilidad de saber y creer en la eficacia del propio actuar para afectar el ambiente en la dirección deseada, en alguna dirección? Parece probable...

En esas elucubraciones anduve cuando, finalmente, llegamos a la ciudad. Me doy cuenta de que a mi mediano maletín he sumado un paquetón de interrogantes que probablemente se queden sin despejar. El bus llega al punto central de

encuentro, recogemos equipajes, nos despedimos hasta la cena, intercambiamos algunas direcciones y teléfonos. Se pudo cambiar la fecha de partida, se pudo conseguir hotel.

Me reubica en las ventajas de la urbe un prolongadísimo duchazo caliente y también, más tarde, una de las más sensacionales pizzas que en la vida haya comido. Al parecer todos coincidíamos en el mismo restaurante, también en la impresión de haber dejado nuestros respectivos hoteles desprovistos de agua caliente... quizás por varios días. Me iré mañana de esta ciudad con la satisfacción de un trabajo lo mejor logrado que se pudo, con menos cansancio del que hoy traje, con algunas certezas y propósitos para el camino por hacer.

Nada agrego y nada quito, sé que corren más aguas bajo los puentes de los varios tópicos (y tópicas) que vengo transitando, pero el resto... lo dejo discurrir alejado de la pluma (falsa la expresión, no obstante “alejado de la tecla” sería muy moderno y exacto... pero verdaderamente espantoso).

Lima, septiembre de 2002

Anexo

Canciones mencionadas en el texto

1. *Sólo le pido a Dios* (León Gieco)

Sólo le pido a Dios que el dolor no me sea indiferente
Que la resaca muerte no me encuentre vacío y solo,
sin haber hecho lo suficiente.
Sólo le pido a Dios que lo injusto no me sea indiferente
Que no me abofeteen la otra mejilla
después que una garra me arañe esta frente.
Sólo le pido a Dios que la guerra no me sea indiferente
Es un monstruo grande y pisa fuerte
toda la pobre inocencia de la gente. (bis)
Sólo le pido a Dios que el engaño no me sea indiferente
Si un traidor puede más que unos cuantos,
que esos cuantos no lo olviden fácilmente.

Sólo le pido a Dios que el futuro no me sea indiferente
Desahuciado está el que tiene que marchar a vivir una cultura diferente.

2. *La flor de retama* (Ricardo Dolorier)

Vengan todos a ver, ¡Ay!, vamos a ver... (bis)
En la plazuela de Huanta, amarillito, flor de retama...
Amarillito, amarilleando, flor de retama (bis)
Donde la sangre del pueblo, ¡Ay!, se derrama... (bis)
Allí mismito florece, amarillito, flor de retama...
Amarillito, amarilleando, flor de retama... (bis)
¡Allí donde los cerros se encienden hasta alcanzar la aurora...!
Allí donde sus faldas se hacen mujeres, los niños tienen que ser hombres
antes de ser niño
Ahí, amarillito, amarilleando ¡crece la flor de la retama!
Por cinco esquinas están, los sinchis entrando están... (bis)
Van a matar estudiantes huantinos de corazón...
Amarillito, amarilleando, flor de retama...
Van a matar campesinos huantinos de corazón...
Amarillito, amarilleando, flor de retama...
La sangre del pueblo tiene rico perfume (bis)
Huele a jazmines, violetas, geranios y margaritas, a pólvora y dinamita
Huele a jazmines, violetas, geranios y margaritas, a pólvora y dinamita...
¡Ay, carajo! (bis)
A pólvora y dinamita... ¡Ay, carajo!... a pólvora y dinamita...

3. *Ata la cinta amarilla al viejo roble* (Versión de Juan Ramón)

Volviendo a ti yo ahora estoy, pero yo no sé si aún me quieres tú...
Espero que mi carta haya llegado a tu poder,
pues entonces tú sabrás qué debes hacer, qué debes hacer...
Que una cinta amarilla atada al roble esté,
sí es que aún, mi amor, me quieres a mí.

Si no la veo atada no me detendré, y lejos me iré y te olvidaré y nunca volveré.
 Por eso... ¡que una cinta al viejo roble atada esté!
 Hace tres años que me fui y me muero por tenerte junto a mí.
 Quisiera que supieras que este tonto corazón grita por amarte
 Y por salir de su prisión, salir de su prisión
 Que una cinta amarilla atada al roble esté
 si es que aún, mi amor, me quieres a mí.
 Si no la veo atada no me detendré,
 y lejos me iré y te olvidaré y nunca volveré.
 Por eso... ¡que una cinta al viejo roble atada esté!
 Por eso, si me quieres, que una cinta atada esté...
 ¡Que una cinta amarilla al viejo roble atada esté!

4. *Tie a yellow ribbon 'round the ole oak tree* (I. Levine y L. Russell Brown)

*I'm coming home after my time, I've gotta know what is or isn't mine
 If you received my letter telling you I'd soon be free
 then you know just what to do, if you still want me, if you still want me,
 Wow! Tie a yellow ribbon 'round the ole oak tree
 it's been three long years. Do you still want me?
 If I don't see a ribbon 'round the ole oak tree I'll stay on the bus, forget about us,
 put the blame on me, if I don't see that yellow ribbon 'round the ole oak tree
 Let's try at least a look for me, I couldn't bear to see what I might see
 You know I'm really still in prison, in my love she holds the key.
 A simple yellow ribbon is what I need to set me free
 A road, I told her please, Wow! Tie a yellow ribbon 'round the ole oak tree
 It's been three long years. Do you still want me?
 If I don't see a ribbon 'round the ole oak tree I'll stay on the bus, forget about us,
 put the blame on me, if I don't see that yellow ribbon 'round the ole oak tree
 Now the whole damn bus is cheering
 and I can't believe I see: a hundred yellow ribbons 'round the ole oak tree
 I'm coming home, hum,
 (Coro) Tie a ribbon 'round the ole oak tree, tie a ribbon 'round the ole oak tree, tie a
 ribbon 'round the ole oak tree (bis)*

¿Cómo serían cuando estaban vivos?

Elsa León

A los días de haber vuelto de Quispillacta, donde fuimos a acompañar el proceso de exhumación de ocho cadáveres, nos asaltó de pronto la inquietud de cómo serían cuando estaban vivas las personas cuyos cadáveres vimos, lo que nos sugería ponerles cuerpo, imaginando que serían como algunos de sus familiares que conocimos.

El proceso natural de conocer a las personas parte de la identificación de su rostro y de su *presencia física externa*, además de su expresión general, de sus rasgos y expresiones particulares, como su mirada, su sonrisa, y las características que percibimos de su psiquismo. Aun cuando nos despedimos de un difunto lo vemos sin vida, cambiado, pero desde su exterior. Sin embargo, cuando participamos de una exhumación conocemos a las personas por sus *restos internos* —por sus huesos, en este caso—, que en otras condiciones nunca vemos, y que pueden estar o no entremezclados con ropas.

¡Qué violento resulta percibir este conjunto de restos, qué terrorífico resulta ver lavar los huesos para que puedan ser estudiados! Sin embargo, sirven para saber cómo los mataron, por dónde entró y salió la bala, dónde tuvo algún golpe —o muchos—, si fue torturado, con qué... Esta violencia la vive el equipo de trabajo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), los colegas de la

Defensoría del Pueblo, acompañados por los médicos legistas, fotógrafos y algunos policías que nos resguardan. Los del equipo de antropología forense proceden a lavar los huesos porque con ellos van a obtener los elementos para su investigación. Alguno más del resto del equipo colabora en estas tareas con una participación en concreto, tocando.

Tenemos distintas formas de vivenciar la exhumación y sus pasos, formas en las cuales nuestro imaginario se despliega y toma la dirección hacia la cual el funcionamiento psíquico individual y la biografía personal y cultural predisponen. Así, algunas personas sienten las almas de los difuntos como si estuvieran también presentes durante este proceso, y las veneran o se asustan por esta presencia; otros atienden más a los huesos mismos, especialmente los que tienen que estudiarlos al detalle.

Preguntémonos si es soportable esta experiencia, o si requiere “distraer la atención” para poder hacer nuestro trabajo, si todos los allí presentes tuvimos que buscarnos otras cosas en qué pensar para poder seguir... Lo que sabemos es lo intenso que fue vivirlo y que cada uno tuvo que hacer lo que pudo para poder seguir en su propia función de trabajo.

Esta experiencia nos lleva —como otras— al tema que propugnamos enfáticamente desde la salud mental: la necesidad que tenemos los equipos que trabajamos en las diferentes tareas de la CVR de elaborar las intensas cargas emocionales de estas vivencias.

A los familiares de los que fueron alguna vez comuneros de Quispillacta no se les hizo pasar por la experiencia de estar en la morgue con los restos, tampoco se les entregó los restos en un ataúd abierto, sino cerrado. Ellos reconocieron las ropas lavadas de sus víctimas (aquí no me voy a referir a la costumbre del lavado de las ropas del difunto como se realiza en la sierra) y fue llamativo que no exigieran, ni aun pidieran, como quizá se pudo suponer, ver los restos.

En el momento de la exhumación, los parientes se fueron acercando al lugar, algunos se quedaron más o menos lejos, cuando lo permitían los límites trazados. Existía la sospecha de que todos estos años estuvieron enterrados allí, así como la confirmación de la misma, pues algunos se habían acercado a la fosa años antes y buscaron con sus propias manos hasta encontrar algún indicio de los familiares buscados.

Estaban agradecidos con la comunidad vecina de Chuschi por haberlos enterrado para que no estuvieran tirados por allí, como nos lo dijo la madre de una de las víctimas. También estuvieron agradecidos con nosotros y confiaron.

La exhumación, en el *Diccionario de Lengua Española* de la Real Academia Española, es definida como “desenterrar” o “sacar a luz lo olvidado”, cosa que no creemos que pasó con nuestros compatriotas. Ellos más bien no podían olvidar. Muchos dicen saber o estar casi seguros de dónde podrían estar sus familiares que fueron asesinados, pero necesitan confirmarlo y “sacar a luz lo NO olvidado”.

¡Cómo se hace necesario recrear al muerto para poder reivindicarlo, entregarlo a sus familiares y darle sepultura! De acuerdo a Bernstein, los rituales previos y posteriores a la exhumación son importantes, constituyen la afirmación de lo perdido, de los muertos y del sentido que tenían como personas para la familia y la comunidad. Opina que las masacres han supuesto el desprecio por la vida, dando el mensaje de que no vale nada. Según este autor, la persona muerta tuvo una presencia concreta en la familia y ésta tiene recuerdos e ideas así como cosas a valorizar. Tener un recuerdo “bueno” está asociado a la recuperación.

Otro sentimiento que percibimos entre los familiares de las víctimas fue el dolor por el fugaz reencuentro y la inminente despedida definitiva, tal como lo decía sollozando una señora mientras salía de la habitación donde se pusieron las ropas para ser reconocidas: “Después de tantos años vuelves para volverte a ir tan pronto”.

Se pusieron ropa negra para recibir el ataúd. Aun cuando días antes sabían que sus deudos eran los exhumados y tenían la confirmación de su muerte, fue el recojo de los restos por ellos mismos (que se concretaba con la entrega del cajón) lo que al parecer dio inicio al proceso de duelo.

Apreciamos cómo hay claras diferencias entre el hecho de conocer a una persona a través de sus huesos y restos, como es el caso de los equipos de trabajo de la CVR, y reconocerla por sus ropas y, en algunos casos, a través de objetos que les pertenecieron. Quizá el tema de las ropas que tanto remarco en este texto tiene que ver también con la vivencia que tuve al acompañar a los familiares a reconocerlos. Fue también violento para mí, en este caso más por el contraste, encontrarme con las ropas dispuestas sobre hojas de papel, totalmente “limpias” luego de haber sido lavadas igual que los restos óseos (estaban lavando el último

cráneo), cuando de lo que se trataba era de develar “cosas sucias”, sinónimo de transgresiones, asesinatos, entierros fuera del lugar sagrado.

Espero haber dado cuenta, a partir de mi vivencia personal —y pidiendo disculpas por la dureza con que pueda haberla transmitido—, algo de lo que se siente y piensa al vivir experiencias como éstas.

Lima, junio del 2002

III. Otras miradas

La barbarie que no queremos conocer*

Gonzalo Portocarrero

Quisiera empezar agradeciendo la invitación de Carlos Iván Degregori¹ a participar en esta mesa redonda. He sentido esta invitación como un encargo honroso y una responsabilidad. Como a todos los presentes, el tema de la violencia me ha angustiado y, durante mucho tiempo, lo he pensado en forma casi obsesiva. No obstante, la invitación me tomó por sorpresa, me asustó. En un comienzo sentí que podía decir muchas cosas pero temí que la dispersión impidiera que mi exposición llegara a significar una posición definida. En esa agitación, se me impuso la conveniencia de hilvanar en una argumentación ordenada las ideas que he ido recogiendo y elaborando en los distintos espacios comunicativos en los que participo². Espero que esta síntesis, aunque apresurada, me ayude a controlar mi

* Este trabajo fue presentado en el Seminario Internacional “Memoria y violencia política en los países andinos” organizado por el Instituto de Estudios Peruanos en Lima, el 19 de setiembre del 2002.

¹ Carlos Iván Degregori, antropólogo, es uno de los integrantes de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Es autor de una vasta bibliografía en el campo de las Ciencias Sociales.

² Quisiera referirme al Seminario “Batallas por la memoria: los antagonismos de la promesa peruana”, que bajo el auspicio de la Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú se

ansiedad. Me permite, en todo caso, llegar a la cita de hoy con este escrito que me da seguridad. No obstante, para ayudar la escucha y comprensión del texto, me parece pertinente anunciar el argumento central. Quiero explorar con ustedes la idea de que en el Perú no queremos asumir la barbarie que cotidianamente reproducimos. Es decir, en vez de enfrentar el espanto de nuestros odios y desgarramientos nos decidimos por la prescindencia y el olvido. Y así, desde luego, no aprendemos, no elaboramos una memoria que nos abra el camino del futuro.

I

Desde la época colonial al menos, el orden social ha sido en el Perú tan precario como estable; mejor que el caos pero aún muy lejos de la ansiada legalidad. Los estilos de autoridad, basados en la arbitrariedad, la fuerza y el abuso, siguen predominando pese a que los procedimientos hayan cambiado. En realidad vivimos una tensión irresuelta entre la tradición autoritaria y la institucionalidad democrática. En todo caso, el predominio del polo autoritario ha minado la validez de la ley. Entonces, los dispositivos legales, careciendo de legitimidad, sin un sentimiento de obligación que los valide, no han logrado sujetar ni al mal ni a la barbarie. La función civilizatoria de la autoridad legal ha sido menguada por un íntimo descreimiento de su efectividad debido a un profundo escepticismo. Por lo tanto, el mal, en sus múltiples rostros: el abuso y la crueldad, la avidez y el autoflagelo, no ha tenido otro freno que los buenos sentimientos de la gente. De otro lado, hay que añadir que la intensidad y la crudeza de los antagonismos sociales no han encontrado un contrapeso moderador en la expectativa de una integración pacificadora. Dadas todas estas circunstancias de invalidez de la ley y falta de una ilusión comunitaria, resulta que una y otra vez hemos sido asaltados por estallidos de barbarie, por períodos en los que se libera la ferocidad de los odios latentes en nuestra sociedad. Es decir, el desmadre de los antagonismos:

viene desarrollando desde mayo del 2002. Agradezco a Jorge Bracamonte, Santiago López Magaña, Marita Hamman y Víctor Vitch, con quienes compartimos la responsabilidad de organizar el evento. También tengo que referirme al Taller de Estudios de las Mentalidades Populares pues es otro espacio de diálogo en el que han ido madurando muchas de las ideas que retomo acá.

desde aquellos que enfrentan los grandes grupos sociales hasta aquellos que oponen regiones, pueblos, familias y hasta familiares entre sí. Ahora bien, debería ser claro que todos perdemos en la dinámica de la barbarie, pues en el fragor de la lucha, en la actuación del odio, la violencia se emancipa de cualquier racionalidad convirtiéndose en un fin en sí misma, en crueldad, en un vicio que deshumaniza. Su actuación genera aun más violencia y brutalidad. Llega un momento en que el fervor por causar daño (casi) no tiene límites ni frenos, entonces las razones son cada vez menos importantes y la orgía de violencia continúa hasta que una de las partes se desangra.

La barbarie del período 1980-2000 no es un acontecimiento aislado en la historia del Perú, pero la hondura de sus raíces y la cotidianidad de sus formas más diluidas no deben hacernos insensibles a los hechos concretos y menos aún a las responsabilidades de los individuos. Tiene que llamarse la atención sobre el carácter de “estallido” de la barbarie; es decir, la generación súbita e imprevista de una dinámica en la que los odios rompen todos los diques y se retroalimentan, creando una espiral de violencia que barre con todo. Una causación circular acumulativa: el llamado efecto “bola de nieve”.

La insurrección senderista tuvo un carácter abiertamente político pero un trasfondo religioso. Alimentada por antagonismos reales, patentes en la explotación y exclusión seculares del mundo andino, fue también motivada por una mezcla indiscernible de búsqueda de justicia y afán utópico de cambiar radicalmente la sociedad peruana. Finalmente, en la ideología maoísta, el senderismo encontró la perspectiva que le permitía convocar y enaltecer al odio; transmutarlo en violencia. Más que una visión del país, el marxismo de los sesenta produjo un estado de ánimo. La abyección de la injusticia encontraba en el gamonal, el empresario nativo y el capitalista extranjero sus asquerosas corporeizaciones. Y las soluciones parecían estar al alcance de la mano. Surge entonces la “idea crítica”. Una visión lacerada del país. El Perú se funda en una injusticia radical, constitutiva: un país expropiado a sus auténticos dueños, un simulacro de nación, una patria estéril, incapaz de nutrir a sus hijos. Apropiada, usada, vendida por las fuerzas del colonialismo, reclama, sin embargo, advenir a la vida. Liberarse de las trabas que frenan su progreso. Para ello es necesario barrer jubilosamente a los opresores, sin miramientos, ni concesiones. En el temple emocional de esta posición confluyen pues el resentimiento, la indignación y la esperanza.

Ahora bien, la “idea crítica” es una visión que surge desde abajo, en los sectores escolarizados del mundo andino. Es además una respuesta demorada a la narrativa criolla, a la idea oficial del Perú. En efecto, a mediados del XIX, el mundo criollo, pese a su insignificancia demográfica, se asume como la encarnación del Perú. Excluye así al mundo andino, le niega todo valor y proclama que la redención del indígena solo sería posible gracias a la educación. Predomina la creencia de que los indios se “degeneraron”, primero por la conquista, luego por los trabajos excesivos del coloniaje y finalmente por las fiestas y borracheras. Se perfila entonces una imagen (criolla) del indio donde se compaginan el desprecio y la culpa. Un ser triste y abyecto, en cuya (mala) suerte los criollos tenemos tanto una oportunidad que aprovechar (la empleada doméstica, el cholo barato) como una responsabilidad que afrontar. Sea como fuere, la idea crítica es la respuesta andina a la narrativa criolla.

La tensión entre ambos relatos es clara. Lo que es menos visible, sin embargo, es aquello que comparten. Ante todo la deshumanización del otro. La idea crítica se funda sobre una endogamia popular andina desde donde los criollos pueden aparecer como “pistacos”³, seres malignos que deben ser destruidos. Por su lado, desde la narrativa criolla, la “indiada” es bruta, (casi) incapaz de acceder a la civilización. Solo la dureza del maltrato puede salvarla de su propia bestialidad. Pero, pese a las mutuas excomuniones, ambas perspectivas están tras el horizonte de la “promesa peruana”. El deseo que recorre ambos relatos es establecer una comunidad nacional. Un espacio de identificaciones y de solidaridad. En ambos casos, no obstante, se trata de un deseo que se desarrolla unilateralmente en la dirección de la semejanza; es decir, se aspira a la convergencia homogeneizadora, a la fusión unificadora. Ahora bien, la excomunión del otro y el rechazo del diferente son actitudes lógicas cuando la heterogeneidad ha estado asociada a la jerarquía y al maltrato. De cualquier forma, el hecho es que el deseo de fundar una comunidad diversa no ha estado igualmente presente en el imaginario peruano. La idea de una sociedad de ciudadanos, tolerantes de sus diferencias, aunque celosos de su mutua equidad, ha sido relativamente marginal y tardía.

³ El pistaco es una figura mítica, un personaje siniestro que asesina a la gente a fin de sacar a sus víctimas la grasa. Se supone que esta grasa es luego vendida a un elevado precio en el mercado internacional.

Enfatizar el terreno de la cultura, de las simbolizaciones, no significa necesariamente perder de vista las otras dimensiones de los vínculos sociales. La verdad oficial, la narrativa criolla, legitimó la explotación del indio y del cholo. Fomentó el centralismo, concentró al Estado y a sus funciones, tanto administrativas como represivas y civilizadoras, en la costa y en Lima. De esta manera se generó una profecía autocumplida, un círculo vicioso. La explotación económica y la exclusión política degradaron el mundo andino, dificultaron su desarrollo económico y su afirmación cultural. Paradójicamente, el relativo éxito de la narrativa criolla sedimentó entre sus cultores un temple pesimista y nostálgico. El sujeto criollo se define como preso de la tragedia. El destino es abrumador pues el mismo criollo ha convertido a los inocentes indios de ayer en los seres abyectos de hoy. Y, finalmente, con tanto indígena y con tanto cholo no puede ser sino menguado el futuro que aguarda al Perú.

II

La verdad, dice Badiou, “no sobrevuela los datos de la experiencia, es una figura singular de la inmanencia”. Además, insiste este autor, no existe rasgo predicativo y único que pueda totalizar los componentes de una verdad, por lo que una verdad es una multiplicidad infinita. Entonces solo nos queda elaborar aproximaciones a ella. Narrativas necesariamente incompletas pero traspasadas por una intención de veracidad, por una buena fe, que las hace siempre abiertas, capaces de acoger e integrar ese hecho desconocido o aquella novedad que estaba (maliciosamente) oculta. Lo que llamamos “verdad” es un “forzamiento”, algo inacabado que nos permite, sin embargo, anticipaciones de saber, “no sobre lo que es sino lo que habrá sido si la verdad alcanza su culminación” (Badiou, 1995, pp. 42-43). Desde esta perspectiva la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) tendría que apresurar un relato que “fuerce” la verdad, que sea una mejor hipótesis, que nos permita comprender y enjuiciar las responsabilidades en el estallido de la barbarie que asoló nuestro país entre 1980 y el año 2000.

Si pensáramos las tareas de la CVR desde lo deseable y no solo desde lo políticamente posible, cifraríamos en ella la esperanza de reconstruir el imaginario nacional de elaborar una narrativa que dialectice e integre la historia oficial criolla con la perspectiva de la idea crítica. Reconocer lo incompleto de la validez

de cada una de estas grandes aproximaciones. Hacerlo mediante la contrastación y el diálogo que nos haga tomar conciencia de que ambas son (sub)versiones de la promesa peruana. Entonces, por ejemplo, no se trata, como lo plantea la historia oficial, de que la “invasión española” fuera una “conquista”, el fin del mundo prehispánico y la paulatina degeneración de lo nativo en una cuasi animalidad de la que nada bueno puede salir. Pero tampoco se trata de que las clases más favorecidas sean pistacos encubiertos, demonios malvados que tendrían que ser destruidos. Otra vez es visible la simetría entre los relatos. El racismo criollo animaliza al hombre andino. Y la endogamia andina deja fuera y sataniza al criollo, al foráneo y diferente. No habrá una narrativa nacional, una identidad peruana, hasta que estas visiones no se confundan, hasta que quede clara la veracidad y la incompletud de cada una de ellas.

Para empezar, la CVR debería desmontar el informe Uchuraccay. Dicho informe usó la verosimilitud de la narrativa criolla para generar la premisa básica de la llamada “guerra sucia”. Me refiero a la ausencia de testigos, a la marginación de la prensa de las “zonas de emergencia” desde entonces totalmente sujetas al terror estatal. Los hechos fueron clarísimos. Las fuerzas armadas (FFAA) alentaron a los campesinos a eliminar a los extraños, al mismo tiempo que rehusaban dar protección a los periodistas que querían cubrir los sucesos de la violencia. La trampa estaba tendida y ocurrió entonces lo que tenía que ocurrir: los campesinos asesinaron a los periodistas y desde entonces nadie se atrevió a adentrarse en las “zonas de emergencia”. Recurriendo a la teoría del “malentendido” —como los indios son brutos y estaban asustados es seguro que confundieran a los periodistas con subversivos—, el informe Uchuraccay diluye la responsabilidad de las FFAA ocultando la existencia de una política genocida. De cualquier forma, el informe fue decisivo pues puso al Perú urbano de espaldas a lo que estaba sucediendo en el mundo rural. Las zonas de emergencia, núcleos de concentración del mundo andino, quedaron excluidas de las escasas garantías del orden legal. Allí primó la barbarie de ambos bandos. Mientras tanto, en el otro Perú, la mayoría no quería saber. Las excepciones fueron los que no tenían miedo de saber y aplaudían la barbarie y, de otro lado, los menos, una ínfima minoría, aquellos que sabían y criticaban pero que igual (casi) no eran escuchados.

En realidad las “zonas de emergencia” se convirtieron en “campos de concentración”. Es decir, según Agamben, en espacios “donde la ley es suspendida en forma integral, donde todo es verdaderamente posible”. La población es despojada de cual-

quier derecho de modo que su propiedad puede ser robada y, ella misma, violada, torturada y asesinada. En realidad la política de ambos contendientes fue similar. Cada bando se guió por la máxima de “todo el que no está abiertamente conmigo está contra mí”. Ambas partes rechazaron la posibilidad de ser neutrales. Los que no tomaban partido eran definidos como gente peligrosa, como simpatizantes potenciales del bando contrario. La idea era lograr el control total de la población y la destrucción también total de la fuerza opuesta. En ese contexto, la barbarie es la ley. Todos autorizados a vivir su odio, a experimentar su crueldad. A la larga, desde luego, se impuso el poder más temible.

Pero la narrativa criolla no solo fue argumentada por intelectuales para hacer invisible el genocidio. Aun más decisivamente, marcó la actuación cotidiana de oficiales y soldados en las “zonas de emergencia”. Deshumanizó a los “cholos” e “indios” y justificó el asesinato a mansalva de todos aquellos que no estaban dispuestos a aliarse explícitamente con el Estado criollo. No tomar partido era ser un “terruco” o un “soplón”, delito que podía ser condenado con la tortura y el asesinato. Pero en honor a la verdad, habría que decir que no solo fue el racismo criollo la ideología que fundamentó la acción de las FFAA. Igualmente importante fue la doctrina contrainsurgente elaborada por los Estados Unidos y transmitida en las escuelas para oficiales de América Latina. La idea era que el comunismo se basa en el terror y que la respuesta no puede ser otra que crear un terror más grande. Uno que subyugara a las poblaciones que pudieran apoyar a los subversivos, que los persuadiera de que por ese camino les iría peor. En realidad la doctrina funcionó.

No obstante, la CVR no ha hecho ni lo uno ni lo otro. No ha denunciado el informe de Uchuraccay y tampoco ha puesto en evidencia las bases racistas e ideológicas de la política contrainsurgente. Ha apostado a que la verdad se abrirá paso a través de la reiteración de testimonios que irían sedimentando en la conciencia pública la idea de que hubo una política contrasubversiva salvaje, que cifró su éxito en fomentar una crueldad viciosa. Pero en este vacío interpretativo, con la idea de no anticipar conclusiones o “forzar” la verdad, sucede que aquéllos que fomentaron y excusaron el salvajismo pueden seguir hablando de “excesos” lamentables pero imposibles de evitar, dado el carácter civil del enfrentamiento y la imposibilidad de distinguir entre el enemigo y la población. El Estado, en vez de gastar unos cuantos millones en atrapar a Guzmán, reaccionó asesinando millares de campesinos al costo de muchos miles de millones de dólares. Y la CVR, en lugar de poner

al desnudo la bestialidad de nuestro mundo social, ha optado por dejar que las víctimas se encarguen de la tarea. Pero no creo que de la acumulación de “testimonios” pueda componerse una verdad. La proliferación de datos e información no garantiza de por sí una narrativización más veraz de la que está disponible en el sentido común. De hecho, la interpretación oficial —los senderistas crueles y fanáticos enfrentan a las fuerzas del orden que cometen excesos pero que logran finalmente un triunfo que es también el del país— no tiene contrapesos. En todo caso, está la versión simétricamente opuesta. La de los senderistas derrotados para quienes su lucha fue justa aunque sus excesos fueron una equivocación.

El problema se complica porque la coyuntura política varía. La creciente debilidad del sistema representativo, de los líderes y los partidos políticos, consolida la fuerza de los militares. Tanto así que las cosas que no se dijeron en su momento serán mucho más difíciles de decir en el futuro. Inclusive las FFAA, en un inicio aparentemente dispuestas a reconocer mucha de su responsabilidad, han retrocedido a su posición “tradicional”, que es extender un manto de impunidad a cada uno de sus miembros. Cuando se dice que el asesinato es un “delito de función” se está admitiendo que los ejecutores tenían un mandato expreso de no respetar la vida de la gente; de crear ese terror mucho más grande y disuasivo que el terror senderista. Entonces las FFAA parecen convencidas de que no hubo otro camino, que el horror genocida era la única forma de frenar la insania senderista.

El dispositivo de las audiencias públicas parece estar inspirado en la idea de que la verdad se abrirá paso dejando hablar a las “víctimas”. Pero las audiencias no han causado sensación, no se han sostenido como parte de la agenda pública. El común de las gentes, al menos en Lima, las ha ignorado. Igual sucede en gran medida con la misma CVR. Las causas y razones de esta indiferencia son muy complejas y variadas. No obstante, en un esfuerzo de síntesis, habría que poner por delante el dato de que la CVR no nace de un mandato popular. También el hecho de que haya optado por un perfil bajo. Pero quizá lo más decisivo es que la gente no quiere saber. Los hechos son demasiado traumáticos y, de otro lado, la expectativa de que pueda hacerse una justicia realmente efectiva es tan remota que, en lo cotidiano, prima una apatía o desinterés. Las mayorías protegen así su calma y (buena) conciencia. Pero quizá esta apatía sea también resultado de que la CVR no haya logrado formular una promesa lo suficientemente seductora. Es decir, que no haya insistido en que su fin es elaborar una narrativa nacional que funde el sujeto ciudadano. Afirmar que es posible sostener las fuerzas de la barbarie, siempre y cuando

se las reconozca y se ofrezca a cambio el horizonte revitalizado de la “promesa peruana” de una vida digna para todos, basada en el respeto y la solidaridad entre los peruanos, en vez de la jerarquía y la discriminación hoy tan prominentes.

Esto me lleva al último punto que quisiera tratar: la perspectiva de lo deseable es necesaria pero ilusoria en el actual contexto político. Queda así la perspectiva de lo posible y conforme el tiempo pasa se hace evidente que muy pocos apoyan la CVR. En realidad ésta es el remanente de una apertura y una esperanza que parecen hoy clausuradas. En este contexto se vuelve penoso escuchar a los comisionados ofrecer justicia a las víctimas que testimonian su dolor. La promesa está desfasada. A la CVR solo le queda avivar la esperanza de justicia, autoindicarse como un primer intento, señalar la radical insuficiencia de sus trabajos, manifestar que estos recién empiezan...

Entonces, la tarea fundamental está en el futuro. Insistir en la necesidad de elaborar una memoria colectiva, una narración creadora de ciudadanía. Relato que deberá tener sus soportes rituales, sus espacios de vivificación. Señalar el horror, mostrar la barbarie. Estas tareas son enteramente posibles.

Referencias

- Aganben, G. (1998) *Homo Sacer Sovereign Power and Bare Life*. Capítulo VII. California, Stanford University Press.
- Badiou, A. (1995) “La verdad: forzamiento e innumerable”. En: *Filosofía y psicoanálisis*. Montevideo, Trilce.

Lima, octubre de 2002

El caso ¿Sillaccasa o Huayrapunco? A propósito de la primera fosa exhumada por la Comisión de la Verdad y Reconciliación

Marté Sánchez Villagómez

*Abordar la memoria involucra referirse a recuerdos y olvidos,
narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes,
pero también hay emociones. Y hay también huesos y fracturas.*

ELIZABETH JELIN

La Defensoría del Pueblo tomó conocimiento en el mes de agosto del año 2001 de la existencia de una fosa común en el distrito de Chuschi. Desde ese momento se abrió el “Caso Sillaccasa”. Dicha institución elaboró un informe¹ en el que se plantea que serían los militares de la base contrasubversiva de Totos² quienes detuvieron y luego asesinaron a ocho comuneros del barrio de Yuraqcruz, de la comunidad campesina de Quispillacta en el distrito de Chuschi.

La Defensoría del Pueblo realizó dos visitas de trabajo al distrito en mención, una a la comunidad de Quispillacta y otra al lugar de los hechos. La primera visita se realizó el 17 de agosto del 2001 con el fin de confirmar la información recibida. La segunda visita se realizó el 27 de noviembre del 2001 al mismo lugar, erróneamente designado como “Sillaccasa”. Esta inspección contó con representantes de la Fiscalía Provincial de Cangallo, de la Fiscalía de la Nación, de la

¹ Para mayor detalle ver el Informe Defensorial N° 001-2002-DP/ADDHH “Investigación defensorial sobre la existencia de una fosa común con restos humanos en el paraje de Sillaccasa, en el distrito de Chuschi, provincia de Cangallo, Ayacucho”, del 18 de enero del 2002.

² Esta base estuvo a cargo del Ejército Peruano.

Defensoría del Pueblo y de miembros del Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF). Además, la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) estuvo informada de los sucesos que ocurrieron en esta inspección.

A partir de estos dos actos se determinó que los restos fósiles que estarían en la fosa corresponderían a comuneros de Quispillacta y que sus nombres serían: Reynaldo Núñez Pacotaype, Antonio Carhuapoma Conde, Hilario Núñez Quispe, Luis Machaca Mendoza, Narciso Achallma Capcha, Máximo Vilca Ccallocunto, Pedro Núñez Quispe y Julián Núñez Mendoza. Estas víctimas fueron confirmadas con la exhumación de los cadáveres que se realizó en el mes de enero del año 2002; sin embargo, continuó el error de consignar como Sillaccasa el sector donde se hallaba la fosa común. Es así como la opinión pública conoce al primer acto de desenterrar la verdad; simplemente se conoce como “el caso Sillaccasa”. Este suceso es simbólico y por tanto debemos reparar con mayor cuidado en el nombre del mismo —sobre todo la CVR encargada de este proceso—, ya que se convierte en el primer ladrillo en la construcción de una “memoria emblemática” en los términos de Steven Stern (1998), para quien ya no es más una “memoria suelta”, ya no es más una “memoria impedida”, es una memoria que se incorpora a la verdad nacional.

Los hechos demuestran que por lo menos cuatro de las ocho víctimas (Julián Núñez Mendoza, Antonio Carhuapoma Conde, Luis Machaca Mendoza y Máximo Vilca Ccallocunto) tienen un expediente donde se denuncia la detención y desaparición a manos de los agentes del Estado. Los tres primeros están considerados en el reporte de Amnistía Internacional que, además, señala como presunta fecha de sus muertes el 21 de mayo de 1983, mientras que el último de los victimados solo cuenta con un trámite en instituciones del Estado peruano. Ninguno de estos cuatro casos tiene respuesta de las autoridades competentes; los otros cuatro victimados (Pedro Núñez Quispe, Hilario Núñez Quispe, Reynaldo Núñez Pacotaype y Narciso Achallma Capcha) no registran información alguna en instituciones del Estado y mucho menos en instituciones vinculadas a la defensa de los Derechos Humanos³.

³ Para mayor detalle ver el Informe Defensorial.

El hilo de la madeja: cronología de los hechos

La punta del hilo de la madeja que desató las ocho muertes habría sido que

“[e]l 5 de enero de 1983, un contingente conformado por efectivos policiales conocidos como ‘sinchis’, llegaron al distrito de Chuschi con 20 detenidos del caserío (comunidad campesina) de Pomabamba y realizaron allanamiento en los domicilios en busca de presuntos terroristas. Ese mismo día dieron muerte a uno de los detenidos, Mariano Bautista de 60 años, colocándole un petardo de dinamita en el pecho. Este hecho fue presenciado por la población que había sido reunida en la plaza” (Defensoría del Pueblo, 2002, p. 6).

Por nuestra parte tenemos algunos registros que consignan este hecho, por ejemplo, la comunera de Chuschi OTP⁴ nos contó:

“le han agarrado vigía por Pomabamba creo, a un señor que estaba de vigía, cuidando, allí lo agarraron; al señor lo agarró y dice que a toda la población le ha reunido y la mecha de la dinamita que estaba en la cintura dice, le prendió y el hombre ha volado en mil pedazos”.

Este hecho fue aterrador para la población concentrada en la plaza de armas de Chuschi, más aún si consideramos que la gente fue obligada por los sinchis a presenciar el acto, por demás cruel y propio de mentes desquiciadas. Sobre el mismo caso nos contó el comunero de Quispillacta cuyas iniciales son AM⁵:

“A un hombre amarrado llegaron (el ejército) ahí si he visto, prendieron una granada, una bomba, no sé qué en la esquina de la llegada [hace referencia a la entrada de la plaza de Chuschi] al pobre prendió la bomba ¡prumm!, ¡mil pedazos!, hasta sus sesos pobrecito en la pared todo. Nosotros temblábamos, la gente”.

Este hecho desencadenaría una escalada de violencia en la zona: por una parte las fuerzas armadas y fuerzas policiales, y por la otra, Sendero Luminoso

⁴ Por motivos de seguridad guardo el nombre de nuestros(as) informantes y solo consigno sus iniciales. Entrevista realizada el 27 de julio de 2002 en la comunidad de Chuschi

⁵ Entrevista realizada el 27 de julio de 2002 en la comunidad de Quispillacta.

(SL), dejando como únicas víctimas de ambos bandos a la población campesina de este lugar:

“Asimismo, el 10 de abril de 1983 El Diario publicó, en la página 4, que elementos terroristas incursionaron en el poblado de Chuschi y ajusticiaron al Teniente Gobernador y a tres campesinos que integraban un grupo paramilitar. Esta acción, según versión de terroristas, fue en venganza por el asesinato del anciano Mariano Bautista ocurrido meses antes en ese mismo lugar” (Defensoría del Pueblo, 2002).

Este hecho fue tratado en un artículo recientemente publicado donde un comunero de Chuschi, bajo el seudónimo de Erick,

“narra el drama que vivió aquel 9 de abril cuando con solo siete años presencié la muerte de su padre. El padre de Erick fue la única autoridad de Chuschi que SL encontró en esta incursión, las demás autoridades corrieron mejor suerte al huir y encontrar refugio en las zonas de cultivo con la complicidad de la noche y la de sus familiares. Erick narra el drama que vivió en 1983 así: *Lo tomaron en mi casa, al otro lado mientras estábamos durmiendo. A las doce de la noche lo sacó de la cama, en el otro patio lo ha matado y no contentos lo han quemado mi casa*” (Sánchez, 2002, p. 89).

Sobre este mismo caso, Desco informa que el 9 de abril de 1983

“[c]erca de 200 senderistas saquean e incendian el poblado de Chuschi en la provincia de Cangallo, dando muerte al gobernador y a cuatro campesinos, luego de someterlos a un ‘juicio popular’ bajo la acusación de soplones” (Desco, 1989, p.100).

Todos estos serán los hechos previos que nos ayudarán a entender el erróneamente llamado caso Sillaccasa.

Según el Informe Defensorial, los hechos que traerán como resultado la muerte de los ocho comuneros del barrio de Yuraqcruz en la comunidad de Quispillacta, se habrían iniciado el 14 de mayo de 1983⁶, cuando una patrulla

⁶ Parece ser que días antes un grupo de senderistas entró en la comunidad de Cancha Cancha generando destrozos e incendiando espacios públicos que representaban al Estado peruano.

militar con apoyo de un grupo de comuneros de Cancha Cancha, Uchuyri, Chuschi y Pomabamba inició una persecución a un grupo de terroristas que lograron evadirla en la zona de altura denominada Quimsacruz (tres cruces). Sin embargo, a su regreso los militares y sus acompañantes ingresaron al barrio de Yuraqcruz y capturaron a los ocho comuneros, que posteriormente serían asesinados, sindicándolos como terroristas. ¿Por qué los militares creyeron encontrar terroristas en los comuneros de Yuraqcruz? Al parecer y para mala suerte de los comuneros, ellos se encontraban en una reunión y/o los militares convocaron a una reunión haciéndose pasar por terroristas y dando arengas subversivas confundieron a la gente de este barrio. ¿Por qué los comuneros de Yuraqcruz apoyaron las arengas? En el trabajo de campo que realicé durante los meses de julio y agosto del presente año salió a luz que, por un lado, los comuneros lo hacían para evitar los castigos o muertes de SL, y por otro lado, cuando venían los militares les hacían cantar el himno nacional y otras actividades que demostraran el rechazo a SL.

Como podemos entender ahora, fue fatal para los campesinos confundir las actitudes frente al agresor de turno. Es por esta razón que los militares disfrazados de militantes de SL atribuyeron la condición de senderistas a los campesinos. Esta vez la estrategia campesina de mimetizarse con el agresor no funcionó. Esto se puede demostrar tomando un extracto del testimonio que el Informe Defensorial sindicó como testimonio I-2: “esas personas eran soldados, pues tenían uniforme, inclusive se habían puesto ponchos, además no solo eran ellos sino también los acompañaban hombres de la comunidad de Uchuyri y Chuschi”. Por otro lado, el comunero de Uchuyri AGV⁷ comenta:

“entre eso se levantó la comunidad de Chuschi, Uchuyri y Cancha Cancha a seguirle a los enemigos que han atacado...durante el transcurso de ese día le han seguido hasta el lugar denominado Yuraqcruz, ahí han tenido la oportunidad de capturarlo, pero ya con el apoyo de los ejércitos...de Chuschi posiblemente a las ocho o nueve personas las habían cargado al carro

La respuesta no se haría esperar demasiado porque una patrulla militar arribó a la comunidad días después con el objetivo de buscar y capturar a la columna senderista que incursionó en Cancha Cancha.

⁷ Entrevista realizada el 26-07-02 en la comunidad de Uchuyri.

del ejército, más o menos a las tres de la tarde, aniquilar era el objetivo de los ejércitos”.

La comunera de Chuschi, OTP, cuenta:

“empezaron los militares a organizar. Empezaron a traer gente de Chuschi, de Uchuyri, de Cancha Cancha, de todas partes habían recogido, de Quispillacta también; entonces por arriba [se refiere a las alturas del distrito de Chuschi] se había dado la vuelta”.

Refiere que los comuneros de los barrios de altura de Quispillacta (Yuraqcruz, Catalinayoc, Llactahuran, Puncupata, Unión Potrero y otros) huyeron ante la presencia de los militares. Ella se encontraba con su madre en el pueblo de Condorpacha que pertenece al distrito de Vinchos y que limita con el barrio de Catalinayoc de la comunidad de Quispillacta. Cuenta también:

“en la noche, como a las siete u ocho de la noche empieza a llegar gente a la casa de mi mamá diciendo ¡por favor señora ocúltenos porque militares se han alojado en Catalinayoc y está haciendo llamar, dicen que estamos en la lista, nos van hacer desaparecer, nos van a matar diciendo han ido de noche! Mi mamá de miedo que tal les está siguiendo los militares y a mí también me vas a complicar por ocultarte, yo no te puedo ocultar, allá hay una casa abandonada si quieren ustedes allá descansen. Le dio una casa abandonada que era de mi mamá pero que ya nadie vivía, allí le mandó, allí descansen, acá les voy a dar dos o tres pellejos, allá pueden dormir. Aquí en mi casa no por qué tal los militares viene en busca de ustedes y me encuentran acá y yo soy de Chuschi y peor va a ser”.

De igual forma, el comunero del barrio de Tuco de la comunidad de Quispillacta DCN⁸, comentó:

“En ese, pes, fue los comuneros de Yuraqcruz y de Llactahuran. Los ancianos como de mi edad eran don Máximo Vilca y Luis Machaca; esos eran ancianos ya de tercera edad, a ellos pues han hecho desaparecer...los militares dicen que han hecho equivocar diciendo que ¡soy terrorista, vamos hacer

⁸ Entrevista realizada el 04-08-02 en el barrio de Tuco de la comunidad de Quispillacta.

enfrentar a los miserables militares, vengan, vamos hacer acuerdos! Entonces la comunidad como era simpatizante de los terroristas se fueron, dice que llevaba diciendo ¡compañeros, compañeros —diciendo— vamos hacer acuerdo en la comunidad Quispillacta! Después lo tomaron prisioneros ya. Lo llevaron y han hecho desaparecer también con equivocaciones seguro”.

De lo narrado hasta este momento podemos confirmar que los militares iban disfrazados de civiles. Utilizaban las mismas ropas que los comuneros como parte de una estrategia que tenía por finalidad “identificar” senderistas y/o simpatizantes de ese grupo; este mecanismo utilizado por los militares confundió a los campesinos y los llevó equivocadamente a activar su mecanismo de defensa, que básicamente consistía en mimetizarse con el agresor de turno (fuerzas armadas y fuerzas policiales o SL) para evitar el castigo o la muerte. En este caso resultó exactamente todo lo contrario, porque los condujo al castigo y posteriormente a la muerte. El comunero de Uchuyri AGN lo corrobora:

“Esa tarde cuando le han perseguido los militares lo han ubicado en Yuraq-cruz, cuando estaban concentrándose ahí, cuando estaban preparando su alimentación, identificándose con una falsa identificación que no eran militares sino compañeros”.

Pero...¿quién dirigía esta patrulla integrada por unos diez efectivos militares? ¿Quién era el oficial que planeaba estas macabras estrategias? Los comuneros nos comentaron que este personaje siniestro tenía el apelativo de Capitán “Chacal” y que era temido por todos los comuneros de esta zona. Como nos comentaban en el barrio de Tuco cuando le preguntamos a DCN quién dirigía las patrullas militares

“El que encabezaba era capitán, Chacal le llamaban a ese. Si a ese cojudo teníamos miedo, vestía con nuestro vestimento, como comunero venía, al que contestaba mal lo llevaba, quemaban casas”.

Creemos que el “testimonio” de este capitán oculto tras el seudónimo de “Chacal” sería valiosísimo para esclarecer la verdad, los hechos de violencia, de violación de derechos humanos y para detectar las fosas existentes en la zona creadas durante el contexto de la violencia política en el Perú de los ochenta.

Prosigamos con la narración de los hechos. Capturados los ocho campesinos en el barrio de Yuraqcrúz de la comunidad campesina de Quispillacta, fueron conducidos al centro poblado de Chuschi:

“aproximadamente a las veinte horas arribaron a Chuschi y los detenidos fueron internados en las aulas del Jardín de Niños, ubicado en la parte posterior de la antigua municipalidad. En cada aula fueron internados de dos a tres detenidos. Durante la noche continuaron con las manos atadas y eran obligados a permanecer parados. A los que dormitaban les asestaban golpes de puños, puntapiés y culatazos de arma de fuego, por ello se escucharon gritos y quejidos en diferentes momentos durante la noche” (Defensoría del Pueblo, 2002, p.10).

A la mañana siguiente (15 de mayo de 1983), los detenidos fueron llevados frente a la iglesia y es en ese preciso momento cuando don Luis Machaca intercede y los militares lo obligan a formar parte de los detenidos solo por reclamar. El comunero de Quispillacta AM narra este acto de abuso militar así:

“Un cochito también preguntaba ¿por qué llevan? ¡Ya vamos también! Al pobre inocente un tal Machaca lo han llevado”.

Por su parte, el Informe Defensorial narra este hecho de la siguiente forma:

“El señor Luis Machaca Mendoza, que se encontraba en los alrededores de la plaza, fue llamado por uno de los militares, quien además le obligó a formarse en una de las dos columnas. Luego de quitarle el paquete que portaba le ataron con el poncho que tenía puesto. En vista de su avanzada edad, este detenido quería retirarse del lugar, pero los militares se lo impidieron”.

Con el Sr. Machaca se incrementó a nueve el número de detenidos.

Los nueve detenidos (comuneros de Quispillacta, barrio de Yuraqcrúz, a excepción de don Luis Machaca, poblador del barrio de Unión Potrero) y sus captores emprendieron viaje por la carretera⁹ que conduce a Pampa Cangallo; salieron de Chuschi, pasaron el lugar denominado Sillaccasa, llegaron al centro

⁹ No se sabe con exactitud si fueron caminando o en carro, algunos testimoniantes dicen que lo hicieron a pie, otros dicen que en carro.

poblado de la comunidad de Uchuyri (en esos tiempos Uchuyri era un anexo y/o barrio de la comunidad de Chuschi), continuaron por la carretera hasta Huayrapunco (“puerta de viento o de aire”), lugar donde perderían la vida ocho de los nueve comuneros detenidos.

Según los testimonios recogidos, habría sido a las tres de la tarde el momento de la matanza de los ocho campesinos a manos de las fuerzas del orden, convertidas en fuerzas del caos y de la muerte. Pero, ¿por qué murieron ocho y no nueve campesinos? Los testimonios narran que uno de los jóvenes fugó, salvando de esta forma su vida¹⁰. La comunera de Chuschi OTP cuenta: “Tal fulano ha escapado para abajo, en zigzag se ha escapado, a él no le han matado...entonces allí dice cuando se escapó el chico, cuando estaba llevando le mató la gente”. Otro testimonio, esta vez de un comunero de Uchuyri, AGV, nos informó:

“Más o menos a las tres de la tarde han tenido la oportunidad de, en este lugar de Huayrapunco, aniquilar. Aniquilar era el objetivo de los ejércitos, a estas personas y preciso momento lo ha hecho y entre eso uno de ellos ha escapado, pero a los que estaban presentes, a los ocho los aniquilado en el mismo lugar, así fue las cosas en ese aquel entonces, esos son los cadáveres que han destapado”.

Otro comunero de Chuschi, don JC¹¹, nos contó:

“eso lo llevaron por la carretera y acá al lado de Huayrapunco, ahí los han matado a todos y lo enterraron y hace poquito yo creo que han sacado la Comisión. Eso también sé”.

Sobre el mismo caso, el comunero DCN del barrio de Tuco en la comunidad de Quispillacta nos dijo: “ese joven nomás también salvó, a él no le conozco, no conozco a él. Dicen que está por Ayacucho ese joven”. Todos los testimonios recogidos muestran o evidencian el hecho de que un joven salvó de morir, pero parece que fue esto mismo lo que apresuraría el aniquilamiento de los otros ocho campesinos detenidos por los militares en el sector de Huayra-

¹⁰ Guardamos su nombre con mucho celo por su propia seguridad.

¹¹ Entrevista realizada el 29- 08-02 en la comunidad de Chuschi.

punco, a quienes dejaron al pie de la carretera, ya sin vida. El mismo comunero recuerda: “un muchacho se escapó hacia debajo de la carretera, entonces como algunos no podían correr ahí los mató a todos, pero según lo que dicen que el que escapó de los militares ahora está vivo ese muchacho”. Se dice que los militares mataron a los ocho campesinos. Dos de ellos intentaron fugar pero solo uno logró hacerlo, mientras que el otro cayó en el intento a la altura de un barranco. Esto explicaría porqué en la fosa únicamente se encontró a siete de las víctimas.

Por otro lado, los comuneros de Uchuyri afirman haber sido ellos quienes enterraron a los comuneros de Quispillacta asesinados por la patrulla militar en el sector denominado Huayrapunco (actual territorio de la comunidad campesina de Uchuyri). Sobre este relato, AGV contó que la patrulla militar, después de victimar a los campesinos:

“lo han dejado así todo en abandono a los cadáveres los ejércitos, mientras uno de ellos se dio fuga de acuerdo a las afirmaciones y entre ellos la comunidad de Uchuyri al verlo que los cadáveres estaban botados, de noche han tenido la oportunidad por compasión a los cadáveres, a los difuntos. De noche han enterrado ahí...en un solo hoyo han puesto siete cadáveres, de los cuales han sido hace poco extraídos por la Comisión de la Verdad”.

Aunque este entierro clandestino de las siete víctimas pudo haber sido coordinado por los militares, al parecer fue más obra de la voluntad de los comuneros de Uchuyri, como nos contaron ellos mismos: “la gente de Uchuyri lo han venido sin que se sepa nadie a enterrar”.

En los primeros años de la violencia (1983-1984), por temor a las represalias, los campesinos prefirieron “no recordar” los sucesos de violencia porque se encontraban “humillados”; incluso, por temor, prefirieron callar la muerte de sus propios familiares. Específicamente sobre el caso que tratamos, debemos decir que aun sabiendo que las personas asesinadas eran comuneros de Quispillacta, e incluso que uno de los fallecidos tenía vínculos familiares con comuneros de Uchuyri, más podía el temor a la represión militar, como expresa el comunero de Uchuyri AGN cuando dice:

“Lamentablemente que en esas épocas nadie ya hablaba nada, prácticamente estaban humillados de todo, estaban privados por tal no tenían nin-

gún instrumento de comunicarle a nadie, por más que eran testigos, por más que han visto porque estaban humillados, ahora hasta hoy día prácticamente nadie no habla nada. Así es, al menos según que me dijeron que había una persona de que ha sido víctima de aquí, un paisano, un familiar de Uchuyri”.

¿Por qué se debe llamar Huayrapunco y no Sillaccasa?

El “Informe Sillaccasa”, nombre que se da al documento que narra sobre la existencia de dicha fosa, signado con el N° 001-2002-DP/ADDHH, se encuentra en las oficinas de la Defensoría del Pueblo bajo el título “Investigación defensorial sobre la existencia de una fosa común con restos humanos en el paraje de Sillaccasa, en el distrito de Chuschi, provincia de Cangallo, Ayacucho”. Dicha institución pública toma conocimiento de que en el referido lugar existiría una fosa con los restos de ocho personas, todas de la comunidad campesina de Quispillacta, que habrían sido victimadas por las fuerzas armadas en el año 1983. Tuvieron que esperar aproximadamente 19 años para que, en el mes de enero del presente año (2002), el Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF), en coordinación con la CVR, desenterrara la fosa común, confirmando la presencia de ocho restos fósiles que correspondían a los comuneros de la comunidad campesina de Quispillacta que fueron reconocidos por sus propios familiares o deudos en un espacio que se preparó especialmente para la ocasión en las instalaciones del colegio de dicha comunidad.

La CVR y el EPAF han trabajado con el mismo nombre el caso (Informe Sillaccasa); sin embargo, y en honor a la verdad, sería bueno que reconsideraran este hecho y establezcan la medida correctiva necesaria ante la opinión pública, sobre todo ante la comunidad, ante los familiares de las víctimas y en memoria de los victimados. Es necesario, si se quiere establecer una memoria histórica nacional o una memoria emblemática, que se registren los hechos por su nombre, es decir de manera correcta, para poder establecer “lugares de memoria”; Huayrapunco es uno de ellos indudablemente.

¿Por qué habría que rectificar o cambiar el nombre al caso? ¿Qué nombre se debería dar al mismo? Tuve la oportunidad de estar en el distrito de Chuschi

entre la tercera semana de julio y la tercera semana de agosto del 2002¹², es decir seis meses después de la exhumación de los ocho cuerpos del llamado “caso Sillaccasa”, y al recoger testimonios sobre el caso me sorprendió mucho que a la pregunta “¿Dónde queda Sillaccasa?”, los comuneros respondían: “a las afueras de la comunidad de Chuschi junto a la carretera, a la altura del colegio Ramón Castilla”. Todas las respuestas afirmaban que allí no se había hecho la fosa y que el lugar quedaba más allá de la comunidad campesina de Uchuyri, en un paraje llamado Huayrapunco, que colinda con otro paraje de la misma comunidad de nombre Oqeccacca. Decidimos entonces ir al lugar mismo de la fosa. Salimos del pueblo de Chuschi y cuando llegamos al lugar conocido por los comuneros como Sillaccasa comprobamos que efectivamente los comuneros tenían razón, en ese lugar no había fosa alguna. Continuamos nuestro camino hasta la vecina comunidad de Uchuyri y preguntamos a los comuneros: “¿dónde quedaba la fosa que la CVR destapó en el mes de enero?”. Nuevamente la respuesta fue la misma: “Está en Huayrapunco”.

Los comuneros, por lo menos los de Uchuyri, han comenzado a establecer maneras de recordar el hecho de violencia para no olvidarlo. Nos comentaron que desde la época de la muerte de los ocho comuneros (15 de mayo de 1983), el lugar donde una patrulla militar al mando del capitán “Chacal” diera muerte a los comuneros de Quispillacta comenzó a ser denominado por los pobladores de Uchuyri como Runawañusca¹³ (“lugar donde murieron los hombres”). Según el comunero de Uchuyri AGV, “desde el momento que se ha ocurrido la muerte, ya la gente de Uchuyri por lo menos lo denominamos Runawañusca. Runawañusca significa lugar donde han muerto las personas”.

¹² Fui a realizar un trabajo de campo a la zona como parte de una investigación que desarrollo para obtener el grado de Magíster en Antropología Andina, acompañado de cuatro estudiantes de antropología de la Universidad Nacional Federico Villarreal: Gonzalo Quintanilla, David Blas, Arturo Chávez y Víctor Pachas, con los que estoy muy agradecido por su colaboración desinteresada.

¹³ Runawañusca solo es el espacio donde está la fosa común, es el punto exacto, el punto cero. Sin embargo, todos los comuneros saben, y así lo dejan entender, que Runawañusca se encuentra en el sector denominado Huayrapunco y que por error está consignado en los informes de la Defensoría del Pueblo, EPAF y la CVR como Sillaccasa.

Puntos que deberían ser tomados en cuenta por la CVR

La memoria colectiva solo consiste en el conjunto de huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados, que tiene la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivo de las fiestas, los ritos y las celebraciones públicas.

PAUL RICOEUR

1) Celebrar solamente un ritual de entierro católico para las ocho víctimas¹⁴ significaría que todos ellos profesaron en vida la religión católica. Sin embargo, se tendría que haber considerado que por lo menos cuatro de los ocho victimados (Pedro Núñez Quispe, Hilario Núñez Quispe, Reynaldo Núñez Pacotaype y Máximo Vilca Ccallocunto) no eran católicos sino creyentes evangélicos. Por lo tanto, creo conveniente poner en conocimiento de la opinión pública que eran creyentes de la iglesia evangélica Asamblea de Dios del Perú. Al momento de hacer los rituales propios para el entierro de estas primeras víctimas reconocidas nacionalmente, no se tomó en cuenta la diferencia de credo y se homogeneizó el ritual al formato católico, el cual solo debió corresponder a los cuatro creyentes católicos: Luis Machaca Mendoza, Narciso Achallma Capcha, Julian Núñez Mendoza y Antonio Carhuapoma Conde.

Definitivamente esto fue un error, aunque es salvable tomando las medidas correctivas necesarias. Por supuesto que nuestra intención no es generar una corriente de opinión contraria a la CVR, aunque creo que es necesario corregir los errores, sean estos grandes o pequeños. Además, creo que es conveniente informar, para tomar la verdadera dimensión del problema, que la población de la

¹⁴ Para tener mayor dimensión de lo que expongo se podría ir a cualquier sede de la CVR y pedir el vídeo editado por esta comisión bajo el título “Microprogramas”, y poner atención a la parte que corresponde al caso que estamos detallando (se encuentra consignado como los microprogramas 8, 9 y 10).

comunidad campesina de Quispillacta es mayoritariamente evangélica¹⁵, miembros de la Asamblea de Dios del Perú (80% aproximadamente de la población es creyente no bautizado).

2) Hacer la misa en la capilla del centro poblado de Quispillacta cuando la mayoría es evangélica convierte el acto mismo en irreverente para casi toda de la población. Además sería bueno y necesario refrescar nuestra memoria histórica para recordar que los miembros de la iglesia católica tuvieron fuertes conflictos en la comunidad de Quispillacta con los miembros de la iglesia evangélica por ciertas tierras, las que posteriormente, ante el fracaso de esta empresa pasaron a ser tierras comunales, quitándole así a la iglesia católica el privilegio de tenerlas para su utilización y/o beneplácito a través de las cofradías. Como comenta un autor:

“Uno de los factores que determinó el decaimiento de estas festividades fue la aparición de la secta religiosa evangélica en la comunidad, en la segunda mitad de la década de 1950, que contradice las acciones del grupo católico. Como consecuencia de esto las cofradías van a ser revertidas para la explotación conjunta por los comuneros, a través de la empresa comunal” (Palomino Tirado, 1982, pp. 28-29).

Pero... ¿por qué pudo un grupo minoritario, como los evangélicos —en ese entonces— imponer sus decisiones sobre la tierra? La respuesta la sugieren Carlos Iván Degregori y Teodomiro Palomino en su “Estudio de la hoja de coca en Pomabamba”. “En la época republicana, la única institución con asimilación significativa en la comunidad y de la cual no dependían muy directamente, era la iglesia” (citado por Palomino, 1982).

Entonces, si consideramos que el hecho de abrir la capilla de la comunidad —cerrada hace más de 30 años— significó abrir simbólicamente el espacio de conflicto que los aquejó durante décadas pasadas, y que ese espacio de conflicto se convertía ahora (enero de 2002) en un punto de reencuentro con sus seres

¹⁵ Información proporcionada por los mismos comuneros que luego fue corroborada a través de la encuesta que aplicamos entre el 24 y el 30 de julio del 2002 en las comunidades de Chuschi y Quispillacta.

queridos ya muertos y reconocidos... ¿realmente fue un espacio de encuentro y de reconciliación para todos? Personalmente no lo creo así.

3) Por otro lado, y en honor a la verdad, debo informar que no hay trabajo psicológico con los deudos de las víctimas (por lo menos no lo hubo hasta el 16 de agosto que estuve en la comunidad de Quispillacta). Seis meses después, los comuneros de Quispillacta comentaron que la CVR vino e hizo que la gente reabra la herida de dolor en proceso de cicatrización para activar el proceso de la memoria social. Las “memorias impedidas”¹⁶ no pueden ser liberadas bajo este contexto, más bien los campesinos de Quispillacta y en especial los deudos de las víctimas, fueron tomados como testigos y por tanto como objetos de análisis o de estudio. En otras palabras, fueron tratados como objetos sociales cuando lo que reclamaban los comuneros era la reivindicación de su condición de sujetos sociales. Cabe decir que no existe o no existía hasta el mes de agosto un trabajo de reparación moral con los familiares de las víctimas y menos aún con la población de la comunidad. La única manera de devolverles su condición de sujetos sociales sería a través de una justicia social que restituya su humanidad a las personas deshumanizadas en el contexto de la violencia; esa sería una reparación adecuada y dignificante para cualquier ser humano que ha sufrido la pérdida de un ser querido a causa de la violencia.

4) El año 1998 que estuve por Quispillacta pude presenciar el entierro de un comunero que también era miembro de la Asamblea de Dios del Perú. La forma del ritual de velación y de entierro daba evidentes muestras de que este comunero (Sr. Rejas) era pobre, ya que no contaba con un cajón y menos con una capilla ardiente. Durante el velorio su cuerpo estaba envuelto en una sábana y sobre ésta una frazada como segunda envoltura. Así fue conducido hasta el cementerio de la comunidad, donde se retiró tanto la frazada como la sábana para ser depositado en un nicho (un hueco en la tierra) únicamente con la ropa que lo cubría. Todos los presentes pudimos apreciar por última vez no solo su rostro sino también todo su cuerpo mientras entraba en contacto con la tierra que lo cubriría

¹⁶ Para mayor detalle ver Jeffrey Gamarra, 2002.

para siempre. Luego preguntamos a los asistentes a su entierro el porqué de la ausencia, sobre todo, de un ataúd. Las respuestas que encontramos fueron contundentes, nos dijeron: “Eso depende de la familia: si la familia tenía plata lo enterraba con cajón, y si no la tenía, lo enterraba así nomás”.

A finales de julio del 2002 tuve la oportunidad de presenciar otro ritual funerario (del Sr. Alcocer), esta vez en la comunidad de Chuschi. Al llegar a la casa del difunto encontramos una capilla ardiente y un ataúd. La mayoría de sus familiares venían de Lima, sobre todo sus hijos. Por otro lado, habían en el ambiente arreglos florales; inmediatamente vino a mi mente el ritual funerario que presencié el año 1998 en la vecina comunidad de Quispillacta. Las diferencias eran notables, no eran diferencias culturales sino económicas, el prestigio familiar estaba en juego, como nos dijo un asistente a su velorio, “el darle un entierro decente al ser querido”.

Solo después de tener una visión más amplia sobre los rituales funerarios comprendimos que tener un ataúd, una capilla ardiente y arreglos florales a la hora del entierro, era sobre todo una decisión que pasaba por la posición económica de la familia, que hace del entierro un acto menos o más “decente”; es por eso que el comentario actual en la comunidad de Quispillacta toma como positivo el gesto de haber utilizado ataúdes para el entierro de las ocho personas victimadas en Huayrapunco, hecho del cual la CVR debería tener pleno conocimiento. Sin embargo, creo que se tendría que tomar en cuenta, sobre todo, las prácticas funerarias propias de cada grupo religioso y/o de cada grupo cultural. Ese es el mejor reconocimiento que se le puede hacer a las personas, puesto que significa respetar sus tradiciones, ya sean de índole religiosa o cultural; vale decir, aceptar que hay distintas prácticas y que ninguna es inferior a las otras. En términos culturales significa que existe el derecho a ser diferentes sin perder de vista la igualdad social, lo que debería ser normal en una sociedad multicultural como la nuestra.

Consideraciones

1) Tomar en cuenta el valor cultural y de credo de los comuneros, lo cual significa respeto a las víctimas, a sus familiares y a sus diferencias culturales y/o religiosas. Sobre este tema hablamos con el coordinador de la Sede Regional Sur-Centro de la CVR, quien mostró verdadero interés por lo expuesto, lo que se traduciría en

una enmienda para los casos posteriores de exhumación de fosas comunes. Debo decir que la enmienda llegó con la exhumación de cadáveres en las dos fosas de Totos, donde hubo presencia de un sacerdote católico y de un pastor evangélico; esto hizo flexibles, supongo, los rituales de velación y de entierro en función al credo que profesaron en vida las víctimas encontradas y, más aún, las reconocidas en las fosas de Totos.

2) Tomar en cuenta el lugar de Huayrapunco como un “lugar de memoria”, puesto que los comuneros conmemoran a sus familiares victimados en dicho lugar con motivo de “Todos los Santos” y otras fechas especiales llevando velas y pasando un momento con sus difuntos. Los comuneros de Quispillacta, o por lo menos los familiares de los ocho campesinos victimados, han organizado en el sitio de la fosa común (hasta antes de la exhumación de cadáveres) un montículo de piedras a manera de altar. El Informe Defensorial indica de mejor manera este aspecto “solo quería saber dónde estaban las almas para prenderles una vela y llevarles florcitas”; otro testimonio del mismo informe dice: “todos los años en las fiestas de Todos los Santos yo voy a prenderles una velita y llevarles flores”.

Estos dos testimonios nos dan clara muestra que Huayrapunco es un lugar de memoria y como tal debe servir para realizar conmemoraciones reivindicativas, un sitio que la gente debe recordar tan igual como otros lugares de memoria, como Uchuraccay, donde se encuentra una cruz y donde todos los años se realizan conmemoraciones para no olvidar lo sucedido. Esto solo será posible si Huayrapunco también se inscribe en la memoria colectiva nacional. Por lo tanto, propongo que se establezca la misma lógica conmemorativa para Huayrapunco porque simboliza el inicio de una nueva etapa de la historia del Perú, en la cual la memoria de los sujetos sociales estaría ayudando a reescribir nuestra historia.

Mi imaginación positiva me trae imágenes futuras del 15 de mayo del año 2003. En éstas veo a los comisionados conmemorando a las ocho víctimas en Huayrapunco. Detrás de ellos percibo también a varios hombres y mujeres con chalecos azules de la CVR portando coronas y lágrimas, junto a los cuales están los deudos de las víctimas y un grupo de representantes de distintas instituciones agrupadas en la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos; mi vista ya no logra distinguir a las demás personas, pero todas vienen con la misma intención de conmemoración. Bueno, dejemos de lado la imaginación y esperemos que el próximo año sea la CVR —lo que no niega la posibilidad de que sean otras

instituciones— la que tome la iniciativa de organizar dicho acto en recuerdo de las víctimas campesinas¹⁷ que sufrieron en carne propia la violencia política. Este acto real y público debe transportar al presente los hechos sucedidos aquel mayo de 1983 en el lugar de Huayrapunco.

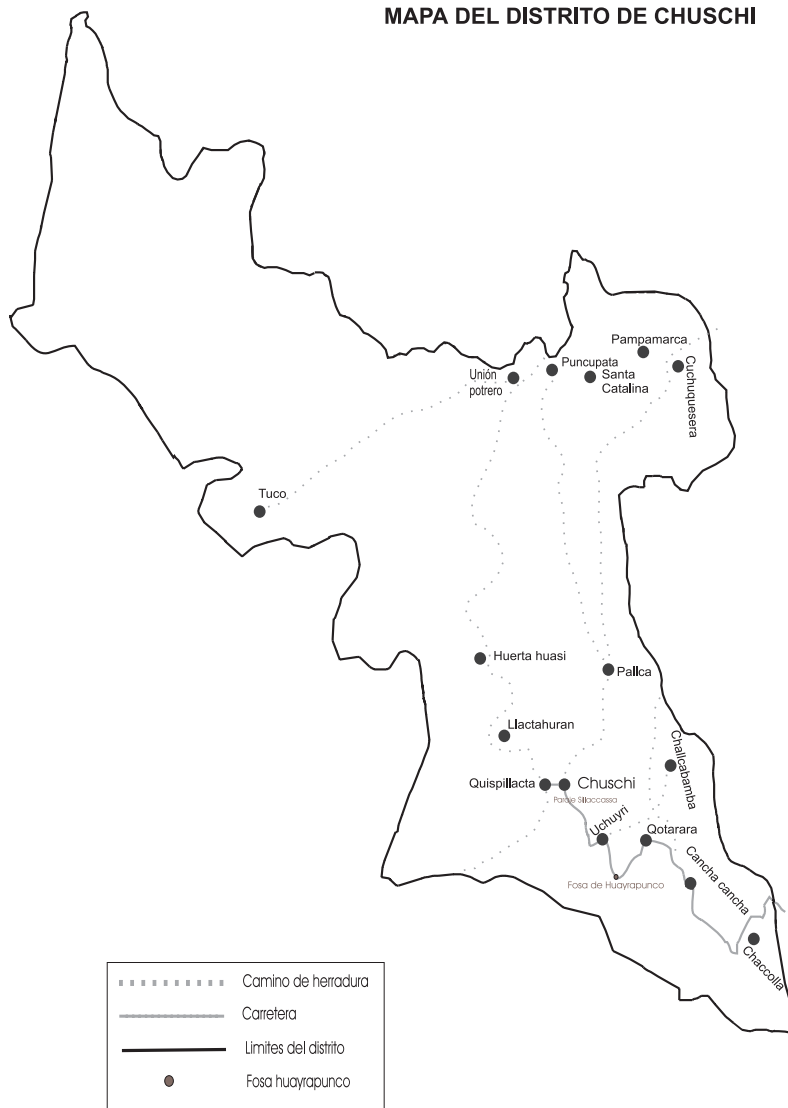
Bibliografía

- Defensoría del Pueblo (2002) Informe Defensorial N° 001-2002-DP/ADDHH “Investigación defensorial sobre la existencia de una fosa común con restos humanos en el paraje de Sillaccasa, en el distrito de Chuschi, provincia de Cangallo, Ayacucho”, 18 de enero del 2002.
- Desco (1989) *Violencia política en el Perú 1980-1988*, t. 1. Lima, Desco.
- Gamarra C., J. (2002) “Las dificultades de la memoria, el poder y la reconciliación”. *Documento de discusión* N° 1. Ayacucho, UNSCH-IPAZ.
- Jelin, E. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Palomino Tirado, V. H. (1982) “Quispillacta y la empresa comunal”. Tesis de Licenciatura en Antropología, Universidad San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.
- Sánchez Villagómez, M. (2002) “Tras los escombros de la violencia”. *X-toria*, revista de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional Federico Villarreal, Año 3, N° 2, julio. Lima, Grupo Paría.
- Sede Sur Central de la CVR (2002) Boletín Informativo, año I - N° 01 marzo. Ayacucho.
- Stern, S. (1998) “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)”. Ponencia presentada en el Seminario “Memoria colectiva y represión”, que tuvo lugar en Montevideo, Uruguay.

Lima, septiembre del 2002

¹⁷ Si Uchuraccay se convirtió en el espacio público y simbólico de conmemoración de los mártires del periodismo, ¿por qué Huayrapunco no puede ser el espacio público y simbólico de conmemoración de los campesinos victimados a lo largo de esta sangrienta guerra que enfrentó, por un lado, a las FFAA y Policiales, y por el otro a SL y demás grupos alzados en armas?

ANEXO 2 MAPA DEL DISTRITO DE CHUSCHI



Fuente: Dirección de infraestructura y desarrollo local.
Municipalidad Distrital de Chuschi.

Psicoterapia y noción de justicia

Patricia Monge A.

*Creyó haber nacido para provecho del mundo
y no para el propio.*

LUCANO

He recibido el difícil encargo de reflexionar sobre la vinculación entre psicoterapia y noción de justicia. Aparentemente son conceptos y principios que engloban universos diferenciados y prácticas de campos diversos. Esta integración fue la que motivó que aceptara tan perspicaz solicitud desde una perspectiva diferenciada en este presente globalizado en que priman nuevas aperturas técnico-científicas, sociales, culturales, políticas y psicológicas, entre otras.

El Perú es un país plural y diverso en cultura, educación, niveles sociales y económicos, raza, religión e ideologías. Nuestro país es una entidad compleja, con marcados desencuentros, pero con la esperanza de un futuro que abra nuevas vías de entendimiento y contacto entre nosotros.

Los peruanos no somos ajenos a los cambios y transformaciones que se llevan a cabo en el mundo, en el ámbito político internacional y económico, en las formas de comunicación, en los valores éticos y ecológicos, además de tantos otros. Vivimos a un ritmo que se caracteriza por la inmediatez y con una tendencia a un individualismo que se va volviendo difuso. La identidad se halla expuesta a una sociedad que resalta el consumismo, el materialismo, la competencia y una adhesión al poder político y económico que nubla la conciencia personal.

Nos preguntamos el lugar de los valores, las bases, los principios de la sociedad que nos rigen, en qué espacios se encuentran los canales de la intersubjetividad en los que los individuos pueden reconocerse a sí mismos como entidades diferenciadas y a la vez vincularse en una sola unidad con el propósito principal del servicio y el progreso en aras de una comunidad donde se respeten el bienestar y la libertad de cada persona.

Como bien cita el maestro Otto Kernberg (1999), cada ser humano posee en su interior un potencial de amor y de agresividad. Este último (en su aspecto negativo) puede llevarnos a la destrucción, dependiendo de los desarrollos ideológicos de las organizaciones sociales e institucionales. Es por ello que cada Estado o sociedad se regula con una declaración de sus derechos y deberes, cuya base fundamental es la Carta Magna o Constitución, donde se exponen con claridad los principios para cada individuo de la sociedad. A esta contribución se le denomina “orden social” y para su ejecución surge el Derecho Positivo como canal instrumental y aplicable en caso de violación o excesos respecto a la norma establecida.

Dentro de la Constitución, la noción de justicia surge como principio que norma los fundamentos del Derecho Positivo. Es éste el principio que la comunidad utiliza directamente o de modo indirecto para determinar qué comportamientos calzan o no dentro del orden social establecido y convenido. La justicia interviene como equidad desde la cultura pública, sobre todo en una sociedad democrática.

El concepto de justicia como equidad da cuenta de una base organizativa de la sociedad en la que prevalece un sistema de igualdad y de cooperación entre las personas libres. Así, el orden social se va constituyendo en un orden dinámico, que va innovándose de acuerdo a los requerimientos sociales y a las modificaciones que exige el desarrollo de las propias culturas políticas y económicas. Dentro de esto surge el concepto de individuo, el cual puede desempeñar cierto rol en la vida social y, por lo tanto, ejercer con libertad sus diferentes derechos y deberes. En mi concepto, esta es la base de la noción de “justicia”, la capacidad del individuo y de las instituciones organizadas de discurrir en un ámbito público y privado con naturalidad e igualdad, donde se privilegie la cooperación social y surja, *per se*, el elemento de reciprocidad.

Según John Rawls (2001) “en el sentido de justicia interviene la capacidad de entender, aplicar o actuar en términos de la cooperación social y en la capacidad de concebir el bien... el bien entendido no en sentido estrecho, sino como lo que es valioso en la vida humana”.

Añade Rawls, “la unidad social y la lealtad de los ciudadanos a sus instituciones comunes no suponen que todos acepten la misma concepción del bien, sino que se fundan en que todos aceptan públicamente una concepción política de la justicia que regula la estructura básica de la sociedad”.

El psicoanalista Eric Rayner (1994) sostiene que la justicia es una noción profundamente internalizada, siendo ésta una red compleja de ideas con una estructura dinámica. Es decir, si bien es una abstracción, es también altamente emotiva, puede ser íntima y personal, y a la vez necesita ser lógica. Rayner afirma que es altamente intelectual y consciente, pero a la vez contiene raíces emocionales e inconscientes.

Pensamos, entonces, que la justicia, como noción interna y principio público determinado dentro de un orden social, defiende la libertad y dignidad inherentes a la persona humana. Cuando éstas son amenazadas o atacadas directa o indirectamente, el individuo vive la ausencia de justicia (la cual tiene internalizada como concepto desde una experiencia hondamente afectiva), lo cual genera dos sensaciones principales: por un lado, la experiencia de su minusvalía y, por otro, la experiencia de la maldad ajena que es sentida como agresión.

Cabe afirmar que el individuo vive el conflicto como una agresión a su yo, como una falta de amor, y esta carencia, sostiene Muñoz Sabaté (1972), produce “en su alma una disimetría que habría de predisponerle a la neurosis, llevando la angustia natural a conductas de agresión, potenciando el afloramiento de angustias más peligrosas”, interfiriendo de este modo con la integridad psíquica, espiritual, mental y física del individuo.

Según nuestra experiencia política de los últimos años, la democracia en nuestro país requiere, entre otros aspectos, acercar el sistema jurídico a la realidad social, en un intento de angostar una brecha abierta desde tiempo atrás. Se trata pues de democratizar la justicia mediante canales de elaboración y reparación tanto individuales como sociales, utilizando herramientas psicológicas y sociales que favorezcan un desarrollo digno y equitativo del individuo dentro de un orden social consistente, pero a su vez dinámico, con apertura y flexibilidad a los nuevos cambios culturales, políticos, científicos, educativos, ecológicos y también espirituales.

A partir de esta noción de justicia, ¿cuál es el rol de la psicoterapia como herramienta terapéutica? Creemos que desde una mirada interna del sí mismo del sujeto, la psicoterapia se convierte en la herramienta psicológica que permite al individuo afectado por una acción injusta encontrar un espacio interno reivindi-

catorio. En el caso, por ejemplo, de los miembros de una familia víctima del terrorismo, quienes han sido violentados en su integridad personal, el hecho de ser escuchados y apoyados supone una acción de dignidad y devolución de la noción interna de justicia.

Hay “un otro” que los cuida y se ocupa; “un otro” que les retorna la fe de ser reivindicados (la posibilidad de reparar y creer en un miembro social similar). “Un otro” con quien dialogan y que sostiene su esperanza de ser recibidos en sus demandas internas.

Este espacio brinda la posibilidad de expresar la rabia, la lucha interna, la propia agonía desconocida por otros: aquella angustia que clama elaboración y reparación. En este espacio, por fin, pueden hablar lo callado y dignificarse. Los ayuda como individuos a completarse, elaborar y así reparar. Esto es la expresión de la noción de justicia que todos llevamos dentro desde que nacemos y nos comprometemos con la vida.

La psicoterapia actúa como un canal reivindicatorio en la noción de justicia de aquel semejante que mantuvo el secreto silencioso y torturante, y que poco a poco va minando su condición de persona, su derecho a la libertad y a amar, es decir, al reconocimiento y reciprocidad. Esto constituye las ruedas giratorias del bienestar y prosperidad en la convivencia humana.

Creo, al igual que Pedro Morales (1999), que la psicoterapia psicoanalítica brinda la oportunidad de un mejor manejo de las posibilidades reestructurantes del yo y del equilibrio saludable de los recursos defensivos de la persona, permitiendo así un margen de confiabilidad en el concepto de “cura” como rescate de la capacidad operativa perdida o interferida en la difícil tarea de vivir en armonía con uno mismo y los demás.

Será entonces tarea terapéutica, como afirma Marcelo Viñar (1994), la de desanclar la fijación al horror y evitar la cristalización del síntoma que lleva a la paralización. Freud (1918-19), por su parte, reafirma nuestro rol terapéutico al señalar que “la tarea terapéutica es la de adaptar la técnica a las nuevas condiciones sociales, colocando así el apoyo terapéutico en la situación psíquica más favorable a la solución del conflicto”.

Devolver la salud emocional a la persona es cooperar con esta noción de justicia en una organización social que, a pesar de sus errores, persigue el bienestar individual.

En la psicoterapia se va creando nuevos espacios psíquicos que, como indica Eduardo Gastelumendi (1999), se transforman en “lo suficientemente amplios y resistentes para tolerar esas altas temperaturas y tensiones producidas por aquello que no podía ser pensado”. Se crea así, en el campo de la psicoterapia, la oportunidad de modificar las respuestas a lo “sentido” en aras de una vivencia con mayor armonía y salud integral.

Desde mi perspectiva particular, es aquí donde se estrechan la mano la acción de la psicoterapia y la noción interna de justicia, devolviéndole al individuo su humanidad con dignidad y libertad como ente subjetivo y a la vez social.

Considero que, en el momento actual, la disposición individual y social no puede ser de indiferencia ante las crisis y el resquebrajamiento de las redes identificatorias de soporte, sino más bien una donde impere la búsqueda de caminos plurales y lenguajes comunes, con la posibilidad de brindar espacios interdisciplinarios de reparación y reflexión.

La capacidad y compromiso social deberán intentar adecuarse a los cambios vivenciales y exigentes que marcan estos tiempos nuevos y urgentes, en los que la vida por sí misma constituye un reto constante para la humanidad enmarcada en el compás de la globalización y sus expresiones, así como en el ritmo agudo y rápido del consumismo.

Mientras sigamos avanzando y no nos paralicemos ante una cultura donde se resalta el grito de violencia y la pérdida de valores éticos y morales, mientras continuemos confiando en la esperanza revitalizadora del ser humano utilizando nuestra creatividad unida al conocimiento, podremos seguir construyendo un futuro próspero y sólido en el que no nos detendrán las complejidades y el pesimismo de nuestros días presentes.

Así, la identidad personal y nacional se construye no como esencial y discriminatoria sino como inclusiva y funcional en un nuevo orden integrativo y social de desarrollo y paz.

Bibliografía

- Blancas, C. et al (1994) *Derecho constitucional general*, t. I. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Costa, M. P. (1998) “La tentación del olvido”. En: *Frente al espejo vacío*. Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, Lima.
- Freud, S. (1918-19) “Los caminos de la terapia psicoanalítica”. en: *Obras completas*, t. VII. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Gastelumendi, E. (1999) “Algunos elementos de reflexión para expandir la conciencia desde el psicoanálisis”. En: *En el umbral del milenio*. R. Fort y M. Lemlij (ed.). Lima, PromPerú-SIDEA.
- Kernberg, O. (1999) “La prevención de la violencia”. En: *En el umbral del milenio*. R. Fort y M. Lemlij (ed.). Lima, PromPerú-SIDEA.
- Laub, D. y D. Podell (1997) “Psychoanalytic Listening to Historical Trauma: The Conflict of Knowing and the Imperative to Act”. *Mind and Human Interaction*, vol. III, N°4, University of Virginia.
- Mari, E. et al (1987) *Derecho y Psicoanálisis*. Buenos Aires, Hachette.
- Morales, P. (1999) “La psicoterapia psicoanalítica en el umbral del milenio”. En: *En el umbral del milenio*. R. Fort y M. Lemlij (ed.). Lima, PromPerú-SIDEA.
- Muñoz Sabaté, L. (1972). *Enfermedad y justicia. El papel del derecho en la psicoterapia individual y social*. España, Hispano-Europea.
- Ponce de León de Masvernat, E. (1999) “Efectos psíquicos de la violencia social”. En: *En el umbral del milenio*. R. Fort y M. Lemlij (ed.). Lima, PromPerú-SIDEA.
- Rawls, J. (2001) “Los principios de la justicia”. En: *Filosofía del Derecho*. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Rayner, E. (1994) “¿Qué decide la interpretación? La intuición de justicia como un factor en la interpretación”. Ponencia inédita presentada en el Congreso de Psicoanálisis en Santiago de Chile.
- Viñar, M. y Viñar, M.U. (1994). “El tiempo del terror: efectos de la fractura en la memoria y los ideales”. En: *Reflexiones sobre la violencia*. M. Lemlij (ed.). Lima, SIDEA-Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.

Lima, mayo de 2002

Sobre fosas y exhumaciones

Martha Stornaiuolo

Lo que viene es una reflexión en torno a la necesidad de exhumación de las fosas dejadas por la violencia en nuestro país, de identificar los restos en la medida de lo posible y de entregarlos para que reciban adecuada sepultura. Nos aproximamos al tema desde dos vertientes que van a confluir en la conclusión: la vertiente etnográfica y la vertiente psicológica y psicoterapéutica (si cabe este deslinde).

Desde la Etnografía

Tal vez la sierra sea la zona más trabajada, en ella es de capital importancia la reciprocidad como mecanismo de regulación social. Un “toma y daca” configura el modo de interacción entre individuos, entre grupos, entre individuo y grupo; pero además se concibe una continuidad entre el mundo humano y el natural. La tierra brinda el alimento o garantiza estabilidad y supervivencia a condición de ser alimentada, no con solo abono y “pago”, sino que hay registro de prácticas de sacrificios y de enterramiento (vigentes hasta la fecha, aunque muy secretas, según algunos).

La muerte y la vida están siempre asociadas en el mundo andino. La muerte garantiza la continuidad de la vida, “sirve a la vida”; los difuntos deben ser ente-

rrados para alimentar la tierra. Los muertos viven en los *apus*, en las entrañas de los cerros, teniendo morada en plantas y animales, o “las almas vagan sin rumbo ‘pensando’ ya sea en las profundidades de la tierra, de los cerros, de las lagunas o sobre la tierra, hasta ser redimidas” (García,1996), son los condenados por violar la ley de reciprocidad y pueden atormentar a los vivos.

En muchos lugares, después de la muerte y el entierro, mediando un lapso que generalmente es de cinco días, se practica el lavado de la ropa del difunto, ritual que puede entenderse como de purificación, pero también de transición, de despedida, que otorga otro estatus al difunto y permite la continuación de la vida.

El fantasma del cuerpo desmembrado puede identificarse en varias creencias y mitos actuales (por ejemplo, las cabezas voladoras y el Inkari, según el cual crece desde sus miembros dispersos, por debajo del suelo, hasta que, al completarse, emerja a la superficie).

Hay registro de prácticas antiguas de desentierro (entre los moches, por ejemplo) para acompañar un nuevo entierro con algunos de los huesos antiguos, como guía para el difunto. En la actualidad, en algunas localidades de Moquegua, el Día de Todos los Santos se hacen exhumaciones (los restos deben tener más de tres años sepultados). Estos restos se llaman “almas” y “protegen a sus deudos”, son velados, se hace misa y un “segundo funeral” o “despacho”. Aunque los incas no enterraban, la conservación y la incorporación de los antepasados (momias) a ceremonias periódicas está ampliamente documentada.

El análisis de mitos serranos y amazónicos sugiere que vida, muerte y resurrección, en el ámbito simbólico, son concebidos como posiciones intercambiables o necesariamente unidas a través de ciclos que se repiten (Tomoeda,1996). Antiguas prácticas sepulcrales de la costa dan cuenta de similar concepción de la relación entre muerte y vida.

A partir de lo anterior, podemos decir que se encuentra vigente la creencia en la supervivencia de las almas tras la muerte y de su interrelación con el mundo de los vivos. La reciprocidad sigue perfilándose en esa relación.

Podría pensarse que éstas son supersticiones ajenas al pensamiento moderno, sin embargo, no solo muchas ideas y prácticas sobreviven lejos de las grandes ciudades, sino que desde los estratos más profundos de la mente se deslizan a prácticas que no nos llaman la atención. Por ejemplo, tras la cremación, ¿qué hacen los deudos con las cenizas? ¿Cuántas veces se oye decir “voy a visitar a....” cuando un deudo va al cementerio? ¿Cuántos ciudadanos tienen en su vivienda una

calavera “para que cuide la casa”? Las misas, tras lapsos fijos luego de la muerte, ¿no son ceremonias de pasaje?

Desde la psicología

El proceso natural de duelo discurre por el camino de una inicial resistencia a la aceptación del hecho. Posteriormente se da un repliegue en torno a la imagen de la persona desaparecida y sus huellas en el propio psiquismo, y finalmente el desprendimiento paulatino de la pena y el dolor manteniendo un recuerdo afectuoso. Este proceso, saludablemente resuelto, suele tomar entre uno y dos años, y permite, una vez finalizado, disponer de un caudal de cariño para nuevas personas y de energía para dirigirla hacia otras metas.

Cuando no es posible elaborar la pérdida de esta manera —y, aunque no la única, una de las razones para ello es la carencia de un cuerpo que enterrar y del cual despedirse— el duelo queda limitado para invertir sus posibilidades de realización en torno a otras personas y a nuevas actividades. Puede ocurrir que se “conserve” al ser perdido, mimetizándose involuntariamente con él.

A propósito de estas experiencias penosas, Kancyper (2001) apunta la posibilidad de que el recuerdo sea conservado como “recuerdo del rencor” o “recuerdo del dolor”. En el primer caso, el recuerdo queda impregnado de rabia, la persona se llena de destructividad y deseo de venganza. El “recuerdo del dolor” deja en cambio una huella de pena, ternura y posibilidad de empatía.

Deveraux (citado por Malpartida, 1988), por su parte, postula la existencia de un “inconsciente étnico”, señalando que cada cultura permite el acceso a la conciencia a determinados contenidos y exige que otros permanezcan ocultos, “por ello todos los miembros de una cultura poseen en común cierto número de conflictos inconscientes”.

Lo enterrado, lo sepultado, es, para algunos autores, metáfora de lo enterrado en el psiquismo de la persona, de lo que no llega al nivel de la conciencia, lo que está oculto para el sujeto, y sin embargo, actúa e influye sobre su vida cotidiana; se trata de los conflictos, los complejos infantiles y también las primeras fantasías del bebé. Una de estas fantasías sería la representación desarticulada del cuerpo, que precedería a la formación de una autoimagen integrada.

A veces hay vivencias sobrecogedoras que se sienten como “siniestras”. En ellas aparece como extraño algo ya conocido, aunque sea por haber sido imaginado, algo que está guardado en el inconsciente. Estas vivencias se relacionan con la fragmentación (que acabamos de mencionar), con la animación de lo inanimado, y pueden vincularse con imágenes de la muerte o de los muertos. Para que algo se sienta como “siniestro” es necesario que aunque la persona “sepa” que algo es imposible, lo “sienta” posible. Esto se traduce en perplejidad y atenta contra los recursos para hacer frente a las exigencias de la situación (tanto en comprensión como en actuación efectiva).

Los familiares de quienes han desaparecido están expuestos a estas vivencias, el anhelo de que el ser querido esté con vida es soporte de la “incompletud” del duelo, el desaparecido es “visto” y buscado en los rasgos de personajes extraños. “Quizá pudo salir de donde estaba y, confundido, está vagando por otra comunidad, de repente tuvo que huir, quizá ha perdido la memoria”, son algunas de las versiones que hemos escuchado. Pero junto a estas vivencias convive el horror de lo presenciado o intuido que los lleva a imaginar las más espantosas fantasías acerca de lo que puede haber pasado con su familiar y también a propósito de la propia imagen.

Los familiares de los desaparecidos algunas veces creen que sus seres queridos han sobrevivido y están en un lugar oculto y lejano (isla, cárcel, mazmorra), lo cual es bastante análogo a los cerros y los interiores de la tierra. En realidad ese lugar es el lugar de la esperanza en su mundo interno, en el límite de la conciencia.

Las personas necesitamos de ritos que permitan organizar la vida cotidiana; el lapso que va de la muerte a la sepultura o a la despedida definitiva (cinco días para el lavado de ropa en la sierra, en las grandes ciudades algunas horas para el entierro), es un tiempo en el que la realidad de la muerte no está totalmente asumida, un intervalo en el que, para el sentir de los sobrevivientes (no necesariamente para su razón), la persona fallecida está “como viva”, “ni muerta ni viva”, aún presente.

La duración de años de ese lapso “estatiza”, “congela” al sobreviviente en un estado en el que el mejor uso de sus recursos está trabado por la pena, la incertidumbre y la confusión. Los muertos deben ser “debidamente enterrados”, “despedidos socialmente”, para que la vida personal y colectiva pueda continuar por sus cauces normales. En niveles profundos del psiquismo, los familiares de des-

aparecidos lo saben, aunque no se percaten de ello. Esta es una de las causas de su insistencia en que las exhumaciones se realicen, a pesar de que hacerlo les signifique atravesar valientemente las penosas situaciones, las imágenes y las fantasías que ese trance suscita.

Dos notas para finalizar

1) En el curso de las exhumaciones, no solo los familiares enfrentan los tropiezos de fantasías muy angustiosas y amenazadoras. Los que acompañan a esas personas también lo hacen, y por extensión, la comunidad toda (y más allá donde los lazos de parentesco son tan apretados). El efecto alcanza, además, a quienes se ocupan de ese trabajo, pues lo que está “sepultado” en el inconsciente de las personas, aunque es individual, tiene mucho de compartido. Buscando mitigar la dureza del momento, a los deudos se les muestra los objetos que acompañan al cuerpo (ropa y otros) mas no el cuerpo mismo. Pero los procedimientos y conocimientos científicos protegen a los especialistas solo en cierta medida: la gruesa magnitud del impacto es recibida por quienes se ocupan de los restos anatómicos.

2) Si lo enterrado no se inscribe en el orden social con respeto, con los ritos apropiados; si, como parece ser, hay una ecuación simbólica entre el entierro de una persona y el de una semilla para su germinación; entonces, ¿qué fruto puede germinar de esa semilla de violencia?

Bibliografía

- Bourget, S. (1996) “Los raptos de almas: prácticas funerarias en la iconografía mochica”. En: *Al final del camino*, L. Millones y M. Lemlij (ed.). Lima, SIDEA.
- García Miranda, J. J. (1996) “La muerte en la cosmovisión andina: los presagios”. En: *Al final del camino*, L. Millones y M. Lemlij (ed.). Lima, SIDEA.
- Kancyper, L. (2001) “Resentimiento, memoria y duelo”. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 93, 28-50.

- Malpartida, D. (1988) “Las diosas andinas y los sacrificios filiales”. En: *Psicoanálisis e identidad*, Anales del I Congreso Peruano de Psicoanálisis. Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Rojas Z. M. (1995) “Segundas exequias en el mundo andino y la noción de alma”, *Antropológica* N° 13, PUCP.
- Tomoeda H. (1996) “Mitos de origen de la vida y la muerte en la Amazonía y los Andes”. En: *Al final del camino*, L. Millones y M. Lemlij (ed.). Lima, SIDEA.

Lima, junio de 2002

IV. La consulta en el campo

Saliendo del consultorio al trabajo de campo

Carlos Jibaja Zárate

El inicio de lo que hoy día es el Centro de Atención Psicosocial (CAPS) fue la convocatoria que hizo Rosa Mujica, cuando ocupaba el cargo de Secretaria Ejecutiva de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos (CNDDHH), a un grupo de psicoterapeutas que estaban dispuestos a no quedarse en la parálisis que generaba la violencia política, en el año 1994.

El local de la CNDDHH está organizado teniendo en cuenta su misión institucional y sus objetivos, es decir, es un lugar para planificar y organizar las campañas de sensibilización, de denuncia y protesta, a través de la red de organismos de promoción de defensa de los derechos humanos. Sin embargo, en la medida que la CNDDHH fue logrando un posicionamiento como eje organizativo para los esfuerzos en este campo, también se percibió la demanda de servicios de salud mental de las personas violentadas. Los afectados llegaban al local y querían que sus vivencias cargadas de intensos sentimientos y desbordadas frustraciones sean escuchadas. Improvisadas oficinas tuvieron que ser habilitadas inicialmente como consultorios. Eran tiempos aun más violentos que los actuales, pues los coches-bomba y el fuego cruzado de terroristas y fuerzas militares eran todavía cotidianos.

Desde 1994 hasta 1998, la actividad principal del equipo de psicólogos fue la atención individual a personas afectadas por la violencia política que asistían al local central de la CNDDHH. Durante esos años, el equipo realizó intervenciones grupales con asociaciones de familiares de desaparecidos bajo la forma de dinámica de grupo. También se hicieron en algunas ocasiones en Ayacucho y Piura, a través de viajes de atención psicoterapéutica, y se atendió a los promotores de los Comités de Derechos Humanos de la CNDDHH en varios puntos del país usando la modalidad de talleres de capacitación. De esta manera, el equipo fue ganando experiencia gradualmente en la creación de espacios terapéuticos con una población muy especial, que nos traía riesgos personales y legales —pues atendíamos, entre otros, a requisitorizados— que nos comprometían y forzaban a vivir nuestra realidad psicosocial sin ambages ni negaciones. La solidaridad, las anécdotas, los temores, las tensiones grupales del equipo de psicólogos durante los primeros años de atención voluntaria a los afectados por violencia política, son quizás la base de nuestra historia y afectos institucionales. No todos lo que iniciaron esta experiencia están ahora con nosotros; sin embargo, el esfuerzo y solidaridad de cada uno de los terapeutas que, en el pasado y en el presente, trabajamos con el sueño de un país que no genere una violencia estructural, es el común denominador en la tarea.

Integrando lo externo traumático

La población que asiste a los consultorios del CAPS está compuesta por inocentes que, por ser acusados de terroristas, fueron encarcelados injustamente, personas torturadas y sus familias, sobrevivientes de matanzas, desplazados y familiares de personas desaparecidas y asesinadas. Se trata de una población diferente a la que tiene acceso a los consultorios privados o incluso a los programas de atención para personas de ingresos limitados. La diferencia no está en la pobreza material o en la fortaleza de los recursos emocionales de algunos de ellos. La diferencia cualitativa está en que son personas que enferman debido al impacto violento de nuestra realidad psicosocial. La violencia política y social de la sociedad peruana golpea de manera traumática y produce trastornos en los procesos internos en desarrollo del individuo y de los grupos. En otras palabras, el factor

central que tipifica como grupo específico a los afectados por violencia política, es que lo que enloqueció fue la realidad externa y, desde afuera, el trauma se introdujo como agente perturbador dentro del psiquismo.

El pacto social peruano establece un mundo escindido, enloquecedor, en el que la ley y las instituciones del Estado no organizan las relaciones sociales de acuerdo a los principios y códigos éticos supuestamente compartidos. El pacto social crea dos registros paralelo de la realidad, lo cual subvierte el orden, confunde, violenta las relaciones entre los ciudadanos. Hay un “registro público-formal” que refleja la ley y las instituciones en el Perú y es preservado por las expresiones públicas oficiales; es un registro en el que, justamente por ser público, se exige responsabilidad por los propios actos. Existe simultáneamente un “registro privado-informal” en el que lo natural es la aceptación de las relaciones sociales organizadas por discriminación, impunidad, autoritarismo, sometimiento y compadrazgo. Desde este ángulo, “la creatividad del peruano” no es otra cosa que su capacidad de sobrevivir en esta realidad psicosocial fracturada, con el irreparable costo de renunciar a percibirse a sí mismo y a los otros como sujetos que tienen derecho a un mundo con sentido y dignidad.

Ejemplifiquemos estas afirmaciones con el caso de Rosaura, una “indultada”:

Primer momento de mensajes enloquecedores de la realidad

Rosaura es una mujer que estuvo recluida seis años en un penal durante el gobierno de Fujimori porque fue señalada como terrorista por un arrepentido (terrorista que voluntariamente depona su lucha y denuncia a sus colaboradores). En el caso de Rosaura, la libertad del arrepentido, culpable del delito, se trocó por el encarcelamiento de una inocente. El mensaje enloquecedor puede formularse así: “Los culpables salen en libertad al ser encarcelados los inocentes”.

Segundo momento

El interrogatorio de la DINCOTE consistía en una tortura sistemática ejercida por “las fuerzas del orden”. Colgadas, abuso sexual, amenazas de muerte y otros vejámenes, terminan obligando a Rosaura a firmar una declaración autoinculpándose. Los mensajes enloquecedores de la realidad podrían formularse así: “Las fuerzas del orden, que te deben protección, te torturan para extraerte una verdad en la cual nadie cree”. “De acuerdo a ley, tienes que firmar este documen-

to voluntario que afirma tu inocencia o culpabilidad... pero si no te declaras culpable seguiremos torturándote”. “Las fuerzas del orden han determinado tu culpabilidad, pero de acuerdo a ley se eleva el caso al Poder Judicial”.

Tercer momento

El Poder Judicial la encuentra culpable sin un debido proceso judicial. El mensaje podría formularse así: “Tienes derecho a la defensa, pero ya estás sentenciada como culpable”.

Cuarto momento

El gobierno del presidente Paniagua la “indultó”, utilizando una figura legal pragmática pero en sí misma contradictoria. El indulto implica el perdón presidencial ante un hecho delictivo cometido, pero que por razones humanitarias amerita la gracia del perdón. El mensaje enloquecedor de la sociedad representada por el gobierno es: “Sabemos que eres inocente, pero estás perdonada porque ante la ley eres culpable. Puedes irte”. La figura del indulto fue una salida legal que se negoció durante el gobierno de Fujimori para acelerar la excarcelación frente a la evidencia de que cientos de personas inocentes acusadas de terrorismo habían sido encarceladas injustamente.

Rosaura llega al CAPS dos semanas después de ser excarcelada con síntomas variados: una compulsiva necesidad de lavarse las manos, extrema ansiedad de separación, ideas de autoreferencia, ánimo depresivo, entre otros. Puntualicemos que Rosaura es una persona que contaba, antes de su detención, con una historia infantil muy frustrante y vínculos simbióticos limitantes para su desarrollo emocional; sin embargo, son su detención, tortura, encarcelamiento injustificado, proceso penal y excarcelación, es decir, las contradicciones entre los mensajes y las acciones traumáticas de la realidad, lo que consideramos como núcleo perturbador de su psiquismo.

Benyakar (1998) afirma que la vivencia traumática genera un vacío en el psiquismo pues carece de representación e irrumpe devastadoramente haciendo que se responda con angustia automática. Cuando lo externo inunda el psiquismo en forma desligada de representación crea un estado de desequilibrio, de angustia automática, que el yo tramita sintomáticamente para que el trauma no desestructure el psiquismo en su totalidad. Desde este enfoque, la sintomatología de Ro-

saura es la manera en que su psique intenta detener la acción devastadora del trauma causado por la acción de la violencia sociopolítica.

En la clínica privada, la aproximación psicoanalítica tiene la predisposición a enfatizar el análisis del mundo interno del paciente y, en especial, la relación transferencial que se establece con el terapeuta en el marco del proceso de tratamiento. Así, lo externo —las relaciones interpersonales y el contexto sociocultural— es analizable solo en la medida que se asocia con las representaciones de “la realidad psíquica” del analizando, es decir, cómo es que éste representa y siente sus relaciones con los otros y consigo mismo desde lo inconsciente. Así, la perspectiva psicoanalítica tiene la clara tendencia a entender los síntomas y malestares psicológicos como manifestaciones de desbalances internos y capacidades limitadas del yo para procesar impulsos, eventos disruptivos, fantasías y formaciones sintomáticas del inconsciente.

Los afectados por violencia política como Rosaura por lo general no llegan a los consultorios privados. Acuden a instituciones como la Defensoría del Pueblo y organismos de defensa de los derechos humanos. En ese sentido, la CNDDHH es una institución cargada transferencialmente desde el lado positivo con una imagen protectora, benevolente, justa y liberadora, y desde el lado negativo, como un ente negligente (no responde a la demanda insaciable), impotente (no responde a la búsqueda de una mayor justicia), explotador e indiferenciado de los otros objetos-instituciones violentos y enloquecedores de la sociedad. Los terapeutas asumimos esa carga transferencial como parte de un vínculo que se ha establecido antes de la primera entrevista y que trasciende nuestra labor psicoterapéutica. El afectado no solo acude a la CNDDHH por ayuda psicológica, sino por ayuda legal, económica, social y política. Es más sencillo, dado el caso, deslindar en nuestros consultorios privados estos otros planos, quedándonos únicamente con el que nos corresponde, el plano de la psicoterapia. En el trabajo con los afectados no podemos abstraer estos otros planos, pues son parte intrincada en su proceso de recuperación.

Gradualmente, el equipo psicoterapéutico fue adquiriendo una mayor profundidad en la comprensión de los cuadros de las personas afectadas por violencia política. La experiencia de trabajar diariamente con ellos fue dándonos la certeza de que no podíamos entenderlos ni ayudarlos efectivamente en la medida que continuáramos en la esfera cerrada del análisis del mundo inconsciente del paciente. Había que abrir nuestra visión y campo de intervención, a pesar de nuestros temores y resistencias al cambio.

El equipo, conformado en su totalidad por psicoterapeutas psicoanalíticos, tenía las ventajas y desventajas que brinda la formación analítica. La abstinencia, la neutralidad, el manejo de la transferencia, los silencios, la interpretación, es decir, todo el instrumental psicoanalítico, fueron reformulados, privilegiando el vínculo terapéutico con intervenciones de apoyo a la organización yoica de los pacientes. Así, el proceso de tratamiento atraviesa necesariamente por la reparación del sentido del sujeto (*self*) en su relación consigo mismo, en sus vínculos interpersonales y su interacción con la realidad psicosocial, en el contexto de una relación terapéutica que contenga y elabore las heridas psicológicas, además de por el esclarecimiento de los elementos contradictorios y enloquecedores de la realidad ligados a su malestar psíquico.

Una persona torturada y posteriormente indultada como Rosaura no solo es alguien que muestra el diagnóstico de un trastorno adaptativo con síntomas mixtos. Quedarnos en la nomenclatura psiquiátrica o en la esfera cerrada de lo psicodinámico es otro ejercicio más de los aspectos negadores de nuestra percepción clínica y, en general, de nuestro vacilante compromiso ético con la parte de la sociedad que representa el afectado. El cambio a un enfoque psicosocial psicoanalítico implica comprender que personas como Rosaura, que tocan las puertas de una institución como la CNDDHH, denuncian también lo que está pasando fuera de los estrechos márgenes de su inconsciente y de nuestros consultorios a través de sus síntomas y falta de sentido de existir. Ser consecuentes con lo que comprendemos de nuestros pacientes nos lleva a que nuestros esfuerzos no se limiten a la elaboración de las partes heridas del mundo interior, sino también a integrar en la intervención terapéutica institucional la fuente principal del malestar, los eventos disruptivos que conlleva la violencia estructural de una sociedad en la que los principios éticos y (anti)valores, imágenes y significantes, instituciones y representantes del gobierno son enloquecedores.

Quisiéramos concluir diciendo que como psicoterapeutas nuestra comprensión de las personas golpeadas por la violencia política ha sido y es un proceso de constante aprendizaje, un proceso que no creemos posible dar por culminado en algún momento dada la profundidad, variedad y vastedad de las huellas que deja esa experiencia y las necesarias adaptaciones de las técnicas terapéuticas para aproximarnos a ellas.

Nuestra participación comenzó de manera voluntaria, como una respuesta constructiva y solidaria a la angustia personal de enfrentar la violencia cotidiana de

nuestro país. En el camino entendimos que nuestro compromiso de ayuda a los afectados implicaba no solo atenderlos en sus comunidades o lugares de residencia, sino cambiar la manera en que enfocábamos a las personas y a los grupos, a sus síntomas y testimonios, integrando en el tratamiento la realidad traumática como fuente primaria de su trastorno psicológico y escenario de fondo en el cual nosotros también estamos inmersos. El evento traumático desnuda las flaquezas y precariedades de los individuos y grupos actualizando de manera abrumadora el conflicto infantil y los modos de funcionamiento más primarios, en muchos casos no elaborados. En consonancia con lo vivenciado junto a nuestros pacientes, hemos profundizado nuestro compromiso de contribuir a reformular el pacto social generador de violencia estructural. En esa tarea creemos que aportamos dos capacidades básicas, la de sentir empáticamente con el afectado y la de pensar sobre ello.

Un camino a la integración

Yovana Pérez

Introducción

Una madrugada de mayo de 1992, miembros del grupo paramilitar “Colina” irrumpieron violentamente en el poblado El Santa, en Chimbote, llevándose consigo a nueve pobladores. Diez años después, las madres, padres y hermanos siguen clamando justicia ante las remisas autoridades, mientras persisten en la solitaria búsqueda de los restos de sus seres queridos. El costo emocional ha sido altísimo: graves enfermedades psicosomáticas, angustias, temores varios, vivencia permanente de estrés, desesperanza y otros males. Al respecto, cabe preguntarse: ¿qué ha pasado con los niños de esas familias, con los que eran muy pequeños para recordar, con los que aún no habían nacido? ¿Cómo se inscribió este evento en sus psiquismos?

En julio de 2001 se inició un trabajo grupal con algunos de estos niños, primero respondiendo a un pedido de atención que partió de los adultos y para los adultos, estando curiosamente invisible la problemática infantil. Acudimos a un primer encuentro dos psicoterapeutas del Centro de Atención Psicosocial (CAPS) con la intención de hacer una exploración diagnóstica y un diseño de

intervención. A la cita acudieron cerca de ocho niños, algunos ya púberes, que evidentemente no podían formar parte del grupo. Decidimos entonces habilitar un espacio para trabajar con ellos sin mayor intención terapéutica, aunque sí tratando de indagar algo acerca de la conflictiva, así como de la impronta que lo acaecido podía haberles dejado.

Se les propuso hacer dibujos libres y posteriores asociaciones sobre ellos. Nos encontramos con relatos que recreaban el evento traumático a partir de una asustadiza mirada infantil que registraba un mundo lleno de maldades y peligros, aunque no por ello carente de resquicios optimistas o posibilidades de sobrevivencia psíquica. Fragmentos de la primera historia elaborada en conjunto ilustran lo anterior:

Había una vez una vaca llamada Mary que vivía sola y que todos los días salía a tomar agua en el río, su mejor amigo era un pez. La vaca quería organizar una fiesta por su cumpleaños; invitó a los peces, a Patty, una amiguita que vivía en un castillo cerca de su casa, y a su amigo payaso Julio.

La vaca organizó la fiesta porque estaba sola y quería divertirse. Ella no tenía a nadie, toda su familia murió. Rosa, el día antes había descubierto que los familiares de Mary habían muerto envenenados por las aguas del río. Había personas malas que envenenaron el río para que la familia de Mary no coma sus pastos.

Mary recordó su tristeza y postergó la fiesta; con sus amigos fue a ver a sus familiares que estaban tirados en las ramas y tenían cervecitas al costado. Había mucha sangre derramada. Los peces no creyeron que el agua del río estuviera envenenada, era muy difícil de entender. Se tiraron al agua y también murieron. La vaca los enterró a todos y se sintió aún más triste.

Pasó el tiempo, salió el sol, apareció la esperanza. Mary conoció a un toro llamado José y se casó con él. Comieron muchos pastos, tuvieron terneros y plantaron árboles y rosas. Habían quedado dos pescados que nunca se lanzaron al río porque le creyeron a Rosa. Esperaron a que el río estuviera limpio, entraron, se casaron y aumentaron los peces. La vaca va cada año a visitar la tumba de sus familiares, aprendió a sobrevivir con su toro y olvidaron un poco lo pasado.

La llegada inesperada de estos niños a las sesiones (que puede ser entendida como pedido soterrado de ayuda y sostén de parte de los adultos) y la alusión directa a la pérdida de familiares (con la consecuente reacción depresiva, minimi-

zada un tanto por respuestas eufóricas y exaltadas), además de la sensación de fragilidad interna ante un mundo potencialmente adverso, nos inclinaron inmediatamente a iniciar un trabajo con ellos.

Luego de varias devoluciones que buscaban sintonizar con el afecto depresivo y la sensación de abandono resultantes del evento traumático, se les propuso reencontrarnos siete veces más, a razón de una vez por mes, con el objetivo de hablar de estos temas tan difíciles y buscar maneras de hacerlos menos dolorosos. Los niños aceptaron.

Sin embargo, dada la brevedad de la intervención, se hacía necesario delimitar un foco de trabajo, detectar los núcleos patógenos menos elaborados y más displacenteros para actuar sobre ellos con prioridad. La primera pista de esto, naturalmente, la aportó el propio grupo. En la segunda sesión se les preguntó por sus expectativas con relación al trabajo y una respuesta emergió sin hacerse esperar: “Quiero curarme del miedo y del odio, siento mucho odio”.

En el presente artículo intentaré dar cuenta principalmente de algunos aspectos relacionados con la tramitación de los impulsos hostiles de este grupo de niños, intentando esbozar algunas aclaraciones psicodinámicas de este fenómeno.

Sobre el proceso

Aunque Freud sometió a un riguroso examen el lado oscuro del ser humano, siempre pensó al ello como imbricado en una complicada serie de operaciones transaccionales con las otras instancias del sí mismo, ya sea al ello aliado con el superyó negociando con el yo, o al yo andando en amigable esfuerzo con el superyó para oponerse a la pujanza del ello. De cualquier manera o combinación posible, podría inferirse que Freud apuntó a un sentido de la existencia humana lo bastante sensato como para no plantearla como una promesa de felicidad completa, aunque sí como una tendencia individual a buscar una vida lo suficientemente buena. Sin embargo, en su trabajo, no ventiló suficientemente los temas relacionados con el exterminio, el terror y la violencia.

Muchos autores, al igual que Freud, aunque con metáforas teóricas diferentes, apuntan al hecho de que el sí mismo está compuesto por diferentes elementos, por representaciones semejantes a un congreso pluripartidario donde confluyen tendencias de la más diversa índole. Bajo el empuje de alguna fuerza o

angustia intensa, este mundo interno puede perder su equilibrio y evolucionar hacia un estado menos representacional, en especial cuando las diferentes partes del sí mismo son proyectadas hacia el exterior dejando a la mente despojada de sus constituyentes representativos.

Los actos sociales violentos, eventos disruptivos,¹ inoculan odio, alteran el equilibrio entre mundo externo y mundo interno, perpetuándose una visión hostil del primero, muy a menudo distorsionada por las proyecciones de los propios aspectos terroríficos (Benyakar,1998). Es así que en el grupo era muy frecuente, al inicio de la intervención, la aparición en las historias de elementos externos amenazantes y potencialmente aniquiladores. Inundaciones, incendios, cataclismos, personajes malévolos que rondaban al héroe con la intención de hacerle daño o de llevarlo por caminos delincuenciales, constituyeron la primera forma de presentación de la agresión y la hostilidad provenientes del afuera y bajo el manto de la proyección. El personaje principal solía ser ciertamente frágil, muchas veces dotado de elevadas virtudes morales, y aunque más de una vez cometía transgresiones, al final volvía arrepentido a los caminos del bien. La severidad de los castigos a estos primeros actos hostiles fantaseados era inmensa. El fuego divino, la destrucción total y la cárcel estaban entre los preferidos: “Los señores van a la tienda a comprar pasta, se alocan y pelean. Mucho peleaban y Dios les quemó la casa, comenzó a llover, aumentó el mar y los que compraban droga caían al agua con el cigarro en la boca y se ahogaban”. En otros momentos sobrevenía el arrepentimiento producto de una asimilación estereotipada de lo bueno y lo malo: “Robar no es bueno porque es mejor trabajar” o “fumar drogas te hace daño”.

La presencia casi constante de figuras reparadoras: médicos y enfermeras que curaban a los heridos o agredidos, así como la de representantes de un superyó benigno y estabilizador (policías, buenos amigos consejeros), parecían dar cuenta de un cierto equilibrio interno que permitiría mediatizar los impulsos agresivos:

¹ Eventos del mundo exterior que, por sus características, pueden ser amenazantes para el psiquismo. Irrumpen de manera abrupta, generando a veces vivencias muy difíciles de neutralizar, pues se pierde la posibilidad de desarrollar defensas psíquicas adecuadas.

Una familia necesitaba dinero porque no tenían para comer y la casa estaba hipotecada. Jesús escuchó una conversación de sus padres y decidió robar un banco, pero se encontró con su amigo Diego que le dijo que eso no era bueno y que lo mejor era trabajar. Se hicieron más amigos, trabajaron mucho. Jesús estaba muy arrepentido por lo que iba a hacer, le pagó la casa a los padres y sacó muy buenas notas. Estaban muy felices.

Por el contrario, el “fumón”, el ladrón, el asaltante y, a veces, el terrorista, representaban las mociones hostiles que, en esos momentos, aparecían poco y además acompañadas de juicios condenatorios o atenuadas por la precipitada aparición del perdón y los intentos inmediatos de cambio y reparación.

El uso de dramatizaciones y de títeres confeccionados por ellos mismos dio la posibilidad de poner en escena el concierto interno del grupo, en el cual era posible al principio escuchar los diferentes acordes que resonaban de una manera aparentemente armónica. Las intervenciones de los psicoterapeutas buscaban establecer un espacio confiable donde la expresión catártica de los afectos podía tener lugar y, por otro lado, tendían a señalar la conflictiva interna donde coexistían el impulso violento y las defensas ante el mismo, que iban desde los intentos de negación, soluciones mágicas y grandiosas, hasta expresiones pseudo adaptativas a las normas de comportamiento. Más de una vez los señalamientos provocaron desconcierto y perplejidad: “¿Quieres decir que nosotros queremos ser malos como los pandilleros?”, “¿que tenemos mucha rabia?”.

Algunas sesiones después, en el tercer mes de trabajo, las producciones del grupo comenzaron a tomar otro cariz. Los protagonistas de las creaciones colectivas ya no eran tan “indefensos”, aparecieron ladrones, fumones y terroristas como personificaciones de las identidades malignas del grupo, por cierto, en medio de expresiones de beneplácito y de calurosa acogida.

Los representantes del superyó, cuando aparecían, estaban exentos de su calidad reguladora y abruptamente se exteriorizaron en figuras de poca autoridad: policías débiles, miedosos y corruptos, o padres que incitaban al robo. Los finales de las historias ya no hablaban de reparar lo mal hecho o de sufrir consecuencias por ello. Era como si estos aspectos del sí mismo hubiesen sido temporalmente asesinados para que reinen únicamente las partes narcisistas destructivas, lo que, además, parecía proporcionarles un sentimiento marcado de superioridad y autoadmiraación (véase Bolas, 1992). “Cuando fumaban droga las personas se alocaban, creían que estaban en la luna y Carlos soñaba que era el rey y que todos los respetaban”. “Juan

encontró la droga y se la fumó. Se convirtió en un ser poderoso, se volvió Sayayín Fase Tres, era un gran guerrero y soltaba mucha energía”.

Las dramatizaciones y juegos, otrora respetuosos del “como si”, perdieron de repente su cualidad simbólica, se tornaron repetitivos, idénticos y dieron paso a la actuación de los impulsos hostiles. Los niños ya no “representaban” al delincuente o al terrorista; ahora ellos mismos golpeaban, rompían sillas y papeles con gran satisfacción. Cualquier intervención dirigida al dolor o a la impotencia generadora de odio, al sentimiento de desamparo o denigración que los llevaría a buscar baluartes idealizados y refugio en personajes violentos, se estrellaba contra la ola de goce que les proporcionaba la actuación de los impulsos sádicos, siempre a medias, disfrazados y secretamente bienvenidos. La palabra ya no tenía valor terapéutico.

La protección que otorgaba la propuesta de trabajo permitió contener en cierta medida el desborde destructivo, se volvieron más rígidas las normas que prohibían los ataques directos y se implementaron acciones lúdicas que buscaban romper el fuerte nudo que se hizo entre los impulsos hostiles y su inmediata puesta en escena. Estos nuevos juegos fueron propuestos por una parte del grupo que tal vez representaba los aspectos menos destructivos del mismo. Consistían en actividades competitivas donde habían siempre dos bandos claramente opuestos: niñas y niños, los más pequeños contra los más grandes, los que pertenecían a diferentes colegios y otros. Los equipos competían para ver cuál tenía más conocimientos o, sencillamente, cuál lograba atrapar una pelota de papel sin dejarla caer, luego de que uno de los miembros del equipo contrario la lanzaba con la más sincera intención de golpear al rival. Se sugería poner nombres a cada equipo competidor pues era una manera de no eliminar la afinidad que sentían los niños hacia esas figuras destructivas; así, los nombres podían ser “los pandilleros”, “los fumones”, etc. Los juegos conservaban la intención beligerante, vengativa y de destrucción del otro, pero brindaban escenarios más plásticos o maleables, además de la posibilidad de encauzar esos impulsos por nuevos derroteros.

La súbita irrupción y dominio de los aspectos más destructivos del grupo hizo que se coagulara la ligazón entre éstos y su vía de expresión. La actuación de los impulsos hostiles en una marcada polaridad “víctima distraída frágil” y “victimario temerario sádico”, evidenció una de las escenas congeladas en lo inconsciente que al parecer no tenía mayores posibilidades de elaboración o de

introducirse en una cadena simbólica. Quizás el dolor y la injuria padecidos desde el evento traumático, aunque muchos de los niños los habían sufrido de manera indirecta, desencadenaron la inmensa furia retaliativa difícil de aprehender por la palabra.

Considero que las propuestas lúdicas sustitutas ayudaron a establecer nuevas investiduras y nuevas posibilidades de desplazamiento de la agresión. Prueba de ello fue que el grupo acogió con satisfacción los nuevos juegos y que, paulatinamente, ayudados por señalamientos prohibitivos y cerrados límites externos, las conductas violentas disminuyeron considerablemente.

Uno de los objetivos de la intervención apuntaba a favorecer el restablecimiento de la sensación de continuidad entre las dificultades del presente y el trauma sufrido en el pasado. En ese sentido, muchas de mis intervenciones tendían a establecer esa conexión. Siempre fue relativamente fácil apreciar en las producciones grupales expresiones que vinculaban la pérdida con el dolor o la tristeza consecutiva, sin embargo, era raro escuchar expresiones tendientes a hacer el puente entre la pérdida y los afectos hostiles, los deseos de venganza o el resentimiento. Estos afectos aparecían descolgados, sin mayor posibilidad de ligadura.

Fue en la quinta sesión (noviembre de 2001), que comenzaron a aparecer dichos vínculos. Las historias y dramatizaciones comenzaron a mostrar personajes no solo aquejados por una gran pena, sino también por una inmensa furia e indetenible afán de destruir el entorno, y aspectos del mundo interno producto del sufrimiento que muchas veces eran el resultado de la pérdida de seres cercanos:

Había una vez un señor que se llamaba José. Todos sus familiares habían muerto en un accidente de tránsito porque el carro explotó. Desde entonces se siente solo y triste.

Una noche decidió ir a una fiesta para olvidarse, pero estaba tan molesto que peleó con Chepa a palazos, mató a una negra y de ahí salió y se peleó con Churrada. Luego salió al monte y se puso a dormir.

Al otro día se sentía mal, rompió los cuadernos de clase y se puso a nadar a ver si se ahogaba. Más tarde se fue a comprar lápices y se puso a escribir.

Momentos finales

No solo en el caso de estos niños era difícil metabolizar la vivencia traumática en toda su magnitud dado el crudo impacto de la misma. Los adultos, quizás por haber estado expuestos de manera directa al evento disruptivo, también habían visto amenazadas sus posibilidades de sostén y de mediatización, lo que tampoco favorecía la tarea de elaboración. Los progenitores aparecían a menudo como figuras débiles y distantes, lo que hacía que muchas veces los niños se sintieran llamados a sostenerlos y a asumir roles parentales. Parecía imperativa la necesidad de crecer y de volverse autónomos para así hacerse cargo de las urgencias emocionales y económicas de los mayores. Las referencias al frecuente consumo de alcohol, a los estallidos de cólera inesperados, a actitudes de ensimismamiento y preocupaciones reiteradas por el que ya no está, evidenciaban el grado de abandono emocional sufrido que, de hecho, enlutaba etapas completas de maduración, transformando los límites entre los adultos y los niños en líneas difusas y endebles. No era raro encontrar dramatizaciones donde los niños aparecían como los llamados a proporcionar el sustento económico al hogar, a veces de manera ilícita, como los encargados de velar por los temores de los padres y, en ocasiones, de que llegaran sobrios o ilesos a casa.

No sería extremo afirmar que, aparte de estar expuestos a la vivencia traumática, estos niños habían sufrido desde siempre la acción corrosiva del vivenciar traumático², lo que incide en la dificultad para proveer de recursos al aparato psíquico para la elaboración de las experiencias difíciles y, en este caso en particular, para establecer ligazones intermediarias con el impulso hostil.

La intervención terapéutica pretendía postularse como un espacio mediatizador y representante del sostén que de alguna manera se había perdido, favoreciendo el restablecimiento de la sensación de continuidad entre lo sufrido antaño y lo padecido en el presente, para que lo anterior pueda ser metabolizado y sentido como propio. El estímulo al juego espontáneo y creativo se proponía como una herramienta para descongelar las angustias acumuladas y darles otra vía de canalización. Aunque se trataba de una experiencia breve, era muy importante

² Definido por Benyakar como la presencia de situaciones tempranas desestabilizantes y difusas: actitudes abandonicas o enfermedades de los padres, problemas económicos u otros.

contribuir al tránsito de lo doloroso innombrable a algo finalmente comunicable y puesto en palabras. En este caso, era muy importante que lo hostil, anteriormente actuado, pudiera nombrarse.

En la última sesión se abordó abiertamente la temática de la desaparición, lo vivido o escuchado sobre aquella noche. Se dramatizó un recuento de la escena de la desaparición imaginando que todos los involucrados (el militar, Montesinos, los familiares y hasta el desaparecido) habían acudido a una rueda de prensa. El niño que representaba a uno de estos personajes, al terminar de dar su “testimonio”, se convertía en periodista y así todos encarnaban diferentes roles. Los militares aparecían a veces como una caricatura de la maldad, aunque en otros momentos expresaban que no sabían por qué hacían cosas indebidas y que solo se sometían a órdenes superiores. Los familiares narraban con detalles lo sucedido: cómo llegaron los militares, cómo estaban vestidos los que se fueron, los gritos, la súplica. Al preguntárseles por sus sentimientos actuales, respondieron de inmediato que aún sentían mucho odio y muchos deseos de vengarse, narrando con detalles macabros las torturas que fantaseaban para los perpetradores en caso que pudieran encontrarlos en un futuro: “los cortaría en pedacitos, primero las manos para que no mueran, los quemaría, luego les cortaría la piernas y así hasta llegar a la cabeza, les haría lo mismo que creo que le hicieron a mi tío y a mi papá”. Las expresiones de añoranza y dolor, acompañadas de la sensación de que todo sería diferente si los ausentes estuvieran entre ellos, tampoco faltaron: “yo tendría mejores notas y no fuera pobre”. La voz del desaparecido generó un momento de intenso silencio y solemnidad: “me llevaron sin haber hecho nada, me torturaron y me dispararon en la cabeza, sufrí mucho pero lo que más me duele es ver cómo está mi familia ahora y no haber visto crecer a mis hijos.” Las expectativas para el futuro estaban muy matizadas por el dolor que aparecía como inolvidable, así como insuperable el vacío y las ansias de venganza, aunque aparecían soluciones menos tortuosas: “Yo me quiero ir del país a trabajar, a ver si olvido.” “Yo quiero ser abogado para ver los juicios de mi familia.” Y hasta un “Yo quiero ser cantante.”

Al final, un momento de calma hasta que la intolerable remembranza dio paso a una sacudida fluctuante entre lo maniaco y la búsqueda de un panorama más vital: “Vamos a organizar la fiesta de despedida”.

Breves comentarios finales

Sería posible afirmar que, en buena medida, estaban despidiéndose también de parte de su dolor y rabia. Era la primera vez que representaban directamente algo relacionado con la desaparición. La palabra pudo aparecer como un ancla que penetró en el fango del dolor y odio informes y por momentos irrepresentables. Los afectos dolorosos pudieron insertarse en una narrativa que les otorgó cierto sentido haciéndolos primero comunicables, luego tolerables y, por último, favorables al procesamiento consciente de la problemática.

Sin embargo, la labor de procesar el evento traumático es sumamente compleja, el tiempo de la intervención era breve y la edad de los niños poca. Estamos conscientes de que persistirán núcleos no elaborados en ellos, que los esfuerzos terapéuticos deberán prolongarse, incidiendo además en la posibilidad de reforzar las capacidades mediadoras y de sostén de las instituciones que se hacen cargo de esta problemática; de que más allá del trabajo de profesionales individuales se tendrán que crear espacios sociales de transición que ayuden a recuperar la funcionalidad afectada por los hechos violentos.

“Podimos desahogarnos, sabemos que tenemos que sobresalir, a lo mejor ya no tendré más odio (risas de fondo)”, son expresiones que apuntan a posibilidades incipientes de recuperación. Solo el esfuerzo concienzudo de profesionales de la salud mental y de las entidades sociales correspondientes, impedirán que el avatar pulsional y las fallas ambientales las empequeñezcan.

Referencias

- Benyakar, M. (1988) “Salud mental de los niños en guerras, atentados y desastres naturales”. *Postdata*, revista de psicoanálisis de la Fundación Estudios Clínicos en Psicoanálisis, Año 2, N° 3, noviembre, Buenos Aires, Homo Sapiens.
- Bollas, C. (1992) *Ser un personaje. Psicoanálisis y experiencia del sí mismo*. Buenos Aires, Paidós.
- Kancyper, L. (1992) *Resentimiento y remordimiento. Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires, Paidós.

A propósito de la justicia infinita...

*Juana Luisa Lloret de F.
Pilar Raffo*

*¿Pueden los gritos de un desdichado en el tormento
retirar del seno del pasado que ya no vuelve una acción cometida ya?*

MICHELE FOUCAULT

Desde el 2001, un grupo de terapeutas del Centro de Atención Psicosocial damos atención a internas acusadas de terrorismo del pabellón A del Penal de Mujeres de Máxima Seguridad de Chorrillos. Algunas son inocentes y otras, que están totalmente desvinculadas de los movimientos subversivos, han sido sobrepenalizadas. La acusación de terrorismo las ha desacreditado a todas frente a la comunidad.

Nos animó a ir al penal saber que aún quedaban varias internas inocentes esperando que se les otorgue el indulto. Nos encontramos con mujeres deprimidas y sin esperanzas porque no eran escuchadas por la justicia. A la sensación de impotencia por no poder lograr su libertad, se sumaban los efectos del trato deshumanizante que se les había dado, que en ocasiones llegó hasta la tortura.

Al principio nuestro trabajo se limitó a brindar apoyo terapéutico a estas mujeres, pero luego se nos solicitó ayudar también a otras presas que habían tenido alguna participación en movimientos terroristas. Esto trajo algunas dificultades al interior del equipo pues nos preocupaba que se nos considerase defensoras de terroristas. Decidimos finalmente aceptar el reto cuando reflexionamos sobre la necesidad de escuchar no solamente la historia de las inocentes sino también la de quienes participaron en movimientos terroristas para tener una comprensión más integral de lo sucedido, para recuperar la otra parte de

una historia que en tanto ocurrida en nuestro país, al interior de nuestra sociedad, también nos pertenece y de la cual todos los peruanos somos de alguna manera responsables.

Muchas de las personas que atendíamos no se habían preocupado por sus expedientes y habían asumido su situación pasivamente, sin luchar por su libertad. Luego de algunas sesiones, la mayoría intentó reabrir sus juicios. Empezaron a salir del estado de parálisis en el que se encontraban y a prestar atención a sus deseos y necesidades; en suma, a diferenciarse del contexto y a recuperar su propia identidad.

Estas internas parecen extranjeras en su propia celda. No fueron totalmente capturadas por el discurso ideológico de los líderes terroristas pero tampoco están de acuerdo con el discurso oficial, que consideran no da cuenta de la realidad social en la que han vivido. El intento de encontrar su propia individualidad les produce un sentimiento de soledad y de separación.

Algunas se unieron a los movimientos terroristas para sentir que pertenecían a un grupo, que además les ofrecía atención y liberarse de la opresión de la pobreza. Precisamente, una de las estrategias de reclutamiento de Sendero Luminoso era captar a mujeres muy jóvenes, inteligentes y con muchas carencias, que no tenían cómo canalizar la rabia que les producía una situación plena de frustraciones. La adhesión incondicional a un movimiento mesiánico que las sedujo con la promesa ilusoria de una sociedad mejor, las hacía sentirse poderosas y activas, compensando las injurias narcisistas derivadas de sus historias personales.

En algunos casos, su participación fue muy breve y periférica. Muchas fueron acusadas por militantes que se acogieron a la Ley de Arrepentimiento (que otorgaba beneficios a cambio de colaborar con la justicia identificando a otros implicados en actividades terroristas), y a los 19 ó 20 años de edad recibieron condenas de entre 20 y 30 años de prisión. Hoy, luego de unos 10 años de cárcel y muchísimos más por delante, no están vinculadas a ideología terrorista alguna. Se dan cuenta de que fueron simpatizantes de un movimiento que asesinaba y provocaba el caos. Pero esto lo aprendieron durante su encierro, pues cuando fueron “captadas” se les ofrecía justicia social, salir de la pobreza, luchar a favor de la mujer; en suma, reivindicarlas. Muchas son empáticas e inteligentes, y muestran más preocupación por sus familias y por quienes las rodean que por sí mismas; son personas que ahora sienten dolor y compasión por las víctimas de los atentados terroristas.

Nuestra gran preocupación en relación a estos casos tiene que ver con el título de nuestro trabajo: ¿es justo aplicar una sentencia de 30 años a personas que cuando salían de la adolescencia cometieron el error de tener una participación periférica en las actividades de grupos terroristas a los que actualmente están totalmente desvinculadas? ¿Cuál debe ser el objetivo de la sentencia y qué parámetros se deben utilizar para determinar la severidad del castigo?

Consideramos que la justicia penal no debe vengar el delito cometido, sino castigar para corregir al delincuente y prevenir que vuelva a delinquir. Debe apuntar a la transformación del recluso en una persona útil para la sociedad:

“Así como el médico prudente interrumpe su medicación o la continúa según que el enfermo haya o no llegado a una perfecta curación, así también la expiación debería cesar en presencia de la enmienda completa del condenado. Ya que en este caso toda detención se ha vuelto inútil y, por consiguiente, tan inhumana para con el enmendado, como vanamente onerosa para el Estado” (Bonneville, 1846, citado por Foucault, 1975, p. 6).

Creemos también en la necesidad de individualizar las penas según las características singulares de cada persona, tomar en cuenta su naturaleza más profunda, la cualidad intrínseca de su voluntad, su modo de vida, su manera de pensar, su pasado.

Para Rawls (1971) la justicia es la primera virtud de las instituciones sociales; no importa que una ley esté ordenada y/o sea eficiente, si es injusta ha de ser abolida o reformada. En la sesión inaugural de la Conferencia Internacional “Al fin de la batalla”, Jorge Santistevan de Noriega se refirió a la necesidad de no aplicar una justicia de castigo, sino una justicia de transición, mediante la cual se asuman la verdad y las culpas pasadas, y se mire el presente para poder construir algo nuevo.

El caso de Nancy

Cuando terminó la secundaria, Nancy se dedicó a vender comida en la puerta de una universidad para ayudar a su familia, que tenía muchas dificultades económicas. Es allí donde se le acerca una mujer que le habla de la justicia social y del abuso que existe hacia las mujeres en nuestra sociedad, y la invita a participar en

un movimiento “feminista”. Nancy la acompaña a actividades proselitistas en barrios marginales, pero cuando escucha por primera vez hablar sobre la lucha armada se asusta y se retira del movimiento. Tiempo después, la mujer que la había convencido de unirse al movimiento “feminista” dio su nombre para obtener los beneficios de la Ley de Arrepentimiento y poder salir en libertad.

Fue detenida y esposada en su casa ante la mirada atónita de sus hermanos, quienes lloraban y se preguntaban qué iba a ser de ellos, pues desde que tenía seis años Nancy se había encargado de cuidarlos mientras su mamá se iba a trabajar. Les dijeron que la volverían a traer, pero una vez en la camioneta le taparon los ojos y la llevaron a la DINCOTE, donde le tomaron sus datos y le hicieron firmar un documento que apenas podía ver por debajo de la venda. Le dijeron que no se preocupara, que saldría en libertad.

Desde el calabozo escuchaba la tortura y los gritos de otras personas. Al segundo día la sacaron de su celda por la madrugada. Por lo que le habían contado, ya sabía adonde la llevaban. No nos explayaremos sobre la tortura a la que fue sometida dado que no es el objetivo de este trabajo. Lo que sí diremos es que cuando despertó de su inconciencia a la orilla del mar, tenía los cuatro miembros amarrados a estacas. Nancy estuvo 21 días en la DINCOTE y lo que más recuerda son los gritos del hombre que torturaban a su lado.

Ahora, cuando mira su expediente, duda de su propia cordura. Se pregunta:

“¿Habré hecho esto yo o estoy loca y no me acuerdo? ¿Cómo puedo haber hecho estas declaraciones si con las justas podía articular palabra? Ellos han juntado unas cuantas declaraciones de otras personas, han inventado otras y han hecho un legajo que parezca coherente. Yo no he matado a nadie ni le he hecho daño a nadie, no he estado en ningún atentado ni soy mando senderista de nadie. ¿Por qué me han escogido a mí como mando militar, por qué no escogieron a uno de los hombres? ¿Será porque dicen que las mujeres son las que pegaban el tiro de gracia?”

Hoy Nancy se encuentra en una depresión muy profunda por el error que cometió en su adolescencia, el cual está pagando muy caro. Siente pesar por las oportunidades perdidas y por las potencialidades desperdiciadas, por haber dejado de lado un proyecto de vida que podría haber sentado las bases de su autoestima y dignidad.

Cuando Nancy fue capturada por la policía tenía 19 años, ahora tiene 29. En estos diez años, ha aprendido a coser y a cocinar, ha tenido tiempo para leer, para pensar y para educarse. Le han dado 30 años de cárcel.

Reflexiones finales

Como apunta De la Jara, en su libro *Memoria y batallas en nombre de los inocentes*:

“La captura de senderistas llegó a ser un valium colectivo ya que podíamos ver a los senderistas malvados caer en manos de la justicia. Esto nos aliviaba porque Sendero había conseguido aterrorizarnos y casi la mayoría del país estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa a fin de detenerlos. Entonces no nos importó que no se mantuvieran valores y principios jurídicos elementales, o pensar que se pudieran estar cometiendo errores. O que muchos de los presentados con traje a rayas habían sido víctimas de las circunstancias. Todos estábamos dispuestos a pasar el umbral de lo permitido con tal de tener tranquilidad. Se decía que era el ‘el costo de la guerra’” (De la Jara y Basombrió, 2001, p. 26).

Hay muchas historias parecidas a la de Nancy, de jóvenes que en medio de la pobreza y el desamparo buscaron el cobijo de un movimiento que les ofrecía bienestar y sentido de pertenencia. Incentivadas por la idealización que caracteriza al proceso de la adolescencia, buscaron cambiar el mundo tan injusto que les había tocado vivir.

En situaciones de extrema precariedad en las que no hay reconocimiento del sujeto y donde los lazos sociales se quiebran, el discurso del poder puede capturar y fascinar aunque al mismo tiempo sea aterrador. Cuando la pobreza y la ignorancia o el abandono familiar son una carga difícil de llevar y las personas son tratadas como desechos humanos, pocas son las posibilidades de encontrar modelos identificatorios que las lleven a reafirmar la vida y no a buscar lo tanático, lo mortífero.

¿Qué clase de justicia pueden haber internalizado estas mujeres si han sido marginadas de derechos fundamentales como la educación y la dignidad? Sabemos que el sentimiento de justicia se desarrolla en las personas a partir del reconocimiento de que somos nosotros y aquellos a quienes estimamos los beneficia-

rios de una institución justa. Solo desarrollamos el deseo de aplicar y de actuar según los principios de la justicia, una vez que comprobamos que los ordenamientos sociales que responden a ellos han favorecido nuestro bien y el de aquellos con quienes estamos afiliados.

Concluimos este trabajo haciendo nuestra la postura de Ernesto de la Jara: “Es un error creer que el caso de los ‘sobrepenalizados-desvinculados’ no es relevante porque no se trata de inocentes. Si se llega a la conclusión de que con los años que están en la cárcel ya han pagado con creces el delito cometido, estaríamos también llegando a la conclusión de que esa persona no debería estar en la cárcel. Y si no debería estarlo, pero sigue estándolo, de alguna manera pasa a ser otro tipo de ‘inocente’; inocente en el sentido de que ya pagó por el delito cometido, por lo que la libertad se convierte en un derecho” (De la Jara y Basombrío, 2001, p. 745).

No debemos permitir, como ha dicho Eduardo Stein, que estas personas pasen del estado de esperanza de lo posible a la fatalidad de lo inalcanzable.

Referencias

- Foucault, M. (1975) *Vigilar y castigar*. México, Siglo XXI.
- De la Jara, E. y C. Basombrío (2001) *Memoria y batallas en nombre de los inocentes. Perú 1992-2001*. Lima, Instituto de Defensa Legal.
- Rawls, J. (1971) *Teoría de la justicia*. México, Fondo de Cultura Económica.

Olvido que nunca llega.*
Impacto de la violencia política en la salud mental
de estudiantes en zonas de exhumación.
Cangallo, Ayacucho (1980 - 2002)

*Luisa Rosales Rivera***

Introducción

Frente al proceso desarrollado por la Comisión de la Verdad y Reconciliación (2001) en la búsqueda de “verdad, justicia, reconciliación y reparación” algunos se han preguntado para qué remover heridas que presumen han cicatrizado con el paso del tiempo (véase Diario El Comercio, 2002). En el campo de la salud mental tales interrogantes nos remiten a investigar cómo se ha instalado lo vivido en los años de violencia política en la estructuración psíquica de niños que por la fecha en la que se sucedían los hechos violentos crecían atravesando los cinco primeros años cruciales de desarrollo, cómo recuerdan lo vivido o cómo lo han “olvidado”, qué huellas han quedado en sus mentes y en sus corazones, cómo resuenan los ecos de la infancia en el presente, cómo impregnó la violencia los vínculos familiares y sociales.

* El título del artículo está inspirado en el nombre de un huayno ayacuchano cuyo compositor es el señor Walter Humala.

** Agradezco a María Ángela Cánepa y a Cecilia Raez por sus valiosos comentarios.

Presento algunas reflexiones sobre el impacto de la violencia política en la generación siguiente a la directamente afectada, hoy jóvenes estudiantes que viven en las zonas que han sido escenario de la violencia política que asoló al país durante las décadas de 1980 y 1990. Agradezco a los docentes y alumnos que participaron en los talleres “Conociendo nuestras necesidades, problemas y recursos en salud mental”, llevados a cabo en las comunidades que se encuentran en las zonas de exhumación de fosas, en la provincia de Cangallo, departamento de Ayacucho, cuya experiencia motiva el presente artículo. Estos talleres forman parte de una fase exploratoria de una intervención psicosocial comunitaria más amplia que promueve la recuperación de la salud mental.

Los participantes

Son estudiantes del último año de educación secundaria cuyas edades oscilan entre 15 y 23 años. El 85% de ellos se declara bilingüe quechua y castellano y el 15% se declara monolingüe quechuahablante. Juegan comunicándose en quechua y reciben instrucción en castellano. El 62% vive en una familia incompleta y solamente el 32% vive con ambos padres y hermanos. Proceden de diversas comunidades, algunas próximas y otras tan alejadas que los estudiantes deben caminar varias horas para llegar a su centro educativo. La expectativa era ser orientados sobre los problemas que tienen y cómo seguir estudiando.

Evento traumático

Los participantes pasaron los cinco primeros años de su vida en una comunidad donde la escuela fue utilizada como base militar¹ durante una década. A decir de los comuneros, era un lugar en el que se torturaba o asesinaba a pobladores

¹ “Hacia 1983, una base militar estaba en funcionamiento en el distrito de Totos” (*El Comercio*, 27 de agosto del 2002).

locales o de zonas aledañas, lo cual lo convirtió en un “pueblo cementerio”² rodeado de fosas clandestinas³.

Motivo de consulta

En el marco del acompañamiento psicológico a los familiares durante el proceso de exhumación de fosas, el director del centro educativo pide atención psicológica para los estudiantes debido a sus problemas de comportamiento y de aprendizaje. Al respecto, los docentes expresan que ante una situación de juego los alumnos reaccionan de manera violenta al punto de herir a sus compañeros y “sacarles sangre”, presentando así un descontrol de impulsos agresivos. Se refieren también a la falta de concentración y de motivación en el aprendizaje y en el cumplimiento de sus tareas “excusándose con mentiras”.

Sintomatología inicial

Los alumnos dan cuenta de su desgano expresando: “Algunos alumnos vienen por venir, porque les obligan” o “El problema de los líderes estudiantes es que no ponen empeño, no cumplen sus funciones, no hacen cosas para el centro educativo”. Coincidieron con los docentes en que no se concentran en las clases. Aluden también a trastornos de la memoria: “En las horas de clase todo lo que el profesor nos enseña queda claro, para el día siguiente nos olvidamos”.

² Expresión utilizada por un poblador en una asamblea comunal durante el proceso de exhumación de fosas en agosto de 2002.

³ Según los pobladores “los helicópteros llegaban cada 20 minutos trayendo personas que eran asesinadas y enterradas en diferentes lados”. También: “algunos dicen que si se desentierra allí (refiriéndose a la escuela) deben haber varios cadáveres” (Centro de Atención Psicosocial, 2002).

Historia familiar

Los participantes dieron cuenta de hechos de violencia familiar. Expresaron que algunos padres pelean delante de ellos, beben en exceso y los golpean al igual que a la mamá. Añadieron también que no se sienten orientados por sus padres. Según los docentes:

“Los padres maltratan física y moralmente, son padres agresivos que tratan a sus hijos a gritos y los comparan con otras personas. Son padres con problemas de alcoholismo para olvidar las penas. Los padres de ahora han sufrido las consecuencias de la violencia. Son padres con bajo nivel educativo o analfabetos y no incentivan a los hijos en la educación. Son padres conformistas porque asisten a sectas religiosas, obligan a ir a sus hijos y piensan ‘Si Dios quiere aprenden, sino no’. Los padres no apoyan a los hijos facilitando un tiempo para el estudio, los obligan a ir a la chacra a trabajar” (Centro de Atención Psicosocial, 2002).

Metodología

Propuse a los alumnos conversar en grupos sobre las necesidades o los problemas que están pasando cada uno, entre ellos, entre alumnos y profesores, en las familias o en la comunidad en general. Exploré de esta manera cómo están los vínculos o ligazones de sentimientos en los diversos ámbitos de estas relaciones desde un funcionamiento yoico⁴. Luego de que los alumnos escribieron un problema, una dificultad o una necesidad en sus tarjetas, éstas fueron reunidas, leídas y clasificadas colocándolas en el papelógrafo según estas diferentes categorías.

Utilizamos dinámicas de animación como “la madeja”, psicodramas como “la estatua”, el método de las tarjetas y los grupos focales con “temas estímulo” (como cuáles son sus necesidades o sus problemas) a fin de explorar cómo están los vínculos en los diversos ámbitos de relación antes mencionados: cole-

⁴ El marco conceptual psicoanalítico freudiano propone al yo como una estructura psíquica unificadora del aparato mental cuyas funciones principales son: atención, percepción, memoria, raciocinio, control de la motilidad y mecanismos de defensa.

gio, familia y comunidad. En el trabajo con grupos focales o en las plenarias, se hicieron intervenciones psicológicas que interrogaban, confrontaban o interpretaban lo que el grupo iba expresando: se fomentó el análisis y la ampliación de la conciencia respecto a los problemas y necesidades identificadas buscando precisar el significado que le dan o relacionando algunas dificultades del presente con vivencias de su historia, a fin de facilitar la integración de los afectos negados o puestos en lo externo, la valoración de sus recursos y la vinculación con proyectos de futuro.

Entre lo que habían escrito los alumnos en sus tarjetas, encontré lo siguiente: “Nosotros ya no queremos que pase la violencia de las décadas de 1980 y 1983”. “En ese caso de la violencia pasó pérdidas de nuestros familiares y no queremos que pase”. Les propuse que conversemos sobre lo que había ocurrido en esos tiempos de violencia. El grupo respondió con un silencio. Recogiendo el silencio como resistencia a hablar de algo doloroso, les dije lo difícil que resulta hablar sobre esto. Luego de otro silencio les propuse continuar con un ejercicio vivencial.

La estatua⁵

A los integrantes del primer grupo, que permaneció al interior del aula, les pedí que conversaran y formaran algo entre todos que expresara lo que se imaginaban o lo que les habían contado que pasó en el tiempo de violencia. Podía ser un sentimiento o una idea o una situación, pero que la expresaran con sus cuerpos formando una estatua. Se miraron y permanecieron en silencio. Por otro lado, les dije a los niños del segundo grupo que cuando ingresaran al aula caminasen alrededor de la sala y pensasen en un título para lo que veían que sus compañeros estaban formando, el cual dirían después. Cuando regresé pregunté al primer grupo: “¿Cómo les va?, ¿están avanzando?”. Como respuesta, a su vez me

⁵ Técnica de dramatización implementada por Elizabeth Lira y Matilde Ruderman, psicólogas con formación en psicoanálisis y amplia experiencia en el trabajo en derechos humanos, en el marco del I Encuentro de Promotores de Salud Mental y Derechos Humanos organizado por la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos en 1994.

preguntaron: “¿Cómo vamos a hacer?” Les dije: “Como una estatua no habla, se trata de expresar a través de sus cuerpos un sentimiento”.

En contraste con la reacción inicial de silencio a la comunicación de la consigna, cuando la repetí añadiendo la expresión “como una estatua no habla” respondieron organizándose de manera rápida en términos de roles y espacios. Podemos inferir que decirles que lo que iban a hacer no requería hablar tuvo el efecto de superar la censura y el temor de expresar lo que sentían. Recordemos que se trata de jóvenes que crecieron en un ambiente intimidante, viendo escenas en las que sus “conpoblanos”⁶ o sus familiares eran asesinados por senderistas que dejaban mensajes que prohibían la comunicación como “Así mueren los soplonos” o por los policías, sinchis o militares, por ser sospechosos de ser terroristas. Las siguientes expresiones dan cuenta de esa desconfianza: “Nos preguntaban con trucos” o “En esos tiempos no se podía confiar ni en el hermano”. Superar esto implicaba plantear alternativas no verbales.

La escena se fue configurando. Un estudiante tomó la iniciativa y dirigió al grupo, los organizó con prisa en el espacio. Tres mujeres se encontraban paradas una al costado de la otra y simulaban estar llorando. Dos varones se sentaron en dos sillas con la mitad del cuerpo inclinada hacia un costado y el otro, como dando cuenta de muertos y heridos. Una joven, la más afectada por haber perdido un familiar en los tiempos de violencia política⁷, se mostraba incierta sobre qué hacer. “Ven”, le decían las mujeres que lloraban. Ella, dubitativa, no decidía adónde ir, moviendo la cabeza expresando un “no”. El que dirigía el grupo le dijo algo en quechua; indecisa, se quedó donde estaba.

Frente a lo que observaba registré en mí sentimientos simultáneos: sorpresa, necesidad de tomar distancia, pudor; sentía que no debía mirar, que no debía estar allí. Me sentí urgida a moverme e irme. Les dije que ya iba a ingresar el segundo grupo. Cuando retorné al aula, me sorprendió más aún la escena al ver que el estudiante que dirigía ahora tenía algo en la mano y hacía un gesto como si estuviera empuñando un arma larga. La joven huérfana que había dudado de adónde ir, si con las que lloran o con los que matan, en su desconcierto se había quedado detenida a la mitad de la sala, es decir, en el camino de las “balas” del

⁶ Expresión usual con la que los pobladores denominan a sus vecinos.

⁷ Los restos de su padre habían sido exhumados un mes antes, en agosto de 2002.

estudiante. Frente a la escena de ver a un estudiante empuñando un arma, a niñas que lloraban, a jóvenes “muertos y heridos” y a huérfanas que dudaban qué hacer y en su incertidumbre se quedaban en el camino de las balas, me sentí sobrecogida, sentí la violencia demasiado cercana, demasiado real, demasiado actual.

Algunos alumnos del segundo grupo recorrían en silencio la escena, otros se reían. Me repuse de mi sorpresa y caminé con ellos alrededor de la escena. Luego de algunos minutos les indiqué que tendrían la oportunidad de modificar algo de lo que habían encontrado, pidiéndoles que estuviesen atentos a lo que iban sintiendo. Los alumnos realizaron los siguientes cambios: uno de ellos movió la mano de la joven que dudaba, colocándola como si pidiera algo y la acercó hacia el que hizo el gesto de empuñar un arma. Otros movieron a las personas para que se arrodillasen y algunos más cambiaron de sitio los cuerpos. Otro giró el rostro de uno de los que estaban inclinados en la silla y lo movió ubicándolo en dirección a la escena. Algunos se reían.

Luego conversamos sobre lo que habían sentido, sobre los títulos o nombres que pensaron cuando se encontraron con la escena que habían representado sus compañeros y sobre el significado de los cambios que habían hecho. Los que observaban la escena le dieron los siguientes nombres: “Detenidos”, “Secuestrados”, “Desaparecidos”, “Asesinados”, “Abigeos”, “Situación de violencia”. Cuando uno de los alumnos dijo: “Abigeo”, el grupo reaccionó con risas. Varios de ellos, en su mayoría adolescentes, expresaron sentirse tristes, otros se quedaron en silencio. En relación a los cambios, dijeron que movieron a algunos de donde estaban para que no les cayeran las balas. Otro cambio se realizó para que las mujeres se arrodillasen suplicando que no las mataran. Algunos giraron a los que estaban sentados en las sillas inclinados hacia un lado, para que mirasen la escena. El que hizo el gesto de empuñar un arma dijo que era un militar que estaba matando. Otros dijeron que quienes estaban sentados en las sillas estaban amarrados y les habían disparado. En cierto momento de la conversación, el que representó a quien empuñaba el arma se sintió incómodo porque el grupo, entre risas, lo miraba y repetía la palabra “asesino”. Él los miró y luego preguntó: “¿Podemos hacerlo al revés?”. Parte del grupo decía que ya no y otra parte decía que sí, que sea al revés. Le pregunté al estudiante: “¿Y para qué sería (hacerlo al revés)?”, tratando de indagar las fantasías detrás de ese pedido, y él respondió: “Para hacer lo que nos hicieron”. Algunos se rieron. Finalmente, a manera de cierre, recogí los afectos surgidos durante el

encuentro en relación a los problemas y necesidades expresadas en el trabajo con grupos. Les hablé de lo difícil que es representar la violencia vivida por la población, la tristeza que ha provocado esta violencia, el dolor que los ha acompañado en silencio y que tal vez todos estos sentimientos en sus mentes y en sus corazones los distraía, los desconcentraba y, por lo tanto, les hacía difícil aprender las lecciones o sentir ganas de venir a aprender.

Apreciación contratransferencial

Cuando me encontré frente a la escena sentí que no debía mirar, que no debía estar allí e incluso en un primer momento giré en parte mi cuerpo de manera automática a fin de no ver lo que mis ojos miraban. No ver. ¿Cuál fue el sentido de esta reacción? ¿Qué es lo que evité ver? Lo que está dentro de uno, pero que al ser sentido como doloroso, vergonzante o humillante o que nos provoca otro sentimiento displacentero, prohibimos automáticamente su salida. En consecuencia, para que el grupo pudiese entregarse al “juego” de la escenificación, fue necesario dejar de lado la resistencia a ver dentro de sí, colocando en la psicóloga el pudor de mostrar su intimidad, el rechazo a sentir lo doloroso y a ver su tragedia. Una vez descartado este no ver, la censura se supera y se accede a representar lo interno que surge como violencia, dolor y muerte.

Al día siguiente, ya en Huamanga, tomando distancia de la experiencia vivida e intentando elaborarla, irrumpió en mí el llanto y me invadió un sentimiento de tristeza. En los días posteriores, al querer poner en palabras una síntesis de esta vivencia, apenas surgía la intención venía a mi mente una idea: “No quiero recordar”. Ubicándome en el proceso de elaborar⁸ lo vivido e intentando encontrar sentido a la resonancia emocional que tuvo en mí dicha experiencia como herramienta que indica lo que ocurre en el mundo interno del grupo, me pregunté: “¿De qué da cuenta esta negativa a recordar que descubrí en mí?” La disyuntiva que se me pre-

⁸ “Elaboración psíquica es el término utilizado por Freud para designar el trabajo realizado por el aparato psíquico con vistas a dominar las excitaciones que le llegan y cuya acumulación ofrece el peligro de resultar patógena. Este trabajo consiste en integrar las excitaciones en el psiquismo y establecer entre ellas conexiones asociativas” (Laplanche y Pontalis, 1977).

sentaba frente al impacto de esta vivencia en el psiquismo era apelar al olvido (no recordar) para reprimir⁹ el recuerdo y evitar revivir el sufrimiento, o acompañar la vivencia a través de la expresión de los recuerdos y de las emociones ligadas a ellos (a pesar del dolor u otros sentimientos displacenteros que surgen al permitirse uno revivir la experiencia) y elaborarla, es decir, buscarle sentido. Para la población, considerando la intensidad de la vivencia directa y el impacto en su psiquismo, es probable prever el recurso al olvido como forma de evitar el sufrimiento asociado al recuerdo, pero ¿es lo más saludable?

Reflexiones

¿Quedó atrás la violencia? Después de la violencia de la lucha armada, ¿cuál es la violencia que queda en la estructuración interna de estos jóvenes?

Si analizamos el discurso del emergente grupal que expresó: “¿Podemos hacerlo al revés?” o “Para hacer lo que nos hicieron”, surge la pregunta: ¿qué “les hicieron” a estos jóvenes que sufrieron la violencia política?

En lo manifiesto¹⁰, quizás quienes formaron la estatua representando la situación de violencia tuvieron que mantenerse en la posición en que estaban, soportando las miradas y las risas de algunos que aprovechaban que al estar estáticos eran vulnerables y no podían responder a lo que les hacían. ¿Y qué sentido podría tener en lo latente¹¹? Si tenemos en cuenta lo verbalizado en los trabajos de grupo o a través de sus expresiones escritas en las tarjetas, las actuaciones en la escena que representaron y los mensajes en las paredes del colegio, podemos

⁹ “Para Sigmund Freud, la represión es el proceso que apunta a mantener en el inconsciente todas las ideas y representaciones ligadas a pulsiones cuya realización, generadora de placer, afectaría el equilibrio del funcionamiento psicológico del individuo al convertirse en fuente de displacer” (Roudinesco y Plon, 1998).

¹⁰ “Por extensión del uso del concepto contenido manifiesto en el sueño, se habla del contenido manifiesto de toda producción verbalizada (desde la fantasía a la obra literaria) que se intenta interpretar por el método analítico” (Laplanche y Pontalis, 1977).

¹¹ “El contenido latente es el conjunto de significaciones a las que conduce el análisis de una producción del inconsciente (...). Una vez descifradas las asociaciones de los participantes, surge como una organización de pensamientos, un discurso expresando uno o varios deseos” (ibid.).

inferir que la violencia política les dejó mujeres y hombres llorando, familias incompletas, sentimientos de tristeza y desamparo. Los progenitores no dan seguridad ni las autoridades orden. Solo les dejó miedo, confusión, no saber qué hacer, sentimientos de humillación por tener que suplicar por el derecho a vivir; les dejó también dolores de cabeza, retraso escolar porque no se pueden concentrar, trastornos de la memoria porque no recuerdan lo aprendido cuando termina la clase; les dejó desgano, resentimiento y fantasías de venganza, de “hacerlo al revés”; les dejó padres que los descuidan, que se embotan de alcohol o los maltratan; les dejó una queja generalizada hacia los diversos cuidadores y hacia las diversas redes de soporte psicosocial, hacia los líderes estudiantiles que no se preocupan por solucionar los problemas del colegio, hacia los docentes que no los comprenden y hacia las autoridades que no cumplen.

Otros emergentes captados —no a través de la palabra oral sino de la escrita— son los mensajes que encontré en las paredes del centro educativo. Allí se lee: “En las sociedades en que existen clases, la lucha de clases no tiene fin”. “La cefalea en el estudiante es común pero no es pretexto para no estudiar”. ¿Qué parecen decirnos estas reminiscencias del pasado y estos dolores del presente? Parecen dar cuenta de que a pesar de las casi dos décadas transcurridas desde el conflicto armado y más allá de que las paredes sean pintadas ocultando los mensajes, subsiste su sentido en la mente de los alumnos, en la de los docentes y/o en la de la población. ¿Cuál es este sentido? Los mensajes hablan de antagonismos, de conflictos sociales no resueltos que provocaron la guerra y de una actitud del docente que exige al alumno estudiar sin poder comprender el dolor que surge en él de modo repetitivo como síntoma corporal, como un dolor de cabeza que lo abruma y que es aceptado por la comunidad docente y asumido como “común”, endémico.

Este escenario grafica cómo la violencia se instaló en una escuela primaria, en un espacio destinado para cuidar y ayudar a crecer, espacio destinado para la función formativa que fue trastocado e impregnado de autoritarismo, ausencia de pedagogía, tortura, miedo y muerte. Los dibujos y mensajes que allí perviven hablan de peruanos enfrentados que intentaron imponer a la población, a sangre y fuego —con fusiles, machetes y cuchillos—, una manera de pensar y de actuar. Unos creían en la “lucha de clases” y tomaron la mente de estudiantes en formación como “zona liberada” en la cual podían imponer ideas y comportamientos. Otros desconocieron su función de “fuerzas del orden” y sembraron también el

caos y el terror. Y a pesar de todo ello hay dibujos de flores como símbolo de vida frente a la muerte.

El sentido del síntoma

El mensaje da cuenta de un dolor de cabeza repetido y extendido entre los estudiantes de zonas de exhumación. Si tomamos ese dolor de cabeza como un síntoma, como una señal de alerta de que hay algo que denuncia un conflicto interno, algo no procesado en el psiquismo, cabe preguntarnos: ¿Qué les duele a estos estudiantes? ¿Cuál es el sentido de ese dolor de cabeza?

¿Les duele el hambre y la falta de hemoglobina en la sangre?, lo que nos remite a lo constitucional.¹² La desnutrición está asociada al cansancio y a la apatía que podría dar cuenta parcialmente del desgano de los alumnos. ¿Les duele haber crecido en un ambiente de extrema pobreza y violencia?, lo cual nos remite a lo predisponente, es decir, al ambiente saludable o patologizante de los primeros vínculos. El rol del ambiente en la estructuración del psiquismo ha sido destacado principalmente por Winnicott (1965). El clima afectivo de las interacciones madre-niño contribuye a la estructuración del mundo interno. Las respuestas del ambiente pueden reducir la tensión, generando así placer. En el ambiente en que crecieron estos niños, ¿cómo acompañaron afectivamente los padres a sus hijos cuando el escenario que han descrito los pobladores dan cuenta de madres tristes o irritables como expresión de su depresión por haber perdido a sus familiares, y de padres ausentes, desaparecidos, encarcelados o desplazados? Recordemos que estos adolescentes crecieron en un ambiente de guerra en el que la comunicación estaba prohibida y asociada a la delación, la traición y el peligro de muerte, en un ambiente en el que la desconfianza “hasta del hermano” corroía incluso el tejido familiar, quebrando las redes básicas de soporte afectivo. Si esto era así, ¿cuáles eran los canales y cuál el continente en el que los niños de ese entonces depositaban las emociones que generaba la situación de violencia? El

¹² El Censo de 1993 registra un 77% de niños del primer año de primaria con desnutrición crónica (Fuente ANC, Sistema de Información para la Vigilancia Social. www.Ayacucho Perú.com).

mandato de silencio impuesto y compartido de manera tácita como pauta de relación los dejó en una condición de soledad y desamparo. Esto nos lleva a preguntarnos cómo se tramitaron en el psiquismo de estos niños los abrumadores sentimientos de tristeza, desesperanza y rabia por la pérdida de familiares o por las acentuadas condiciones de pobreza debido a la pérdida o disminución de la capacidad de trabajo de los padres y de fuentes de sobrevivencia, o los sentimientos de angustia surgidos frente a la permanente situación de peligro. El ambiente para estos niños ha sido y es en gran medida frustrante por los hechos de violencia, por las múltiples mermas que sufrieron y por los afectos surgidos que no encontraron condiciones para ser contenidos, además de por las condiciones socioeconómicas desfavorables en las que viven.

Hemos aludido a lo constitucional y al factor predisponente, y nos preguntamos si el desencadenante es la situación de aprendizaje, la cual se vuelve “inviabile” en las condiciones en que se encuentran. Es decir, los niños enfrentan la tarea de estudiar —que requiere la activación de funciones como la atención, la memoria y el pensamiento— en condiciones en que su economía psíquica está descompensada porque sus mentes están habitadas por vivencias traumáticas no elaboradas. El aprendizaje será “inviabile” mientras los docentes, la sociedad civil y el Estado no superen la tendencia¹³ a no escuchar, a no ver, a no estar dispuestos a comprender que hay un dolor de cabeza que encubre un sufrimiento que requiere ser expresado, acompañado y comprendido. Será “inviabile” si no se revierte una actitud indolente frente a los problemas y condiciones socioeconómicas que violentan la salud de estos estudiantes. ¿Puede ser viable una experiencia de aprendizaje en un ambiente del que se sospecha es una fosa con cadáveres de personas desaparecidas, torturadas y/o asesinadas?

La plurideterminación del síntoma se da así por la interacción de factores constitucionales, predisponentes y desencadenantes, que corresponden a la contribución biológica, psíquica y social. La hipótesis de trabajo que se deriva de lo expuesto es que al potenciarse la interacción de estos diferentes factores se genera un nivel de angustia de tal magnitud que el psiquismo de estos adolescentes no

¹³ Algunas veces inconsciente pues, como propone Freud, existe en el ser humano una tendencia natural del psiquismo a evitar lo displacentero, lo doloroso.

la puede tramitar. A fin de afrontar esa carga excesiva de afectos displacenteros, el psiquismo deriva hacia el cuerpo la expresión de ese sufrimiento.

Freud (1926) planteó que todo síntoma es un indicio de proceso patológico, el cual se expresa como una variación desacomodada de una función que tiene una característica compulsiva, no manejable por la voluntad consciente. Es el sustituto de una satisfacción pulsional que no se ha producido y constituye una transacción entre las representaciones reprimidas y las instancias represoras. Ligando esto a la escena representada, es posible hipotetizar que el dolor de cabeza surge como síntoma que expresaría el conflicto entre la búsqueda de descarga de los impulsos agresivos —asociada a las fantasías de venganza contenidas en las expresiones “¿Podemos hacerlo al revés?” “Para hacer lo que nos hicieron”— y la prohibición que los valores y normas sociales plantean respecto a la satisfacción de tales impulsos, tornando la venganza en una idea incompatible.

En relación a las vías de derivación de los afectos, Capella (1990) destaca lo siguiente:

“Los afectos pueden expresarse mediante tres componentes: a través de pensamientos que representen este afecto simbólicamente (componente psíquico); corporalmente, como puede ser el rubor o el llanto (componente somático), o mediante algún ‘acto adecuado’, como puede ser un abrazo (componente motor). El adulto puede utilizar estas vías cuando los excesos de tensión desbordan la capacidad de elaboración del psiquismo”

Asimismo, en su teorización sobre la angustia,¹⁴ Freud propuso lo siguiente:

“Un evento en el mundo exterior provoca una respuesta afectiva en la persona que, por diversas razones, tales como una conexión con una idea incompatible asociada, no puede ser expresada. Luego esta persona trata de suprimirla u olvidarla, pero al hacerlo no se libra de (o ‘descarga’) la motivacionalmente poderosa ‘cuota de afecto’ (o suma de excitación) que estaba vinculado al afecto y a las ideas relacionadas a éste y de ello resultan diversos síntomas” (citado por Tyson y Tyson, 2000, p.156).

¹⁴ Afecto displacentero con el que la persona reacciona como si estuviese frente a una situación sin que exista un peligro externo o reconocido. “La angustia es, por un lado, una expectación del trauma, y por otro, su reproducción mitigada”.

Es decir, cuando no expresamos nuestras emociones nos intoxicamos, nos enfermamos. Hemos visto que estos adolescentes no pudieron expresar las emociones que provocaron en ellos los hechos violentos porque se les había impuesto un silencio. La razón era que los padres y profesores estaban ausentes, deprimidos —y por tanto descompensados en sus energías para escuchar, cuidar y contener los sentimientos de los hijos o alumnos—, porque estaban desgastando mucha energía en defenderse del dolor asociado a los recuerdos, tratando de “olvidar”. Sin embargo, este olvido no llega porque se vuelve a hacer presente como síntoma, como dolor de cabeza, como una huella mnémica de lo vivido no procesado sino, por el contrario, descargado en el cuerpo. Así, en lugar de hablar de sus sentimientos, los estudiantes se quejan del dolor de cabeza desconociendo el origen de su malestar.

“El alumno debe olvidarse de los problemas y concentrarse” es una de las soluciones planteadas por los docentes frente al problema de falta de concentración. Esta apelación al olvido para evitar el recuerdo y las emociones ligadas al mismo no resulta en una solución porque aunque se “olviden” los afectos no tramitados buscan expresarse de alguna manera, en este caso en dolores de cabeza para denunciar lo no resuelto, el dolor y el sin sentido de lo vivido.

De lo expuesto se deriva la importancia de espacios psicológicos como ambientes facilitadores para la expresión de las emociones y para su integración al recuerdo de los hechos vividos de tal manera que encuentren una descarga y expresión en la palabra y no en el cuerpo. Ambientes que faciliten también el establecimiento de vínculos sostenedores propiciados por las psicólogas y por el grupo que los acompañan en el camino de conocerse a sí mismos y resignificar lo vivido, que facilitan la recuperación de la confianza, la valoración de los recursos propios y el fortalecimiento de redes de soporte afectivo, psicosocial y culturales.

¿Para qué conocernos, hablar, recordar?

Cuando propuse la dinámica de presentación “la madeja”, el estudiante que había actuado en el rol de agresor en la escena que construyó el grupo preguntó: “¿Para qué?, ya nos conocemos”, sin saber que las psicólogas recién conocíamos a la mayoría, resistiéndose quizás a que seamos parte del grupo conformado por ellos y nosotras o a la propuesta del taller: facilitar que se conozcan un poco más.

La pregunta “¿para qué?” surge en un emergente del grupo, en la psicóloga y en la sociedad, y puede estar compartiendo una misma cadena de significados. Formulada por los estudiantes nos remite, a su vez, a otras interrogantes: ¿Para qué conocernos con ustedes psicólogas? ¿Para qué hablar, recordar y revivir emociones sentidas la época de la violencia? ¿Para qué ver en nuestro interior? Desde la resonancia emocional de la psicóloga, la reacción fue primero no querer ver la escena que se presentaba, y posteriormente, frente a la posibilidad de elaborar lo vivido, no querer recordar. Estas resistencias nos remiten a la pregunta: ¿para qué volver a sufrir a través del recuerdo? Las preguntas que surgieron en la sociedad frente a la Comisión de la Verdad y Reconciliación fueron: ¿Para qué las audiencias públicas?, ¿para qué escarbar en los recuerdos? y ¿para qué las exhumaciones?

Algunas respuestas serían las siguientes: la recuperación de la salud mental se facilita si es posible que uno se permita expresar sentimientos que en su historia no tuvieron permiso para salir. Hablar y recordar en un espacio de confianza permite revivir emociones dolorosas que van dejando atrás su efecto traumático porque se reviven en compañía y contenidos por un otro: las psicólogas, el grupo y/o la comunidad. Recordar permite que el afectado encuentre un otro, un espacio donde colocar y resignificar lo que está ocupando sus mentes sin dejarle utilizar sus recursos de modo más saludable. Hablar para integrar los afectos a los recuerdos y que éstos ya no hagan daño y sea posible disponer de más energía para enfrentar los problemas del mundo externo. Hablar facilita que los afectos sean ligados a las palabras y no se deriven al cuerpo como síntomas. Recordar con un otro, cuyo reconocimiento permite otorgar estatuto de realidad a lo que se ha vivido de manera confusa y como una pesadilla que altera la mente. Recordar para no repetir con otros o con uno mismo formas de relación violentas. Recordar para historizar y que sea posible una sociedad menos fragmentada, menos escindida y más integrada.

Proyección

Cuando propuse a los estudiantes conversar sobre lo que pasó en los tiempos de violencia, el grupo de jóvenes permaneció en silencio y dirigió su mirada hacia la estudiante que en esos años perdió a su padre, cuyo cuerpo había sido reciente-

mente exhumado. Es decir, el grupo depositó en el “más afectado”, por haber perdido un familiar, la respuesta sobre lo que pasó en los tiempos de violencia. La lógica subyacente sería: “Como tu papá fue asesinado y enterrado en una fosa, tú debes tener un problema, nosotros no; por tanto habla tú, ve tú cómo haces con el problema”. En contraste con esta delegación individual, las expresiones del grupo dan cuenta de que en conjunto se sienten afectados tanto en su cuerpo como en su ánimo y en sus funciones cognitivas. Es decir, a pesar de estar afectados como grupo social, individualizan al afectado. ¿Por qué?

La proyección de su mundo interno en una persona del grupo les sirve como coartada para evitar mirarse a sí mismo con la precariedad de un yo abrumado, para evitar descubrir cómo la violencia también viene de adentro, desde las propias emociones que surgen frente a la historia propia, desde su cólera y resentimiento por padres que descuidan, profesores que faltan, autoridades que no cumplen y por estudiar en un colegio deteriorado. El hecho de individualizar el problema o atribuir a alguien el síntoma puede ser expresión de una defensa para evitar la angustia de sentirse involucrado. El impacto social que tiene este fenómeno es que al colocarse los sentimientos propios en alguien externo se delega en otro el problema y se quita la responsabilidad al grupo social de buscar una solución conjunta. Es importante facilitar que los alumnos reconozcan sus sentimientos, alivien el temor de expresarlos, conozcan que es saludable comunicar — en un ambiente de confianza— lo que están sintiendo y encontrarle sentido.

Aprendiendo en zonas de exhumación

“La cefalea en el estudiante es común pero no es pretexto para no estudiar”. Este mensaje da cuenta de que los docentes de esta zona de exhumación no ven el malestar, el dolor de cabeza de sus alumnos, como una realidad y sino más bien como un pretexto para evitar estudiar que consideran un rasgo común y frecuente. ¿Por qué no pueden escuchar la queja y atender el sufrimiento de sus alumnos? Los docentes son parte de la comunidad afectada por los hechos violentos. En la actualidad buscan desempeñar su rol intentando que los alumnos aprendan y allí enfrentan un obstáculo: ¿aprender qué? El enfoque constructivista de la educación plantea aprender desde la experiencia, desde lo vivido, desde el entorno que nos rodea. ¿Cómo aprender de lo vivido si es tan doloroso? Nuevamente,

esta vez en los docentes, surge la tendencia a no ver el dolor porque no soportarían tener conciencia de lo que saben en una parte de su psiquismo: que ese dolor remite a un sufrimiento no expresado.

Tanto docentes como alumnos se quejan de que los padres no apoyan en la educación de sus hijos. En contraste con esta opinión, los testimonios de las viudas dan cuenta de la valoración de la educación que había antes de los hechos de violencia política: “Profesional hubiera sido si su papá viviera, ahora no tiene estudios”. “Mi cabeza me duele igual y mi hijo dice: ‘Mamá, si mi papá hubiera vivido no estarías enferma’, mi hijo llora. Si mi papá estuviera me hubiera criado, hubiera estudiado, diciendo eso llora mi hijo” (Defensoría del Pueblo, 2001).

¿Por qué ni los alumnos están motivados para estudiar, ni los padres de familia están dispuestos a apoyarlos en el estudio? La escuela es un espacio de socialización. La sociedad delega al sistema educativo la transmisión de conocimientos y valores para la formación de los educandos. Tradicionalmente la expectativa de los padres respecto al centro educativo ha sido que sus hijos aprendan a hablar mejor el castellano y está asociada a una esperanza de progreso¹⁵. ¿Ha cambiado esta expectativa que fue el motor de la migración hacia la capital en la década de 1950? ¿O es que tal vez los pobladores asocian el centro educativo con una tumba, un espacio de muerte donde las cosas no se pueden destapar porque es riesgoso y doloroso? Si el aprendizaje es destapar, descubrir, investigar, y al mismo tiempo, en las mentes de estos alumnos destapar es equivalente a descubrir dolor, tristeza y muertos, la conexión inconsciente entre estas ideas podría estar provocando una falta de motivación para estudiar.

Las mamás se deprimieron luego de perder a sus esposos y/o hijos. Los niños que crecieron en estas circunstancias también se deprimieron por ser huérfanos y por crecer con una contención precaria de sus afectos, lo cual influye negativamente en su desempeño e impacta en su motivación para estudiar. Las expresiones de las madres dan cuenta de una idealización del ausente. Las ganas de estudiar de los hijos están asociadas a la presencia del padre.

¹⁵ Comunicación personal de Félix Anchi, educador con formación en antropología a nivel de maestría.

¿Cómo evitar que se repita la violencia política?

Los estudiantes expresan: “Nosotros ya no queremos que pase la violencia de las décadas de 1980 y 1983”. “En ese caso de la violencia pasó pérdidas de nuestros familiares y no queremos que pase”. Evitar la repetición de algo implica analizar lo que pasó, cuestionar las acciones y decisiones, y buscar alternativas a las condiciones que las provocaron. En este contexto nos preguntamos: ¿Subyace una racionalidad a los hechos de violencia política que se sucedieron en las décadas de 1980 y 1990? ¿Es la violencia política la expresión de una descarga, de una reacción desbordada y cruel de impulsos agresivos violentos, producto del fragor de la guerra, o es además el resultado de acciones planificadas por los actores sociales del conflicto a las cuales subyace una ideología?

Si visualizamos los escenarios, encontramos el de la guerra, en el que hallaremos a un *sinchi*, un policía o un militar que se enfrenta a un enemigo oculto, camuflado entre una población bilingüe predominantemente quechua y con una grave dificultad para identificar al agresor. Esta población encara probablemente la disyuntiva: “te mato o me matas”. Frente a la posibilidad de ser asesinado, probablemente tiende a reaccionar de una manera violenta y no diferenciada. Al respecto, el psicoanalista Luis Herrera expresa lo siguiente:

“Un ejército enfrentado a un enemigo oculto en las sombras tiene dificultades para diferenciarlo; fácilmente experimenta desconfianza que se generaliza a la población pudiendo así llegar a excesos. En respuesta, la población civil también desconfía de aquellos que supuestamente deben protegerla” (Herrera, 1993).

Podemos diferenciar otro escenario en el que hallaremos a quienes no están en el campo de batalla sino en la dirección de las acciones. ¿Cómo están guiadas tales acciones? ¿Por la pulsión de vida, es decir, hacia la complejización en la búsqueda de soluciones o por la pulsión de muerte, es decir, hacia la destrucción? Algunos hechos de la historia dan cuenta de 435 comunidades arrasadas¹⁶, masacres como las del distrito de Santiago de Lucanamarca cuya

¹⁶ Informe del Programa de Apoyo al Repoblamiento (PAR) en el Foro “Desafíos en la construcción de la Paz”, 2001.

autoría fue reconocida por el grupo subversivo Sendero Luminoso (Diario de Marka, 1988) u otras masacres cuya autoría es atribuida por los pobladores a las fuerzas armadas antsubversivas o a Sendero Luminoso. La cantidad impresionante de masacres y las declaraciones públicas de algunos militares que condujeron la política antsubversiva, aluden a la existencia de planes según los cuales se ordena a los subalternos arrasar comunidades y matar indiscriminadamente a su población, con la expectativa de que murieran algunos terroristas.

¿Es más fácil destruir que construir? ¿Decidir arrasar que optar por acciones complejas que puedan intervenir en múltiples niveles de los conflictos que propició la violencia? Para guiarse por la pulsión de vida e intentar acciones complejas, quizás sea necesario intervenir con acciones conducidas por las fuerzas armadas que faciliten procesos de identificación entre la población y las fuerzas del orden. Estos procesos tendrían que permitir, por ejemplo, formas de interrelación distintas que propicien alianzas y planteen otras maneras de resolver los conflictos. Tendrían, asimismo, que intervenir en el cambio de condiciones de exclusión o insatisfacción de necesidades básicas. Para reparar un daño o corregir un error hay que pasar previamente por su reconocimiento. La pregunta que surge es: ¿Qué pasó con el Estado y sus fuerzas armadas que desconocieron su función protectora de la vida y de los derechos de los ciudadanos? ¿Acaso no pudieron darse cuenta de que dañaban y pervertían los espacios sociales en la medida que trastocaban los lugares de crecimiento en lugares de terror, tortura y destrucción?

El otro protagonista social del conflicto armado, Sendero Luminoso, basó sus acciones violentas en una ideología fundamentalista y violentista. Al respecto, el antropólogo Carlos Iván Degregori expresa:

“Guzmán fue capaz de construir una organización afiatada y convertirla por propia definición en ‘máquina de guerra’, planificadora fría de la muerte masiva: ‘el triunfo de la revolución costará un millón de muertos’, ratificó en su aparición en televisión el 24 de setiembre de 1992” (Degregori, 1993).

Encontrar un sentido a lo que pasó, a preguntas reiteradas como: “¿por qué se los llevaron?, ¿qué culpa tenían para morir así?”, es una necesidad de la población afectada a fin de no quedarse atrapada y paralizada en las emociones asociadas a la escena violenta, sino más bien salir de ella descubriendo un sentido, una explicación a lo vivido. Esto puede facilitar que se procesen estas experiencias y

que recupere la posibilidad de vivir de manera más plena. También que se transite de una explicación individual a una explicación social que permita revisar lo actuado, corregir las maneras de enfrentar los conflictos, reparar el daño en el colectivo social e intervenir para promover cambios sociales respecto a las condiciones que generaron la violencia a fin de prevenir que se repita.

La dimensión multicausal de los efectos psicosociales

Es necesario resaltar, finalmente, que la violencia no se inaugura con los hechos de violencia política sino que se combina con una violencia estructural que desconoce derechos básicos y resulta, por ejemplo, en altos índices de desnutrición crónica infantil en estas zonas. A ello se suma una violencia histórica que, hacia el siglo XVI, en los tiempos de dominación colonial, se manifestó a través de

“la liquidación de las prácticas sociales que entre la población local producían un sentido, un lugar, un destino, y que más tarde provocaría, en el s. XVII, el despoblamiento de los andes peruanos que Watchtel atribuyó al desgano vital expresado en: alcoholismo, suicidios, infanticidio, reducción de las tasas de natalidad” (Lewkowicz, 2002).

Al presentar aspectos del mundo interior de estos jóvenes que sobrevivieron a la guerra interna, más que respuestas propongo hipótesis de trabajo y sobre todo espero motivar la elaboración de otras respuestas que nos permitan transitar por caminos más saludables de resolución de conflictos e integrarnos un poco más como país.

Referencias

- Cánepa, M. (2002) “Sobre los procesos de reparación. La búsqueda de sentido y de razón”. En: *Páginas*, vol. XXVII, N° 176, Lima.
- Capella, A. (1996) *La histeria y lo obsesivo. Análisis de la clínica psicoanalítica*. Barcelona, Herder.
- Centro de Atención Psicosocial (2002) “Informe de taller de investigación diagnóstica con docentes”, Lima, septiembre de 2002.

- Comisión de la Verdad y Reconciliación (2001) “Presentación institucional”. Lima, septiembre de 2001.
- Defensoría del Pueblo (2001) *Las voces de los desaparecidos. Testimonio de los familiares*. Lima, segunda edición.
- Degregori, C. (1993) “Después de la caída I” En: *De la escucha a la interpretación en el Perú de hoy*. III Congreso Peruano de Psicoanálisis. Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Diario de Marka (1988) “Entrevista del Siglo”.
- Diario El Comercio (2002) “Cara a Cara con la verdad”. 6 de marzo del 2001. Reproducido por Quechua network: “Últimas noticias sobre la cultura quechua”.
- Freud, S. (1914) “El sentido del síntoma” En: *Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Herrera, L. (1993) “Vivir en el Perú: entre el duelo y la melancolía” En: *De la escucha a la interpretación en el Perú de hoy*. III Congreso Peruano de Psicoanálisis. Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Laplanche, J. y J. B. Pontalis (1977) *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, Labor
- Lewkowicz, I. (2002) “Traumas, acontecimientos y catástrofes en la historia”. Conferencia presentada en las Jornadas “Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina”. I Congreso Internacional de Salud Mental y Derechos Humanos, Buenos Aires.
- Lira, E. (1992) “El impacto del sufrimiento en el terapeuta”. Conferencia presentada en el Xº Congreso Nacional de Psicología Clínica “La persona del terapeuta”. Santiago de Chile.
- Roudinesco, E. y M. Plon (1998) *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.
- Tyson, P. y R. Tyson (2000). *Teorías psicoanalíticas del desarrollo: Una integración*. Lima, Publicaciones Psicoanalíticas.
- Valls, J. L. (1995). *Diccionario freudiano*. Buenos Aires, Julián Yebenes.
- Winnicott, D. (1993) “Los procesos de maduración y el ambiente facilitador”. En: *Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires, Paidós.

Desde la otra orilla

Pilar Raffo

Cuando era niña pasaba por las barriadas cercanas a Villa con casas sobre tierra, de esteras, sin pisos, sin luz y sin agua; espacios reducidos donde la sala, el comedor, la cocina y el cuarto se juntaban todos en uno. No sé si a estos recuerdos se suman los de las monjas del Sagrado Corazón oprimiendo nuestros corazones de niñas para hacernos sentir la culpa terrible de haber nacido en sábanas blancas, con un cuarto limpio, con una casa “de verdad”. Solo puedo recordar el alivio que sentía de no haber nacido de ese lado. En aquellas épocas me imaginaba naciendo y viviendo en esos mundos y la angustia me embargaba. Entonces me decía “Felizmente no nací allí. ¡Qué golpe de suerte!”. Claro, me figuraba a mí misma trasladada tal y como era a ese otro mundo y pensaba en los horrores que sentiría. A mí me esperaban unos padres amorosos que velaban por mis necesidades y una cama limpia donde dormir, jugar y soñar; aquellas cosas impedidas por la pobreza extrema.

Tal vez sea esta misma sensación la que me recorre al escuchar las historias de mis pacientes en el penal. Apenas conocí a las chicas pensé que hubiera podido ser yo la que estaba allí, presa. Ahora me doy cuenta de lo que de niña tal vez no podía ver: si yo hubiera nacido del otro lado, en “la otra orilla”, como me

decía un antiguo paciente, no sería yo, sería otra, distinta, diferente, con otros contenidos internos. Al recordar las historias narradas se me vienen a la mente niños de seis o siete años preocupándose por sus hermanos menores, cocinando para ellos; niños abandonados a su suerte porque los padres no se ocupan de ellos; niños regalados a tíos por no poder mantenerlos; niños maltratados por sus tíos y utilizados como servicio doméstico; padres alcohólicos y abusadores de sus mujeres; muchachos adolescentes abusando sexualmente de sus hermanas menores, entre otras imágenes.

Creer así es generador de violencia. En general creemos que lo que no se ve porque no nos gusta, “no existe”. Quienes trabajamos en salud mental sabemos de sobra que la violencia, cuando no es consciente, causa estragos que van desde el bajo rendimiento en el aprendizaje, la hiperactividad y la desconcentración, hasta la violencia doméstica y posteriormente política. Ya Winnicott decía que es a la violencia reprimida e inconsciente, pero aun más, a la escindida, a la que deberíamos temer, ya que no la vemos sino transformada en ideologías asesinas. Muchas veces al escuchar las historias dentro del penal he querido llorar con mis pacientes sintiéndome parte de una sociedad que no atendió las necesidades elementales de los suyos.

Cuando ingresé a trabajar al penal tuve miedo. Por un error, aquel día las terapeutas llegamos al penal de delincuentes comunes cuyo ambiente provoca mucho temor por sus mujeres policías amenazantes. Felizmente nos habíamos equivocado. El penal de máxima seguridad, a pesar de su nombre, era menos intimidatorio, más limpio y mejor organizado. Al comienzo, los psicólogos de dicho penal no nos veían con buenos ojos. ¿Qué íbamos a hacer allí que ellos no pudieran también hacer? Sentían al parecer que su puesto estaba amenazado, pero les dijimos que solo las acompañaríamos en una terapia durante un tiempo. Nada de diagnósticos ni pruebas. Entendieron bien esto y poco a poco nos indicaban ellos mismos quiénes eran las reclusas que más necesitaban apoyo porque estaban muy deprimidas. Mientras nos iban conociendo, aumentaba la demanda del servicio psicoterapéutico.

Mi sorpresa fue grande al encontrarme con chicas inteligentes y educadas en valores morales. Ninguna había querido dar nombres para delatar a otros aunque sabían que si los daban saldrían libres. No querían hacerle a otras personas lo que les habían hecho a ellas. Hubieran podido hasta inventar nombres —como se hizo en innumerables ocasiones— pero se decían que no podían hacer sufrir a personas inocentes. La impotencia más grande que he sentido es que estas perso-

nas valerosas ya tienen diez años dentro, soñando con una vida mejor, pero con el paso del tiempo van perdiendo la esperanza de salir. Al mismo tiempo, me he alegrado mucho con pacientes que han salido del penal, también me he emocionado con los regalos que he recibido de ellas: un chal tejido con sus manos, un *pye* de manzana, un arbolito de navidad tejido en crochet, un anillo; muestras de agradecimiento por estar allí con ellas semana a semana, escuchándolas, entregándome el sufrimiento que generalmente no pueden dar a sus familias ya suficientemente adoloridas por estar ellas allí.

No podría decir que hago una terapia clásica como en el consultorio ya que el encuadre ha variado: primero, porque soy yo la que va a ellas; segundo, porque están presas y yo soy una de sus puertas al mundo de afuera; y tercero, porque cuando nos despedimos nos abrazamos fuertemente, cosa que difícilmente hacemos en una terapia clásica. Indudablemente es una experiencia más dura que la del consultorio, más fuerte emocionalmente, el dolor se nos cuele: me he visto tratando de contener las lágrimas para que no caigan por mis mejillas al mismo momento que las de ellas, pasar de la desesperanza a la esperanza y viceversa.

Soy testigo de la lentitud de la justicia. Demoran los casos porque el abogado no fue, porque falta alguno de la Comisión de Indultos y se necesita el voto de todos, porque es feriado y no se trabaja, y así... sin considerar que hay seres humanos tras las rejas que están desesperados por salir. Existe la sensación de que mientras se pudren en la cárcel sin ningún sentido, nadie parece tener prisa porque estas mujeres recuperen su libertad. Pienso que tampoco hemos tenido prisa por hacer que este país sea menos pobre. Tal vez la gente de la ciudad, de la capital, de la clase media y alta, no estemos realmente dispuestos a compartir. Tal vez los abogados interesados se llenen de fama por escribir sobre ellas y, como dijo alguna presa, una vez obtenida, pierden el interés. Tal vez yo también podría estar escribiendo para librarme de mi sensación de impotencia.

En el penal una tiene su encuadre. Trabajo en un cuartito que hace las veces de biblioteca mientras que otras compañeras trabajan en el patio; cada una tiene su “consultorio” aunque éste sea una esquina del patio. Es el lugar donde nos sentimos de alguna manera protegidas. Recuerdo un día que llegué y mi consultorio estaba cerrado con cadenas y candado. Una presa se me acercó y me dijo muy suavemente que no podría atender allí. Me tomó por sorpresa, mis pacientes esperaban mientras miraban cómo reaccionaba. Pregunté: “¿Y quién decide eso?” Y esta presa me respondió: “Yo lo decido”. Me pareció tan arbitraria su actitud

que le respondí: “¡Ah!, ¿así que tú tienes el poder acá?” Ella se molestó mucho con lo que le dije y envió a una asistente social que entró intempestivamente a la biblioteca donde nos instalamos. Cuando le expliqué que no podía entrar de esa manera porque estábamos en consulta y que yo era una terapeuta con un permiso del INPE para atender allí, en ese lugar, y no en las celdas como habían pretendido, me entendió y se disculpó.

Mis pacientes, que no se habían atrevido a abrir la boca, miraban esta escena asustadas. El miedo es un sentimiento con el que suelen convivir las reclusas dentro del penal. Prefieren aguantar todo tipo de cosas y aislarse pues temen las críticas y las represalias. Una de ellas me dijo que me había enfrentado a la más fuerte, a la presa más antigua y con más poder, y que ellas no se atrevían a hacer eso. Me produjo mucho temor el hecho de salir del penal peleada con una presa tan importante a la que yo no conocía. Imaginé bombas en mi casa, venganzas por el enfrentamiento y decidí que no saldría del lugar sin haberme disculpado con ella. Así que al final de la mañana, antes de irme, la mandé llamar y le expliqué la razón de mi actitud desafiante. Luego entendí que me habían dado cólera dos cosas: el dominio que sentí bajo sus suaves palabras “yo decido”, y el que me indicara que atendiera en las celdas, lo cual me sacaba del encuadre donde me sentía protegida. Fue por temor que reaccioné con furia. Allí pude comprobar cuánto nos protege el encuadre aunque sea distinto al del consultorio.

En los primeros tiempos de ir al penal y escuchar las historias tan dolorosas, la sensación que tenía era la de no poder compartir con nadie. Recuerdo que el taxista que me llevaba de regreso a casa era mi único interlocutor. A su vez, estas pacientes no pueden compartir la soledad ni el dolor con parientes ni con las otras presas pues temen traerles más depresión con sus problemas internos.

Contratransferencialmente, la desesperación de querer salir libre y no poder me ha sido transmitida por ellas en las innumerables veces que he terminado de visitar a las pacientes y que el guardia no se encontraba allí para abrir la puerta. La espera detrás de las rejas con el deseo de salir y no poder hacerlo porque nadie abría, me producía una terrible desesperación que me llevaba a llamar a gritos a las personas de las oficinas del frente para que por favor me abrieran. Ellas me miraban indiferentes, me decían que no gritara y me amenazaban con llamar al coronel. Cuando se daban cuenta de que yo no era una presa, se disculpaban.

Hay días como hoy, que mi cuerpo protesta, que siento que no quiero escuchar ni más dolor ni más sufrimiento. Ellas sienten igual. Tratan de vivir “felices”

ya que ser conscientes de dónde están y hasta cuándo se quedarán allí no les permitiría vivir en paz, así que no quieren pensar en su dolor interno. Sin poder compartir su malestar, aislándose, soportando el dolor de las familias que las visitan con los problemas de la vida afuera del penal, sienten que ya no pueden más. Ver a sus madres, hermanos, sobrinos e hijos que no tienen qué comer, las coloca en una situación de impotencia aún mayor: “Si estuviera afuera por lo menos podría hacer algo por ellos”, dicen algunas omnipotentemente, pues creen que con el solo hecho de estar fuera librarán a sus familias de la falta de dinero, del desempleo, de la pobreza. Esto les permite todavía sentirse heroínas dentro del penal y mantener así la ilusión de ser importantes e imprescindibles para los suyos, aunque al salir se confrontan con una realidad que no les deja realizar sus expectativas de estudios y/o trabajo, y menos aún ayudar en sus casas económicamente. Muchas regresan al hacinamiento, al hambre, a la miseria, al descuido y la falta de limpieza.

El otro día vi una película en la que el personaje decía que había aprendido que en este mundo apenas podíamos esperar, con suerte, alguna pizca de justicia, porque los grandes y poderosos siempre aplastarían a los más pequeños y débiles. Muchos creen que es así, que prima la ley de la selva, pero quiero creer, como dice el biólogo Ernst Mayr,¹ que “la selección natural de las especies no solo considera el instinto egoísta de supervivencia, sino también una propensión al altruismo y a una colaboración armoniosa con los demás. Los animales, el hombre entre ellos, son una mezcla extraña de egoísmo y vocación implícita de compromiso”.

Me siento privilegiada, como me sentí de niña, de trabajar y aprender de todas estas historias que pertenecen a nuestro país y de las que todos somos responsables en alguna medida. He entendido que si queremos un país con salud mental donde el desarrollo sea posible, se requiere que nos preocupemos todos, sin excepción, de proveer a nuestros niños de un medio “suficientemente bueno”, como diría Winnicott, facilitador del despliegue de las potencialidades de todos los peruanos.

Lima, noviembre de 2002

¹ Citado por Felipe Ortiz de Zevallos en “No todo se compra”. *Perú económico*. Lima, noviembre de 2002.

Respondiendo a una convocatoria de la Secretaría Ejecutiva de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos (CNDDHH), en 1994 un grupo de psicoterapeutas empezó a brindar atención psicológica a personas afectadas por las secuelas de graves violaciones a los derechos humanos ocurridos durante los años de violencia en nuestro país.

Nueve años después y luego de un período de transición iniciado en el 2001 con el traslado a su primer local, este grupo funda el Centro de Atención Psicosocial (CAPS), organización no gubernamental autónoma aunque siempre estrechamente ligada a la CNDDHH. Busca contribuir a la recuperación psicosocial, la salud mental y el bienestar integral de quienes sufren los efectos de la violencia política y social.

Luego de su primer libro, *Frente al espejo vacío* (1988), los psicoterapeutas del CAPS publican ahora *Desplegando alas, abriendo caminos. Sobre las huellas de la violencia*, que recoge artículos inspirados por su labor en el consultorio y en otros encuadres, tarea en la que la salud mental, la realidad sociopolítica y los derechos humanos se entrelazan de una manera especial. Este libro incluye también aportes de otros colegas y especialistas nacionales y extranjeros, que enfocan las consecuencias de la violencia desde ópticas complementarias.

